

c u a d e r n o s d e

Revista bimestral

Redactores-jefe

RAMON BULNES

JOSE MARTINEZ

JORGE SEMPRUN

ruedo ibérico

Directeur Gérant de la publication :
FRANÇOIS MASPERO

© Editions Ruedo ibérico

Tous droits de reproduction et de traduction
réservés pour tous pays.

Administration, diffusion et ventes :

6, rue de Latran, Paris 5.

Téléphone : 325-56-49

C. C. P. Paris 16.586-34

número

33

35

Imprimé par A. Cary. Colombes (Hauts-de-Seine)

octubre 1971 - marzo 1972

● ● **Crónica sangrienta desde
Madrid ● Hechos cotidianos bajo
el franquismo ● Antierotismo**

cuadernos de

ruedo ibérico

33

35

octubre 1971
marzo 1972



Ayuntamiento de Madrid

● El Ministerio de Información y Turismo del gobierno de Franco ha denunciado como Luis Ramírez a Luciano Rincón. Luciano Rincón está en la cárcel. En las páginas de este fascículo publicamos —como de costumbre— diversos escritos de Luis Ramírez. Sobre Luciano Rincón y su detención remitimos al lector a las páginas 217 a 222.

● Al Ministerio de Información y Turismo del gobierno de Franco no le gustan las caricaturas de Franco que dibuja Vasco. Todavía no hay nadie en la cárcel a causa de tal disgusto, y a lo largo y a lo ancho de nuestras páginas seguimos publicando —como de costumbre— nuevas caricaturas de Vasco.

● Ruedo ibérico convoca a un premio que estará dotado con un millón de pesetas, que será concedido a un libro inédito sobre el franquismo. En la página 161 figuran las bases del concurso.

● «De Cuadernos de Ruedo ibérico a Nada», de Xavier Domingo, ha dado ya lugar a algo. Si todavía no nos ha sido comunicado para su publicación el manifiesto fundacional de Nada, sí hemos recibido respuestas a Xavier Domingo. En algún caso son más que una estricta respuesta y exponen ideas sobre lo que al juicio del lector debieran ser los Cuadernos de Ruedo ibérico, ideas que juzgamos interesantes. El conjunto de esas respuestas se halla en las páginas 199 a 206.

● Habíamos anunciado que nuestro número 33 estaría constituido exclusivamente por Tribunas libres. No hemos recibido éstas en cantidad suficiente para componer un fascículo autónomo. Esta circunstancia y el hecho de haber recibido material de publicación inaplazable a nuestro juicio nos ha conducido a publicar un número triple. Las Tribunas libres recibidas figuran en las páginas 209 a 216.

sumario

Luis Ramírez : Crónica sangrienta desde Madrid	3
Elías Goyanes : Plaza de Oriente : 1 de octubre de 1971	12
Carlos Herrero : Un ejemplo de subdesarrollo científico : El seudo-marxismo en economía. Juicio crítico de Estructura económica de España, de R. Tamames	19

Libros

La estabilidad del latifundismo de J. Martínez Alier (Juan Naranco) ; El dinero del Opus es nuestro de Xavier Domingo (Miguel C.) ; Juan García Durán : Sobre la guerra civil española ; 6 libros sobre la guerra y la revolución en España ; El reñidero español de Franz Borkenau ; Enseñanzas de la revolución española de Vernon Richards ; L'autogestion dans l'Espagne révolutionnaire, de Frank Mintz ; 30 meses de colectivismo a Catalunya (1936-1939) de Alberto Pérez-Baró	44
---	----

(Juan Andrade); La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca (Máximo Ordóñez); Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain de Edward E. Malefakis (Juan Martínez Alíer)

**Ges : Saga del príncipe Bormanus
y de la princesa Creuteboba
o el carismático Francoráculo**

65

Juan Goytisolo : **Presentación crítica de José María Blanco White**
José Martín-Artajo : **Panfleto moral y censorio contra la Carrera diplomática**

73

122

Xavier Domingo : **Antierotismo y sociedad opusdeísta**

149

José Agustín Goytisolo : **Crónica de un asalto**

159

**Documentación : Hechos cotidianos
bajo el franquismo**

El Noticiero Universal. **Historia de su compra/venta contada por Antonio Botey Serra**

165

Opus Dei: asociación no constituida legalmente y con fines distintos de los que aparenta. Argumentación de Alberto Royuela Fernández

179

La muerte de Pedro Patiño. Nota de Jaime Miralles Alvarez

191

Correo del lector

Sublimación o subjetivismo (M.C.); Los cojones en la calle (F.C.L.); Los siete pecados capitales de una revista « liberal » (Raúl Martín); De Cuadernos de Ruedo ibérico a Cuadernos de Ruedo ibérico (Marcel Alès)

199

Tribuna libre

Xavier Domingo : **Sobre la Iglesia, la educación y la izquierda**

209

Carlos Semprún Maura : **Sobre la « oposición » y sus militantes**

213

Luciano Rincón y Luis Ramírez

Los policías de la cultura. Franco : la continuidad en el cambio. Luis Ramírez es Fuenteovejuna y todos a una. Protestas

217

Xavier Domingo : **Luciano Rincón**

219

Caricaturas de Vasco. Viñetas y montajes gráficos de Ges

Condiciones de suscripción en la página 11

Luis Ramírez



Crónica sangrienta desde Madrid

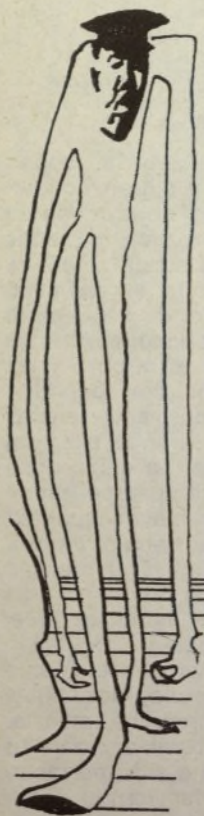
Estamos en Madrid y en septiembre de 1971. El costo de la vida, según reconocen oficialmente los responsables económicos del país, y sufren cotidianamente los trabajadores españoles, sube de día en día. Los obreros de la construcción han decidido iniciar una huelga la semana próxima pidiendo mejoras económicas y laborales. Un hombre joven y dos muchachos salen de un edificio en construcción en pleno centro de Madrid llevando en la mano unas octavillas. Son casi las nueve de la mañana y un seguro sol de septiembre comienza a calentar la ciudad desbordada de activismo neocapitalista. De pronto, un piquete de la Guardia civil ve salir a los tres amigos de la obra y les da el alto. Ellos, en vez de detenerse, intenta escapar, y los celosos, bien entrenados, eficacísimos defensores del orden público, sin más advertencias hacen fuego de repetición. El hombre cae acribillado con seis tiros en la espalda, los muchachos también, uno gravemente, el otro podrá salvarse. La calzada se cubre de octavillas —algunas manchadas de sangre— en las que se piden esas cosas que se oyen todos los días en las Cortes españolas: mayor igualdad en la distribución de la renta nacional, seguridad en el puesto de trabajo, mejora en las condiciones laborales, incorporación del trabajador al nivel de las decisiones colectivas. La gente acelera el paso al llegar a la altura de los cuerpos. A los que parece que tienen intención de detenerse, el cabo les dice, agitando suavemente el cañón del fusil ametrallador: «Circulen, circulen». Diez minutos después, una camioneta de la Guardia civil se lleva discretamente a las fuerzas del Orden y a sus víctimas. Pedro Patiño, casado, dos hijos, obrero de la construcción, miembro de las Comisiones obreras, ha muerto. Antes de mediodía un carrito de la limpieza ha recogido las octavillas y barrido la acera y la calzada. Ya no hay huellas ni rastro. El asesinato ha sido perfecto. Un asesinato ejemplar. (Véanse las páginas 191 a 195 de este fascículo.)

Madrid está votando. Por las calles la animación es normal y no parece que los posibles Procuradores por el tercio familiar hayan alterado mínimamente el ritmo cotidiano de la vida de la ciudad. Los periódicos de la tarde que acaban de salir, conceden que la afluencia a las urnas no es masiva. Si hubiera que elegir un solo sustantivo para calificar las elecciones a las que estamos asistiendo, diríamos que lo que está caracterizando esta renovación de nuestro máximo órgano representativo es la discreción. Discreción en todo, en la convocatoria, en el periodo preelectoral, en su celebración, hasta en la proclamación de los candidatos elegidos. Se diría que el objetivo del gobierno es que pasen lo más desapercibidas posible, que su ideal sería que fuesen secretas, no sólo en cuanto a lo votado, sino también en cuanto a los votantes y al hecho mismo de votar. Algo así como una sencilla ceremonia nocturna, rápida, en silencio, casi a oscuras y todos encapuchados. Claro que esto, a nivel de una comunidad que sobrepasa los 34 millones de personas (según los datos del último censo de 1970), y para un acto llamado elecciones parece difícilmente alcanzable, pero Luis Carrero Blanco y Laureano López Rodó se han acercado bastante a su esquema ideal.

A mediados de agosto, cuando toda la burguesía del país —la grande, la mediana y la pequeña— sesteaba en las playas o en la montaña, y cuando el proletariado sudaba canicularmente en las ciudades, las fábricas, los campos, el *Boletín Oficial del Estado* lanzó sobre una España ausente o abotargada la noticia de que el 29 de septiembre tendrían lugar las elecciones para la renovación de los Procuradores por el tercio familiar. Digamos pues, que la convocatoria fue como las instrucciones que López Rodó acostumbra a enviar a sus colaboradores ministros, estrictamente confidencial.

El plazo para la presentación de candidatos fue corto y terminó el 12 (o 14) de septiembre cuando todavía coleaba la pausa veraniega. Sin embargo, y como había sido previsto, todos los que estaban en el secreto habían ya presentado puntualmente su candidatura. Quizás convenga advertir, para la mejor y cumplida ilustración del lector escrupuloso, que estas elecciones representaban una fase —marginal y menor, pero necesaria— dentro del vasto y minucioso plan que Laureano López Rodó (ministro-comisario de lo mismo) ha elaborado para la conservación del poder (llamado, en España, homogéneo y en la ciencia política tradicional, absoluto) durante los primeros 25 años de posfranquismo. López Rodó pretendía que dentro de la trágica farsa de la política española, los Procuradores familiares —que de alguna manera representan el grado máximo de legitimación popular que un político puede alcanzar en España— de la nueva legislatura fueran hombres suyos, dóciles peones de brega de su complejísimo tablero. A la conquista de esta posición estratégica ha respondido la táctica global del montaje y realización de las elecciones que hoy están teniendo lugar.

El periodo electoral fue breve —quince días— pero para lo que los candidatos tenían que decir, les sobraron catorce y medio. Los futuros protagonistas de nuestra representación política se nos ofrecían como honrados o eficaces o trabajadores (adjetivo no sustantivo), o valientes o incansables, o expertos o vigilantes o gestores, o jóvenes o una combinación de varios de ellos. Lo que nos prometían —su programa, diríamos— eran unánimemente la paz y el bienestar. Todo ello, como puede apreciarse, muy frontalmente político. Sin embargo allí donde algún incauto y ambicioso aprendiz de político, queriendo hacer méritos por libre se había presentado por su cuenta a Procurador e intentaba salirse un poquillo del tiesto, pronto le daban con la regla en los nudillos



ículo 11 de la Ley Orgánica del
dice textualmente: «Durante las
cias del jefe del Estado del terri-
nacional, o en caso de enferme-
rá sus funciones el heredero
Corona, si lo hubiere y fuese
de treinta años, o, en su defecto,
suegro de la Corona. En todo caso,
el presidente del Gobierno dará cuenta
Cortes».

que publica el «B. O. del E.» del
dice así:

ado por Ley de 22 de julio de
sucesor, a título de Rey, en la Je-
del Estado el príncipe don Juan
de Borbón, considero conveniente
expresamente establecido que le
renda las funciones que el ar-
11 de la Ley Orgánica del Estado
al heredero de la Corona que ha-
cumplido la edad de treinta años.

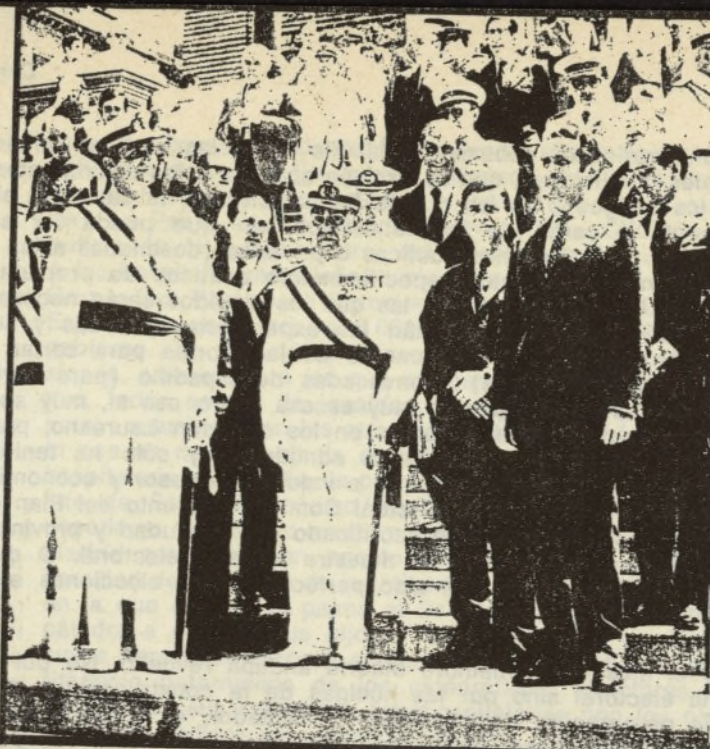
u, y en virtud de las atribuciones
e concede la disposición transi-
tória de la Ley Orgánica del
dispongo:

1.º primero: Corresponden al prínci-
España, don Juan Carlos de Bor-
bón, sucesor, a título de Rey,
efetario del Estado, las funciones
artículo 11 de la Ley Orgánica
ado encomienda al heredero de
no.

2.º segundo: La presente Ley entra-
rte el mismo día de su publica-
en el «Boletín Oficial del Estado».

Madrid, a 15 de julio de 1971.

FRANCISCO FRANCO



REY DETERMINADO
NO HA MENESTER
CONSEJO

EL REY ENTRA
COMO PUEDE Y
REINA COMO
QUE DE

EL REY ES COMO EL
FUEGO QUE AL QUE
ESTA MÁS CERCA MÁS
LE CALIENTA Y QUEMA

EL REY LLEGA DONDE
PUEDE NO DONDE
QUIERE

REY NUEVO LEY
NUEVA

REY SERAS SI HICIERES
DERECHO INDIGNO DE
SER REY SI HICIERES
TUERTO

REY SIN CONSEJO
PIERDE LO SUYO Y
GANA LO AJENO

(léase algunas suspensiones por orden de la autoridad gubernativa de confe-
rencias y actos públicos —imprevistos— organizados por candidatos no del
todo controlados).

La práctica electoral estuvo dominada por la aburrida indiferencia de los
ciudadanos y el desbordado celo del mundo oficial. En las provincias españolas
los llamados «inspectores» de los gobernadores civiles habían estado patru-
llando incansablemente sus «demarcaciones» desde mediados de septiembre,
instando a los alcaldes de los pueblos a conseguir participaciones electorales
masivas y a cuidar escrupulosamente el triunfo de los candidatos predestinados.
Las cifras oficiales de la participación total en las elecciones alcanzaron difícil-
mente el 50 % con las esperadas abundancias en los pueblos y en las pequeñas
capitales de provincia e índices mucho más bajos en Madrid, Zaragoza, Bilbao,
etc. Los porcentajes facilitados por el gobierno para la provincia de Madrid
fueron del 31 % con el 4,7 % de votos nulos o en blanco, lo que coloca las
cifras oficiales en algo más del 26 % de votos válidos emitidos. En cuanto a
la participación real, seis calas hechas aleatoriamente en otros tantos distritos
y colegios electorales madrileños la sitúan entre el 16 y el 19 %.

Los resultados de las elecciones carecieron, al decir de los expertos, de toda
sorpresa. Prácticamente, todos los candidatos de Presidencia fueron intelligen-
temente elegidos por el maduro y razonable electorado español. Así los señores
Sánchez Pintado, Meilán, Solé Villalonga, López Henares, etc., simultanearán
sus Direcciones generales o equivalentes con su sillón en las Cortes, a la espera
de que les entreguen la cartera ministerial entre 1972 y 1985.

En resumen: unas elecciones para el único sector de las Cortes, de alguna
manera de representación popular directa —a través de los que gocen de la

condición jurídica de cabezas de familia—; en las que los candidatos han de reunir tales condiciones, que se excluye *ab initio* a los discrepantes (reservadas pues a los amigos); en las que la financiación de la campaña electoral corre directamente a cargo de los candidatos, sin que pueda ser sufragada por asociaciones o instituciones públicas o privadas (destinadas a los millonarios); en las que no caben actos específicamente políticos de propaganda electoral (para evitar las sorpresas); en las que los elegidos serán necesariamente una minoría dócil y muda (ahí están las experiencias pasadas y sobre ellas el proyecto de reforma del Reglamento de las Cortes para cortar de raíz toda veleidad retórico-disidente); convocadas de tapadillo (para darles más intimidad); con una participación muy escasa (pero eso sí, muy segura) y unos resultados absolutamente eficaces, en los que don Laureano, para dar mayor verosimilitud al asunto, sólo había admitido —y sólo ha tenido— un fallo, recayendo el mismo, en el brillante e inquieto profesor y economista liberal de izquierdas don Fabián Estapé, actual Comisario adjunto del Plan de desarrollo, que ha sido así gloriosamente sacrificado por la ciudad y provincia de Gerona en aras de lo democrático de nuestra jornada electoral. O dicho en otras palabras: las elecciones han sido perfectas. Unas elecciones ejemplares.

Durante el mes de septiembre Madrid andaba revuelto. No por la inexistente campaña electoral sino por las huelgas de la construcción y de los médicos y por la preparación del homenaje al Dictador, el 1º de octubre. La huelga tenía lugar en la base. No cinco mil, como reconocían los periódicos franquistas, sino cerca de cincuenta mil hombres en paro, en muchas de las obras de la capital, durante casi dos semanas. En el entierro de Pedro Patiño éramos unos cuantos miles. A Dolores Sancho —una mujer de mucho carácter y muy pocos años— no le dejaron ver el cuerpo de su marido más que de lejos, ni recuperar sus ropas, ni fijar la hora de su entierro, ni rectificar la absurda noticia que difundió la agencia Cifra, ni nada. Los grises y la Guardia civil andaban a culatazo limpio impidiendo que la gente se congregara en torno a Serranillos 3, domicilio de Patiño en Getafe. Pero los compañeros seguían allí, apretados, seguros, dando testimonio de su solidaridad, afirmando con su presencia que la lucha continuaba.

Unas semanas antes, un grupo de médicos del Servicio de Psiquiatría del «Francisco Franco», después de haber agotado, pacientemente, todas las vías jurídico-administrativas, pidiendo que fuese mejorada la situación sanitaria de que disfrutaban los pacientes, y las condiciones en las que ellos ejercían su práctica médica, y tomando pie en una decisión de la Dirección, que les parecía injusta y vejatoria, decidieron declararse en huelga y encerrarse en el Hospital. La noticia saltó a los periódicos y, a lo largo de los últimos días de agosto y de casi todo el mes de septiembre, una intensa guerra de comunicados sacudió la opinión pública española, ya muy sensibilizada por el problema de la salud pública y de las prácticas hospitalarias en nuestro país. Lo razonable de la postura y de las peticiones de los huelguistas y la actitud cerrilmente disciplinaria, tanto de la Dirección del «Francisco Franco», como del presidente de la Diputación, Dr González Bueno, de quien dependía dicha institución sanitaria, tuvieron como consecuencia que muchos otros médicos de la casa se solidarizaran con sus compañeros psiquiatras. El presidente insistía en que frente a

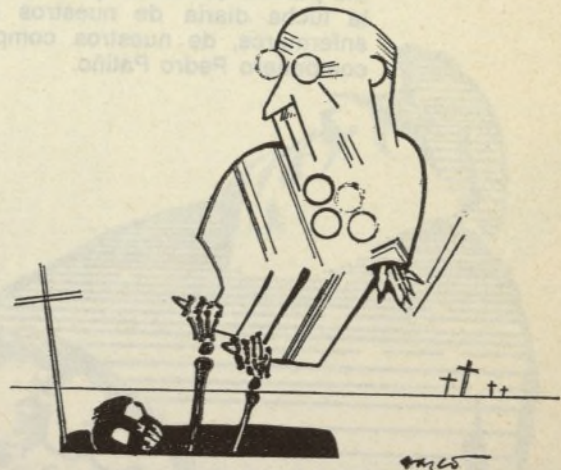
toda otra consideración debía prevalecer el principio de autoridad, y los médicos hablaban de su trabajo, de sus enfermos y de la calidad de un servicio público, que se les había encomendado, y por el que tenían que velar. Pronto, médicos de «La Paz», de «Puerta de Hierro», del «Clínico», etc. se adhirieron a las peticiones de los psiquiatras del «Francisco Franco» e hicieron suya su causa. A los hospitales madrileños vinieron a añadirse el «Clínico» y el de «La Santa Cruz y San Pablo» de Barcelona, los de Bilbao, Oviedo, Sevilla, etc. Pronto en España se acercaron a 6 000 los médicos en huelga. La situación para el gobierno era, por ridícula, insostenible. Todos los días había reuniones, discusiones, asambleas, a las que asistían médicos, enfermeras, personal administrativo, todos en pie de igualdad, con la misma posibilidad de intervenir, influir, votar; asambleas en las que, más allá de la anécdota del «Francisco Franco», lo que se debatía era la organización de la asistencia sanitaria, la institución hospitalaria en España, la práctica profesional en todos sus aspectos —médico/jefe de Servicio; médico/médico; médico/enfermero; médico/enfermo—; el nepotismo académico en la medicina —la revista *Sábado Gráfico* y el periódico *Madrid* publicaron en agosto una relación de todos los catedráticos de la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid cuyos hijos eran sus adjuntos, en la que ganaba la palma el Dr López Ibor, que había hecho adjuntos de su cátedra a dos de sus hijos y en la que, por lo visto, sólo faltaban aquellos cuyos herederos varones estaban todavía estudiando el bachillerato—; el autoritarismo paternalista de los catedráticos, directores de Hospital y jefes de Servicio en sus relaciones intrahospitalarias con los otros médicos, etc. Centenares de médicos estuvieron encerrados durante días en sus lugares de trabajo, durmiendo allí en salas improvisadas al efecto, en colchonetas extendidas en el suelo, en un clima tenso, de exigencia y de lucha. La batalla estaba ganada y se ganó. La Dirección del «Francisco Franco» y el presidente de la Diputación de Madrid tuvieron que renunciar al proyecto de reducir la plantilla de su servicio psiquiátrico. Pero, sobre todo, los médicos españoles dieron al país un gran ejemplo de solidaridad laboral, abrieron la vía para la democratización del ejercicio de la profesión médico-hospitalaria en España, crearon un esquema de comportamiento que se extenderá inevitablemente a otros ámbitos profesionales, y demostraron la eficacia de una acción social concreta, planteada desde supuestos reales, por muy agresiva que sea la resistencia que se le oponga.

La preparación del homenaje a Francisco Franco había comenzado meses atrás con el encargo a diversas imprentas del Estado de unos grandes carteles a cuatro tintas alusivos al Homenaje a Franco con ocasión del 35 aniversario de su exaltación a la Jefatura del Estado. La razón del homenaje no aparecía muy claramente. Para unos era una réplica de la manifestación organizada por núcleos militares, de Falange y de extrema derecha en diciembre pasado atacando, en cierto modo, al gobierno y al Opus. Para otros, era otra manifestación promovida por los falangistas, para ganarse a Franco, demostrarle su actual capacidad de movilización de masas y alejarle del Opus. En realidad, el homenaje y la manifestación que debía encarnarlo estaban meticulosa y severamente programados por y desde la presidencia. Lo único que seguía sin estar claro era la causa de los mismos. Hasta tal punto que los únicos dos *slogans* que Rafael Ansón y su *brain trust* de relaciones públicas habían podido encontrar para el Homenaje eran: «Gracias, Franco» y «Esta vez, porque sí».

Los gobernadores civiles, desde principios de septiembre, habían tomado contacto bien directamente, bien a través de sus inspectores con los alcaldes y jefes locales del Movimiento para organizar la participación nacional en el Homenaje. Desde el Ministerio de la Gobernación, Santiago Cruylles y el Director general de Política interior —dos hombres seguros de don Laureano— tiraban de todos los hilos. Se trataba de dejar circular la noticia de que la manifestación era cosa de los falangistas, implicando en la organización de la misma a todos los camisas viejas que se dejasen y comprometiendo en ella a gentes como Girón, Solís, Fernández Cuesta, Jiménez Torres, González Vicén, Nieto Antúnez, etc. La pieza de más calado, Girón, estaba ganado a la causa, gracias al trato particular que le daba desde hacía tiempo López Rodó —comidas en *tête-à-tête* en Mayte-Comodoro— y a la magnífica operación inmobiliaria de sus terrenos en Fuengirola —unos cuantos centenares de millones de pesetas—. La manifestación debía ser numerosísima, de corta duración, y con participación mayoritaria de gentes exteriores a la capital, para evitar que pudiese politizarse peligrosamente. A cada pueblo de España se le asignó una cuota de participantes en proporción a su población. Los alcaldes recibieron instrucciones muy precisas en cuanto a la hora de salida de su o sus autobuses hacia Madrid, la carretera por la que debían entrar en la capital y el lugar en que debían aparcar, cuándo debían dirigirse hacia la Plaza de Oriente, cuándo y dónde debían volver a concentrarse para la vuelta y a qué hora debían salir hacia sus lugares de origen. En general las llegadas se escalonaron entre las 7 y las 9 de la mañana y las salidas de Madrid tuvieron lugar de 4,30 a 8 de la tarde del mismo día. La presencia de Franco en la Plaza de Oriente no llegó a los veinticinco minutos, incluidos los once que tardó en leer su discurso. El acto de la Plaza de Oriente, en total no alcanzó las dos horas de duración, y, a las tres de la tarde, el millón y pico de personas que habían invadido aquella zona se habían esparcido por toda la ciudad. Franco no anunció ningún acontecimiento excepcional en el discurso que le habían preparado —contrariamente a los augurios circulantes— limitándose a repetir que el enemigo acechaba, que todo estaba previsto desde el punto de vista sucesorio, no sólo en cuanto a las instituciones sino en cuanto a las personas, como lo probaba la presencia a su lado de Juan Carlos, etc. Tan sólo una frase inquietó, un tanto, a los francólogos: «Mientras Dios me dé vida y claridad de juicio.» ¿Cuánta claridad, y quién la mide? Gritos, muchos gritos de «Franco, Falange», muchos vivas a «Franco, Girón» y algunos a «Franco, Solís». A las diez de la noche, Madrid se había quedado sólo con sus tres millones largos de madrileños y más de setecientos mil españoles volvían o estaban volviendo a sus pueblos y ciudades. Franco, en El Pardo, admiraba en la Televisión su indeclinable capacidad de convocatoria y Laureano López Rodó en el chaletito de El Viso del Opus Dei admiraba también la perfección de su trabajo. Con algo menos de 300 millones de pesetas de costo dinerario y la movilización de algo más de un millón de personas como costo humano, la Falange y Franco habían enterrado definitivamente el escollo que en algún momento pudo significar Matesa. En definitiva: una manifestación perfecta. Un homenaje ejemplar. (Véanse las páginas 12 a 18.)

Tal vez el desprevenido lector se pregunte qué tiene que ver el Homenaje a Franco con el asunto Matesa. Pues bien, todo, ésa es la madre del cordero. Los carteles que decían «Esta vez, porque sí» querían decir «Esta vez por Matesa», y los que gritaban «Gracias Franco», eran los procesados por Matesa, los procesables —con López Bravo y Villar Palasí a la cabeza—, todo el Opus económico y político.

Don Laureano, que es un certero programador —y no sólo por designación ministerial— había comenzado con el estudio del indulto antes del verano, sobre poco más o menos, cuando hizo encargar los carteles del Homenaje. El indulto, ese indulto de gracia, que no tiene limitación para las penas pecuniarias —¡qué felicísima circunstancia!—, que es totalmente inefectivo para las penas importantes de prisión, que conlleva el sobreseimiento automático e inmediato de todas las causas para las que se pidan penas incursas en el indulto, que suspende las diligencias y, de hecho, desvirtúa, y a lo mejor hasta destruye físicamente los sumarios, es un oportunísimo indulto. Sin huellas, sin manchas. Todos los Matesos a vivir, felices, tranquilos, lavados, purísimos, con la cabeza bien alta, con la conciencia en paz y los francos suizos en Suiza. En Carabanchel, en Soria, en Burgos, en Segovia, en Jaén, los hombres de Comisiones, de la ETA, los hombres del mundo del trabajo, seguirán pagando con años de cárcel su lucha por una España decente y digna. El malo al hoyo y el vivo al bollo. Indulto perfecto. Indulto ejemplar.



¿Y de la oposición política, qué? De la oposición política, compañero, poco y malo. A propósito de las elecciones a Procuradores de que he hablado antes, un grupo de liberales, algunos amigos de Ruiz Jiménez, algún socialista histórico estuvieron seriamente pensando en participar en ellas. Hubo reuniones, discusiones, desarrollo de tácticas, análisis estratégicos. Al final, no se sabe muy bien por qué —desde luego por ninguna consideración mayor— desistieron del intento. Me dirás, pero, ¿y la Alianza de Fuerzas Democráticas en la que, por primera vez, se sientan periódicamente en una misma mesa representantes de todas las corrientes democráticas españolas, sin exclusión alguna, desde la derecha más derecha hasta el Partido Comunista, pasando por el PSOE, tradicional e histórico?

Te preguntaré, compañero, pero, ¿qué hacen aparte de sentarse, charlar, levantarse e irse? Viniendo a lo que estamos en esta crónica. ¿Cómo y cuánto han ayudado a la huelga de la construcción? ¿Se han reunido con los médicos en el Francisco Franco o en el Clínico? ¿Cómo y cuánto se han opuesto, han denunciado la manifestación, el indulto, Matesa? ¿Estaban en el entierro de

Patiño? Y por favor no me hables de que se firmó un papelito. Pero, además, ¿cómo hubieran estado, si algunos de los que se sientan en esa mesa son los defensores oficiales de Matesa, los defensores públicos del más podrido, del más negro capitalismo español (del capitalismo de los March y Cía), los representantes institucionales de Wall Street en nuestro país, los agentes más eficaces del poder social, de la clase dominante española? ¿Y qué tienen que ver todos ellos y qué tiene que ver todo eso con el Partido Comunista y con el PSOE, o al menos con la lucha que los comunistas y los socialistas españoles sostienen día a día en nuestro país? ¿Qué sentido tiene entrar en pactos más o menos electorales —cuando las primeras elecciones formalmente democráticas están todavía a años vista— con gentes que en cuanto «no-poder» nada pueden hacer por uno —si lo que se busca con el pacto es la legitimación de una ideología y la legalización de un partido— y que en cuanto poder, y por la razón misma de su poder, están vertebralmente contra uno?

No compañero, la sutilidad de esa altísima estrategia de los pactos imposibles, me parece que tiene que ver más con la política-ficción que con la realidad de la lucha diaria de nuestros compañeros médicos, de nuestros compañeros enfermeros, de nuestros compañeros obreros de la construcción, de nuestro compañero Pedro Patiño.

Madrid, 6 de octubre de 1971



Pedidos y suscripciones a Ediciones Ruedo ibérico

8, rue de Latran, París 5

Teléfono 325 56 49

CCP 16 586-34 París

Precio de venta: cuaderno ordinario: 7 F; cuadernos atrasados (hasta el n.º 8): 14 F; colección completa (números 1 a 24): 150 F.

Condiciones de suscripción:

Francia

América (correo ordinario)

América (correo aéreo)

Otros países (correo ordinario)

6 cuadernos
ordinarios

35 F

7 US \$

16 US \$

7 US \$

La suscripción a Cuadernos de Ruedo Ibérico da derecho automáticamente al 20 % de descuento en la compra de libros pertenecientes al fondo editorial de Ediciones Ruedo Ibérico o de aquellas editoriales que representamos. Pídase catálogo.

El primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo Ibérico es Horizonte español 1966. Precio: 51 F. El suplemento anual de 1967 es Cuba: una revolución en marcha. Precio: 48 F.



Ayuntamiento de Madrid



Elías Goyanes **¡Franco, Franco, Franco!**
¡Plaza de Oriente :
1 de octubre de 1971)

¡Ni rojos, ni Rey, ni Opus Dei! Este era uno de los gritos de guerra más proferidos por los muchachos de Blas Piñar —el heredero más caracterizado de José Antonio Primo de Rivera en la actualidad—, calle Alcalá abajo. Blas Piñar no estaba allí, con sus muchachos, como el año anterior por diciembre. Las causas se explicarán luego.

Entre trescientos y quinientos hombres y mujeres formaban parte de la manifestación que desde tres puntos diferentes de la Plaza de Oriente había salido

en dirección al Ministerio del Ejército. Banderas rojo y negro, como en los buenos tiempos, eran portadas por jóvenes y por algún que otro camisa vieja. A veces la horda se paraba para gritar: ¡Franco, sí; Movimiento, no!, ¡Falange, sí; Movimiento, no!, ¡Abajo el Opus!, ¡Matesa!, ¡Falange y Ejército!, ¡Opus y masones, todos son cabrones!, ¡Juan Carlos y Sofía, cochina porquería!...

Día 1 de octubre de 1971. Día de algarada para el régimen, algarada que había comenzado con la llegada a Madrid de 20 trenes especiales, el refuerzo de 50 de circulación regular (en total, según la propia prensa del dictador, la RENFE puso en servicio 250 coches, 20 ferrobuses y 45 unidades eléctricas), cientos de autobuses, decenas de vuelos *charter*, sinfín de automóviles oficiales o paraoficiales y particulares; en conclusión, un auténtico despliegue de medios para traer a miles y miles de personas a la capital de España.

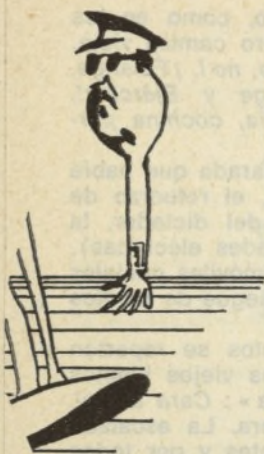
La Plaza de Oriente es el lugar de la cita. En muchos puntos se reparten octavillas de propaganda franquista, además de la letra de los viejos himnos de guerra empleados por los triunfadores durante su «Cruzada»: *Cara al sol, Oriamendi, Soy el novio de la muerte, Ardor guerrero*, etcétera. La escalada propagandística había comenzado unos quince o diez días antes y por todos los medios de comunicación social.

La gente que vive en Madrid aprovecha el día para marcharse al campo. Testigos presenciales de la avalancha madrileña hacia la naturaleza aseguran que era más la gente que salía de la Villa que la que entraba. Las afueras de Madrid estaban llenas de gente habitual a la salida dominguera. Para ellos este día era domingo. La jornada laboral estaba oficialmente cerrada entre las 11 de la mañana y las 4 de la tarde, circunstancia que hizo que se aprovechara quien podía del asueto impuesto para más realce del «Acto».

La verdad es que personas de toda España estaban en la Plaza de Oriente. Miles y miles de hombres y mujeres abarrotaron el amplio campo de que disponían para ver al dictador. Pese a lo que la radio dice —«un millón de enfervorizados españoles»— al hacer la evaluación del éxito, la capacidad de los lugares ocupados, contando a ocho personas por metro cuadrado (cuenta habida que ello no permitiría ni mover los brazos para agitar pañuelos o hacer el saludo adoptado por los fascistas), no rebasa la cifra de 350 000 personas.

Las glándulas hispánicas

Se había convocado a la gente joven. Las organizaciones juveniles fascistas ofrecieron a sus afiliados —que por otra parte sólo se afilian para practicar deportes, dados los medios de que disponen— el viaje y estancia gratuitas. De ahí la presencia de bastantes jóvenes. Claro que había muchos más jóvenes que en la Plaza por todo Madrid, dando vueltas para conocerlo. Pero como el servicio de propaganda es previsor, trajo a Madrid a mucha más gente de la que en la plaza podría estar. Por si fallaba el optimista cálculo de evaluación de los que habrían de estar presentes... No se puede asegurar de una manera exacta el número de personas que vino a Madrid. Cientos y cientos de autobuses, o los trenes, u otros medios, abarrotados al máximo, no permiten este cálculo. Pero se puede garantizar que a la misma hora del «Acto» muchas calles bastante alejadas de la Plaza de Oriente tenían una animación inusitada para un día en que la población que podía se marchaba fuera.



El eslogan empleado para atraer gente y para justificar el tal acto era «... ¡Esta vez porque sí!» Las glándulas españolas que muestran nuestro machismo estaban presentes en la Plaza de Oriente. En lugar de decir que aquello se hacía ahora por glándulas, el Opus, que es muy bien educado, empleó el eufemismo de «porque sí», que evoca las glándulas pero sin nombrarlas directamente. El Opus es muy listo y preparó, por lo que se explicará ahora, la magna concentración.

El Año Santo Compostelano no es motivo suficiente para una amplia amnistía e indulto a efectuar. Si se hace una concentración «magna» con un motivo dado (35 años de dictadura), se tiene el agradecimiento de Franco, quien, en un bello gesto, firma el decreto de tal indulto. El Opus necesitaba salir indemne del caso MATESA. Ministros y otros politicastros estaban en entredicho —en entredicho solamente porque no se permitieron profundas investigaciones— como consecuencia de MATESA. Incluso se dice que la señora de las uñas magnéticas, doña Carmen, estaba implicada. También se dice que Vilá Reyes, el testaferro de la grandiosa estafa, cansado de hacer de cabeza de turco, amenazó con contar toda la verdad por medio de un notario parisiense si es que no salía de la cárcel pronto o le pasaba algo desagradable. De ser cierto esto el escándalo internacional sería mucho más que sonado. Así que se concede un indulto que libere a los opus, que permita la rápida salida a la calle de Vilá Reyes, y todo el asunto resuelto. La amnistía es general, dicen. Es cierto para los delincuentes comunes. Los presos políticos pueden no gozar en su mayoría de este indulto: en el artículo 2º, apartado 1º del Decreto de Indulto, se dice que se considera excepción de él a los presos que hayan cometido más de una falta grave o una muy grave durante su reclusión. Los presos políticos habían participado en una huelga de hambre, lo que se considera falta muy grave. Es decir, el indulto no es oficialmente para ellos. Al final del decreto, eso sí, existe una cláusula que permite a los directores de los centros penitenciarios la aplicación o no aplicación de ese apartado 1º del artículo 2º. Así que en este momento el indulto de los presos políticos depende de lo que estos directores de una manera potestativa decidan. La tradición es que no se aplique en indultos tan amplios la cláusula represiva. Pero puede aplicarse, sobre todo si el ministro de la Gobernación decide dar órdenes concretas para que no exista el sobreseimiento de faltas muy graves en todos o en algunos casos. ¿Qué pasará? Por el momento no lo podemos saber, aunque deseemos fervientemente ese sobreseimiento. El que suscribe tiene muy serias y profundas dudas al respecto.

En estos momentos los periódicos están recibiendo órdenes concretas del Ministerio de Información y Turismo para que nadie ponga en letra impresa la palabra indulto al lado de MATESA. Son las clásicas órdenes telefónicas que nadie se atreverá a desobedecer. Lo importante en este caso es que el problema MATESA desapareció para el régimen. A esperar ahora a ver qué ocurre con los presos políticos.

El pueblo llano

Decía antes que miles y miles de personas estaban esperando la salida de Franco. Es cierto. Y, ¿quiénes eran estas personas?... El que suscribe ha efectuado un sondeo periodístico que dio resultados que verán a continuación. Como tal sondeo no tiene el valor de una estadística pero sirve para hacerse

una idea del tipo de personas que vino hoy a Madrid. En plena vorágine franquista hizo uno muchas preguntas a muy distintos tipos de gentes. Las contestaciones tipo fueron más o menos éstas:

—Soy de Castellón, sí, señor. Trabajo en Sindicatos, claro. Vengo con todos mis compañeros en autocar.

(Los compañeros portaban una enorme pancarta y estaban todos juntos. Las personas asistentes se agrupaban en los distintos lugares que les correspondía o donde se colocaban, todas juntas según sus orígenes geográficos. Así estaban « representados » muchos pueblos españoles, y también estaban de esta manera vigilados o autovigilados.)

—De aquí, de Madrid, y estoy en Información y Turismo de conserje.

—¿Yo? Antiguo combatiente y ahora estoy en Jefatura del Movimiento, en Madrid. Pero soy de Cádiz. Por eso me coloqué con mis paisanos y familiares que vinieron.

—Sí, señor. Soy hermana de él. Para una vez que puede venir una a Madrid... ¿Que si me gusta Madrid? Aún no lo sé, no pude ver la ciudad todavía. Pero como mi grupo estará aquí hasta el domingo... Tengo lo que me queda de hoy y mañana sábado para verlo todo. Me parece muy grande. No, hombre, no, no me costó nada el viaje.

—A mí me dieron dinero en La Coruña y el viaje gratis. Soy marinero.

—Soy de Ferrol, de la Organización Juvenil. Estaré aquí con mis compañeros hasta el domingo. Lo voy a pasar bomba...

Uno diría que casi todas las personas que estaban allí eran los chupones o los explotados a los que se les da una oportunidad gratuita para que conozcan Madrid. Uno charló con muchas, muchas personas. Todas, excepto dos, que eran simples curiosos que iban a ver qué pasaba por allí, eran tontos o engañados por los medios de comunicación —puestos muchos días al servicio del « homenaje »— o aprovechados, gentes que de una u otra manera participaron del reparto del botín de la guerra.

Curas con sotana y boina negra, bastantes. Esos de las hermandades sacerdotales que sienten aún o sienten cada día más odio por las fuerzas democráticas que están naciendo. Su presencia en la plaza era también una de las muestras de su desacuerdo con las conclusiones de la reciente Asamblea de la Iglesia Católica española, donde, como se sabe, llegó a presentarse una moción en la que se pedía perdón por lo que la tal Iglesia hizo en y después de la guerra...

La mascarada tuvo éxito, cómo no. Es natural, ¿no les parece? Lo que pasa es que el auténtico pueblo español no estaba allí. Allí no estaban los 80 000 huelguistas de hace pocos días en la construcción, ni los hombres de las fábricas, ni los universitarios... Allí no estaba nuestro genuino pueblo. Nuestro pueblo tampoco estuvo en las votaciones para procuradores en Cortes (?), y si algunos de los nuestros fueron a ellas, fue porque estaban obligados por sus empresas —obligación de presentar justificantes—, o por miedo, o quizá por ignorancia, porque se creen lo de la evolución democrática... Tampoco podemos negar la existencia de los tontos útiles de los treinta y tantos años de paz, esos seres anónimos, alienados por la propaganda fascista, pero que, tarde o temprano, despertarán.

Franco y sus matones

Franco, como siempre, dijo que seguiría. Cómo no. También que todo estaba arreglado para el momento en que deseara que el príncipe tomara el poder. Su deseo es continuar todavía. Insinuó que hasta su muerte continuará. No se sabe cuánto tiempo vivirá, por desgracia. Por cierto que se le acentúa al «Caudillo» esa forma de hablar tan extraña, ese ceceo senil...

Habló pocos minutos. Le vitorearon, claro, con los brazos en alto. Cantaron el inevitable *Cara al Sol*...

Luego fue cuando se formaron las tres manifestaciones más fascistas —digamos—, de pureza ortodoxa. Salieron hacia el Ministerio del Ejército llenos de entusiasmo, banderas rojo y negro, himnos y gritos. Las tres manifestaciones, que partieron de distintos lugares de la Plaza de Oriente, se encontraron en la confluencia de Alcalá con José Antonio, a unos cien o doscientos metros de su destino. Los camisas azules delante con sus banderas «al viento» pararon el tráfico... Son «tolerantes», no hay duda, nuestros gobernantes. Son en su mayoría del Opus y no echaron a sus pretorianos para acallar las voces que les atacaban, voces recogidas ya antes. Llegaron al Ministerio. Los centinelas no las tenían todas consigo. Un camisa vieja se acercó a la verja y pidió hablar con la persona de más jerarquía presente. Al parecer no había nadie. Nadie les recibió. Un oficial les dijo que allí no estaba nadie autorizado para la recepción. Los rostros de decepción eran patentes. Los curiosos, quizás rejillos Opus, sonreíamos —veladamente, claro, no fuera a ser que...—. Desconcierto. Diversas voces de órdenes. ¿A dónde vamos? No lo sabían. Cualquiera que hubiera dicho en aquel momento que al Pardo, a hablar con Franco, sería seguido con devoción. La verdad es que no se esperaban aquello. Maniobra del Opus, amigo mío, le decía uno a otro. Por fin una voz dijo que a la Puerta del Sol, a la Dirección general de Seguridad. A seguir la senda de diciembre del 70.

Las calles están vacías. Las aceras llenas. Al paso de la comitiva alguna persona levanta el brazo... «como en los viejos tiempos», y la gente le mira con cierto desprecio. Los muchachos de Blas siguen adelante, banderas desplegadas. Un jovencuelo daba ahora las órdenes al estilo de la guerra, acentuando las últimas sílabas. «Muchachós, al ataque con las banderas». «Falangé: Aaaaadeeeelaaaaaaanté». «José Antooooooooooni». Los curiosos miraban la gracia de los rompeescaparatesdeliberías, de los chulosdeuniversidad —la media docena de fascistas que la Universidad tiene—, de los indeseablesdelascadenas.

Nadie les recibe tampoco en la Dirección esa. El Opus, por el momento, sigue en pie y parece que seguirá, por lo que se ve. Cantan el *Cara al Sol*, dan los gritos de rigor ya apuntados y dicen algunos mueras que uno no oyó por no acercarse a aquellas puertas donde podría ser reconocido...

Vuelta ahora por la sede del Movimiento. Allí cantan de espaldas, manifestando su desprecio y repulsa por los traidores que pueblan la secretaría.

Y vuelta al Ministerio del Ejército. Los centinelas, que pensaban que los individuos aquellos no insistirían, corren como locos para cerrar las puertas de los jardines. Ya hay, esta vez, varios jeeps y autobuses de la Policía Armada a la espera, aunque no pretenden pararlos; sólo vigilan. Varias banderas y pancartas, con sus correspondientes porteadores, se suben al estrecho pretil de la verja para estar más altas. El joven de las órdenes al estilo militar dirige: «¡Esas

banderas : aquí, más adelante ! » Y luego les habla. Su discurso dice textualmente esto :

« Camaradas, estamos aquí para gritar que viva Franco. Que el poder para el Ejército y que no queremos ni Juan Carlos, ni Sofía, ni Opus Dei. ¡ Que queremos Falange de José Antonio ! ¡¡¡ Basta del Opus !!! », etc.

Los valientes falangistas

Unos niños, casi, portan una pancarta alusiva al Opus. Un guardia armado se acerca a ellos y la pancarta desaparece. Cantan todos el *Cara al Sol* y siguen, por la Castellana, hacia la calle Génova. Allí, y ante la casa del « Fundador » repiten la farsa. Pero, antes de llegar, unos muchachos, casi niños, se acercan a hablar con un fotógrafo. Le conocían porque les había increpado antes ; eran los portadores de la pancarta alusiva al Opus y la llevaban mal extendida. El fotógrafo les había dicho con « chacota » que, caramba, que ya estaba bien de llevar mal las cosas, que le interesaban fotografías donde se leyera bien lo que ponía aquello. Y se acercaron a él para preguntarle que qué era lo que ponía la pancarta. ¿ Pero no lo sabéis ? No, claro : a nosotros, que andábamos por la calle, nos dijeron que si queríamos llevar aquello. Nos divertíamos y dijimos que sí. ¿ Pero no sois falangistas ? Que vá, hombre, ¿ estás de coña ? ¿ Y qué fue lo que os pasó con la pancarta, pues ? Nada, que el guardia que apareció en el Ministerio nos quería llevar a la cárcel. ¿ Cómo ? Sí, hombre, nos mandó que le acompañáramos ; lo que pasa es que luego le dimos pena. ¿ Y los falangistas que os rodeaban, no hicieron nada por defenderos ? Nada, hombre, se apartaron ; si llega a ser por ellos..., los muy cobardes.

Iban a casa del « Fundador » sin garbo. Caramba, es bastante triste el ver a los fascistas como alicaídos, así que el fotógrafo se acercó al de las órdenes a lo militar y el mitin y le dijo que ya no iban como en el año 40. La verdad es que era cierto. « Es que quiero las fotos para publicar en el extranjero y me da vergüenza que no os vean garbosos... » « Sí, tienes razón, es que entre los jóvenes ya no hay el sentido de milicia que había antes, ¿ sabes, macho ? : yo soy joven pero veo muchas fotos de antes y me da no sé qué ir así. Pues ordenales que lleven bien las banderas, caramba. Sí, tienes razón : ¡ Faaaaalangeeeeeé, banderás valientes ! »

Y siguieron camino arriba. Luego, por grupos, se disolvieron, después de quedar rontos pero con el orgullo en pie. « ¡ Es que nosotros tenemos muchos cojones ! », dijo el jefe de ellos o lo que sea.

Blas Piñar no estaba allí, con sus energúmenos. ¿ Por qué ? Son varias las versiones, todas de « fuentes fidedignas » :

Al parecer la manifestación, organizada por los más ultras, es decir, por Piñar y los curas preconciarios, se iba a hacer en Burgos. Enterado el Opus se adelantó y la hizo en Madrid. Eso no le sentó bien a Piñar, claro.

Al parecer la manifestación iba a ser en Burgos, pero organizada por el gobierno Opus para dar el carpetazo allí al problema MATEA. Franco dijo que no iba a Burgos. Que Madrid era el lugar ideal.

Al parecer la manifestación era para atacar a los curas « aggiornados » de la Asamblea Conjunta que tantos quebraderos de cabeza empiezan a traerle al dictador y su corte. Luego lo pensaron mejor y no le dieron el cariz religioso que en principio debía tener. No obstante dicen que en la Secretaría del Movimiento repartieron sotanas y boinas para que pareciera que muchos curas estaban con ellos...

Lo que sí parece, visto todo, es que la postura Opus se consolida a despecho de la Falange, que ya hace manifestaciones que ni con recochineo podrían salirle peor. Uno, que ha estado allí, jura que si se pone en cabeza y ordena a toda aquella horda que se vayan al Pardo a cantarle a Franco una serenata, sin duda lo harían.

Blas y los suyos, amén de los de *¿Qué Pasa?* y su celestial corte de Próceres están, por lo que se ve, de capa caída. Enhorabuena a todos. La pregunta es ahora a ver cuándo se caen los otros, que ya va siendo hora. Desde luego el tinglado se les tambalea cada vez más.

El auténtico negocio lo hicieron...

A las cuatro de la tarde Madrid seguía siendo una fiesta de cientos de personas con ganas de conocerlo. Pero la mayor, la mejor fiesta de todas, estaba en los barrios donde las señoras alegran por un ratito el cuerpo de los machos, pero reprimidos, españoles. Días así debían de ser todos, decían. No es para menos: la caravana de hombres con ansias de experiencias insólitas, ocultando su recio temple y acrisoladas virtudes hispánicas en la inmensidad de una ciudad donde es difícil que dos personas conocidas se encuentren, era larga; y fructífera, naturalmente, para las señoras que de las represiones viven. De ahí que se reconozca públicamente que los entusiasmos franquistas tienen su quintaesencia en las mujeres de vida alegre.



Lo que sí parece, visto todo, es que la postura Opus se consolida a despecho de la Falange, que ya hace manifestaciones que ni con recochineo podrían salirle peor. Uno, que ha estado allí, jura que si se pone en cabeza y ordena a toda aquella horda que se vayan al Pardo a cantarle a Franco una serenata, sin duda lo harían.

Blas y los suyos, amén de los de *¿Qué Pasa?* y su celestial corte de Próceres están, por lo que se ve, de capa caída. Enhorabuena a todos. La pregunta es ahora a ver cuándo se caen los otros, que ya va siendo hora. Desde luego el tinglado se les tambalea cada vez más.

El auténtico negocio lo hicieron...

A las cuatro de la tarde Madrid seguía siendo una fiesta de cientos de personas con ganas de conocerlo. Pero la mayor, la mejor fiesta de todas, estaba en los barrios donde las señoras alegran por un ratito el cuerpo de los machos, pero reprimidos, españoles. Días así debían de ser todos, decían. No es para menos: la caravana de hombres con ansias de experiencias insólitas, ocultando su recio temple y acrisoladas virtudes hispánicas en la inmensidad de una ciudad donde es difícil que dos personas conocidas se encuentren, era larga; y fructífera, naturalmente, para las señoras que de las represiones viven. De ahí que se reconozca públicamente que los entusiasmos franquistas tienen su quintaesencia en las mujeres de vida alegre.



El seudomarxismo en economía

Juicio crítico de «Estructura económica de España» de R. Tamames

S. Vilar: —Estructura Económica de España ha sido un libro muy bien acogido por el público. Se dice que por ahora es tu libro más importante...

R. Tamames: —La preparación de esa obra fue para mí la sedimentación de mis ideas sobre el sistema económico español, tanto observado desde un punto de vista general como en sus diferentes sectores y en el análisis de la política económica. El libro, que me costó mucho trabajo preparar, puesto que tuve que consultar más de mil obras de todo tipo, ha tenido, desde luego, su compensación, y no solamente económica por supuesto, que esto a la larga es casi lo que menos interesa, sino una compensación moral muy alta, tanto en España como en el extranjero. (Sergio Vilar, Protagonistas de la España democrática, París, 1968, p. 116.)

I. Introducción

El estudio de la «estructura económica de España» se lleva a cabo, en muchos casos, utilizando como libro de cabecera el que bajo ese mismo título ha elaborado el economista Ramón Tamames Gómez, catedrático hoy de la Universidad española¹. Este libro, que ya ha alcanzado varias ediciones, ha sido resumido y adaptado por el autor para su publicación en la colección de bolsillo de Alianza Editorial con el título *Introducción a la economía española*² y a él acuden las personas que, aunque estén interesadas en estudiar la estructura económica del país, no se sienten con fuerzas para enfrentarse con las 813 páginas del primero.

De este modo, las dos publicaciones citadas cubren un amplio mercado compuesto por personas interesadas en conocer la economía española. En este aspecto, al hacerse eco del éxito que tuvo la primera edición de la *Estructura*, el autor, en la nota preliminar a la segunda edición, se congratula de cómo «tan distintos lectores penetraron en la prosa y los estados numéricos del libro en busca de análisis de la realidad del país en que viven». Parece oportuno añadir que entre los distintos lectores estaban personas de la izquierda española que esperaban encontrar un análisis que estuviera en correspondencia con la aureola de marxista que acompañaba al nombre del autor.

Por otra parte, en el prólogo al libro de bolsillo antes citado, se señala que

1. La *Estructura económica de España*, de Ramón Tamames Gómez está publicada por la Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid. En este trabajo nos referiremos siempre a la tercera edición aparecida en 1965.

2. Para abreviar, en muchas ocasiones denominaremos simplemente *Estructura* al libro de Ramón Tamames Gómez que lleva por título *Estructura económica de España*, y «libro de bolsillo» al titulado *Introducción a la economía española*.

«para alcanzar las metas a que en definitiva aspira la mayoría de la nación —una democracia económica y política—, es absolutamente preciso que las clases y grupos sociales más avanzados refuercen su conocimiento de los mecanismos económicos que articulan nuestra sociedad [...] Si el libro tuviera una incidencia positiva en el haz de esfuerzos que hoy se despliegan en esa dirección, la ilusión que he puesto en esta obra se vería ampliamente colmada». Es decir, que en este caso el autor dedica el libro, de forma más explícita, a reforzar los conocimientos económicos de las «clases y grupos más avanzados».

Lo anterior, unido «al hecho de que —como señala J.L. Sampedro en el prólogo a la primera edición de *Estructura*— la extensa descripción aquí abarcada no puede encontrarse reunida en ninguna otra obra aislada», justifica ampliamente el que le dediquemos el presente análisis crítico.

Este trabajo se centrará más bien en el aspecto metodológico y conceptual y no en criticar aquellas cuestiones de la «extensa descripción» con las que pudiéramos no estar de acuerdo, pero que tienen escasas implicaciones políticas e ideológicas³.

Conviene anticipar que la forma de abordar los problemas es la misma en las dos publicaciones citadas, con la única diferencia que en el libro de bolsillo, quizá por dirigirse a un público más amplio, aparecen algunos puntos de carácter introductorio (por ejemplo la «Introducción al sistema productivo») que no figuran en la publicación ampliada y que, para nuestros fines, son interesantes pues aclaran las ideas que tiene el autor sobre el método de investigación.

En un libro, la primera cosa que atrae la atención del lector es el índice, que muestra los temas que se van a tratar y la ordenación de que han sido objeto. En *Estructura*, bajo un epígrafe de «Introducción», figuran los dos primeros capítulos destinados a la infraestructura y a la población. A continuación vienen 24 capítulos sobre los distintos sectores y subsectores de la producción de bienes y servicios, seguidos de dos capítulos sobre el comercio exterior, uno sobre la renta nacional, cinco sobre el marco institucional y, finalmente, cuatro sobre el desarrollo económico.

3. Existe la curiosa coincidencia de que Juan Velarde Fuertes, catedrático de Estructura económica de la Universidad de Madrid de la que fue profesor adjunto Tamames, ha escrito un artículo crítico sobre un libro que también se titula *Estructura económica de España*, cuyo autor es Antonio Verdú Santurce que fue contrincante de Tamames en su oposición a cátedra.

Suscribimos plenamente las críticas de Velarde en el citado artículo (publicado en el n.º 18 de la revista *Anales de Economía*) que dejan fuera de duda la falta de seriedad intelectual de Verdú, lo que como ha ocurrido otras veces no le impidió llegar a catedrático.

No obstante, queremos señalar que Velarde dedica las dos terceras partes de su artículo a citar en doble columna ciertos párrafos de la obra de Verdú junto con los textos de las obras de «donde evidentemente proceden». Así aparece como objetivo central de su crítica el resaltar la falta de seriedad intelectual del autor y mostrar los plagios por él realizados, mientras que el análisis del contenido del libro aparece muy en segundo plano.

En el presente trabajo crítico, seguiremos un camino radicalmente opuesto al de Velarde: como ya hemos dicho, nos centraremos en analizar el contenido de las obras comentadas con el fin de deducir su significado ideológico y político, para lo cual hemos dedicado especial atención al método seguido por el autor. En consecuencia, no haremos referencia en muchos casos a cuestiones de detalle en las que figuran interpretaciones, a nuestro juicio, erróneas o que denotan una gran pobreza intelectual, pero que no tienen una implicación clara sobre nuestro objeto de estudio.

Asimismo, nos trae sin cuidado cuáles son los trabajos en los que se ha podido inspirar Tamames para realizar las obras comentadas y si ha hecho o no las referencias oportunas pues, a diferencia del artículo de Velarde, no pretende ser el nuestro un ataque directo a la persona del autor, sino un análisis crítico del contenido de su obra.

El índice de la obra parece mostrar que el estudio de la estructura económica del país se va a llevar a cabo siguiendo el método de investigación que Marx presenta como inadecuado en su *Contribución a la crítica de la Economía política*, en los primeros párrafos que figuran bajo el epígrafe « El método en la Economía política »⁴. Es decir, que se sucede el tratamiento de los sectores de la producción y de ciertos aspectos concretos del sistema económico, sin que se dedique ningún capítulo a mostrar, partiendo de un esquema teórico serio, cuáles son aquellos aspectos de la realidad en los que hay que centrar la atención para el análisis de la estructura económica. De esta carencia resultan, por una parte, el carácter eminentemente descriptivo de los trabajos comentados cuyos capítulos, a veces, se superponen sin que se establezcan las conexiones teóricas propias de un enfoque estructural, por otra, la falta de unidad en el enfoque empleado en los distintos análisis.

En la nota preliminar a la primera edición de *Estructura*, el autor dice que « a lo largo de las cinco primeras partes del libro podrá caminar el lector a través de nuestra variada y difícil economía y guardo la esperanza que en ese largo recorrido pueda ir enriqueciendo su acervo con los elementos y datos precisos para estar en condiciones de obtener una síntesis realista de nuestra estructura económica. A consolidar esta posible síntesis está destinada la sexta parte de la obra, el estudio de cómo se ha ido perfeccionando el conocimiento de nuestra Renta nacional, de cuyas series cronológicas pueden extraerse conclusiones generales sobre el desarrollo de nuestra⁵ economía y sus tendencias; todo lo anteriormente analizado al tratar de los distintos sectores tiene su reflejo abstracto y de conjunto en la composición de la Renta nacional, en la evolución que sigue y en su distribución ».

En primer lugar, cuando en la misma nota preliminar se ha dicho que « el presente libro (de 813 páginas) es un estudio de la estructura económica de España », resulta paradójico que se espere que sea el propio lector quien haga una síntesis realista de dicha estructura con sólo haber visto los datos parciales referentes a cada uno de los sectores económicos estudiados en las cinco partes anteriores.

Por otro lado, difícilmente se puede, como pretende el autor, « consolidar esta posible síntesis » con la sexta parte de la obra en la que se expone, de forma bastante superficial, cómo han evolucionado las estimaciones de la renta nacional y algunos datos referentes a su composición y distribución. La renta nacional es, desde luego, una medida sintética de la actividad productiva de un país, pero de ninguna manera se puede aceptar que el estudio de aquélla permita obtener también una imagen adecuada de la estructura económica; países con estructuras económicas muy distintas pueden alcanzar cifras de renta *per capita* próximas. En consecuencia, este supuesto capítulo de síntesis no suple de ninguna manera la carencia antes señalada.

4. Página 227 de la edición realizada en México (1966) por la Editora Nacional.

5. No vamos a centrarnos en los detalles de redacción del texto comentado, pero la insistencia del autor en calificar de « nuestro », a lo largo de toda su obra, al sistema económico vigente y sus diversas manifestaciones, puede tener un significado que trascienda al aspecto meramente formal.

Pasamos ahora a ver la forma en que son tratados los distintos aspectos del sistema económico pues, aunque la crítica anterior fuera correcta, existen temas tan amplios como la estructura agraria, o la población, a los que se dedican varios capítulos y que podrían constituir estudios monográficos de interés para conocer la estructura económica del país.

Como hemos dicho, los dos primeros capítulos se destinan al estudio de la población y de la infraestructura. Incluyéndolos bajo el título de « Introducción ». Resulta chocante que como introducción se incluyan dos capítulos en los que se abordan ya dos temas concretos, en vez de explicar realmente lo que el autor entiende por estructura económica y cuáles son las orientaciones que se consideran básicas para su estudio. Pero el mismo autor lo explica al decir, en la nota preliminar a la primera edición, que « la Introducción se refiere a la infraestructura de nuestra economía y a la potencialidad de nuestra población. Y ello porque de los tres factores de producción que tradicionalmente se distinguen —tierra, trabajo y capital— la tierra y el trabajo son los dos elementos de partida con los que es posible la producción y la acumulación de capital; de ahí que, al plantearnos el estudio de la génesis de la renta, sea preciso el previo conocimiento de esos dos elementos, tierra y trabajo, que nosotros, en un ámbito macroeconómico, hemos pasado a denominar infraestructura y población ».

Es decir, que el autor toma como base de su investigación la vieja teoría de los tres factores de producción, inaceptable para cualquier marxista. Así, el progresismo del autor queda reducido a colocar el capital en tercer lugar y a calificar la tierra y el trabajo de « elementos de partida ». Pero una vez aceptada esta teoría de los tres factores y, en consecuencia, separado el capital de las relaciones sociales específicas que lo definen en el sentido marxista, para considerarlo sólo como « bienes de producción producidos » (*Estructura*, p. 58), en los que se ha acumulado un trabajo previo, difícilmente se pueden presentar la tierra y el trabajo como « elementos de partida » ya que no es posible la

producción sin un instrumento de producción, aunque sólo sea la mano, y sin ningún trabajo previo acumulado, aunque sólo sea en la destreza que el ejercicio repetido ha desarrollado en el trabajador.

Como luego tendremos ocasión de volver sobre este tema, pues el autor utiliza repetidas veces la teoría de los tres factores como base teórica de su investigación, continuemos viendo el tratamiento que se da a los temas de los distintos capítulos.

Dejando a un lado, por el escaso interés que para nuestros efectos tiene, la descripción de la infraestructura del país, empecemos por el capítulo destinado a la población.

II. Estructura demográfica

Después de una serie de divagaciones filosóficas señalando que « en economía como en las demás actividades humanas todo hay que referirlo al hombre, a la población », el autor entra en materia al abordar el tema de la población absoluta y su evolución. Para ello, presenta un cuadro con los datos de la población que figuran en los censos realizados en el país. Realmente sería aquí el momento de analizar a fondo estos datos y sacar conclusiones sobre el modelo de evolución que ha seguido la población española en comparación con el modelo al que se han ajustado las poblaciones de otros países europeos y relacionarlo con la evolución del sistema económico. Pero estos problemas importantes no son tocados ni siquiera de refilón. Veamos, sin embargo, cuáles son las agudas conclusiones a las que llega el autor en este apartado: « El aumento continuado de la población que se refleja en el cuadro n.º 2 tiene una serie de consecuencias para nuestra economía. Si nuestro nivel de vida ha de mantenerse, el ritmo de crecimiento de la renta nacional debe ser por lo menos igual al que sigue el desarrollo de la población [...] La expansión demográfica crea, desde luego, una serie de problemas económicos; pero estos serían todavía más graves si la población en vez de crecer disminuyera. » (*Estructura*, p. 11.) Como vemos, las « consecuencias » económicas de la evolución de

la población que extrae Tamames no pueden ser más pobres y superfluas.

Posteriormente, el autor aborda el análisis de la distribución de la población y pasa a estudiar su distribución por edades: «La representación gráfica de una población joven es una pirámide ancha por la base y estrecha en su cúspide [...] la pirámide de la población española es la de una población joven.» (*Estructura*, p. 15.)

Evidentemente, la pirámide, como tal figura geométrica, es siempre ancha por la base y estrecha por la cúspide, el problema está en saber cómo es de ancha o de estrecha y esto no lo dice el autor. Por ello incurre en el grave error de decir que la población española es joven, cuando en los mismos datos que transcribe del censo de 1960 el porcentaje de población de 65 años y más es el 8,3 % y supera ampliamente el límite del 7 % que se exige normalmente para definir a un país como demográficamente viejo. Aquí el autor se ha limitado a repetir la propaganda mistificadora de la realidad que se deriva de la política de expansión demográfica que ha pretendido imponer el régimen franquista y cuyo fracaso se niega a reconocer, pues este envejecimiento de la población viene provocado por la caída de la fecundidad.

Así, en el capítulo de la población, las obras comentadas acumulan indiscriminadamente una serie de datos que son acompañados de comentarios banales o incorrectos, sin llegar a analizar seriamente la evolución demográfica que ha seguido el país ni a tratar aquellos aspectos esenciales para el estudio de la estructura económica.

III. Introducción a la producción

En la publicación ampliada, después de esta «Introducción» se pasa directamente al estudio de cada uno de los sectores de producción. Pero en el libro de bolsillo, este estudio aparece precedido de un apartado denominado «Introducción a la producción», en el que se aclaran algunos puntos de vista teóricos del autor.

«El hombre, en su aprovechamiento y transformación de los recursos naturales, realiza el proceso de producción. Cuando pasamos del plano individual al colectivo, al de toda una sociedad humana, inmediatamente se aprecian las interdependencias que relacionan entre sí las distintas actividades productivas.» (Página 35 del «libro de bolsillo».)

Aquí, Tamames, siguiendo las enseñanzas de su antiguo profesor J. Castañeda, discípulo fiel de los marginalistas, se considera en la necesidad de plantear primero el fenómeno de la producción en el plano individual para luego «pasar» al plano colectivo, social. Sin embargo, considerar «la producción por individuos aislados, fuera de la sociedad [...] es algo tan insensato como el desarrollo del lenguaje en ausencia de individuos que viven y hablan juntos»¹.

«El conjunto de esas actividades e interdependencias —continúa Tamames— es lo que podemos denominar sistema productivo. En este sentido la mejor síntesis macroeconómica de un sistema productivo nos la facilita la tabla *input-output* [...] Por tanto, para conocer el sistema productivo hemos de estudiar lo que en la tabla *input-output* llamamos sectores productivos.» (Página 35 del «libro de bolsillo».)

En este caso, el autor ha ido a elegir como síntesis del sistema productivo y punto de partida para su estudio, una representación del mismo que impide conocer las verdaderas relaciones sociales de producción vigentes. Desde luego, de poco sirve este enfoque para «que las clases y grupos más avanzados refuercen su conocimiento de los mecanismos económicos». La tabla *input-output* recoge las producciones y los consumos intermedios realizados en cada una de las ramas de producción entre las que se ha repartido previamente —atendiendo a criterios meramente técnicos— la actividad productiva de las empresas. La tabla *input-output* refleja así, de forma bastante global, la realidad técnica del sistema productivo, pero no las relaciones sociales inherentes al mismo. Por ello, no se puede a partir de este instrumento distinguir

1. Carlos Marx: Prefacio de la *Contribución a la crítica de la Economía política*, Editora Nacional, México, 1966, p. 209.

sistemas socioeconómicos radicalmente distintos ni explicar sus relaciones sociales de producción, en las que cualquier investigador serio de la estructura económica de un país debe fijar su atención.

IV. Estructura agraria

Pasemos ahora a analizar el tratamiento que se da al estudio del sector agrario, al que se dedican diez capítulos de *Estructura*. En la nota preliminar a la primera edición el autor advierte que «en el caso de la agricultura dedicamos un capítulo entero a obtener una visión panorámica de nuestra estructura agraria, lo que nos permite prescindir en los otros capítulos de la primera parte [los nueve restantes] del tratamiento particular de cuestiones realmente genéricas [...] Analicemos, pues, este primer capítulo donde, al parecer, se recogen las ideas del autor sobre la estructura agraria.

«En la primera parte del presente capítulo —aclara Tamames— estudiaremos la política agraria que se ha seguido y se sigue en España. Nos referimos sólo a la actitud del Estado frente a los problemas básicos de nuestra agricultura [...] En la segunda parte del capítulo estudiamos la actual estructura de nuestra economía agrícola.» (*Estructura*, p. 29.)

Lo primero que llama la atención es que se dedique la parte histórica a estudiar la política agraria, en vez de ocuparse de analizar la evolución histórica que ha seguido la estructura de este sector, con el fin de poder definirla con mayor perspectiva en su momento actual. No obstante, el autor se permite hacer algunas referencias a la evolución histórica de la estructura agraria:

«La desamortización no se hizo sin que nuestro campo pasara de tener una estructura feudal a tener una estructura capitalista, si bien con vestigios feudales todavía muy importantes [...]; pero el panorama social no cambió sustancialmente. En extensas zonas del país unos cientos de familias siguieron detentando la propiedad [...] A los siervos emancipados sucedieron los braceros y jor-

naleros [...]» (Página 35 de *Estructura* y página 46 del «libro de bolsillo».)

En primer lugar resulta paradójico que aun habiendo pasado —según Tamames— de una estructura feudal a una capitalista se afirme luego que «el panorama social no cambió sustancialmente». Desde luego, es imposible que un cambio semejante en las relaciones sociales de producción pudiera no producir profundas modificaciones en el panorama social. La frase siguiente explica los motivos que mueven al autor a afirmar esto: «Unos cientos de familias siguieron detentando la propiedad.» Por este camino se podría también afirmar que entre el esclavismo, el feudalismo y el capitalismo monopolista de Estado el panorama social no cambió sustancialmente, pues la propiedad se mantiene concentrada en pocas manos.

Pero pasemos a tratar el aspecto más discutible de las frases anteriormente citadas: un catedrático de estructura económica debiera saber que difícilmente se pudo pasar, como consecuencia de la desamortización, de una estructura agraria feudal a una capitalista «con vestigios feudales todavía muy importantes» cuando la estructura agraria anterior a la desamortización no era ya una estructura feudal. También es difícil de aceptar que, como consecuencia de la desamortización, «a los siervos emancipados sucedieron los braceros y jornaleros», cuando antes de la desamortización no había siervos a emancipar.

La invasión musulmana y la guerra de Reconquista impusieron unas condiciones particulares que impidieron el desarrollo del feudalismo en la península hasta alcanzar el modelo europeo. Por ello hablar de feudalismo en este caso exige hacer matizaciones importantes que pongan de relieve las diferencias existentes entre la organización social que surgió en la península y lo que normalmente se entiende por sistema feudal. Solamente en Cataluña se produjo una organización feudal estructurada de acuerdo con el modelo europeo. Para no extendernos en cuestiones que nos harían salirnos del tema, diremos que en el resto de la península estaba bastante generalizada entre los agricultores la libertad de abandonar a su señor,

siendo escaso el número de siervos de la gleba, y que en Cataluña la servidumbre se abolió legalmente durante el reinado de los Reyes Católicos, es decir, cuatro siglos antes de la desamortización. Por otra parte, si hubiera que buscar los antecedentes de los jornaleros y yunteros de los latifundios andaluces habría que fijarse más bien en la mano de obra esclava fruto de la reconquista, y en los pequeños agricultores expulsados por los rebaños.

El resultado de todo esto es que la « estructura feudal plenamente vigente todavía en la segunda mitad del siglo XVIII » (*Estructura*, p. 31), a la que se refiere Tamames, brillaba por su ausencia. Una buena muestra de ello es, además de la libertad de movimiento de la mano de obra a la que hemos hecho referencia, el gran desarrollo que había alcanzado en esa época el trabajo asalariado como se refleja en el censo de población de 1797. Según los datos de este censo, los asalariados agrarios representaban ya el 48 % de la población activa agraria en él recogida, porcentaje éste que se elevaba por encima del 50 % en las regiones donde la propiedad de la tierra estaba más concentrada, siendo en las zonas de latifundio donde las relaciones de producción capitalistas estaban más desarrolladas.

De este modo, el proceso desamortizador, y otras medidas adoptadas en el siglo XIX, favorecieron la expansión de las relaciones de producción capitalistas que ya existían anteriormente en la agricultura, al eliminar una serie de instituciones de origen feudal que frenaban su posible desarrollo. Así, los residuos feudales fueron eliminados ya en ese momento y la estructura agraria posterior no puede decirse que contara « con vestigios feudales todavía muy importantes », a no ser que se considere como tal al agricultor familiar independiente, cuyo trabajo no está todavía sometido al control del capital, y cuyo número se desarrolló también a partir de las medidas desamortizadoras con la expansión agraria y demográfica subsiguiente.

Como hemos visto, las escasas referencias que se hacen a la evolución histórica de la estructura agraria no podían ser más desafor-

tunadas y sólo se pueden explicar por el deseo del autor de exagerar de forma voluntarista unos « vestigios feudales » realmente inexistentes. En esta línea se encuentran los comentarios que hace el autor respecto al peso que la nobleza tenía en la propiedad de la tierra en la época de la segunda República: « Es interesante destacar la importancia de la concentración de la propiedad de la tierra en manos de esa parte de la aristocracia » [se refiere a los grandes de España] (página 42 de *Estructura* y página 46 del « libro de bolsillo »). A continuación presenta los datos del Instituto de Reforma Agraria referentes al número de hectáreas que eran propiedad de 99 grandes de España. Más interesante, para un adecuado conocimiento de la realidad, sería destacar que estas tierras sólo representaban cerca del 1 % de la superficie agrícola útil total y que en las provincias andaluzas, donde se concentraban estas grandes propiedades, los propietarios con título nobiliario poseían sólo el 8 % de la tierra¹. Y éste es precisamente uno de los cambios sustanciales que se produjeron en el panorama social como consecuencia del proceso desamortizador: la burguesía local y los agricultores ricos ampliaron considerablemente sus propiedades territoriales². Por otra parte, sería ilusorio pensar que en el escaso porcentaje de tierras propiedad de la nobleza se dieran formas de explotación distintas de las capitalistas cuando éstas se habían generalizado.

Todo esto tiene especial importancia para las « clases y grupos más avanzados » del país, pues una apreciación inadecuada de esta

1. Véase en este aspecto el libro de Edward Malefakis traducido recientemente al castellano bajo el título *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*.

2. A esta conclusión se puede llegar, a pesar de la penuria de trabajos sobre cómo se llevó a cabo el proceso desamortizador en cada provincia, observando la gran importancia que cobraron en épocas posteriores los propietarios sin título nobiliario. No obstante, las escasas investigaciones concretas existentes sobre el tema confirman también esta idea. Así, Francisco Simón Segura, en su obra titulada *Contribución al estudio de la desamortización en España. La desamortización en la provincia de Gerona*, Madrid, 1969, señala que no figura ningún poseedor de título de nobleza entre los adquirentes, siendo éstos en su mayor parte comerciantes, hombres de negocios y de profesiones liberales, así como algunos propietarios agrícolas, lo que le hace concluir que en esa provincia « la clase media fue la consumidora de la desamortización » (p. 23).

realidad les puede llevar a distraer su atención en echar abajo el fantasma de unos residuos feudales inexistentes propugnando, entre otras cosas, como objetivo básico de una reforma agraria el acceso de arrendatarios y aparceros a la categoría de propietarios, al considerarlos como representantes actualizados de los antiguos siervos de la gleba. Así, bajo el título de «Directrices básicas para la Reforma agraria en España», se lee: «Un objetivo básico de la Reforma agraria debe ser la supresión de la figura del propietario no cultivador directo, es decir, de los terratenientes que tienen sistemáticamente sus tierras en arrendamiento o aparcería, la gran proporción de tierra cultivable en esa situación es un freno fundamental para la mejora de las fincas. Debería prepararse un plan para la transferencia de tierras a los cultivadores no propietarios [...]» (*Estructura*, p. 69.)

Nos preguntamos si es verdad que «una cantidad de tierras tan considerable esté en arrendamiento o aparcería» (página 65 de *Estructura* y página 73 del «libro de bolsillo»), y si, en última instancia, la importancia de este problema es tal que deba figurar como «un objetivo básico de la Reforma agraria». Si consultamos las cifras del Censo agrario de 1962, vemos que el porcentaje realmente considerable es el de tierras explotadas en propiedad (73,9 %) y más considerable aún el de agricultores propietarios (80,6 %). Comparemos estos porcentajes, por ejemplo, con el 50,1 % y el 72,3 % respectivamente, obtenidos en 1963 para Francia, país en el que parece fuera de duda si se ha realizado o no la revolución burguesa y que cuenta con una agricultura más desarrollada en la que tienen todavía un peso indudable la pequeña y media explotación. Esta simple comparación nos muestra que una vez más se han desenfocado los problemas:

Por una parte, la proporción de tierras no explotadas por sus propietarios no puede considerarse, en sí misma, como «un freno fundamental para la mejora de las fincas», pues existen países capitalistas con agriculturas muy avanzadas en los que el porcentaje de tierras explotadas en propiedad es muy inferior al de España.

Por otra parte, en el campo, el objetivo básico hacia el que se debería orientar un programa revolucionario parece claro que debe ser la socialización de la tierra sin indemnización y el desarrollo de las formas de producción colectivas. Sin embargo, el autor no habla para nada de socialización de la tierra, sino que acompaña su objetivo de convertir en propietarios a los arrendatarios y aparceros, con la propuesta de expropiar con indemnización solamente aquellas fincas que se consideren mejorables, propuesta perfectamente asimilable por el sistema como lo demuestra el que el propio gobierno está dispuesto a hacer algo por este camino.

Después de un tratamiento tan poco certero como superficial de la evolución histórica de la estructura agraria, Tamames considera que «contamos ya con bases suficientes para introducirnos en el examen de la estructura actual de nuestra agricultura. Para el análisis adecuado de esta cuestión nos iremos fijando sucesivamente en los tres factores que intervienen en la producción agrícola: tierra, trabajo y capital». (Página 58 de *Estructura* y página 67 del «libro de bolsillo».)

La óptica de los «tres factores» (tan ampliamente criticada por Marx; a ella dedica un capítulo del tomo III de *El Capital*, titulado «La fórmula trinitaria») ha constituido un intento de explicación teórica de la distribución acorde con la ideología burguesa, pero pretender utilizar esta vieja teoría como base para lanzarse al estudio de la actual estructura económica, resulta una idea tan poco original como estéril.

Muestra de ello es que en los tres apartados en los que el autor pretende estudiar «la estructura actual de nuestra agricultura» (y que se dedican respectivamente al análisis de los «factores»: tierra, trabajo y capital) lo único que llega a estudiar son las manifestaciones más superficiales de esta estructura en cada uno de los tres aspectos mencionados, pero en ningún caso llega a descubrir las relaciones sociales subyacentes en que se basa y menos aún su posible evolución. El análisis típicamente ahistórico en el que desemboca este tratamiento no requiere, por supuesto, ningún estudio previo de la evolución histórica de la estructura agraria, justi-

ficando así el carácter meramente anecdótico y descriptivo de la parte histórica anterior.

Por si no había quedado clara la adhesión de Tamames a la vieja teoría de los tres factores, insiste en que «la tierra, el trabajo y el capital son los tres factores de producción en la agricultura. En realidad las dosis de trabajo y capital aplicadas a una hectárea de tierra nos dan una cantidad determinada de producto, que se denomina rendimiento por hectárea. El rendimiento crece al aumentar la dosis de trabajo y capital hasta un determinado punto, en que comenzará a ser decreciente. En España, en la mayor parte de los cultivos y zonas estamos aún en la región de los rendimientos crecientes y, por tanto, los rendimientos pueden aumentarse aplicando mayores dosis de trabajo y capital y mejorando la técnica». (Página 70 de *Estructura* y páginas 77 y 78 del «libro de bolsillo».)

Nos gustaría que el autor nos dijera cuáles son los países en los que los rendimientos pueden no aumentar, e incluso comienzan a decrecer, aplicando mayores dosis de trabajo y capital y mejorando la técnica. Desde luego se vería bastante apurado. Un catedrático de la estructura económica debería saber que la teoría de los rendimientos decrecientes de la tierra, que tuvo su importancia en las elaboraciones teóricas de la economía política inglesa del siglo XIX, se vio ya a finales de ese siglo completamente refutada por los hechos. Así uno de los problemas que hoy plantea la agricultura en los países capitalistas más desarrollados viene originado porque el continuo incremento de los rendimientos en el sector agrario hace que la producción de alimentos aumente más deprisa que la demanda, apareciendo cada vez mayores excedentes de productos que el mercado interior es incapaz de absorber y cuya exportación dificulta la protección de precios que suele existir. Además, una muestra de que este comportamiento ascendente de los rendimientos se mantendrá, es que la simple aplicación generalizada de las innovaciones técnicas hoy existentes en la agricultura elevaría los rendimientos de forma espectacular en cualquier país. Por ejemplo, en un estudio realizado por D. Bergmann³ se mues-

tra que, si se emplearan las técnicas actuales más modernas, la agricultura francesa podría abastecer a una población de 75 millones de habitantes con una superficie agrícola útil de una extensión de 11 a 12 millones de hectáreas inferior a la actual.

Sin embargo, Tamames, ignorando todas estas realidades bastante conocidas, presenta el hecho de que la agricultura española esté «aún en la región de los rendimientos crecientes» como una excepción que le daría amplias ventajas sobre la agricultura de otros países que han salido ya de esa «región». Esto es el resultado de aplicar un esquema de razonamiento microeconómico a un análisis macroeconómico para el cual no sirve, con el fin de exagerar los posibles efectos benéficos que resultarían de las medidas propuestas por el autor.

Se cierra la parte destinada al estudio de la estructura agraria con un apartado sobre el producto neto de este sector, en el que se presenta un cuadro con datos de la producción final y las exportaciones por grupos de productos, que se considera que «nos ofrece una vista panorámica de nuestro sector agrario, que estudiamos en detalle a lo largo de los capítulos IV a XI» (página 73 de *Estructura*). Así, en los siguientes capítulos, sin tratar ya de las cuestiones «genéricas» sobre la estructura agraria, que se consideran analizadas, se aborda el estudio de cada producto o grupo de productos haciendo más bien referencia a los resultados del proceso de producción (valor de la producción, hectáreas cultivadas, su distribución geográfica, etc.) que a las condiciones en que realmente se desenvuelve dicho proceso.

V. Estructura de la industria

Después de haber visto cómo el autor ha estudiado, o mejor dicho cómo no ha estudiado, la estructura agraria pasemos a analizar el tratamiento que da a la industria. En

3. D. Bergmann: «Présentation sommaire des travaux en cours pour l'élaboration d'un modèle d'une agriculture française très fortement modernisée», INRA, enero de 1969.

este caso aparece también un capítulo general seguido de otros destinados a los problemas concretos de cada industria.

En primer lugar se observa que tanto el título del capítulo general como su contenido son menos ambiciosos que en el caso de la agricultura. En la parte destinada a la agricultura el capítulo general se titulaba «Política agraria y estructura agrícola española», ahora se titula «Política de industrialización» a secas. Otra diferencia es que ahora ningún epígrafe incluye la palabra estructura ni promete un análisis de la misma. De este modo los títulos de los epígrafes se ajustan más a su contenido, que es una exposición eminentemente descriptiva de la evolución de la política industrial en España. No obstante, existen algunos intentos de explicar la realidad que merece la pena comentar.

Así, el primer apartado del capítulo general se titula «Causas del retraso de nuestra industrialización». Este es un tema que podría ser interesante; veamos cómo lo aborda el autor.

«Se ha explicado el distinto grado de desarrollo industrial por la existencia de una serie de factores que, según sea su extensión e intensidad, precisamente en ese momento inicial impulsan o frenan todo el proceso subsiguiente. Estos factores son: espíritu de empresa, técnica, capital real (conjunto de recursos productivos y energéticos), capital financiero (necesario para financiar la movilización de los recursos reales y cubrir el fallo de alguno de los restantes factores) y nivel de demanda.» (Página 241 de *Estructura* y 139 del «libro de bolsillo».) Seguidamente, Tamames se lanza a explicar las «causas del retraso de nuestra industrialización» a partir de este esquema teórico, discutiendo la mayor o menor importancia que estos cinco «factores» tuvieron en el país.

En primer lugar, hay que hacer notar la falta de seriedad que supone el que, tanto en la nota preliminar del autor como en la parte destinada a la agricultura, se diga, como hemos visto, que para el estudio de la estructura se tomaría como punto de partida el enfoque de los tres factores de producción, mientras que ahora se introduce otro, igual-

mente estéril, de cinco factores que se toma prestado de una publicación citada al pie de página. Desde luego, no merecía la pena acudir a autores extranjeros para tomar este enfoque que ya había sido criticado por Marx pues, entre otras cosas, conduce «a la tautología de que la riqueza se produce con más facilidad según que, subjetiva y objetivamente, sus elementos existan en mayor proporción»¹. Por otra parte, siendo el «espíritu de empresa», la «técnica», el «capital» real o financiero, y el «nivel de demanda», todos ellos resultado del desarrollo industrial del país, difícilmente se puede explicar a través suyo los orígenes del propio desarrollo industrial sin caer en una tautología. Así, por ejemplo, decir que en Inglaterra la industrialización se anticipó por la temprana existencia de esos factores, cuando fue más bien la temprana industrialización la que anticipó la existencia de los mismos, es una simpleza. Pero veamos cómo aplica Tamames este enfoque al caso español.

«Mientras el espíritu de empresa, entendido en sentido amplio, estaba a finales del siglo XVIII enormemente desarrollado en naciones como Inglaterra y Holanda, en nuestro país parecía haber decaído extraordinariamente después de las empresas de conquista y evangelización del Imperio a lo largo de los siglos anteriores. Pero aún en esa época el genio español se manifestó en empresas militares y religiosas y en la busca de riqueza metálica, pero casi nunca en auténticas hazañas económicas.» (Página 242 de *Estructura* y página 139 del «libro de bolsillo».) Decir que en los países que estaban, a finales del siglo XVIII, en plena revolución industrial el «espíritu de empresa» estaba, en esa misma época, muy desarrollado mientras que en otros países donde ese proceso no se había iniciado todavía, el «espíritu de empresa» estaba poco desarrollado es una banalidad escasamente explicativa. Y decir que a lo largo de los dos siglos anteriores «el genio español se manifestó en empresas militares y religiosas y en la busca de la riqueza

1. Prefacio de la *Contribución a la crítica de la Economía política*, México, 1966, p. 212.

metálica, pero casi nunca en auténticas hazañas económicas» es una falsedad, pues en esa época de apogeo de las doctrinas mercantilistas la obtención de «riqueza metálica» era la hazaña económica por excelencia. ¿Por qué el espíritu de empresa decayó en vez de desarrollarse adaptándose a las nuevas exigencias del desarrollo industrial capitalista? Contestar a esta pregunta exigiría estudiar las verdaderas «causas del retraso de nuestra industrialización», en vez de asignar pura y simplemente a la decadencia de tal «espíritu» el papel de causa.

«En cuanto al segundo de los factores citados, el estado de la técnica, en la época en cuestión, nuestra situación no era más afortunada que para el primero.» (Página 242 de *Estructura* y página 140 del «libro de bolsillo».) Veamos ahora el silogismo que construye el autor para «demostrar» el bajo nivel técnico a que se encontraba el país. La técnica «consiste en el conjunto de procedimientos y recursos de que se sirve la ciencia; la ciencia precede casi siempre a la técnica, y si nuestro desarrollo científico ha sido escasísimo, necesariamente lo ha tenido que ser también el de la técnica». (Página 242 de *Estructura* y página 140 del «libro de bolsillo».) Se acaba la discusión de este segundo «factor» con una cita de Ramón y Cajal en la que se señala que «España es un país intelectualmente atrasado», e insistiendo sobre que «el país estaba sumido en una profunda ignorancia».

Hay que señalar que la premisa de partida del silogismo es inadecuado, pues lo que se está discutiendo es, en todo caso, el nivel de desarrollo técnico del proceso productivo, pero no las técnicas de investigación científica. Respecto a la segunda, hay que reconocer que las excepciones fueron importantes, pues, en la época de la revolución industrial, una buena parte de las innovaciones técnicas se debieron a empresarios y hombres prácticos ligados al proceso de producción, y no a científicos². Finalmente la afirmación de que «nuestro desarrollo científico ha sido escasísimo», de lo que sin duda las propias obras del autor son un exponente actualizado, le permite concluir que «necesariamente lo ha tenido que ser también el de la técnica».

Así, mediante el empleo de este sofisma se pretende demostrar cómodamente el «escaso desarrollo de la técnica» sin tener que complicarse la vida estudiando a qué nivel se encontraba éste realmente.

Por otra parte, si bien es cierto que el desarrollo de la producción capitalista exige un cierto nivel de desarrollo de la técnica, lo importante es explicar cuáles fueron precisamente las circunstancias que permitieron durante la revolución industrial la aplicación generalizada de innovaciones técnicas ya existentes³ así como la aparición de otras nuevas.

«Respecto al tercer factor, el capital real, nuestro país contaba con recursos nada despreciables, pero también las lagunas existentes eran muy importantes [...] Por otra parte, para aprovechar el capital real (recursos naturales)⁴ eran necesarios un espíritu de empresa y un desarrollo técnico del que carecíamos, así como unas disponibilidades de capital financiero con las que no contábamos.» (Página 243 de *Estructura* y página 141 del «libro de bolsillo».)

Aquí, Tamames parece haber olvidado la terminología que él mismo introdujo anteriormente, pues llama «capital real» no al «conjunto de bienes de producción producidos» (página 58 de *Estructura* y página 67 del «libro de bolsillo») sino a los recursos naturales que en la primera parte de la obra denominó «tierra», o que «en un ámbito macroeconómico hemos pasado a denominar

2. Un ejemplo típico de invento realizado sobre el mismo proceso productivo y sin investigación científica previa, fue el de la apertura automática de la válvula de la máquina de vapor que permite el acceso del vapor al cilindro; en las primeras máquinas de vapor su apertura se realizaba manualmente, tirando de una cuerda, para lo que se solía emplear mano de obra femenina o infantil. Un niño ocupado en tan simple tarea cayó en la cuenta de que si ataba la cuerda al extremo de la biela de la máquina, esta labor se realizaba de forma automática y podía abandonar transitoriamente su trabajo, apareciendo así este invento de indudable importancia.

3. José Luis Sampedro, en su libro *Las fuerzas económicas de nuestro tiempo*, pone de manifiesto cómo ciertas innovaciones técnicas importantes habían sido descubiertas en épocas muy anteriores al momento en que se generalizó su aplicación, pero no habían prosperado por encontrar un medio social desfavorable para ello.

4. El paréntesis es del autor.

infraestructura»⁵ y a cuyo estudio se dedica el primer capítulo de los libros comentados. Como hemos visto, el autor reconoce que, en este punto, el país «contaba con recursos nada despreciables», que paradójicamente importaban otros países más industrializados, por lo que se ve obligado a hacer recaer sobre la carencia o escasez de los otros factores citados la culpa de no haberse «aprovechado» los recursos naturales.

«El capital financiero o recursos monetarios con los que movilizar los recursos reales y financiar el desarrollo industrial (y fundamentalmente los medios de pago frente al exterior) no existía en cantidades suficientes en España a mediados del siglo XIX.» (Página 243 de *Estructura* y página 241 del «libro de bolsillo».)

Ahora, al hablar de «capital financiero o recursos monetarios» (que son dos cosas distintas pero pasemos esto por alto) el autor habla de «mediados del siglo XIX», cuando España ya había perdido la mayor parte de sus colonias, en vez de referirse al siglo XVIII como lo hacía con el factor «espíritu de empresa». Así, se permite ignorar el hecho de que mediante el sistema colonial, la metrópoli española había recibido importantes remesas de metales preciosos americanos. ¿Qué pasó con estos cuantiosos «recursos monetarios» que no sirvieron de base a la futura expansión industrial del país? Este problema, que preocupa a los historiadores, no encajaba en el esquema de los «cinco factores» empleado esta vez por Tamames.

«Finalmente, faltaba en España el quinto elemento necesario para el desarrollo industrial: un nivel suficiente de demanda.» (Página 244 de *Estructura* y página 142 del «libro de bolsillo».)

Como es sabido el «nivel de demanda», lo mismo que el «capital financiero», se amplían con el desarrollo de la producción capitalista y a su vez permiten recomenzar el ciclo productivo para niveles cada vez más elevados de demanda y capital, por lo que resulta estéril separarlos del proceso productivo para considerarlos como causas de su desarrollo, desembocando así en una discusión banal del tipo de si fue antes el huevo o la gallina.

Pero más importante aún que la esterilidad de este enfoque de los «cinco factores», es que conduce a conclusiones reaccionarias. En efecto, considerar que el desarrollo económico se puede explicar en función de la importancia de ciertos factores aislados lleva lógicamente a la conclusión de que los países en los que escasean estos factores —sea porque su territorio no disponga de ciertos recursos naturales o porque sus pueblos no cuenten con un determinado espíritu— están incapacitados para desarrollarse. De ahí a hablar del carácter superior de ciertas naciones o razas y del inferior de otras no hay más que un paso.

Llegado a este punto, parece como si el autor hubiera recibido una llamada de su subconsciente, pues intenta poner a salvo su progresismo introduciendo un factor más: el político.

«La explicación del retraso de la industrialización en España hecha hasta aquí bien puede parecer un tanto simplista e incluso «mecanicista». Indudablemente es preciso completarla con un componente más de carácter político [...]» (Página 244 de *Estructura* y página 144 del «libro de bolsillo».)

Los errores y limitaciones en que incurren los razonamientos comentados y que se derivan, como hemos visto, de haber adoptado el esquema teórico de los cinco factores, no se pueden subsanar por el mero hecho de introducir un componente más: el político. Desde luego, resulta paradójico que en los dos libros que pretenden estudiar la estructura económica se empleen métodos tan claramente antiestructurales, como el de explicar la industrialización de un país a través del estudio de una serie de factores que se estudian aisladamente.

En el epígrafe siguiente sobre «El mecanismo del desarrollo industrial hasta 1936», el autor continúa utilizando el mismo esquema teórico criticado: sólo el cambio en el «componente político» y «la afluencia del exterior de los elementos de los que más fuertemente carecíamos: espíritu de empresa,

5. Nota preliminar del autor a la primera edición de *Estructura*.

técnica y capital [...] » permitieron « el arranque del proceso de industrialización ». (Página 246 de *Estructura* y página 145 del « libro de bolsillo ».)

Un libro de estructura debería estudiar, asimismo, las modificaciones que este proceso de industrialización del siglo XIX había producido en la estructura económica del país. Veamos cómo Tamames no necesita más que tres líneas, que no merecen comentario, para sintetizar estas modificaciones, concluyendo así este apartado: « En la segunda mitad del siglo XIX se produjeron, pues, importantes transformaciones de estructura, de las cuales unas regiones (las de la periferia norte y noreste) salieron mejor que otras (interior y periferia sur). Sin embargo, el saldo total fue económicamente favorable. » (Página 248 de *Estructura*; en el « libro de bolsillo » no se hace referencia a las « transformaciones de estructura » resultado de la industrialización.) El resultado es que el lector se queda sin saber cuáles fueron esas « importantes transformaciones » y cuál fue el « saldo » total favorable.

Respecto al desarrollo industrial durante la primera parte del siglo XIX, el autor afirma que « hasta ahora el único medio con que contamos para apreciar la evolución del desarrollo industrial [...] es el índice general de la producción industrial elaborado por el Consejo de Economía nacional, para el período que media entre los años 1906 y 1936 ». (Página 250 de *Estructura* y página 148 del « libro de bolsillo ».) Esta es la forma en que Tamames se justifica por no realizar ningún estudio de la estructura industrial durante ese período, limitándose a la simple presentación y comentario del citado índice. Es lamentable que el autor no haya permitido a los lectores de la edición de bolsillo contemplar la evolución de tan precioso índice, al comentarlo con las mismas palabras que en la edición ampliada, pero sin presentar sus cifras.

Así, llegamos al epígrafe « Los principios básicos de la industrialización desde 1939 a 1959: la política de autarquía », que va seguido de otros destinados al « Mecanismo de las leyes industriales de 1939 », el « Instituto Nacional de Industria » y « El ritmo de

nuestro desarrollo industrial de 1939 a 1959 ». Parece pues que el autor se va a centrar en el estudio de ese período, en el que entró en juego un nuevo marco institucional cuyas consecuencias económicas exigirían un análisis detallado, imprescindible para poder explicar la evolución posterior del sistema.

Entre las consecuencias económicas más inmediatas cabe destacar que el nuevo marco institucional favoreció un proceso de acumulación de capital, que canalizó hacia ciertos sectores considerados prioritarios.

Por una parte, se acentuó la explotación de la clase obrera limitando los aumentos de salarios, que se regían por las Reglamentaciones que dictaba el Ministerio de Trabajo, y frenando las reivindicaciones obreras mediante los sindicatos oficiales. A su vez, se realizaba una política monetaria claramente expansiva, que amplió desmesuradamente la liquidez de la banca permitiéndole, mediante el sistema de banca mixta, financiar con facilidad las inversiones de las empresas que estaban ligadas a ella. Esta política monetaria originó elevaciones de precios muy superiores a las de los salarios, favoreciendo así el proceso de acumulación de capital a costa del poder adquisitivo de la clase obrera, cuya subsistencia se trató de asegurar con el racionamiento de los productos alimenticios básicos.

Por otra parte, la intervención del Estado en la asignación de recursos (a través de la contingentación de las importaciones, las leyes de fomento y protección de la industria nacional y el Instituto Nacional de Industria) centrada principalmente en el desarrollo de ciertos sectores « estratégicos », permitió la aparición de muchas empresas en ramas de producción cuyo desarrollo anterior había impedido o limitado el juego de las fuerzas del mercado. Así, la creación o el desarrollo de una serie de industrias, cuya importancia es hoy innegable, tiene su origen en esta política (por ejemplo, las refinerías de petróleo, la producción de energía eléctrica, la fabricación de abonos químicos, la construcción de barcos...). De este modo, el panorama industrial del país cambió sustancialmente al reducirse la importancia relativa de industrias que, como la textil catalana, habían

gozado de gran tradición en el proceso de industrialización anterior.

Hacer un balance de las consecuencias económicas de la política de este periodo exige establecer un esquema teórico que abarque el conjunto de medidas e instituciones y defina el papel que en realidad han jugado en los aspectos que acabamos de mencionar: la acumulación de capital y, especialmente, su distribución, pues esta última se ha revelado esencial para lograr el primer impulso hacia el desarrollo capitalista de un país. Sin embargo, el autor trata estas medidas e instituciones en capítulos distintos y sin que los ponga en relación a través de ningún esquema teórico. Así, en el apartado que dedica al estudio de la industrialización en ese periodo señala que « parece que debería incluirse, asimismo, una amplia referencia al mecanismo de financiación del desarrollo industrial; pero el desarrollo industrial — teoriza Tamames — es sólo una parte del desarrollo económico general, que comprende el de la agricultura, los servicios y la vivienda. Más bien parece, por tanto, que al mecanismo de financiación debe dársele un tratamiento conjunto para evitar duplicaciones en el capítulo XXXI [...] » (Página 719 de *Estructura*.)

Pero nos vamos al capítulo XXXI titulado « El sistema financiero » y nos encontramos con una mera descripción de las instituciones financieras sin que se haga siquiera referencia al papel que dichas instituciones jugaron en el « mecanismo de financiación industrial ». Solamente en el capítulo XXX (y no en el XXXI) titulado « La política monetaria » (e inexistente en el libro de bolsillo) se describe el carácter expansivo de esta política durante la década del cuarenta, sin que sirva de base a reflexiones teóricas en los aspectos antes señalados. También se pasan por alto las importantes consecuencias que para la ampliación del control de la banca sobre la actividad industrial tuvo el que « en 1947 se juzgó conveniente ir a una política de restricción de créditos elevando paulatinamente los tipos de interés y regulando, a través de normas dirigidas por el Ministerio de Hacienda al Consejo Superior Bancario, la distribución de créditos. A la aplicación de esta

política siguió el cierre de numerosas empresas [...] » (Página 639 de *Estructura*.) Y —añadiremos nosotros— la caída de otras muchas bajo el control de la banca, que alcanzó entonces el lugar preponderante que hoy ocupa en el sistema económico⁶.

Asimismo, si se acude al capítulo XXXIV, titulado « Los precios », se puede apreciar que en su apartado « La política de precios desde 1936 a 1959 » tampoco existe ninguna referencia al papel que jugaron los precios en el proceso de acumulación antes mencionado. El autor critica simplemente las subidas de precios, señalando que « durante el periodo comprendido entre 1936 y 1959, la política de precios fue realmente inexistente si por tal se entiende aquella que tiene como fin auténtico estabilizar los precios poniendo para ello los medios oportunos ». (Página 719 de *Estructura*.) Aquí el autor pretende juzgar la política de precios de ese periodo con el esquema teórico propio de la política monetaria que se aplica en los países capitalistas desarrollados, en los que se intenta mantener la estabilidad económica aunque sea a costa de reducir su ritmo de desarrollo.

Si vemos el apartado que se titula « La regulación política de los salarios », en el capítulo dedicado a « La política social », nos encontramos con que se describe el sistema de regulación oficial de los salarios sin que se hable para nada de su influencia sobre la acumulación de capital. Consideremos las teorizaciones que hace Tamames y que, en este caso, como en otros que hemos tenido ocasión de observar, dificultan el análisis de la realidad, además de llevar a planteamientos reaccionarios.

« Como se sabe —dice Tamames— el nivel de salarios reales depende verdaderamente de dos cuestiones: en primer lugar, del volumen de la renta nacional, y, en segundo término, de la relación de la distribución de la renta entre capital y trabajo. Por ello para poder elevar los salarios reales no hay más caminos que elevar la productividad y la producción y actuar sobre la estructura social. Todos los aumentos que no se deban a una de estas dos razones conducen a alzas de

6. Véase Juan Muñoz: *El poder de la Banca en España*, Madrid.

precios, con el resultado final de que el aumento de salarios queda neutralizado por el incremento de los precios. Esto ha sido lo ocurrido en España: desde 1939 las elevaciones de salarios han sido neutralizadas en su mayor parte por las elevaciones de los precios.» (Página 702 de *Estructura*.)

La primera afirmación es una banalidad, pues viene a decir que el resultado de un reparto depende de lo que hay que repartir y de la forma en que se reparta. También se observa una vez más la falta de homogeneidad en el enfoque del autor, ya que después de haber utilizado tan profusamente la teoría de los «tres factores» de producción en la primera parte de sus obras, ahora, al hablar de la distribución, olvida uno de ellos quedándose sólo con el capital y el trabajo.

Respecto a la segunda, decir que todos los aumentos de salarios que no se deban a aumentos en la productividad o a modificaciones en la estructura social conducen a aumentos de precios y acaban siendo neutralizados por éstos, equivale a aceptar que, en ausencia de modificaciones en la estructura social, los aumentos de salarios deben supeditarse a los de la productividad si no se quiere que se vean neutralizados por los aumentos de precios. Y esta necesidad de supeditar los aumentos de salarios a los de la productividad, es el argumento teórico generalmente utilizado por los tecnócratas al servicio del capitalismo, para mostrar la conveniencia de limitar el crecimiento de los salarios. Aparte de la endeblez teórica de este razonamiento, que no es el momento de discutir, su fallo más elemental proviene de considerar la productividad como una variable independiente, cuando en la realidad son los propios aumentos de salarios los que empujan a los empresarios a conseguir mejoras en la productividad; los bajos niveles de salarios son un elemento retardatario de la introducción de nuevas técnicas y del aumento de la productividad. Un ejemplo típico es el aumento de salarios en el campo que desencadenó el proceso de mecanización que tuvo lugar en la agricultura española durante la década del sesenta. Además, en el caso en que los empresarios no pudieran elevar la productividad del trabajo de forma que llegue

a compensar los aumentos de salarios, tampoco se podría decir *a priori* si conducirían o no a alzas en los precios pues ello depende de que las condiciones concretas del mercado sean o no favorables a ellas. Finalmente, cabe señalar, que ya existe una serie de publicaciones nada desdeñable, encabezada por las debidas a sindicalistas italianos, que muestran los resultados claramente negativos que para la clase obrera han tenido los ensayos de ligar los salarios a las variaciones de la productividad.

Pero más grave es que, después de decir que los aumentos de salarios que no se deban a aumentos en la productividad o a modificaciones en la estructura social, conducen a aumentos de precios que los neutralizan, se termina la frase señalando que «esto es lo ocurrido en España: desde 1939 las elevaciones de salarios han sido neutralizadas en su mayor parte por los aumentos de los precios». Difícilmente pueden haber conducido los aumentos de salarios a alzas en los precios, en el periodo estudiado, pues durante la década del cuarenta los salarios habían sufrido un retraso considerable en relación con los precios, retraso que consiguieron acortar con las elevaciones de salarios producidas en 1954 y 1956, alcanzando al final de la década del cincuenta los niveles reales anteriores a la guerra civil.

Después de estos incisos relacionados con el tema, volvamos al apartado que estábamos comentando sobre la industrialización en el periodo 1939-1959. En este apartado, el autor, después de decir que «el objetivo central de la política de industrialización del periodo que se abrió en 1939 fue la consecución de un elevado grado de autarquía económica», se centra en demostrar que «la autarquía es irrealizable» y que este objetivo se fue abandonando poco a poco hasta que se tuvo que «renunciar» a él. Ni siquiera se señala que el abandono de tal política fue más bien el resultado de la desaparición del aislamiento internacional a que se había visto sometido el régimen franquista y que fue, en última instancia, la base real de la «autarquía». Así, en vez de centrarse en analizar los resultados y consecuencias de esta política se cae en la crítica fácil. De este modo, los únicos resul-

tados de la política de autarquía que señala el autor son «una serie de realizaciones erróneas difíciles de corregir», tales como «las empresas antieconómicas» y «el descrédito de la empresa pública y los prejuicios generalizados contra la planificación del desarrollo económico por el Estado». «Pero además presenta el agravante de que el sacrificio soportado durante muchos años ha sido mucho menos útil de lo que se pensaba, puesto que el desarrollo industrial no ha mejorado la posición social de las clases inferiores.» (Página 253 de *Estructura* y páginas 151 y 152 del «libro de bolsillo».)

Como se ve, el análisis que el autor realiza de la política de autarquía no puede ser más pobre, y no sabemos quién podía pensar que el desarrollo industrial de ese periodo pudiera mejorar no ya los ingresos sino «la posición social de las clases inferiores». Desde luego, es normal que ocurriera lo contrario bajo un régimen político que representaba a las fuerzas más reaccionarias y que acababa de derrotar mediante una guerra civil a las organizaciones del proletariado.

Igual método se sigue en el análisis del Instituto Nacional de Industria. Se critica primero que no ha conseguido alcanzar los objetivos que de forma más o menos expresa se le habían encomendado, para finalmente señalar que si bien ha favorecido la expansión de la producción ha sido a costa de la financiación inflacionista, en detrimento del poder adquisitivo de los trabajadores. Después de sugerir una serie de reformas para este Instituto, el autor termina señalando que «sólo así podría conseguirse restaurar el elevado prestigio que la empresa pública necesita en España para cumplir sus tres fundamentales cometidos: desarrollo de las producciones básicas, actuación frente a los monopolios y redistribución de la renta». (Página 261 de *Estructura* y página 160 del «libro de bolsillo».) Aquí hay que puntualizar que el papel que juegue la empresa pública en España, al igual que ocurre en otros países, depende fundamentalmente de la correlación de fuerzas políticas a que responde el gobierno que se sirve de ella. Por eso resulta utópico pretender que sólo con «una revisión a fondo» del Instituto Nacional

de Industria la empresa pública podría alcanzar los objetivos que le encomienda el autor.

El estudio de la industrialización en el periodo 1939-1959 se cierra con un apartado sobre «El ritmo de nuestro desarrollo industrial entre 1939 y 1959», en el que se presenta, como para el periodo anterior, el índice de la producción industrial. Después de constatar que en la década del cincuenta tiene lugar un desarrollo importante de la producción industrial, el autor, dando muestras de un espíritu crítico mal entendido, se apresura a aclarar que «el intenso desarrollo industrial que reflejan los índices no quiere decir que aquél haya sido debidamente planeado [...] Por otra parte, el desarrollo industrial no ha sido armónico». (Página 263 de *Estructura* y página 154 del «libro de bolsillo».)

Es decir, que en vez de explicar las contradicciones y desequilibrios producidos como parte integrante del desarrollo capitalista, se limita a criticarlos, tomando como punto de referencia un modelo abstracto de desarrollo armónico que nunca ha existido ni puede existir. Ni siquiera en un país socialista sería oportuno proponer un desarrollo armónico: una estrategia adecuada en la asignación de los recursos productivos tiene por objeto seleccionar aquellas ramas de la producción en las que por motivos económicos o políticos se desee forzar el desarrollo. En esta elección se debe tener muy en cuenta las posibilidades que brinda el comercio exterior. Un desarrollo armónico de todas las ramas productivas, a fin de evitar en lo posible las importaciones, sólo tendría razón de ser en una situación de aislamiento internacional que diera lugar a una política de autarquía como la antes criticada por el autor.

Tomando como base ese modelo de desarrollo armónico, Tamames critica la política oficial de este periodo porque «mostró una fuerte preferencia por la industria en relación con la agricultura, que se llevó a extremos poco convenientes». (Página 263 de *Estructura* y página 154 del «libro de bolsillo».) Esta afirmación muestra la ignorancia del autor de un hecho bastante evidente, a saber:

un país atrasado en trance de industrializarse tiene que desarrollar su industria más rápidamente que su agricultura y financiar en buena medida el desarrollo de aquélla con el capital acumulado en ésta, demostrando necesariamente una mayor « preferencia » por la industria.

« Finalmente —señala el autor— la intervención estatal en el establecimiento de las industrias acentuó gravemente dos fenómenos típicos de nuestra vieja estructura industrial: por un lado, la excesiva fragmentación de la industria, y por otro, la concentración excesiva y los abusos del poder económico de los grupos monopolísticos. » (Página 263 de *Estructura* y página 154 del « libro de bolsillo ».) El considerar « excesiva » tanto la fragmentación como la concentración de la industria implica que lo que se supone adecuado es un término medio, es decir, la empresa media. Esta idea concuerda con la añoranza de la empresa media y el ensalzamiento de sus virtudes que aparecen en las publicaciones de algunos autores falangistas, entre los que figura Juan Velarde, maestro de nuestro autor.

De esta forma, en vez de analizar los cauces por los que transcurrió el proceso de acumulación de capital y, en una palabra, explicar el modelo de desarrollo que siguió la economía del país y las modificaciones estructurales inherentes, Tamames intenta dar muestras de su progresismo realizando las críticas estériles que acabamos de señalar, en las que la abundancia de juicios de valor resalta su carácter acientífico.

Llegamos finalmente con el autor a la estabilización de 1959 y a la década del sesenta que trata en un apartado único titulado « Problemas actuales de la política industrial ». Como su propio nombre indica, tampoco en él se analiza la estructura económica de la industria, sino se señalan ciertos problemas de la política industrial y se presentan soluciones esquemáticas aplicables desde dentro del sistema. Así, para aumentar la productividad en la industria se aconseja « la paulatina disminución de la protección arancelaria y comercial » y « el fomento de una fuerte concentración de empresas » que « lógicamente deberá ir acompañada de su

modernización ». (Página 264 de *Estructura* y páginas 161-162 del « libro de bolsillo ».) Estos párrafos en los que se recomienda el fomento de la concentración se contradicen ostensiblemente con los de la página anterior en los que se presentaba como « fenómeno típico de nuestra vieja estructura industrial » la « concentración excesiva ». Pero el problema proviene de que el enfoque es inadecuado; un autor marxista hubiera analizado las causas de la concentración y definido a qué nivel se encuentra este proceso, sin caer en simples valoraciones de si es o no excesiva dicha concentración.

Después de llegar al momento actual mediante el infructuoso recorrido histórico que hemos comentado, el autor termina el capítulo general sobre la industria con un apartado de « síntesis » en el que desglosa el valor añadido de este sector entre las ramas de producción que lo componen.

Hemos visto cómo han quedado sin tratar toda una serie de problemas fundamentales en un enfoque marxista y cómo en muchos casos se da una visión deformada de la realidad objeto de estudio. A partir de aquí, el autor pasa a analizar cada una de las ramas de producción industrial. No haremos en nuestro estudio crítica al tratamiento que se da a todas y cada una de ellas. Nos limitaremos como botón de muestra a ver cómo se analiza la industria siderúrgica.

« Para comprender los problemas económicos de la industria siderúrgica parece imprescindible disponer previamente de algunos conocimientos de su tecnología. » (Página 347 de *Estructura*.) Con esta frase sin duda acertada, inicia el autor una introducción en la que pretende dar a conocer las ideas técnicas imprescindibles para comprender los problemas económicos de la siderurgia. Pero veamos cuál es la frase con la que concluye el apartado introductorio: « Se ha calculado que una planta siderúrgica integral, para ser eficiente, ha de tener, por lo menos, una capacidad de producción de un millón y medio de toneladas de lingote de hierro, y como tope máximo cuatro millones de toneladas, pues para dimensiones mayores disminuye la productividad, y, consiguientemente, se elevan los costes y se reducen los

beneficios.» (Página 349 de *Estructura*; en el « libro de bolsillo » el lector queda privado de esta introducción técnica.)

En primer lugar, cabe destacar que, según el autor, la producción mínima que una planta integral debe alcanzar para ser eficiente es tan baja que se aproxima más a la dimensión mínima de un solo alto horno. Pero lo más grave es que se presenta como « tope máximo cuatro millones de toneladas » aduciendo que « para dimensiones mayores disminuye la productividad y, consiguientemente, se elevan los costes y se reducen los beneficios ». Curiosa afirmación, cuando las plantas más productivas y rentables sobrepasan este « tope máximo », y cuando en Japón existe ya alguna planta cuya dimensión es el doble del « tope máximo » fijado por Tamames. La realidad es que hasta los cuatro millones de toneladas las economías de escala aumentan de forma espectacular y que a partir de esta dimensión continúan aumentando, aunque a un ritmo cada vez menor, en vez de disminuir. Un problema importante que condiciona el aumento de las economías de escala de las instalaciones es la dificultad del transporte y movimiento de materias primas a medida que aumenta la dimensión de la planta. Pero esta dificultad no establece un límite de dimensión precisa, pues mejorando la localización de las nuevas plantas, facilitando su acceso por tierra y mar y mejorando la disposición de las instalaciones para hacer más fácil el transporte interior, se asiste a un aumento paulatino de sus dimensiones. El estudio de las técnicas de producción muestra que la industria siderúrgica es un caso típico en el que las cuantiosas inversiones que se requieren y las ventajas inherentes al gigantismo de las instalaciones (que están en continuo desarrollo) favorecen notablemente la concentración empresarial y la conveniencia de mantener grandes volúmenes de producción por planta aunque se tenga que exportar una parte a precios más bajos mediante la conocida práctica del *dumping*. Evidentemente, si de verdad existiera un « tope máximo » de producción para una cifra tan modesta como cuatro millones de toneladas, la base técnica del proceso de concentración de empresas señalado sería bastante más limitado de lo

que es en realidad.

Vemos, por tanto, que el análisis que el autor realiza de la tecnología de esta industria no sirve, como pretendía, para comprender los problemas económicos de la misma. Poco importa, por ejemplo, que el autor precise que « el alto horno tiene forma de cuba », cuando después no se analizan debidamente otros problemas técnicos cuya influencia económica es tan clara como la que acabamos de señalar.

Después de otro apartado sobre « La evolución de la industria siderúrgica », que describe su desarrollo histórico en España, viene uno titulado « La actual estructura de la industria siderúrgica », que se descompone en tres subapartados dedicados a la « localización », los « problemas técnicos y económicos » y las « relaciones del sector siderúrgico con el exterior ».

Dejemos a un lado, por caer de lleno en el campo de la geografía económica, el estudio que Tamames hace de la localización espacial de esta industria. Veamos pues el destinado a los « problemas técnicos y económicos » que es el único que podría corresponder al título general analizando la estructura económica de la industria.

Este es un apartado de gran pobreza que ocupa sólo una página. En él se indica el número de empresas que comprende « nuestra industria siderúrgica »; se hace referencia a los equipos « en su mayor parte anticuados o deteriorados » y a los sistemas utilizados en « nuestra producción de acero », concluyendo, no sabemos por qué, con unos párrafos en los que se comenta el que « entre 1939 y 1958 el consumo real de productos siderúrgicos estuvo muy por debajo de su potencialidad ». En este apartado, además de no realizar un estudio mínimamente serio de la estructura económica, tampoco se analizan sus « problemas técnicos y económicos ». Esto hubiera exigido estudiar la influencia de las técnicas e instalaciones de producción sobre los costes y realizar un análisis detallado de la composición de los mismos⁷.

7. Un ejemplo del análisis de los problemas técnicos y económicos de la siderurgia que se sitúa en esta línea es el trabajo de J.M. Kindelán, publicado en *Información Comercial Española* (octubre de 1967).

Finalmente, bajo el mismo título general «La actual estructura de la industria siderúrgica» figura un tercer y último apartado dedicado a las «relaciones del sector siderúrgico con el exterior». Este apartado se limita a presentar y comentar los datos globales del comercio exterior de productos siderúrgicos sin precisar siquiera la forma en que participan en el mismo los distintos tipos de productos. En el libro de bolsillo, aparecido en 1968, el autor pretende ganar en precisión señalando en este punto que las importaciones «en su mayor parte se destinan a cubrir el déficit en la producción de los productos de base (arrabio y acero)». (Página 199 del «libro de bolsillo».) Más le valga a Tamames no haber enriquecido sus comentarios con esta afirmación, pues lo que ha ocurrido en la realidad es completamente lo contrario: las importaciones de arrabio y acero son insignificantes en comparación con las de los otros productos siderúrgicos más elaborados. Es más, como cualquiera puede comprobar en los datos retrospectivos recogidos en el segundo Plan de desarrollo, las exportaciones de arrabio han superado normalmente a las importaciones y el comercio exterior de acero en lingotes es, en los años de auge de la década del sesenta, moderadamente deficitario, mientras que las importaciones de semiproductos, bobinas y laminados alcanzaron cifras verdaderamente espectaculares, siendo sus exportaciones inferiores a las de arrabio y acero en lingotes.

De este modo, Tamames da una visión deformada de los desequilibrios existentes entre la producción y la demanda de los distintos productos siderúrgicos que se caracterizan porque mientras el país casi se autoabastece de arrabio y acero en lingotes, tiene que recurrir a importaciones masivas de otros productos siderúrgicos más elaborados.

El autor acaba su estudio de esta industria con un apartado titulado «Futura configuración de la industria siderúrgica española», en el que se dicen sin ningún análisis justificativo cosas tan asombrosas como que «frente al futuro, la actividad de las siderúrgicas privadas carece de sentido de la realidad». (Página 359 de *Estructura* y página 201 del «libro de bolsillo».) Y con-

cluye, como siempre, proponiendo las medidas que deberían ponerse en práctica para racionalizar este sector productivo: «La industria siderúrgica española debería ser nacionalizada o, como mínimo, debería ser sometida a un plan de integración de carácter coercitivo, para su expansión sobre bases económicas verdaderamente racionales.» (Página 359 de *Estructura* y página 201 del «libro de bolsillo».)

VI. Síntesis realista de nuestra estructura económica

Después de dedicar algunos capítulos al estudio de los servicios¹ y el comercio exterior, como se señalaba en la nota preliminar a la primera edición, aparece un capítulo destinado a la renta nacional, con el que se pretende «consolidar» la posible «síntesis realista de nuestra estructura económica» que se espera realice el lector después de haber visto los capítulos anteriores. Desde luego, una vez vista la forma en que el autor analiza la estructura agraria e industrial podemos dudar que por la mera lectura de estos capítulos se pueda realizar dicha síntesis y menos aún consolidarla con la lectura del capítulo destinado a la renta nacional, pues como ya señalamos al principio de este trabajo, si bien la renta nacional intenta ser una medida sintética de la actividad productiva de un país, al ser un mero resultado de ésta, no permite en modo alguno facilitar una visión sintética de su estructura.

Conviene señalar, ya que Tamames no lo hace, que la renta nacional, tal y como la definen los organismos internacionales, es un cajón de sastre en el que se incluyen valores añadidos de actividades realmente productivas junto con otros procedentes de actividades no productivas e incluso que no responden a verdaderas necesidades sociales. Así, por

1. En el estudio de los servicios realizado en *Estructura* se le ha debido olvidar a Tamames incluir el comercio interior, pues este tema no aparece tratado en ninguna parte; sin embargo, esta laguna fue subsanada más tarde cuando publicó el «libro de bolsillo», completando así la labor enciclopédica por él emprendida.

ejemplo, en la renta nacional procedente de los servicios, figuran computados valores añadidos correspondientes a actividades que además de ser improductivas tienen una utilidad social tan dudosa como puede ser la del ejército o la de la policía política.

Esta es una muestra más de que, mientras la economía política clásica diferenciaba claramente entre actividades productivas e improductivas, actualmente se intentan pasar por alto estas diferencias para esconder los despilfarros del sistema capitalista. La renta nacional resulta así un instrumento mistificador del sistema productivo en vez de ser una « síntesis realista » del mismo².

Al final del capítulo destinado a la renta nacional figura un apartado titulado « Complementariedad de la contabilidad nacional y la tabla *input-output* », en el que el autor expone las características de ambas como si se trataran de cosas distintas, cuando en realidad la tabla *input-output* no es sino una presentación detallada de la cuenta de producción de la contabilidad nacional³. Hoy está generalmente aceptada la conveniencia de que los sistemas de contabilidad nacional presenten de forma detallada la cuenta de producción mediante una tabla *input-output*; una muestra de ello es que el nuevo sistema de contabilidad nacional de las Naciones Unidas, al que deben ajustarse los países miembros, comprende la tabla *input-output*. No obstante, el presentar por separado la tabla *input-output* y la contabilidad nacional, ha sido una constante en la Universidad española que muestra la miopía de la casi totalidad de los catedráticos, que enseñan como único modelo de contabilidad nacional el Sistema Normalizado de la OCDE cuando es un sistema minimalista orientado a facilitar las comparaciones internacionales y a dar una serie de datos que sirvan de base a una política de manipulación de la demanda, abandonando así la recogida de información sobre el proceso productivo (una muestra de ello es que ni siquiera le dedica una cuenta a las empresas, como lo hace para las familias, el sector público y el exterior). Siendo los datos de la contabilidad nacional una información mucho más importante para el estudio de la estructura económica que

las cifras de la renta nacional, más interesante hubiera sido analizar aquéllos que éstas. Pero el autor se limita a presentar los datos de dos cuentas sin más comentarios. También hubiera sido más interesante que criticar los fallos de las antiguas estimaciones de la renta nacional, el poner al descubierto la ignorancia más actualizada de la fauna de catedráticos y « expertos » que construyó la contabilidad nacional de España tomando como modelo el Sistema Normalizado de la OCDE y cometieron errores teóricos de tal envergadura, que hasta hace relativamente pocos años la contabilidad nacional española no fue aceptada por este organismo internacional. El silencio del autor sobre este punto sólo puede explicarse por su desconocimiento de estos errores —poniéndose en este caso a la altura de sus maestros— o por el deseo de no indisponerse con aquellos que la elaboraron.

VII. El marco institucional

En las dos obras comentadas se dedica una parte al « Marco institucional de la economía española ». En el libro de bolsillo, al igual que ocurrió con el tratamiento del sistema productivo, esta parte va precedida por una « Introducción general al marco institucional ». El optimismo de Tamames es notable cuando comienza diciendo que « la estructura de cualquier economía nacional viene dada por las relaciones de producción y de

2. En los países socialistas el concepto de « renta nacional » se sustituye por el denominado « producto social » en cuyo cálculo incluyen solamente los valores añadidos de aquellas actividades que consideran productivas. En Francia se ha optado por una solución intermedia, al computar sólo los valores añadidos de aquellas actividades cuyos productos se cotizan en el mercado, evitando así tener que imputar artificialmente valores añadidos a toda una serie de actividades improductivas.

3. Es decir, que aquí se vuelve también contra Tamames la crítica que su catedrático protector, el falangista Velarde, hace en contra de Verdú al señalar que « ignora al ponerlo por separado, que el sistema *input-output* es un sistema de contabilidad nacional » (J. Velarde: « Sobre la obra científica de un excatedrático de Barcelona », *Anales de Economía*, n.º 18, p. 104).

cambio que nosotros hemos estudiado en los capítulos anteriores [...]» (Página 393 del «libro de bolsillo»). Ya hemos tenido ocasión de ver que si el autor estudia algo en los capítulos anteriores no son esas relaciones de producción y de cambio, sino ciertas manifestaciones y resultados externos de las mismas.

La estructura, continúa el autor, «está rodeada de instituciones económicas que caracterizan el sistema económico en su conjunto. En este sentido, el sistema económico español es marcadamente capitalista, está decisivamente influido por su superestructura integrada fundamentalmente por la oligarquía financiera e industrial y apoyada en una serie de instituciones (derecho de propiedad de los bienes de producción, libre contratación, orden público, etc.) y de ideas y creencias dominantes». (Páginas 393 y 394 del «libro de bolsillo».)

Estos párrafos muestran una vez más que el autor carece de una base teórica seria para abordar el estudio de la estructura económica, y a la vez que pretende dárseles de progresista por el mero hecho de emplear una terminología marxizante: «estructura», «superestructura», «relaciones de producción», «oligarquía financiera e industrial»...

Según el autor, son las instituciones las que «caracterizan» al sistema económico en vez de las relaciones de producción y de cambio. Así, consigue llegar a la aguda conclusión de que «el sistema económico español es marcadamente capitalista». Desde luego no hace falta saber mucha economía para intuir esto. Y que «está decisivamente influido por su superestructura integrada fundamentalmente por la oligarquía financiera e industrial». Calificar a un grupo social (la oligarquía financiera e industrial) de superestructura no tiene ningún fundamento teórico por muy elevado que esté el grupo en la escala social.

Este tipo de planteamientos que consideran a la oligarquía financiera e industrial como una especie de sombrero que cubre la estructura capitalista del sistema dándole un carácter monopolista, permiten suponer que, una vez eliminada tal oligarquía, se puede volver a un capitalismo no monopolista en el

que los empresarios continúen detentando la propiedad sobre los medios de producción y desarrollándose «en el cuadro de un sistema que les proporcionaría garantías que hoy no poseen dentro del sistema del capitalismo monopolista de Estado»¹.

Desviar la atención de la clase obrera hacia objetivos antimonopolistas —y no anticapitalistas— constituye un engaño, pues la oligarquía industrial y financiera no es sino la capa social más representativa de la clase capitalista, que participa directamente en la explotación de la clase obrera. Su fuerza política y económica proviene de que es propietaria de una buena parte del capital que invierte, ya sea de forma directa o haciendo uso de las instituciones financieras, apropiándose así de una parte importante de la plusvalía. Al encontrarse la oligarquía enraizada en la esfera de la producción, en la que aparecen ligados a sus intereses amplios sectores de la burguesía «no monopolista» y de las clases medias, resulta imposible su eliminación sin modificar las relaciones de producción. Con esto, en realidad, no pretendemos decir nada original sino recordar la validez que a nuestro juicio tiene la tesis sostenida por Lenin de que bajo el capitalismo monopolista de Estado la única revolución social posible es la revolución socialista.

A continuación aparece una serie de capítulos destinados a «la política monetaria», «el sistema financiero», «el sistema fiscal», «la política social» y «los precios». Estos capítulos quedan reducidos a tres en la edición de bolsillo, suprimiéndose los destinados a «la política monetaria» y a «los precios». Ya hemos comentado, con motivo del análisis de la industria, algunos aspectos de estos capítulos, señalando su carácter meramente descriptivo y su tratamiento al margen de los problemas de la producción y del desarrollo económico, que los sitúan fuera de un enfoque realmente estructural. No obstante, vamos a analizar algunos puntos tratados en los mismos.

1. Santiago Carrillo: Después de Franco, ¿qué?, París, p. 119.

Al considerar que «la banca es el núcleo de la oligarquía financiera» (página 411 del «libro de bolsillo»), la política «antimonopolista» del autor se centra en propugnar su nacionalización que supone solucionaría numerosos problemas políticos y económicos:

«De la fuerte concentración de la Banca y de su intensa penetración en la economía nacional se derivan serias consecuencias políticas (dominio de la oligarquía financiera) y económicas (proteccionismo integral y desarrollo inflacionista) que obstaculizan el establecimiento en España de una democracia económica y política como base para un desarrollo socioeconómico equilibrado a largo plazo. Para superar la actual situación no existe más que un medio: retirar el control financiero de la economía de las manos privadas que hoy lo detentan mediante la completa nacionalización del crédito o en otras palabras, nacionalizando la Banca privada.» (Páginas 409 y 410 del «libro de bolsillo».)

A nuestro parecer, «la concentración de la Banca privada y su intensa penetración en la economía nacional» no puede ser considerada como causa de tan profundos males económicos, ni su nacionalización puede ser la panacea que los solucione.

Además de presentar a la Banca como la responsable de la inflación y del proteccionismo —cuando la explicación de estos dos fenómenos sobrepasa ampliamente el marco de esta institución— el autor señala como una de las causas de la estrechez del mercado de títulos en España el que «el carácter mixto de la Banca española facilita en muchos casos la financiación de las grandes empresas pertenecientes a los grupos financieros de la Banca; de otra manera se habrían visto obligadas a recurrir a la Bolsa». (Página 675 de *Estructura* y página 417 del «libro de bolsillo».) La realidad es que resulta utópico pensar que en los años que siguieron a la guerra civil la movilización del ahorro pudiera haberse realizado a través de un mercado de capitales en el que se cotizaran libremente los títulos de las empresas. Fue en estas condiciones en las que el sistema de Banca mixta sustituyó a dicho mercado y jugó un papel fundamental en la movilización del

ahorro, favoreciendo así el desarrollo capitalista a partir del cual aparecen las condiciones que permiten la ampliación del mercado de títulos. Es indudable que la Banca privada no podría haber desempeñado este papel si no llega a ser por su carácter mixto que le hacía «penetrar» en la economía nacional.

Por ello, no vemos que existan razones desde el punto de vista económico ni político para hablar peyorativamente del sistema de Banca mixta y presentar como buena, en el caso de España, la especialización bancaria tomando como modelo el de la ortodoxia anglosajona.

Pero el autor no sólo no reconoce el hecho evidente de que la Banca privada favoreció el desarrollo capitalista del sistema, sino que llega a decir que «la estructura capitalista de España está debilitada [...] por la acusada dependencia del sistema productivo de la Banca [...]» (página 479 del «libro de bolsillo»), cuando precisamente el dominio del capital financiero y su control sobre la producción en los que culmina el proceso de concentración de capital, son una muestra de que el sistema capitalista ha alcanzado un nivel de desarrollo muy avanzado, en vez de ser una muestra de su debilitamiento. Este proceso ha sido ya analizado desde perspectivas marxistas, siendo quizá el estudio más clásico el realizado por Hilffferding bajo el título *El capital financiero*. Así, una vez más, Tamames, en vez de señalar las tendencias objetivas que actúan sobre el sistema y analizar adecuadamente su influencia sobre la estructura económica, las deforma para apoyar sus ideas preconcebidas.

Nos pretende hacer creer que el sistema de Banca privada vigente en España «debilita» la estructura capitalista del país para poder presentar la nacionalización de la Banca como una medida de racionalización económica que beneficiaría al propio sistema capitalista y añadir que además «es hoy una operación perfectamente justificable no sólo por razones políticas y macroeconómicas, sino también sobre bases de racionalidad económica a nivel de empresa». (Página 410 del «libro de bolsillo».)

Tampoco se puede aceptar que la nacionalización de la Banca solucione por sí misma los problemas económicos y políticos del

país. En los países capitalistas en los que —como Francia e Italia— los grandes Bancos han sido nacionalizados, no sólo se siguen planteando problemas económicos similares a los de los otros países capitalistas, sino que la oligarquía financiera sigue también jugando un papel dominante en la sociedad al mantener su control sobre los medios de producción.

Para la nacionalización de la Banca hay que recordar lo que ya señalamos al comentar el caso del INI y es que el papel que juegue la empresa pública depende de las normas de comportamiento que le dicte el gobierno. Así, al igual que ha ocurrido en Francia o en Italia, la mera nacionalización de la Banca española no supondría en sí misma un cambio de base del sistema, sino que sería asimilada por éste como cualquier otra nacionalización o reforma parcial.

En todo caso, consideramos utópico pensar que un gobierno que represente los intereses de la oligarquía financiera vaya a dejarse convencer por Tamames de la racionalidad y conveniencia que para el sistema capitalista supondría la nacionalización de la Banca hasta el punto de llevarla a la práctica. Y si el autor pretendiera dar consejos sobre las medidas a adoptar después de la toma del poder por fuerzas revolucionarias que en la situación actual sólo podrían tener un carácter socialista, es importante precisar que, en este caso, la nacionalización de la Banca debería ir acompañada de la nacionalización de la gran industria que es precisamente donde se encuentra la base del poder económico y político de la oligarquía, teniendo así que adoptar necesariamente medidas anticapitalistas para eliminar su influencia.

VIII. El desarrollo económico

El autor termina las dos obras comentadas con una parte destinada a «La planificación del desarrollo» que en la edición de bolsillo va precedida de una introducción, como ocurrió con los espacios dedicados a «la producción» y al «marco institucional».

«Creo —dice Tamames en esta introducción— que como colofón de este libro merece la pena plantearse cuál es el modelo de desarrollo hoy vigente, y frente a ese modelo oficial tal vez resulte interesante preocuparse por averiguar cuál sería la alternativa más racional y justa a ese modelo. Para centrar esta última investigación de nuestro trabajo, nada mejor que fijarnos en los mecanismos de planificación en España para describirlos con algún detenimiento y para someterlos a una crítica a fondo.» (Páginas 455 y 456 del «libro de bolsillo».) Analizar el modelo por el que ha transcurrido y transcurre el desarrollo económico español constituye un tema de indudable interés. Pero en esta última parte, como el mismo autor señala en los párrafos anteriores, la verdadera investigación de este tema queda sustituida por una mera descripción y crítica de los mecanismos de la planificación en España, para lo que se basa fundamentalmente en los documentos de los Planes de desarrollo. Así puede ir perfilando su «alternativa» a medida que realiza esta crítica fácil. Esta postura del autor de criticar las medidas del gobierno y sugerir otras a su juicio más acertadas es una constante a lo largo de las obras comentadas. Por ello, como hemos tenido ocasión de comprobar, en la parte dedicada a la agricultura y a la industria los análisis históricos, en vez de centrarse en el estudio de la evolución histórica de la estructura agraria o industrial, se centran en la descripción y discusión de las medidas de política agraria o industrial adoptadas. Asimismo, al final de cada capítulo se suele indicar lo que debería hacerse para solucionar los problemas en él tratados, constituyendo la «alter-

nativa» que Tamames presenta a la planificación oficial una síntesis de las medidas que propone a lo largo de sus obras.

Veamos qué sentido político tienen las medidas propuestas por el autor en esta alternativa final.

Anteriormente, Tamames ha insistido en que la evolución de la economía española «ha seguido las pautas de un desarrollo capitalista de tono más bien mediocre» (página 454 del «libro de bolsillo») y que «nuestro país no ha experimentado las transformaciones necesarias para contar con una estructura capitalista firme, con un sistema productivo moderno y con una situación de integración en la economía internacional». (Página 479 del «libro de bolsillo».) O como dice en otro sitio¹:

«En el fondo [...] en el caso español de nuestros días existe una contradicción entre las aspiraciones a un desarrollo capitalista moderno y sus premisas políticas. Hay que ser consecuentes: si se quiere un desarrollo capitalista moderno para el país, será preciso crear un marco político adecuado del cual se supriman los vestigios feudales y precapitalistas.»².

Hasta hace algunos años, la censura franquista, al impedir sistemáticamente toda objeción a la política oficial, hacía aparecer como progresista cualquier tipo de crítica que se realizara, sin pararse a pensar en su contenido. Pero cada vez aparece con más fuerza la necesidad de tomar conciencia de que muchas de estas críticas se realizan aceptando, aunque sea de forma implícita, la lógica del sistema y son completamente asimiladas por éste. Pongamos un ejemplo. Criticar simplemente la incompetencia de los planificadores señalando que la realidad no se ha ajustado a sus previsiones supone caer en la propia lógica de los planificadores, pues siendo el fin último de los proyectos y actuación de esta supuesta tecnocracia mantener la estabilidad del sistema económico vigente, la crítica de los fallos técnicos de tales proyectos y actuaciones es una labor que en otros países capitalistas con instituciones más democráticas se realiza desde los mismos organismos de planificación³.

Por supuesto, no creemos que realizar este tipo de críticas deba ser el cometido de un investigador marxista, y menos aún debe serlo el proponer medidas para enderezar los entuertos de la política oficial y posibilitar un desarrollo capitalista más «armónico» y «equilibrado» que nos lleve a un capitalismo más «moderno».

Bajo el título «La necesidad de un nuevo Plan», y a modo de «alternativa» se sugiere en el apartado final de la edición de bolsillo un conjunto de medidas para «poner a punto el potencial económico del país». Hay que señalar que a lo largo de las obras comentadas, el autor se las ha ido ingeniando para presentar todas estas medidas —incluso la nacionalización de la Banca que es la que más pudiera ir en contra del sistema— como necesarias para una mayor racionalización del mismo. Así, en el aspecto político las obras comentadas se clasifican en la línea de un reformismo socialdemócrata que pretende ser capaz de realizar una mejor gestión del propio sistema capitalista que la que realizan los representantes directos de la burguesía.

1. Nos referimos al prólogo de Tamames al libro de Arturo López Muñoz y J.L. García Delgado: *Crecimiento y crisis del capitalismo español*, sobre el que apareció una crítica en el n.º 28-29 de *Cuadernos de Ruedo ibérico*.

2. Ya hemos puesto al descubierto anteriormente los errores del autor al empeñarse en ver vestigios feudales donde no existen.

3. En el II Plan de desarrollo económico existe ya una crítica tímida de los errores de previsión en que incurrió el Plan precedente.

Este es el significado político de la alternativa propuesta por el autor. Pero aparte de la posible influencia contrarrevolucionaria que pueda tener este enfoque político reformista existe otro aspecto de importantes consecuencias negativas: las obras comentadas se utilizan con generalidad como libros de texto en la enseñanza de la estructura económica y a ellas acuden muchas personas que pretenden iniciarse en el estudio de los problemas económicos. Lo fundamental para cualquier persona que desee abordar el estudio de la estructura económica es aprender a servirse de un método de investigación adecuado. En las obras comentadas, como hemos visto, no sólo no existe una unidad en el método, sino que los enfoques parciales empleados son inadecuados, e incluso muchas veces contrarios a cualquier análisis estructural. Es más, en muchas ocasiones, el empleo de juicios de valor y la intención de justificar ideas preconcebidas sustituyen cualquier método de investigación científico, y contribuyen a dar una visión deformada de la realidad económica. Por ello, el estudio de estas obras no permite, en ningún caso, sacar una idea clara de la estructura económica del país, ni del método adecuado para investigarla.

Les queda únicamente el mérito de constituir una amplia acumulación de datos que permite al lector encontrar cuál ha sido la producción de acero y automóviles o tomates y lechugas. Pero dada la carencia de un método adecuado que permita seleccionar precisamente aquellos datos que sean esenciales para el análisis de la estructura económica, nos preguntamos si, en este aspecto, no se está compitiendo en condiciones de inferioridad con los datos más desglosados y puestos al día de los anuarios y demás publicaciones estadísticas, a los que el lector podría recurrir fácilmente ahorrándose la lectura de comentarios muchas veces banales e incorrectos y de programas políticos reformistas.

Quede por tanto claro el papel nefasto que están jugando estas obras, cuyos datos y conclusiones se ven obligados a memorizar los estudiantes.

El presente trabajo espera contribuir a la sana labor desmistificadora que está teniendo lugar en la Universidad, no sólo de profesores y catedráticos manifiestamente reaccionarios e incompetentes que se desmistifican por sí solos, sino de aquellos otros que, respaldados por cierta reputación de progresismo o competencia técnica, difunden planteamientos que no tienen nada de progresistas y carecen de un mínimo de seriedad científica.

Libros

Juan Naranco Juan Martínez Alier : **La estabilidad del latifundismo**

440 páginas (Ruedo ibérico, París, 1968).

La estabilidad del latifundismo¹ es una de las pocas que existen sobre la agricultura española en la que, además de emplear el término « relaciones de producción », se lleva a cabo un análisis profundo de las mismas. Este análisis —referido fundamentalmente a la gran explotación de la Campiña de Córdoba— ocupa un lugar central en el trabajo de Martínez Alier, ya que le permite explicar en buena medida el comportamiento y las ideas de obreros y latifundistas. Así, se llega a hacer un estudio bastante completo de la estructura social que resulta de la agricultura latifundista de esta región y a analizar las posibles tendencias al cambio que nacen en su seno.

Para conseguir esto, el autor —como él mismo señala en el prefacio— tuvo que empezar por estudiar el vocabulario y las técnicas agrícolas propias de la zona, lo que le permitió sacar el máximo partido a las entrevistas más o menos formales que realizó con empresarios y obreros agrícolas.

La primera parte del libro constituye un interesante estudio de la forma en que se traducen en la conciencia obrera los conflictos de intereses que tienen lugar en las relaciones de producción y de cómo influyen en ella la represión del régimen y la « unión » de los obreros, que a su vez resultan de tales conflictos. La forma más elevada de la conciencia obrera es la idea del « reparto » revolucionario que sigue vigente entre los obreros —a pesar de que lo consideran muy poco probable « dada la balanza de poder existente »— lo que haría posible por lo que a ellos se refiere este « reparto » de cortijos andaluces que hoy sólo podría darse dentro de un cambio revolucionario global.

También resulta interesante constatar cómo los obreros agrícolas aprecian las ventajas de la explotación de los cortijos en colectividad, al ser general en la Campiña la opinión de que sería mejor llevar a cabo el hipotético « reparto » revolucionario en forma de colectividades y no en explotaciones familiares; sólo los obreros de zonas de regadío consideran factible esta segunda posibilidad.

Después de haber estudiado cómo se encuentra presente en la conciencia obrera esta forma de disolución revolucionaria de la actual estructura, en los siguientes capítulos se analiza la postura de los latifundistas ante una serie de problemas clave que se derivan de la explotación de sus fincas, lo que permite al autor definir otras posibles vías de evo-

lución no revolucionaria por las que puede discurrir el sistema.

Tiene gran interés la discusión que se desarrolla en estos capítulos sobre los móviles que orientan las decisiones de los latifundistas y que llevan al autor a concluir que existe entre ellos un claro predominio de los móviles « rentabilistas ». Así, los resultados de esta investigación, basados en informaciones obtenidas directamente de los interesados, vienen a confirmar lo que otras veces se había supuesto por motivos lógicos: que existe una correspondencia clara entre el carácter capitalista de las relaciones de producción vigentes y la mentalidad de los latifundistas.

El paro que se da en la zona estudiada es precisamente un resultado del carácter capitalista de las relaciones de producción y de la mentalidad « rentabilista » de los grandes agricultores ya que —como dice Martínez Alier— « no se trata de señores « feudales » que se sienten constreñidos a proporcionar empleo a todos sus vasallos: son más bien capitalistas que compran el trabajo de los obreros para emplearlo en lo que resulte rentable » (p. 273). Por ello es un contrasentido decir, como ha ocurrido algunas veces, que existen importantes residuos feudales en el campo español y criticar seguidamente el paro. Este tipo de planteamientos se desmorona con facilidad ante la consistencia de los análisis de Martínez Alier: al menos en la zona estudiada brilla por su ausencia la tan traída y llevada « aristocracia terrateniente » de corte feudalizante y queda claro que los latifundistas —dispongan o no de algún título nobiliario— actúan realmente como buenos burgueses y tratan de mejorar en lo posible la rentabilidad de sus fincas.

La reliquia quizá más importante de una actitud « patriarcal », ajena a esta mentalidad « rentabilista », ha sido el sistema de « alojamiento » mediante el cual las autoridades municipales distribuían obreros parados entre los agricultores acomodados para que les dieran trabajo. Pero, según los análisis del autor,

1. Juan Martínez Alier: *La estabilidad del latifundismo. Análisis de la interdependencia entre relaciones de producción y conciencia social en la agricultura latifundista de la Campiña cordobesa*. Ruedo ibérico, París, 1968, 440 páginas, 17 ilustraciones, 6 mapas.

«en Córdoba ya hace tiempo que no se emplea el sistema de «alojamiento» [...]» (p. 254).

El resultado de todo esto es que a medida que suben los salarios los agricultores dejan de hacer una serie de labores no imprescindibles y de mejoras cuya rentabilidad es difícil de medir, o abandonan ciertos cultivos que por exigir mucha mano de obra consideran que no «traen cuenta». Es precisamente el predominio de la mentalidad «rentabilista» entre los grandes agricultores lo que lleva a una situación en la que, por una parte, hay trabajos sin hacer y podrían intensificarse algunos de los cultivos mientras que, por otra, existen obreros parados. El autor trata de evaluar a cuánto podría ascender el aumento de la producción si se utilizara adecuadamente el trabajo desempleado, pero el incremento resultante es más bien moderado, lo que le lleva a concluir que los argumentos económicos no deben ser el elemento base en la defensa de una reforma agraria revolucionaria. «Los perjudicados podrían criticar, no sin razón, una reforma agraria que se quisiera justificar por razones de tipo económico como «una operación de apendicitis para curar un resfriado», parafraseando la frase célebre; un medio desproporcionado y mal dirigido. Sería mucho más eficaz y más barato perfeccionar el servicio de extensión agraria» (p. 284). Esto pone de manifiesto la falta de base real y el carácter demagógico que tiene la postura que considera la reforma agraria como un requisito previo e indispensable para un «sano» desarrollo económico y ayuda a situar el contenido y alcance que podría tener hoy una reforma agraria en España.

El intento de los grandes agricultores de aprovechar el trabajo desempleado origina —según analiza el autor— fuerzas dentro del propio sistema latifundista que tienden a modificarla por un camino distinto del revolucionario antes apuntado. «Este —afirma Martínez Alier— no es el único camino que lleve al cambio en el sistema de producción latifundista. Hay otras fuerzas, de carácter económico, engendradas también dentro de la propia estructura, que pueden conducir a que la tierra pase a manos de quienes la trabajan. La presión sobre los costes de trabajo que proviene de la «unión» podría llevar a que los latifundistas prescindieran del uso de trabajo alquilado en el mercado de trabajo y consintieran en dar tierra a los obreros en arrendamiento o aparcería y posiblemente en venta [...] El incremento de los costes de trabajo puede también ocurrir con la ayuda de otros factores: la escasez de obreros por la emigración y el descenso en los rendimientos en el trabajo. Estos son factores que han intervenido recientemente y que han motivado un incremento de la cantidad de tierra que se da en arrendamiento o aparcería.» (p. 335).

El proceso que describe el autor en los párrafos

transcritos aparece analizado con precisión en el capítulo titulado «Medianerías y parcelas».

El ceder su tierra en arrendamiento o aparcería es la única actuación a la que se resisten los latifundistas aunque sea aconsejable por motivos de rentabilidad, debido paradójicamente a que su conciencia de agricultores empresarios se resiste a dejar la dirección de la producción en manos de arrendatarios y aparceros. Pero existen otras tendencias de gran importancia a las que el autor dedica menos atención que se desarrollan con el aumento de los salarios y que limitan la cesión de la tierra parcelada a arrendatarios y aparceros.

Una de ellas es el abandono o la sustitución de ciertos cultivos o aprovechamientos que exigen mucha mano de obra por otros que requieren menos. A esto se refiere el autor en su capítulo titulado «Los cultivos no rentables».

Otra es la sustitución de mano de obra por maquinaria y medios químicos mediante el empleo de nuevos métodos de cultivo más capitalizados. Así, por ejemplo, mientras en otra época —como señala Martínez Alier (p. 308)— en los países capitalistas más desarrollados la remolacha y el algodón se cultivaban frecuentemente con aparceros, hoy están en estos países generalmente mecanizados y ya no es posible la vuelta a la situación anterior. En estos casos la aparcería se ha mostrado como un estadio transitorio motivado por las características de los cultivos y el aumento de los costes de la mano de obra.

¿Cuál es el papel de la cesión de parcelas en aparcería y arrendamiento en el logro de la «reforma agraria» espontánea de que habla Martínez Alier?

«En el caso concreto de Andalucía, de la región de la Campiña en la provincia de Córdoba que es la que he estudiado, la «reforma agraria» espontánea no llegará. Aparte de las condiciones que impiden el cambio y que se dan vigorosamente, la emigración de los obreros al norte de España, a Francia, a Alemania, en plena expansión, es extraordinariamente intensa, como también lo es la sustitución de trabajo manual por medios mecánicos y químicos. Las necesidades de trabajo se van a reducir drásticamente, y el carácter de las relaciones sociales cambiará. Así pues, mi análisis, aunque explica lo ocurrido y lo que ha podido ocurrir en la estructura latifundista andaluza, no tiene un valor predictivo para Andalucía, debido al factor excepcional de la rapidísima despoblación que se avicina.» (p. 338).

Trataremos de apuntar algunas ideas que pueden ser de interés para completar este aspecto predictivo que el autor deja fuera de su estudio. A nuestro juicio, completar este aspecto exigiría un análisis detallado de las tendencias al abandono o sustitución de ciertos cultivos y a la introducción

de maquinaria, tendencias que resultan de la influencia de dos elementos exteriores a la estructura estudiada por Martínez Alíer: la despoblación y la existencia de nuevas técnicas.

Habría que explicar, por ejemplo, por qué los aumentos de salarios han llevado a una mecanización integral del cultivo del trigo en la gran explotación mientras que el cultivo del algodón —cuya mecanización también está técnicamente resuelta— no ha seguido este proceso, sino que se ha tendido a sustituir por otros cultivos mecanizables o a llevar su explotación en aparcería. ¿Es que muchas de las tierras que se destinaban al algodón no daban rendimientos que hicieran rentable la mecanización de este cultivo? ¿Es que los salarios no han subido lo suficiente como para empujar a la mecanización en aquellas otras tierras en las que los elevados rendimientos podrían justificarla? ¿Es, por tanto, el empleo de aparceros un estadio transitorio en estas tierras de elevados rendimientos, hasta que una mayor elevación de los costes de la mano de obra lleven a la mecanización de este cultivo? Los puntos de vista de los empresarios habrían ayudado a contestar este tipo de preguntas sobre la evolución futura de cultivos y formas de producción que modificarán sustancialmente las relaciones sociales estudiadas por Martínez Alíer.

Habría que precisar asimismo la importancia de los cultivos en los cuales podrían desarrollarse las parcelaciones en aparcería o en arrendamiento y que a primera vista parece bastante limitada.

Finalmente, nos parece oportuno señalar que, a nuestro juicio, los aumentos de salarios pueden influir de manera distinta en la decisión y forma de los latifundistas de ceder la tierra en aparcería o arrendamiento, según sean el resultado de la lucha reivindicativa de los obreros o de una despoblación consecuencia de un proceso emigratorio.

En el primer caso, al ser la «unión» de los trabajadores la que empuja al alza de los salarios y no la escasez de mano de obra, muchos obreros tratan de escapar al paro ofreciéndose a trabajar como arrendatarios y aparceros en unas condiciones que se fijan al margen de la «unión» y que resultan más beneficiosas para los latifundistas. En estas condiciones, es lógico que los latifundistas prefieran desentenderse de la explotación directa de sus fincas —evitando así tener que enfrentarse con sindicatos fuertes— y las cedan a pequeños arrendatarios o aparceros, o incluso las vendan en parce-

las. Así había ocurrido —como señala Martínez Alíer— en los años anteriores a la guerra civil.

Sin embargo, si el alza de los salarios no resulta de la presión de los sindicatos sino de la despoblación del campo motivada por la emigración, lógicamente existirá una relación más estrecha entre la evolución de los salarios y las condiciones de los contratos de arrendamiento y aparcería —dado que la despoblación disminuye también el número de posibles arrendatarios y aparceros— limitándose, en relación con el caso anterior, las ventajas relativas que suponía para los latifundistas el abandono del cultivo directo.

En esta situación se refuerzan las tendencias a la mecanización y, en los casos en que ésta no sea posible o rentable, los latifundistas tratan de luchar contra los salarios crecientes y el esfuerzo en el trabajo decreciente que las condiciones del mercado imponen, contratando los obreros a destajo aunque esto vaya en contra de la calidad del trabajo; en los cultivos en que ésta influye sustancialmente en los rendimientos, acuden al empleo de aparceros. Este es un ejemplo típico de lo que Martínez Alíer denomina «colonato rentable» en el que la remuneración del colono tiene la función de un salario con incentivo. Pero, a nuestro parecer, este tipo de aparcerías —que normalmente se contratan para cada ciclo completo de cultivo para que el aparcero no adquiera ningún derecho sobre la tierra— difícilmente podría llevar a la «reforma agraria» espontánea de que habla el autor, pues los propietarios siguen manteniendo un control pleno sobre los medios de producción.

En todo caso, no debe olvidarse que en la mayoría de los países del «tercer mundo», dadas las elevadas tasas de crecimiento demográfico que en ellos se registran, difícilmente se producirá en un futuro previsible una despoblación del campo como la que tiene lugar en Andalucía y, en consecuencia, la tendencia al desarrollo del cultivo con arrendatarios y aparceros que estudia Martínez Alíer puede tener gran importancia. Su libro apunta ideas muy interesantes para el análisis de otras zonas de latifundismo en las que se presentan problemas similares.

Pero sobre todo el libro comentado es un análisis importante de la estructura socioeconómica que se deriva del latifundismo andaluz y contribuye a desmitificar y situar en su verdadero lugar el papel que podría tener hoy una reforma agraria en España.

Miguel Cé

Esperpento ibérico ejemplar de Xavier Domingo,
en Ediciones Ruedo ibérico, París, 1971

Sin mitologías, horra, nalgueante y bruna, cual desatinada «piel de toro», con portugueses y todo, tensa hasta después del Pirineo; monocotiledónea hasta el absurdo; una España siempre decimonónica y ya casi siglo XXI, en la que «cada generación estuvo plagada de gilipollas que mataban o morían por un Viva Cristo Rey o por un me c... en Dios»; eso, con bastantes más pelos y señales, es el magistral esperpento que hoy nos brinda Xavier Domingo, casticísimo lenguaraz de un opulento «costumbrismo» renuente.

Franquistas y antifranquistas, ácratas viejos y ácratas jóvenes, comunistas de cuando la guerra u otros de más reciente promoción, gente de la ETA y clérigos de ayer y de hoy, algún enano de Las Hurdes, amén de otros vascos, catalanes o madrileños con blasón, pueblan a vuelapluma esta imperecedera, invertebrada, ibérica España, jetada en la más sazónada de las salsas.

Roger Vailland, el admirado y admirable autor de *Œil pour œil* no hubiera jugado mejor, ni más visceralmente, con la vida, obra y andanzas de esta hispánica «corte de los milagros».

«El fadri Pou i Terrades, viejo federalista de cepa decimonónica, todo metido en proclamas y manifiestos, embebido de culto al panteísmo maragallista y de entusiasmo escutista por la nueva canción catalana, cínico y soñador, me describió a la francmasonería opusdeísta como una caterva de ladrones de camino disfrazados de fraile, descendientes en línea directa de aquellas cábilas vaticanas, san Antonio María Claret y sor Patrocinio, que emponzoñaron los días isabelinos», cuenta el autor, y prosigue: «—Esos de ahora son más tecnócratas, observé.

—Oh!, exclamó. Ya lo eran, ya, de tecnócratas aquéllos también...»

Caracterial, este «opus» —bazar orgiaco sin trivialidades— no es doctrinario. Tampoco exegético ni expiatorio. Si se quiere, un estruendo mayor, una fenomenal «traca» nacional, con cantáridas de Sade donde los muñones de Paco Luchador son algo más, bastante más que un simple parche vejigatorio.

La cosa no está en que —como previene el autor— los personajes no tengan parecido con los de la realidad nacional. No. Bien lo dice por lo demás el «fadri» Pou i Terrades en el relato: «España es diferente, pero es porque desde los Reyes Católicos no ha cambiado». En otros términos, lo igual nunca se parece, sigue siendo igual.

Y si, por casualidad, a algún interesado se le ocurre parecerse a alguien, nadie dice que no llegue a encontrarse favorecido.

¡Ah, las pochass con chorizo, tocino y lomo de Jesús de Dios!, qué bien condicen con ese «mundillo beatón, sordidillo, onanista, supersticioso y hasta fascista, *made in Spain*», que en su opus-culo nos describe Xavier Domingo.

En cuanto al «dinero del Opus», allí está. Por una vez, sólo veinte milloncejos de «leandras», contantes y sonantes, en billetes tersos, verdes, con Isabel y Fernando, con yugos y flechas.

Genuinamente españoles. ¡Tremendos!

El dinero del Opus es nuestro



J. García Durán

Sobre la guerra civil española

Su gran producción bibliográfica y sus pequeñas lagunas de investigación

Desde la terminación de la guerra civil, hace 32 años, más de 12 000 libros, panfletos y artículos de revistas han sido publicados. Asimismo, el investigador tiene hoy acceso a millares de documentos.

Esta riqueza de información pudiera hacer creer que muy poco queda por hacer, en el terreno de la investigación; sin embargo, como a continuación se verá, hay muchos aspectos que no han sido investigados o esclarecidos y que, reunidos, modificarán algunas conclusiones históricas e iluminarán muchas otras todavía oscuras.

Veamos algunos ejemplos: en un documento¹ enviado al Ministerio de Negocios extranjeros de Portugal por Calheiros, embajador portugués en Londres, pide instrucciones a Lisboa sobre el hundimiento del **Fernando Poo** (barco republicano español) por la artillería del **Cidade de Macau** (cañonero portugués).

En otro documento², muy poco conocido, Oliveira Salazar pide a Vasco da Cunha, cónsul general de Portugal en la España nacionalista, que interceda ante Franco para salvar la vida de los mejicanos hechos prisioneros en el barco **Mar Cantábrico**. Para hacer esta petición más efectiva, añade: «Su Excelencia puede indicarle la circunstancia de que fue gracias a la información que nosotros le dimos, que el barco pudo ser apresado.»

Esto prueba que Portugal también prestó ayuda naval a Franco, cosa que ningún historiador ha mencionado hasta ahora.

El almirante Cervera, jefe de Estado Mayor de la flota nacionalista, dice en su libro **Memorias de guerra**, p. 60: «La campaña de los submarinos que, como legionarios [italianos] ofrecieron en la conferencia de Cádiz³, se pudo organizar con sigilo [...] Uno de ellos tuvo la fortuna de encontrar la escuadra enemiga en el fondeadero de Escombreras, sin abrigo ni vigilancia, y torpedeó el **Miguel de Cervantes**, la mañana del 22 de noviembre [1936].» La fecha es exacta, así como también lo es la de la conferencia de Cádiz (29-12-1936) que aparece en la página 28. Pero lo que ya no es tan exacto es que la acción de los submarinos italianos empezara «con sigilo» a partir del ofrecimiento italiano, hecho en tal conferencia, ya que el torpedeamiento del **Miguel de Cervantes** se realizó 38 días antes que ésta. ¿Bajo qué órdenes y por acuerdo de quién los italianos cometieron tal acción y las subsiguientes hasta la conferencia de Cádiz? Aunque estas

preguntas plantean otras muchas —éste es nuestro objeto— el ejemplo ilustra, de nuevo, la necesidad de la investigación. Esto sin entrar en la gaffa histórica de Cervera.

Al compilar documentos (más de 2 000) y establecer sus correspondientes tablas sobre **Foreign Intervention on the Sea** (obra inédita), hemos hallado que 603 barcos extranjeros han sido interferidos (apre-sados, cambiados de ruta, bombardeados, examinados, etc.) y 46 hundidos. Asimismo, 115 marineros muertos y 185 heridos. De estos barcos, solamente 29 fueron interferidos por la flota republicana y ninguno hundido.

Estas impresionantes cifras muestran cuán grande fue la participación naval extranjera —fuera ella en su inmensa mayoría de cargos— e, indirectamente, cuán grande tuvo que ser la ayuda italo-alemana portuguesa, para que tal proeza fuera posible por la escuadra nacionalista, muy inferior en número a la republicana: un destructor contra once, hasta noviembre de 1937, fecha en que Italia cedió cuatro a los nacionalistas; pero también los republicanos recibieron cinco más, terminados en los astilleros de Cartagena. Ningún submarino contra doce, hasta noviembre de 1937, fecha en que Italia les cedió dos. Tuvieron el mismo número de cruceros, tres aunque los nacionalistas tardaron algunos meses en terminar dos que estaban en construcción en Ferrol. Igualmente tuvieron un acorazado cada uno.

Estos ejemplos, a los que podrían seguir otros muchos, nos llevan a una conclusión: la mayor deficiencia, en cuanto a información e investigación, está centrada en el papel que la mar, y su dominio jugó en la guerra. Sobre todo si pensamos que España tiene muchas más millas de costa que de fronteras, y que más del 85 % de sus abastecimientos y material bélico entraron por la vía marítima. De donde puede deducirse que, por lo menos, e

1. Portugal. Ministerio dos Negocios estrangeiros. 26 de octubre de 1936. También: Foreign Office Correspondence W 14357/1964/41.

2. Portugal. Ministerio dos Negocios estrangeiros. Tel. n.º 15. 22-4-1937.

3. Conferencia a bordo del **Canarias** (29-12-1936) participando por los nacionalistas, el almirante Cervera, contralmirante Moreno y capitán de Fragata Ramón Ogamiz. Por Alemanistas el almirante Fishel y su jefe de Estado Mayor. Por Italia el contralmirante Iachino y el capitán Rossi. Este es el nombre que él se ha dado en España; el verdadero es Giovanni Rometio Ferreti.

30% de las acciones que llevaron a Franco a la victoria tuvo lugar en la mar. Sin embargo, y esto es de lo más sorprendente, no ha aparecido ni un solo libro sobre la participación extranjera en la mar. Y aun los publicados sobre las operaciones navales, que sólo indirectamente tocan la intervención extranjera, son pocos (menos de una docena), pobremente documentados y con una intención dominante: justificar y enaltecer su lado. Si se duda de este juicio, véanse los cinco mejores, cuyos autores son: almirante Cervera, almirante Moreno y Mauricio Oliveira, por los nacionalistas, y Benavides y Bruno Alonso, por los republicanos. Probarlo, como sería lo justo y académico, requeriría varios artículos; pero, si para muestra basta un botón, véanla en el relato que, más arriba, hace Cervera sobre la conferencia de Cádiz. Además, las azañas de su flota toman casi siempre un carácter a lo Popeye.

La represión es otro de los temas muy poco tratado; sobre todo en cuanto se refiere a la zona nacionalista durante la guerra, y la secuela que siguió a la terminación de ésta. Cuando decimos poco, nos referimos a las investigaciones hechas con carácter académico-histórico y no a lo mucho escrito con fines propagandísticos.

Se puede afirmar que quien mejor ha penetrado el problema, desde todos los ángulos, ha sido Gabriel Jackson en su *The Spanish Republic and the Civil War, 1931-1939*. Sin embargo, por ser una obra de conjunto resulta muy insuficiente y, además, no fue, ni es, ni será posible una labor de investigación estadística mientras en España subsista un régimen totalitario. Y ésta es, entre otras, una de las razones de su inamovilidad.

Sin embargo, el campo siempre ha estado abierto en la zona republicana y lo publicado es muy considerable; pero el verdadero problema es la selección de fuentes, aun entre aquellas que aparentan ser serias. Por ejemplo, una de las cosas que más conmovió al mundo fue «la matanza de curas».

Veamos cómo se manejaron las cifras: Paul Claudel, no un español, ni un poeta cualquiera, en su *Aux martyres espagnols*, dice: «Onze évêques, seize mille prêtres massacrés et pas une apostasie.» Juan Estelrich en *La persecución religiosa en España* da «16 750 sacerdotes asesinados». La *Carta colectiva* de los obispos (junio de 1937), dice: «Sumarán, sólo del clero secular 6 000.» La *Causa general* instruida por el Ministerio Fiscal del Tribunal Supremo, da 5 255. Esteban Bilbao, ministro de Justicia, en *El Monte Carmelo*, diciembre de 1939, p. 108, dice: «Según cifras oficiales (el subrayado es nuestro) el número de párrocos y coadjutores asesinados por los rojos es de seis mil, sin contar las elevadas víctimas del clero secular.» (Copiamos de Montero: *Op. cit.*, p. 759.) Pero el hecho es que a pesar de la seriedad de Claudel, de la carta de

los obispos, del Tribunal Supremo, del ministro y de las *cifras oficiales*, el número de los asesinados ha sido establecido por la Iglesia española en 3 935. Decimos por la Iglesia por las razones siguientes: Antonio Montero Moreno, director de *Ecclesia*, en su *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939* da, al final del libro, un índice con todos los curas y seminaristas asesinados. Dice que su información procede de las iglesias e instituciones donde éstos ejercieron. Constata su lista con las semi-oficiales de la Iglesia y su libro lleva el *nihil obstat* e *imprimatur* de ésta. El número por él dado es de 4 184; pero incluye a los seminaristas que son 249 (*op. cit.*, p. 760). Lo que, restados, da 3 935.

Como dato informativo añadiremos que, según el *Anuario Vaticano*, había en España, en 1936, 29 902 sacerdotes seculares. Siendo así el trece por ciento, que también da Montero.

Las colectividades, que tanto abundaron en la zona republicana, tampoco han sido tratadas a fondo, ofreciendo también un amplio campo de investigación.

La resistencia, u oposición al régimen, ha dejado tras sí —y añade cada día— si no grandes acciones, sí suficiente documentación (la mejor colección que existía le ha sido robada a Juan Manuel Molina, en París, hace dos años), hechos, dirigentes, sindicatos y partidos clandestinos, presos, etc. para, con todo ello, poder iniciar un amplio estudio. Sobre este tema, Sergio Vilar ha publicado un libro⁴ basado en una serie de entrevistas, recogidas en cinta magnetofónica, con cerca de un centenar de dirigentes.

El método nos parece bueno, pero la selección de las personas está muy lejos de cubrir el complejo de la clandestinidad; sobre todo, por sólo citar un ejemplo, cuando trata de Galicia, donde los cuatro entrevistados son galleguistas.

Mucha de la información no fue verificada. Por ejemplo, en su cronología (p. 34) da como fecha de la «detención en Madrid de 14 personas acusadas de ser miembros de la ANFD [Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas], entre ellas el dirigente galleguista Ramón Piñeiro», enero de 1947. Esta fecha es errónea. El hecho aconteció 13 meses antes. De esto estamos seguros por haber sido uno de ellos. También, y esto es mucho peor, hay casos en que el entrevistado no se atiene a la verdad. Por ejemplo (p. 381): «Total que [Piñeiro habla] hicimos una coalición presidida por Pou i Pagés, que era muy amigo mío, en la cual estaba presente «Unió Democrática», «Esquerra», los vascos y nosotros; y luego los republicanos, socialistas y anarcosindica-

4. Sergio Vilar: *Protagonistas de la España democrática. La oposición a la dictadura, 1939-1969*. París, Editions Sociales, 1968 [sic].

listas. Esto fue la creación de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, a la que más tarde se incorporó el Partido Comunista renunciando a su plan de «Unión Nacional».

En lo que se refiere a ANFD, esto no es verdad: Ni Piñero (galleguista) ni los vascos, ni los catalanes tuvieron la más mínima intervención en la creación de la ANFD. Más aún, cuando invitados por nosotros (éramos por entonces secretario del comité nacional de ANFD) a formar parte de ella, siempre encontraron alguna razón para rehusar. ANFD fue creada por los socialistas, republicanos y libertarios (CNT). Las primeras gestiones fueron iniciadas por la CNT y la carta constitucional fue redactada por Luque, de la CNT, en 1944.

Sigue Piñero: «Sobre todo no queríamos decidir nada contra lo que ellos [el gobierno Giral] representaban, es decir, la legitimidad. Entonces decidimos ir al extranjero.» Se refiere, en este caso, a los contactos con los monárquicos, por medio de la embajada inglesa, sostenidos por la ANFD, y la decisión de ésta de aclarar la situación, sobre las posibilidades del gobierno Giral, antes de tomar una decisión de pacto Monárquicos-Alianza. De nuevo, ni Piñero tuvo el menor contacto con estas conversaciones, ni intervino en la decisión, tomada por ANFD, de consultar al gobierno, ni tuvo ningún contacto con éste, aunque haya hablado con algún ministro. Piñero fue a París, a invitación de los vascos, para informarles de lo que ocurría. Nosotros fuimos el único representante que fue a París, en

nombre de ANFD; es decir, los partidos socialista, comunista, republicano y CNT, asistiendo a varios consejos de ministros y sosteniendo conversaciones con Giral, de los Ríos, Torres Campañá e Irujo separadamente. También con La Pasionaria⁵.

Es curioso que el autor, para presentar la muy insignificante información que da sobre ANFD y la gestión ante el gobierno, escoja la parte del libro dedicada a Galicia y, como informante, un gallego que nada tuvo que ver en todo ello.

Dada la dimensión crítica que dedicamos a este libro, pudiera parecer que salimos de la línea de ejemplos tendentes a presentar las lagunas de investigación; sin embargo, la utilizamos de esta forma para mostrar que aun en los casos en que un tema ha sido tratado, la laguna persiste por falta de exactitud, extensión y profundidad. Al mismo tiempo, y como en el ejemplo de los curas asesinos, es una advertencia para aquellos que deban seleccionar su material de investigación. Por otra parte, esto muestra un hueco: la necesidad de una historiografía, o guía selectiva, así como una lista de fondos bibliográfico-documentales tanto en Estados Unidos como en Europa que, en otro trabajo intentaremos presentar.

5. Para mayor información consúltense: J. García Durán, *Por la libertad; cómo se lucha en España, México*, Ediciones CNT, 1956.



6 libros sobre la guerra y la revolución en España

Juan Andrade Franz Borkenau : **El reñidero español. Relato de un testigo de los conflictos sociales y políticos de la guerra civil española**
245 páginas (Ruedo ibérico, París, 1971).

En todas las historias o estudios históricos sobre la guerra civil española se encuentran con frecuencia referencias a la obra *The Spanish Cockpit*, de Franz Borkenau. Sin embargo, hasta ahora los lectores españoles interesados en conocer el libro no tenían la posibilidad de llegar a él, porque editado en inglés en su primera publicación, en 1937, estaba agotado, no había versión en otras lenguas y la edición norteamericana hecha después, en 1963, era casi desconocida. Sobre todo, faltaba una edición castellana, que Ruedo ibérico ha llevado a cabo ahora, con el título de *El reñidero español*, que aunque tiene un cierto acento peyorativo en primera impresión, responde a la intención del autor y resulta expresivo.

La lectura de *El reñidero español* no hace más que acentuar la autoridad que se le concedía como documento de primera mano, y los españoles que vivieron la contienda o los que la han estudiado encontrarán en la obra un elemento básico sobre los comienzos de la guerra y de la revolución, y de su degeneración bajo el imperio del estalinismo, a pesar de que sólo comprende los hechos y su desarrollo hasta mediados de 1937, lo que es lástima.

Franz Borkenau había pertenecido al Partido Comunista alemán e incluso ocupado un cargo en la Internacional Comunista. Pero al cabo de algunos años abandonó el partido y las ideas comunistas para consagrarse por entero a la sociología. Inmediatamente de estallar la guerra civil, decidió trasladarse a España, a la «zona republicana», para conocer y estudiar directamente todo el «hecho sociológico», aunque con un amplio sentido de asimilación y comprensión y una gran simpatía no disimulada hacia la causa popular; pero también armado, indudablemente, con un espíritu crítico del desenvolvimiento de los acontecimientos y con la vasta cultura política de su formación inicial. Esto le condujo a juicios que parecen bastante distantes de unos y de otros, de desvalorización aparente de casi todo lo que presencia y enfoca, a un subjetivismo bastante negativo casi siempre, derivado de una impresión demasiado rápida de hechos a los que asiste como espectador. Esta independencia en sus observaciones es lo que hace decir a Gerald

Brenan, su prologuista americano: «Y sin embargo Borkenau no era, como él creía, un liberal democrático, sino una especie de romántico nietzscheano, que sólo llegaba a la verdad después de una lucha consigo mismo.»

El reñidero español se inicia con el capítulo titulado «Antecedentes históricos», cuyo objeto es situar los acontecimientos que se desarrollan durante nuestra guerra civil en el contexto de la propia historia de España, lo que le lleva a concluir que a pesar de que todos los partidos obreros se consideran «como especímenes españoles de movimientos internacionales, apenas puede considerarse que tengan equivalentes extranjeros». Consideración en general discutible, pero en este caso inexacta, como se vio trágicamente después, porque en nuestra época las revoluciones, por su carácter profundamente social, de lucha de clases, se dan por concepciones que responden a aspiraciones que son comunes a las dos clases en pugna, y que por lo tanto crean principios y solidaridades iguales por encima de las fronteras, independientemente de las tradiciones, temperamentos y peculiaridades nacionales.

Claro está, Borkenau tenía en cuenta, principalmente, para esta explicación, el fenómeno anarquista, que era el prevaleciente en el periodo que el autor vivió durante la revolución española. Interpretación con la cual, por otra parte, se han estrellado también casi todos los historiadores o estudiosos de la historia y la política de nuestro país; porque el caso anarquista sí que ha sido durante casi un siglo típicamente ibero, que escapaba a las «normas» internacionales, pero al que ya Marx y Engels prestaron su atención y analizaron y que Trotski, durante la guerra civil, redujo meramente a diatribas ofensivas.

El capítulo «Antecedentes históricos», a pesar de algunos errores menores (por ejemplo, decir que Salvador Seguí fue asesinado en la prisión) y de que se trata de un resumen muy somero, sirve para fijar la situación cuando él atravesó la frontera francoespañola para estudiar y tratar de comprender el desarrollo de la guerra y de la revolución y sus consecuencias. El panorama de la situación real nacional se presentaba para Borkenau así: «El

alzamiento de los generales logró aquello que ni socialistas ni anarquistas hubiesen sido capaces de lograr: en media España y en seis de las principales ciudades españolas, llevó el poder a manos del proletariado revolucionario. Se planteaban los siguientes problemas: ¿Podrían conservarlo? ¿Cómo lo utilizarían? ¿Serían más capaces que sus predecesores de descubrir una solución constructiva a los problemas que habían torturado a España durante un siglo? La formulación era bastante ingenua y demasiado fundada en la acción «espontaneísta» de las masas, porque la revolución era consecuencia precisamente de la propaganda durante un siglo de socialistas y anarquistas, que dieron a los trabajadores una conciencia social de clase, y de la actuación de sus organizaciones en el momento de producirse el levantamiento de los militares y fascistas.

El autor pasa enseguida a lo que llama «Diario revolucionario», que comprende las notas tomadas en su primer viaje, o sea del 5 de agosto, como ya hemos dicho, al 15 de septiembre de 1936. Su primera sorpresa al entrar en la frontera —llegaba impresionado por los rumores alarmantes que difundía ya toda la prensa capitalista extranjera— fue que «las cosas, lejos de ser desagradables, como todos habían predicho, se desarrollaron tan pacíficamente que parecía incluso ridículo». La llegada a Barcelona se hace sin grandes inconvenientes.

En su deseo de información, en todas partes encuentra una acogida cordial por el solo hecho de ser extranjero y de querer comprender lo que sucede por vía directa. Por parte de todos los partidos, de todas las organizaciones se trata principalmente en sus entrevistas de explicar para llegar a convencer, se admiten las preguntas, críticas y censuras; se trata también de condenar, o en otros casos de justificar los errores que se han podido cometer. Pero en Barcelona tiene también la impresión, desde el primer momento, de que se vive una verdadera revolución. La presencia de hombres armados por todas partes, es para él la manifestación gráfica del nuevo estado de cosas, como lo son también los grandes edificios ahora incautados por las organizaciones obreras.

Borkenau recoge rumores que circulan, ecos de los propósitos, que resultan a veces dispares y contradictorios, y no menos fantásticos también, como sucede durante el desarrollo de los grandes acontecimientos históricos. No obstante, el autor nos advierte igualmente, que aunque reconoce que existen estas contradicciones en su relato, ha preferido dejarlas en su libro tal y como las anotó. Y creo que hizo bien porque su lectura nos da un panorama de conjunto, vivo por directo, en medio de su ambiente natural, que no se encuentra expresado en toda su realidad en los fríos relatos de

los historiadores. Son los primeros días de una euforia completa, los grandes momentos de alegría política popular. «Todo se encontraba en estado de transición, entre el caos y el génesis.» La situación le lleva a hacerse algunas preguntas que somete a la consideración o respuesta de los representantes de las organizaciones que entre vista, y a las que otras veces él mismo se responde.

Había una que era de la más pura lógica para el observador culto política e históricamente: «¿Por qué, pregunto, no han sido creados soviets propiamente dichos (como en Asturias en 1934) constituidos con diputados elegidos directamente?» El maquiavelismo estalinista le responde: «Porque todos estamos dedicados a los problemas de orden militar.» No encuentra las contestaciones pertinentes, aunque había hallado la explicación política que buscaba interrogando al POUM, que era precisamente el que defendía la constitución de comités (o soviets) directamente elegidos; pero el autor repite varias veces (son casi las únicas alusiones a dicho partido) que «los trotskistas del POUM eran una minoría insignificante, y además... extremista».

No encontrando a esta curiosidad contestación convincente, trata de explicar personalmente el caso: «Quedo limitado a mis deducciones. Es el CNT quien está en posición de decidir si deben o no crearse soviets. Si no los hay, es probablemente porque la CNT no los quiere. Si los quisiera, UGT no podría impedirlo. Y deduzco que la actitud de la CNT se explica quizás por el hecho de que mantiene el control de las fábricas a través de sus poderosas organizaciones sindicales, y unas elecciones de tipo soviético no contribuirían en nada a su poder sino que, inevitablemente, darían a los demás partidos la oportunidad de probar su fuerza en las fábricas. También los comunistas, en la Rusia de 1917, se desinteresaron cada vez más de los soviets una vez que el partido logró controlar el país. Planteamiento del problema que contiene una menor parte de verdad y una mayor parte de errores, porque si bien la CNT se oponía a la constitución de comités o soviets como organismos de poder, esta posición se derivaba de toda su filosofía anarcosindicalista, y no a su temor de perder la influencia sindical en las fábricas, que entonces era bien sólida».

Claro está, centra sobre todo su análisis sobre las opiniones, o más bien las reacciones de los anarquistas ante el curso que seguía la revolución y la guerra principalmente en Cataluña; pero al mismo tiempo, como contraste, acude también a recoger lo que dicen los comunistas. El antagonismo práctico entre las dos concepciones que empezaba ya a manifestarse en septiembre de 1936, explicaba por anticipado su evolución ulterior. Y aunque el autor

parece adoptar una actitud neutral, aparte de algunos desaciertos de apreciación debidos a la improvisación, hay juicios de bastante buen sentido general.

Después de haberse hecho una idea de conjunto sobre el clima político y social de Barcelona, el autor hace lo que consideraba entonces obligado todo buen informador, o sea una «visita al frente de Aragón». Su descripción de la situación de los pueblos que recorre y la organización de las primeras milicias tiene mucho de pintoresco, y aunque las conclusiones que deduce son a veces bastante simplistas, el colorido con que las reviste da fuerza a la realidad de la improvisación de todo.

Entonces se le presenta la ocasión de apreciar los antagonismos entre las diversas organizaciones antifascistas y contrasta el cuadro de sus diferentes posiciones. Mejor que en Barcelona, puede conocer ocasionalmente la finalidad de la política de los estalinistas, lo que le hace decir: «La gente resulta a veces sorprendente. Miembros representativos del PSUC expresan la opinión de que no está teniendo lugar una revolución en España, y estos hombres (con quienes sostuve una discusión relativamente larga no son, como debía suponerse, viejos socialistas catalanes, sino comunistas extranjeros. España, explican, se enfrenta a una situación única: el gobierno lucha contra su propio Ejército. Y esto es todo. Insinuó el hecho de que los obreros estaban armados, de que la administración había caído en manos de los comités revolucionarios, que miles de personas eran ejecutadas sin juicio, que tanto fábricas como grandes fincas eran expropiadas y administradas por sus antiguos obreros. Si esto no era una revolución, ¿qué lo era entonces? Se me dijo que estaba equivocado; todo eso no tenía ninguna significación; eran sólo medidas de emergencia sin consecuencias políticas [...]. Me gregunto cómo es posible que los comunistas que, en todo el mundo y durante quince años, han estado descubriendo situaciones revolucionarias allí donde no había ninguna, logrando hacer con ello tremendo daño, no reconozcan una revolución ahora, cuando por primera vez en Europa desde la revolución rusa de 1917 existe de verdad.»

Después del frente de Aragón, Borkenau da un salto hacia Valencia, donde pasa dos días que le permiten llegar a la conclusión de que «desde el punto de vista constitucional Valencia puede ser considerada casi como una república soviética independiente. Pero socialmente es mucho menos soviética que Barcelona y sigue siendo una ciudad pequeño burguesa. Hay muchas menos milicias armadas que en Barcelona, menos expropiaciones y control obrero en las fábricas, menos banderas rojas y más estandartes con los colores valencianos o españoles». Visión demasiado rápida e impre-

sionista, defecto inherente a todo reportaje fulminante.

Con respecto a la relación de fuerza de las organizaciones revolucionarias, observa que predominan también los anarquistas, aunque no con el mismo peso decisivo que en Barcelona, y que los comunistas son una minoría. Estos últimos son los únicos que se someten a la **junta delegada**, la autoridad nombrada por el presidente de la República, y se lamentan porque «los anarquistas no quieren entender que tienen que obedecer; éstos quieren la independencia regional». Y el líder comunista se hace mucho más amargo al terminar diciendo: «Le digo que hubo momentos en que nos quedamos completamente solos en nuestra defensa de las órdenes de Madrid.»

En la provincia de Valencia, en Gandía, estuvo a punto de ser fusilado, según relata. Estaba hablando de problemas agrícolas con el secretario local de la UGT, cuando fue llamado aparte por cuatro hombres; después de un interrogatorio le invitaron a abandonar inmediatamente Gandía si no quería ser «eliminado». Empezaba la caza de herejes de los estalinistas contra todo extranjero, que, aunque antifascista conocido, no estuviera avalado por «el Partido», y los agentes de la Internacional comenzaban a llegar para imponer la política de Stalin. Fecha estos hechos en el 22 de agosto de 1936.

Viaje ahora a Madrid, sede entonces todavía del gobierno republicano. Su impresión primera: «Madrid brinda mucho más que Barcelona la impresión de una ciudad en tiempos de guerra, pero mucho menos la de una ciudad en medio de una revolución social.» Los socialistas predominan ampliamente, y sobre todo los pertenecientes a la fracción de Largo Caballero; pero éstos no figuran aún en el gobierno. Lo que se manifiesta en ellos por un descontento.

Alegan que hay una falta total de eficacia. El gobierno no hace nada, no organiza nada, no prevé nada. Es también la impresión general de Borkenau, al parecer. Ciertamente, hay que decir que era la expresión de una situación concreta. Se debe agregar que esto lo escribía el autor de **El reñidero español** el 27 de agosto y que el 4 de septiembre Largo Caballero presidía un gobierno de Frente Popular amplio, que de hecho facilitó la implantación absoluta de los estalinistas en todos los organismos «oficiales» de la llamada «zona roja».

Desde Madrid, pasa a visitar los frentes del sur y central, y me atrevo a decir que es la parte más expresiva de la obra, porque se relatan hechos vividos «en el terreno», directamente y con inteligencia, que no se encuentran frecuentemente en otros libros sobre nuestra guerra civil escritos por extranjeros. En el frente andaluz su visita se realiza cuando las fuerzas militares fascistas están llevando a cabo los avances inmediatos al desembarco de

moros y legionarios y realizan su rápido progreso hacia Madrid; también cuando los huidizos de los pueblos que habían caído en poder de los militares insurgentes relataban la cruel represión que seguía a la toma de cada pueblo. Esto creaba un estado de espíritu de represalias en las poblaciones, que en la forma era igualmente salvaje y sin ninguna discriminación. El autor presenció, con justo horror, algunos de estos hechos salvajes.

Pero como sociólogo le interesa estudiar cómo se va resolviendo la cuestión agraria. Durante su visita llega a la conclusión de que «sigue sin ser resuelta y que prevalece la mayor incertidumbre en cuanto a cómo hacerlo». La diferencia más notable que encuentra en la forma de hacer frente a la cuestión y a todos los problemas anexos a la revolución, se deriva de que dominan en el pueblo los socialistas o los anarquistas y de que el pueblo tenga una tradición de organización social o no. En Andújar, por ejemplo, la administración municipal continúa en su puesto, pero fortalecida por la cooperación de representantes de la UGT, de los partidos socialista y comunista y de la Juventud Socialista; es cierto que los socialistas habían ganado las elecciones municipales y que en toda la provincia de Jaén la influencia de los anarquistas era escasa.

La diferencia de concepción y propósitos en cuanto a la manera de resolver los problemas de la revolución agraria, se le hace al autor más presente cuando visita Castro del Río, en la provincia de Córdoba, que era conocido como uno de los más antiguos y fuertes centros anarquistas de Andalucía, y donde la CNT-FAI era la única organización obrera existente. Allí, la Guardia civil, unida a los caciques y a los ricos, se rebeló contra la República; este bloque reaccionario triunfó en los primeros momentos; pero la población puso asedio a los civiles, les obligó a rendirse y después de una «liquidación» general se estableció el comunismo libertario en Castro del Río.

Sobre este caso, dice Borkenau: «El punto más notable del régimen anarquista en Castro es la abolición del dinero. El intercambio monetario ha sido suprimido; la producción ha sufrido muy pocos cambios. Las tierras de Castro pertenecían a tres de los más grandes magnates españoles; todos ellos ausentes, por supuesto, han sido expropiados. El ayuntamiento local no se ha fundido con el comité, como en el resto de Andalucía, sino que ha sido disuelto, el comité ha tomado su lugar y ha creado una especie de sistema soviético. Se ha apoderado de las tierras y las administra. Estas no han sido integradas, sino que se las sigue trabajando por separado, contando con los mismos obreros empleados antes en ellas. Los salarios han sido suprimidos. Sería incorrecto decir que han sido sustituidos por una paga en especie. No existe paga de ninguna

clase; las tiendas del pueblo alimentan directamente a los habitantes.» Esto lo anotó el autor el 6 de septiembre de 1936; es lástima que no exista por lo menos que conozcamos, ningún estudio de conjunto y de carácter económico y social sobre estas diversas experiencias de aplicación de ideologías. Como también hay que sentir que Borkenau no llevase más lejos en profundidad sus inteligentes observaciones analíticas y que se limitase meramente a bosquejarlas a grandes trazos, porque podría habernos dejado un documento de grandísimo valor.

Al llegar a Montoro, el escritor se encuentra en pleno cuartel general del frente de Córdoba, cuando las fuerzas insurgentes atacaban furiosamente Pozoblanco. Es una descripción muy viva y emocionante de la confusión y desorganización, de los pánicos pero sobre todo del heroísmo en la resistencia y el ataque. La parte anecdótica, en la que particularmente se detiene bastante Borkenau en todo el libro, le da un gran valor porque hace más «visible» en cada momento la situación.

Después, vuelta a Madrid, desde donde regresa a Francia, pasando la frontera por Port-Bou el 15 de septiembre de 1936, para regresar a España a mediados de enero de 1937, en un segundo viaje que terminó el 15 de febrero del mismo año.

Durante este segundo viaje, hasta Barcelona encuentra las mismas facilidades y cordialidad que en el primero. En Barcelona, sin embargo, las primeras impresiones no son las mismas que en el primero viaje; el cambio se siente, se palpa. No se trata sólo de un cierto orden y estructuración que ha reemplazado al inevitable caos de los primeros meses, sino de la evolución que se está operando en el terreno político. Estima que «en realidad quedaban sólo dos protagonistas, los anarquistas y el PSUC».

Y es evidentemente el PSUC quien está ganando terreno. Observa que las fuerzas de éste aumentan considerablemente «gracias en parte a las nuevas afiliaciones de trabajadores manuales, pero sobre todo de los grupos de trabajadores burocráticos y pequeños burgueses [...] Los rusos, junto con su ayuda material e ideológica realizada por intermedio del PSUC, introdujeron la presión política. Obtuvieron como primer paso la disolución del Comité central de Milicias [...]» Y, sin embargo, el Comité central de Milicias, agrega, había sido la mayor avanzada creada en España, con vistas al establecimiento de un sistema soviético. Le parecía casi increíble la facilidad con que el PSUC se salía con la suya.

En su análisis de las fuerzas antifascistas en Barcelona, a pesar de algunos toques acertados en su pintura de conjunto es mucho menos cabal. Hace una reiterada inquina al POUM, que se manifiesta no sólo por errores de mucho bulto, sino por juicios

de casi mala fe, como éste: «El POUM no era realmente popular dentro de ninguna capa de la población, a causa de su actitud altanera y de, a pesar de sus reducidas fuerzas, sus pretensiones de dominio [...]». Y un escritor tan documentado y avisado como él, olvida lo que no ha dejado de hacer ninguno de cuantos historiadores han escrito sobre la guerra civil española: situar «el problema del POUM» en el plano internacional y de los procesos de Moscú.

De Barcelona pasa otra vez a Valencia, y de esta ciudad al frente de Málaga. Esta segunda parte del libro está principalmente consagrada a exponer su criterio sobre el desarrollo de la política del Frente Popular. Aparte de estimaciones que me parecen justas, en honor a la verdad hay que decir que muchas otras pecan de superficiales y ligeras, cuando no de erróneas. Pero el cambio fundamental lo advierte por el prevalecimiento que ha llegado a tener el estalinismo. La GPU ha extendido sus antenas, los extranjeros no avalados por «el Partido» están sometidos a vigilancia. Y lo que se veía venir en el libro para los que vivimos aquella época, llega y le hace exclamar: «A diferencia de mi primer viaje, fui durante el segundo constantemente molestado y obstaculizado en mi trabajo por personas que seguían mis pasos y me denunciaban continuamente. Esto no varió a partir de los primeros días. No había duda de que la diferencia se debía a la mayor influencia que los comunistas ejercían ahora con relación a la primera vez.» Y añadiremos por nuestra cuenta que seguramente era consecuencia de que la GPU, entre los dos viajes, había recibido su «sumario político» establecido por los estalinistas de su país.

El caso es que nuestro hombre termina en la cárcel y acusado expresamente de... trotsquista, de pertenecer a la tendencia hacia la cual expresaba más hostilidad en sus juicios. Espías aficionados, como él dice, todos extranjeros, le tendían la trampa, como a muchos otros.

En los interrogatorios, los agentes estalinistas tenían sólo una obsesión: conseguir el manuscrito que hubiera podido escribir, y que él había tenido la precaución de poner a buen recaudo y que hoy tenemos el placer de poder leer. Y cuenta a continuación que en los pocos días que permaneció después en Valencia tuvo una divertida experiencia que «ilustra claramente lo común que era en esa época un accidente como éste. Conté la historia de

mi arresto a un grupo de seis personas de diversas nacionalidades, algunas de ellas periodistas extranjeros que trabajaban por los intereses republicanos y otros empleados de los servicios del gobierno.

Sólo dos de ellos no habían estado nunca detenidos, y de estos dos, uno esperaba ser detenido en cualquier momento por una cuestión que no tenía nada que ver con sentimientos antirrepublicanos [...]. Tomaron el asunto en broma». Pero tuvo también ocasión de advertir que cuando salía de los interrogatorios inquisitoriales de los agentes directos del estalinismo y entraba en manos de los españoles en la comisaría o la cárcel el ambiente cambiaba: la comprensión y hasta la cordialidad se manifestaba ampliamente, porque esos elementos extranjeros eran un cuerpo extraño en el sentimiento español revolucionario, eran sólo agentes especiales de Stalin.

Borkenau, ante una situación que se presentaba ya bastante negra para él, decide partir, lo que indica que sabía prevenirse, y con razón. Así evitó, felizmente, el mes de junio de 1937 en que comenzó, en gran escala, la caza de herejes extranjeros no estalinistas, que fueron a parar a las cárceles de Barcelona o Valencia o que fueron asesinados alevosa y anónimamente en el frente o la retaguardia. Y ya fuera del horno español, se entrega a algunas digresiones sobre los hechos posteriores, que no juzga con mayor acierto político que a los que asistió durante su estancia en la zona republicana española.

En resumen, *El reñidero español* es de muy interesante lectura, a pesar de bastantes fallas. La parte de reportaje vivo en el propio terreno es una aportación importante, fundamental, para la reconstitución histórica de aquellos momentos, tanto para los que los vivimos como para los que no los conocieron. Hay observaciones muy atinadas, y sobre todo revela un estado de hecho con todas sus virtudes y males. En cambio, las interpretaciones políticas deben ser leídas con muchas reservas. Son formuladas generalmente a base de impresiones no sometidas a reflexión y frecuentemente también bajo la influencia de cuanto le decían sus informadores, sin un conocimiento suficiente de los antecedentes.

La traducción, anónima, es excelente, con todos los matices de estilo bien interpretados, por lo cual es lástima que Ruedo ibérico haya omitido hacer figurar el nombre del autor de la versión española.

J.A.

Vernon Richards : Enseñanzas de la revolución española

254 páginas (Editorial Béliaste, París, 1971).

Durante la guerra civil española, la política y la táctica llevada a cabo por cada uno de los partidos u organizaciones obreras, eran sometidas a críticas y a veces a duros ataques no solamente de sus adversarios políticos nativos, sino también por parte de algunos de sus camaradas extranjeros. Únicamente los comunistas se libraban de las censuras de los suyos, dado que seguían a la letra las instrucciones de Moscú y que éstas tenían el asenso obligado de todas las secciones de la Internacional Comunista. Pero casi todos los dirigentes de la II Internacional, por su parte, expresaban su prevención hacia la alianza estrecha en el Frente Popular de socialistas y comunistas y manifestaban sus temores por las repercusiones que la revolución española podía tener para su política burguesa en sus respectivos países, hacían presión para disminuir la « entente » e incluso para encontrar una especie de pacto para terminar la guerra civil. El POUM, al mismo tiempo que era combatido con ferocidad como trotsquista por los estalinistas, sufría los violentos ataques de Trotski que le acusaba de traición por su conducta política. Y finalmente, la CNT-FAI estuvo sometida a la crítica de muchos anarquistas específicos europeos, que estimaban que su colaboración en el gobierno y su comportamiento en la revolución significaban un abandono de sus principios filosóficos.

El libro de Vernon Richards, *Enseñanzas de la Revolución española*, corresponde a este último sector. Es lo que llama el prologuista de la obra : « Un primer intento serio de interpretación y crítica del papel desempeñado por el anarquismo en la revolución española. » Escrito a posteriori, este libro amplía y completa, con una agresividad mayor, los juicios que ya formuló en la propia España el anarquista italiano Camilo Berneri ; el autor advierte también que su trabajo no se habría podido escribir sin los tres volúmenes de José Peirats titulados *La CNT en la revolución española**, que es, efectivamente, una gran fuente de documentación. Por otra parte, por lo que parece deducirse de su propio texto, Vernon Richards no estuvo en España durante la guerra civil, ni vivió directamente los acontecimientos que enfoca ni las actuaciones que ataca tan duramente.

El autor declara que resume su planteamiento en dos proposiciones : « 1.º La alianza entre las dos organizaciones de trabajadores que constituían la vanguardia de la lucha justificaba concesiones en los ideales (objetivos finales), pero sin abandono de los principios (o sea, el control obrero) ; 2.º La

alianza con los partidos políticos en los gobiernos entrañaba el abandono así de los principios como de los ideales (objetivos finales) y de los objetivos inmediatos (derrota de Franco). »

Hay que declarar con toda objetividad, que formulado así el propósito de la obra, resulta bastante confuso. Creemos entender, y del desarrollo del escrito así se deduce, que Richards se refiere a la disparidad entre la teoría y la práctica que ofrecieron los más significados anarquistas españoles durante la revolución, a la actuación contraria a sus concepciones anteriores. Con este fin aborda las consecuencias de todas las acciones políticas resultantes de su actuación, primero en el gobierno de Cataluña y después en el gobierno central. Y Richards, como anarquista auténticamente específico y espectador, ve una traición, aunque la palabra no aparece nunca escrita.

El primer error en el juicio de Richards, en nuestra opinión, es que estima en sus consideraciones que la CNT era una organización estrictamente anarquista, y no principalmente una organización sindical, cierto que dominada e influida fuertemente por la FAI, pero con sus propias responsabilidades ante las grandes masas de obreros sindicados, que en la mayoría de los casos dirigían. Pero, por otra parte, es verdad, dio la casualidad de que los que determinaron la colaboración fueron los más significados exponentes de la ideología de la FAI en el periodo anterior a la revolución. Esto le hace concluir, de manera muy simplista, que « no se puede por menos de pensar que ciertos líderes de la CNT-FAI eran políticos en su fuero interno ». Esta prevención sobre las tendencias personales de algunos de sus camaradas españoles es una opinión inicial, en la que se puede decir que se inspiran básicamente todos sus juicios posteriores, como es la conducta de ellos hubiera sido sólo producto de una resolución individual y no la consecuencia de motivos más profundos, y en primer lugar de la propia debilidad de la ideología. La dualidad misma CNT-FAI creó una situación muy compleja para sus dirigentes ante el hecho presente y concreto de la revolución. Ya no se trataba de adoptar declaraciones de principios plenas de romanticismo filosófico para un porvenir más o menos remoto, como hacía la CNT en sus congresos o plenos bajo la influencia de la FAI, y que sus masas sindicales aceptaban

* NDR. Reedición de Ruedo ibérico, París, 1971.

por pasividad y porque no suponían ninguna consecuencia inmediata.

El 18 de julio de 1936 situó a la CNT frente a responsabilidades inmensas, que no había esperado pero que no era posible rehuir; sobre todo porque el enemigo demostró pronto que era fuerte, que estaba bien preparado y que disponía de grandes apoyos exteriores. Y entonces se manifestó terminantemente que las masas obreras confederales buscaban una actuación eficaz, una lucha sin tregua, sí, pero con posibilidades de victoria. Las posiciones anteriores de puritanismo libertario no servían para el caso, y por ello se efectuó el viraje —¡y qué viraje!— hacia una actuación política que había combatido siempre. Por otra parte, se reveló igualmente lo que dijo un anarquista hispano y que Richards cita: «Lo que algunos, muy pocos, sospechábamos hacia tiempo: que los anarquistas éramos en España, a lo sumo, unos cuantos, no muchos centenares.» Es decir, había existido un equívoco constante entre la CNT y la FAI.

Richards, en su análisis de la actuación «política» de cenetistas y faistas, centra sus censuras en la contradicción que existía entre ésta y los criterios ideológicos generales que se adoptaban en los congresos de las épocas que podríamos llamar «tiempos de paz civil». Principalmente, la aceptación del «autoritarismo, de toda disciplina en general y en particular de la militar, de la organización obligada, del sometimiento de lo individual a lo colectivo, etc; en suma, de la renuncia al respecto de las ideas libertarias e individualistas». Lo que le lleva a la conclusión de que el fracaso del anarcosindicalismo en la revolución española fue el resultado del abandono del anarquismo clásico por una actuación «política».

Y da lugar a que se soslaye la crítica que se imponía: el carácter de la acción que desarrollaron los líderes anarcosindicalistas desde el punto de vista de la verdadera política revolucionaria, socialista, que se ofrecía en España. Porque en este terreno, en el del desenvolvimiento de la revolu-

ción, los enfoques sí que serían verdaderamente acusadores; por ejemplo, en lo que se refiere a las responsabilidades en la implantación, con todo su terror, del estalinismo en España, a cambio de una vaga promesa de obtener armas rusas. Pero también porque este examen no puede más que llegar a la conclusión de que la causa de los errores cometidos por los más significados faistas españoles, es que la filosofía anarquista no es el arma precisa para las revoluciones proletarias de nuestra época.

Además, hay una objeción de peso que se puede hacer al autor: frente a las renunciaciones y errores que denuncia por parte de los anarquistas «políticos», no señala concretamente la actitud que debieran haber seguido ante cada acontecimiento fundamental de la revolución y de una manera concreta; porque no se puede pretender que la proclamación de los grandes valores morales del anarquismo era suficiente para vencer al enemigo y organizar una nueva sociedad.

Realmente, la sinceridad obliga, no puede decirse que *Enseñanzas de la Revolución española* aporte muchas lecciones sobre ella, aparte de recordar, mediante abundantes citas, algunos de los errores «políticos» cometidos por la CNT-FAI. Por lo cual, la lectura de este libro resulta bastante anacrónica en este año 1971.

Buena traducción, como no se podía menos de esperar de Laín Díez, escritor libertario chileno de gran autoridad y ensayista muy agudo y bien documentado. Hay pequeños errores del autor, que debieran haber sido corregidos. Por ejemplo, resulta incluso ridículo encontrarse con la definición del PSUC como «una combinación de los partidos socialista y comunista de Cataluña, con elementos de la burguesía naranjera de Valencia [...]». Que en el PSUC había numerosos elementos de la burguesía era un secreto a voces, pero que fueran precisamente de la burguesía naranjera valenciana, es un descubrimiento que no dejará de extrañar al lector informado.

J.A.

Frank Mintz : *L'autogestion dans l'Espagne révolutionnaire*

190 páginas (Editorial Béliabaste, París, 1971).

Se trata también de una contribución a la historia del movimiento anarquista español, principalmente detallado en lo que concierne al período de la guerra civil y la realización de las colectividades confederales. Pero es también un libro de mayor mérito e inspirado en un espíritu más investigador, y mucho más objetivo, a pesar de que Mintz no

oculta una gran simpatía por el movimiento libertario, aunque tampoco escatima algunas críticas, siempre razonadas.

L'autogestion dans l'Espagne révolutionnaire es la memoria presentada para el diploma de Estudios Superiores de la Facultad de Letras de París, que el autor ha corregido y ampliado seguramente para

publicarla en volumen destinado al comercio. Como en todas las memorias de estudios superiores o tesis de doctorado franceses, la erudición prevalece en gran parte. En este caso esta norma es un regalo para los españoles estudiosos, porque le ha permitido a Mintz ofrecernos la bibliografía más completa que se ha publicado hasta ahora sobre el problema de las colectivizaciones, o de la autogestión como él dice. Y ésta era una laguna que impedía el estudio a fondo de esta experiencia, tan rica en enseñanzas positivas y negativas. Su afán de investigación documental le ha llevado incluso a hacer referencia a otros trabajos, no publicados aún o en curso de elaboración sobre el tema, principalmente memorias o tesis de doctorado presentadas en los centros docentes superiores franceses. Aunque todos los documentos que enumera el autor en lo que llama modestamente « ensayo de bibliografía » no son siempre accesibles, va cada título acompañado de su referencia, lo que por lo menos facilita la búsqueda.

El valor más esencial de esta obra es que nos presenta todos los aspectos del problema de la colectivización en España durante la revolución y los diversos métodos de aplicación que tomó en unos u otros lugares. Naturalmente, la diferencia fundamental ante la cuestión se derivaba de la disparidad de la doctrina entre los anarcosindicalistas, por una parte, y socialistas y comunistas por otra, e incluso dentro de las propias filas de unos y otros. Esto lo evidencia Mintz (aunque también se desarrolla más ampliamente en la obra de Peirats, a la cual igualmente acude con frecuencia), al estudiar por regiones la organización y orientación de las distintas colectividades. La conclusión que se deduce, como resumen, es que en la mayoría de los casos las colectivizaciones eran más bien improvisaciones espontáneas que fruto de una concepción programática. Había exceso de buena voluntad en los iniciadores, pero también ideas demasiado abstractas. El espíritu de innovación sin reflexión llevaba lejos en la práctica.

Mintz evita formular un juicio de conjunto sobre el criterio, el desarrollo y el resultado de dichas colectivizaciones; se reserva el papel de informar documentalmente, como corresponde a toda memoria docente, pero en esto estriba la utilidad de su trabajo para los que desprovistos de toda demagogia o lirismo desean llegar a enseñanzas económicas y sociológicas sobre la manera en que se llevaron a cabo en España durante la revolución las colectivizaciones. Naturalmente, fue una experiencia malograda por nuestra derrota. Pero no se puede abordar actualmente, en profundidad, la cuestión sin tener en cuenta el proceso, complejo y largo, que ha presentado esta cuestión en la Unión Soviética y las democracias populares, y sobre todo la auto-

gestión en Yugoslavia, y no sólo en el terreno agrario sino también en el de la industria. Claro está, que tampoco puede llegarse a un criterio común entre marxistas y bakuninistas.

Sin embargo, hay que decir que la situación que se manifestaba en los hechos no dejó de alarmar, desde el punto de vista económico, e incluso psicológico (se veía crecer un egoísmo de grupo en los nuevos « propietarios ») a los responsables regionales y nacionales de la CNT-FAI, que con el deseo de poner un poco de orden y sistema organizaron el Pleno Económico Nacional Ampliado, que se celebró en Valencia del 15 al 23 de enero de 1938. Hay que decir que en aquella época ya la antirrevolución que llevaba a cabo el estalinismo estaba en pleno desarrollo y que se realizaba una campaña contra las colectivizaciones en general, no sólo por los errores que evidentemente se habían cometido en la práctica, sino contra el principio mismo en que estaban inspiradas.

Los acuerdos adoptados en dicho Pleno Económico no ofrecen un conjunto de posiciones teóricas y económicas, como definición de una doctrina sobre el problema, por lo cual, en nuestro concepto, parecen más bien resoluciones de un cooperativismo tradeunionista. El mayor interés de dicho comité estuvo precisamente en las reseñas de los debates a que dieron lugar todos los problemas y que se publicaron extensamente en los diarios anarquistas valencianos *Nosotros* y *Fragua Social*. Estas reseñas faltan hasta ahora en las obras que tratan del tema, y es lástima porque son elementos muy esenciales para todo estudio sobre la experiencia de las colectivizaciones en España.

La moción aprobada sobre « la planificación » le merece a Mintz el siguiente comentario: « El proyecto anunciaba una « centralización administrativa de la economía confederal » con delegados no revocables, cuya elección debía ser aprobada por los organismos de la CNT. Como el congreso había votado la creación de inspectores del trabajo, las diferencias de salarios y las sanciones contra los obreros que no respetasen lo que había sido adoptado por la ley de la mayoría que obligaba a la minoría, comprobamos que la CNT se había convertido en un partido como los otros. Se iba a la instauración de un Estado sindicalista semejante a los otros Estados, fundado en el partido único o en un liberalismo económico, quizá con algunos matices. » Hay que decir que es un pronóstico demasiado atrevido.

Sin embargo, hay que agregar, aunque Mintz no lo dice, que en el prólogo que Mariano R. Vázquez, secretario nacional entonces de la CNT, escribió para el folleto con los acuerdos de dicho Pleno, se dice que el punto relativo a aceptar o rechazar los inspectores de trabajo, dio la siguiente votación:

en pro, 516; en contra, 120; abstenciones, 82. Es decir, que la gran mayoría de los delegados de las federaciones y sindicatos estimaban que era una necesidad que se imponía después de la práctica de año y medio de experiencias.

La conclusión de Mintz acerca de los diversos puntos de vista sobre las colectivizaciones, es que, «simplificando las posiciones parece que los anarquistas sinceros —con algunos ugetistas y otros, sin partido, simpatizantes— apoyaban la colectivización, mientras que la burguesía, los partidarios de la revolución hecha solamente después de la victoria y los anarquistas reformistas se aliaban contra ella, aunque oponiéndose entre sí». Síntesis demasiado sumaria para ser exacta, porque los marxistas revolucionarios eran también partidarios del principio de la colectivización, aunque mantenían una opinión crítica en cuanto a la forma en que se realizaba su

organización, a la falta de una planificación económica y al cometido individualista de que se dotaba a las colectividades.

Sin embargo, no ofrece duda alguna que *L'auto-gestion dans l'Espagne révolutionnaire*, de Franz Mintz, es el estudio más útil y documentado para comprender y analizar el problema de las colectividades anarcosindicalistas durante el periodo de la revolución española. Y lo es, no únicamente por los factores de información que facilita, sino sobre todo por los interrogantes que somete a reflexión. Frente a una especie de triunfalismo idealista que suele prevalecer ahora al tratar de la cuestión, dicho libro invita a un análisis de fondo. Por lo cual no se puede por menos de recomendar su lectura a todos los militantes interesados por la construcción de la sociedad socialista.

J.A.

Alberto Pérez-Baró : **30 meses de col.lectivisme a Catalunya (1936-1939)**

342 páginas (Edicions Ariel, Barcelona, 1970).

Dedicado igualmente al problema de las colectivizaciones durante la guerra civil española, este libro se sitúa en un plano completamente diferente que el anterior. Claro está que, escrito en España y además en catalán, ha tenido que someterse a los rigores de la censura, y quizás el autor no ha podido exponer el tema desde un punto de vista amplio y acompañarlo de los desarrollos económicos correspondientes.

Por lo cual, el tomo se reduce casi por entero a una recopilación de los textos sobre las disposiciones del gobierno de Frente Popular, que no tenían más fin, precisamente, que desnaturalizar el carácter socialista inicial de las colectivizaciones y frenar el movimiento que expresaban. Claro está, el autor acompaña cada disposición oficial de un comentario, que en realidad es sólo una explicación, y casi nunca una posición personal o meramente crítica. No obstante, la obra tiene interés para estudiar y analizar el problema. Aporta de hecho la

documentación más completa sobre el pensamiento «frentepopularista» ante el desarrollo de las colectivizaciones. Eran disposiciones legales del proceso antiolektivizador propugnado por la *Esquerra* y el estalinismo, y el desenvolvimiento de las medidas que con pretexto de «normalización» anulaba el carácter de sus comienzos, no para poner un cierto orden administrativo que se imponía, sino ante todo para privarlas de su cometido y significación.

Todas las disposiciones en torno a la cuestión estaban hasta ahora dispersas, y ciertamente casi nunca obtuvieron una aplicación fiel; únicamente servían de «base legal» a los antirrevolucionarios para acogerse a ellas en las partes del territorio en que dominaban. El haber reunido por primera vez toda esa legislación en un solo volumen, es una empresa que hay que agradecer a Pérez-Baró, especialista, por otra parte, de los problemas del cooperativismo.

Máximo Ordóñez

Ian Gibson : La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca

194 páginas (Ruedo ibérico, París, 1971).

Ian Gibson relata los detalles de una historia real que parecía sabida, pero que, efectivamente no se conoce en profundidad: la muerte de Federico García Lorca. Una muerte más de la guerra civil española, pero que, por la calidad de la persona asesinada y por las circunstancias que en el hecho concurrieron, ha terminado convirtiéndose en un símbolo: un símbolo que arroja un dato exacto: la represión franquista; más exactamente, el valor de la represión como base sobre la que se asienta el poder del Estado en España desde 1939.

Hay que convenir en que sobre el valor abstracto «Lorca-símbolo» se había alzado una mitología de signo contrario, pero usada indistintamente a derecha e izquierda. Y no parece obvio advertir que al nacimiento de esta mitología no había sido ajeno, ni mucho menos, el mismo poeta. Con García Lorca moría Ignacio Sánchez Mejías y en García Lorca se asesinaba a Antónito el Cambrorio; figuras, una de la vida taurina y otra de ficción, que habían sido pretexto para que el poeta se recrease (de volverse a crear) a sí mismo. ¿Aquel «andaluz tan claro, tan rico de aventura», era el Ignacio emparentado con los «Gallos» o el mismo Federico?

Pero, avancemos de menor a mayor. Tal mitología personal, legítima en cualquier poeta, se enriqueció o se ensombreció por la historia real, turbia y contradictoria. En 1954, aparecía en Madrid la primera edición de las **Obras completas** (Aguilar) de Lorca; en la biografía cronológica que se incluye, al llegar al mes de julio de 1936, aparece esta palabra: «Muere»; aparte el abultado error temporal (Lorca fue asesinado el 19 de agosto de 1936) casi podría resultar encomiable el laconismo, tan poco usual en las letras hispanas.

Gibson cuenta en su libro cómo muere Lorca; más correctamente, cómo fue asesinado. Para ello, ha realizado una laboriosa tarea, la única, además, objetivamente adecuada para desarrollarla con honestidad y con rigor científico. Vivió en Granada, más de un año; habló con los más próximos al poeta, aún vivos; reconstruyó el ambiente granadino, desde febrero de 1936 (las elecciones del Frente Popular) hasta el mes de agosto del mismo año; y, por último, se entrevistó con los muy aparentemente responsables del crimen. Varias eran, hasta ahora, las hipótesis «oficiales» en torno al suceso de Granada. Franco, el 26 de noviembre de 1937, había declarado a **La Prensa** de México: «Lo cierto es que en los primeros momentos de la revolución en Granada, ese escritor (se refiere, sin nombrarlo, a Lorca) murió mezclado con los revoltosos; son los accidentes naturales de la guerra.» Nos hallamos ante los dos polos de una misma falsedad: Lorca, revoltoso (revolucionario); Lorca, víctima de un «accidente», de los elementos incontrolados.

El trabajo de Gibson, muy superior a todos los anteriores (Claude Couffon, Marcelle Auclair, por citar a dos de los más divulgados), y que sigue los pasos a Gerald Brenan, tiene el gran mérito de dejar bien claros dos extremos: García Lorca no fue un revolucionario, y mucho menos un revoltoso. El grado de compromiso de un poeta, de cualquier intelectual, sólo puede medirse por su actividad política personal o por su obra escrita y publicada. Con respecto a lo primero, Lorca era un hombre «irreal», en el sentido más amplio y lírico del término, dotado de una gran conciencia humanista («Yo siempre seré partidario de los que no tienen nada...»); bagaje que, siempre hay que recordarlo, era más que suficiente por otra parte para asesinar a una persona en la retaguardia andaluza de la guerra civil. Habría que insistir, como hace Gibson, en la vida y en el ambiente de las provincias andaluzas (y, en general, de todas las provincias españolas), que pueden resumirse con dos palabras: envidia y mediocridad. Y también habría que recordar otra constante del fascismo que se repite en todas sus versiones nacionalistas: el anti-intelectualismo. Puede afirmarse que, prácticamente, cuando se inicia la guerra civil, García Lorca no era un temible enemigo político en Granada, ni tampoco un intelectual arrojado a la aventura de la praxis revolucionaria; pero que tanto por su postura personal, como por su ideología humanista, era un enemigo objetivo del fascismo español que comenzaba entonces su

larga vida. Lo demás, las teorías acerca de lo que habría sido García Lorca de no haber sido asesinado, no son admisibles ni a nivel histórico, ni a nivel científico.

El segundo extremo, también aclarado por Gibson, es la especie tan hábilmente propalada, de que Lorca murió a manos de unos elementos irresponsables, de un puñado de fanáticos, « un accidente natural de la guerra ». Gibson determina, de una vez para siempre, que el poeta permaneció desde la tarde del 16 de agosto de 1936 hasta la madrugada del día 19, en el edificio del gobierno civil granadino. No fue, por tanto, una *vendetta* particular, ni un penoso accidente; Valdés Guzmán, gobernador civil, tuvo largo tiempo para meditar su acción, así como sobre los resultados de la misma. Gibson avanza también la hipótesis, basada en algunas confidencias personales, de que el general Queipo de Llano tuvo conocimiento de la detención de Lorca y que recomendó su fusilamiento. No hubo, pues, accidente, sino crimen premeditado.

Ahora bien, en torno al Lorca asesinado se ha cernido una conspiración complicada, unas veces por el silencio y otras por las contradicciones. Por ahora, seguimos sin conocer los motivos inmediatos que provocaron el asesinato, así como permanecen ocultos los nombres de los más directos responsables. Gibson ha conversado largamente con Luis Rosales, en cuya casa familiar granadina se refugió Lorca y donde fue detenido, y también con Ramón Ruiz Alonso, diputado cedista que procedió personalmente al acto físico de la detención. Las declaraciones de ambos, en grados distintos, son una ilustración evidente de inconsecuencia, de irresponsabilidad y, hasta diríamos, de un inconcreto miedo físico. Los dos niegan su responsabilidad y se consternan ante el crimen perpetrado hace ya más de treinta años. Pero de las entrelíneas de las dos declaraciones, queda flotando algo palpable: que los dos saben más de lo que dicen y que ambos callan, que silenciosos se irán a la tumba con un secreto posiblemente comprometedor.

En consecuencia: García Lorca, que sobre el papel no era un temible enemigo político sino un honrado idealista, fue fría y premeditadamente asesinado. Y que, en España, todavía hoy, existen personas que conocen los motivos, así como los inductores y los autores directos del crimen. En el libro de Gibson estos puntos, unas veces por prueba evidente y otras por omisión, quedan suficientemente establecidos. Gibson rebate, también, otra tesis muy difundida y que, recientemente, desempolvó Jean Louis Schonberg: la muerte de Federico García Lorca, según el autor mencionado, se debió a un turbio ajuste de cuentas entre homosexuales granadinos.

Para nosotros, esta última versión es tan digna de respeto como las anteriores o, por el contrario, tan escasamente fidedigna. Es decir, o tan intrascendente o tan fundamental. Sobre la homosexualidad de Lorca parece que no cabe discusión alguna, sin necesidad de la ya tópica referencia literaria a la *Oda a Walt Whitman*; tampoco estimamos seria la maniquea teoría de los homosexuales buenos y de los homosexuales perversos; tesis tan reaccionaria como aquella otra que divide a los negros en buenos y en malos, en función de su grado de sometimiento al poder establecido. Un análisis político de la muerte de García Lorca exige que se asuma plenamente su condición de homosexual, como también debe tenerla en cuenta una crítica literaria de su obra. Algo similar a lo que Octavio Paz realizó en su espléndido ensayo sobre Luis Cernuda, publicado en *Cuadrivio*, bajo el título de « La palabra edificante ».

Tocamos aquí un punto medular de la natural idiosincracia reaccionaria del español, de opuestas ideologías, que cuando ya no encuentra argumento con el que fulminar a su rival (profesional, político, intelectual, etc.), lo condena a las tinieblas, vociferando: « ... y, además, es maricón ». Pero, más terminante que nuestra afirmación son las palabras de Paz, en el artículo sobre Cernuda más arriba citado, cuando escribe sobre el poeta sevillano: « Homosexualidad se vuelve sinónimo de libertad; el instinto no es un impulso ciego: es la crítica hecha acto. Todo, el cuerpo mismo, adquiere una *coloración moral*. En estos años [Cernuda] se adhiere al comunismo (1930). Adhesión fugaz porque en esta materia, como en tantas otras, los troyanos son tan obtusos como los tirios. La afirmación de su propia verdad le hace reconocer la de los demás: « Por mi dolor comprendo que otros inmensos sufren », dirá años después. Aunque comparte nuestro común destino no nos propone una panacea. Es un poeta, no un reformador. » (Octavio Paz, *Signos de rotación*, Madrid, 1971, p. 144.)

Queremos decir, con todo lo que antecede, que tan execrable nos parece el asesinato de

Lorca por ser un granadino triunfador en los escenarios madrileños y causante de la envidia de sus paisanos, por ser un socialista convencido gracias a su universal humanismo, como por ser y asumir plena y libremente su condición de homosexual. En España, se mata por las ideas políticas; pero el español también mata por machismo. Y el fascismo español es la sublimación del machismo ibérico. Es una lástima que Gibson no se haya detenido en este aspecto concreto de nuestra historia.

Para finalizar, queremos señalar otra virtud, y no de las menores, del estudio de Gibson. Para los españoles que no vivimos la guerra civil, Lorca quizá tenga otra mitología que para aquellos que directamente la padecieron. Para nosotros, Lorca ha llegado a representar, como Antonio Machado y Miguel Hernández, la fe de bautismo de la represión practicada a escala nacional; el nombre concreto, santo y seña, de millares de españoles anónimos igualmente asesinados por el fascismo. Por ello, es tremendamente valioso el análisis espectral que Gibson realiza de las fuerzas políticas granadinas entre marzo y agosto de 1936; así como el Apéndice B: «Muertes atribuibles a la represión nacionalista de Granada». Ya es hora de devolver su nombre y su apellido a tantos muertos. Y, en el plano científico, pensamos que es la única fórmula para reescribir la historia de la guerra civil: descender provincia por provincia, nombre a nombre, y aproximarnos, sin literatura, a la represión.

Juan Martínez Alier

Edward E. Malefakis : Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain

(Yale University Press, New Haven, 1970).

Es éste un estudio importante, bien documentado, que ha llevado seis o siete años de preparación. La tesis doctoral de Malefakis data de 1965. El autor empezó su investigación con la idea de que los latifundios españoles eran propiedad, en su mayor parte, de aristócratas absentistas. No es de extrañar: así lo han dicho y repetido multitud de escritores y políticos. La famosa lista de los Grandes de España, con los miles de hectáreas confiscadas en 1932, ha sido publicada con frecuencia, por ejemplo en las varias ediciones del texto de Ramón Tamames, *Estructura económica de España* y también, no hace muchos años, en el *Paris-Match*. Pero resulta que cuando llegó la República en 1931, la nobleza (no sólo los Grandes, sino también los pequeños aristócratas y tanto los de títulos antiguos como los de títulos recientes) poseía solamente el 8% de la tierra de cultivo de la región latifundista. Este dato es, a mi entender, la principal aportación del libro de Malefakis, quien ha tenido que trabajar laboriosamente para llegar a él. La conclusión inevitable es que «los principales beneficiados no eran ya la nobleza o la Iglesia sino una nueva clase de propietarios burgueses» (p. 77). Pero debido al interés inicial de Malefakis por la nobleza, mal encaminado por la mayoría de los autores, incluyendo a

Brenan, Vicens Vives, Ramos Oliveira, etc. (aunque excluyendo a Díaz del Moral y a Raymond Carr), no ha investigado quiénes han sido esos propietarios burgueses y nos dice que se sabe poco acerca de ellos: pero precisamente Malefakis ha tenido tiempo, aunque no lo ha aprovechado, para estudiar su origen social y geográfico, sus alianzas matrimoniales, sus decisiones empresariales, el empleo de sus ingresos en consumo e inversiones, su afiliación política, etc. Malefakis sabe tan poco acerca de los latifundistas andaluces (aparte la pequeña minoría de aristócratas) que no dice ni que se llamaban a sí mismos *labradores*. Pero no hay que restarle a Malefakis su gran mérito: gracias a su trabajo análisis sabemos ya que los latifundistas burgueses eran cuatro o cinco veces más importantes que los aristócratas, midiendo esa importancia por la cantidad de tierra en latifundios propiedad de unos y otros.

Es ya hora, pues, de que se revise la tesis tan comúnmente aceptada que atribuye el fracaso de la República a la enemistad hacia ella de una oligarquía aristocrática, cuando no feudal. Por supuesto que la nobleza no era republicana, pero, a lo que parece, poca fuerza tenía ya. O por lo menos su fuerza no estaba en el campo. Yo diría

que si la República parlamentaria y liberal fracasó no fue por culpa de los Grandes de España: al fin y al cabo a éstos les quitaron sus latifundios sin mayor dificultad tras el levantamiento de Sanjurjo en 1932 (la reforma agraria que tuvo por objeto esa escasa tierra apenas se notó, en términos de campesinos beneficiados). Si la República fracasó fue porque los burgueses —latifundistas e industriales— eran, o se volvieron, más bien fascistas que liberales, lo que ya había ocurrido antes en otros lugares y sigue ocurriendo aún. Cuando el empuje de la clase obrera, agrícola e industrial, es tan grande como fue en España, el liberalismo no camina: las salidas eran una revolución proletaria o una contrarrevolución fascista; fue por muy poco que no triunfó la primera.

Otra aportación importante del libro de Malefakis es precisamente la descripción de la inquietud en el campo y de las invasiones de tierras, ya antes de julio de 1936. Por ejemplo, la invasión sincronizada de los **yunteros** extremeños en marzo de 1936.

La mayor parte del libro —que abarca sólo hasta el inicio de la guerra civil, dejando así de lado lo más sustancioso de la revolución— está dedicada a describir detalladamente los diversos proyectos de reforma agraria en las Cortes de la República. Como es bien sabido, la República no se decidió a hacer una reforma agraria amplia, ni bajo el gobierno inicial de Azaña con los socialistas ni durante el «bienio negro». En realidad, en cuanto a la tierra distribuida, el «bienio negro» fue más fructífero que los primeros años de la República, puesto que la tierra confiscada, luego expropiada, a los Grandes se repartió durante 1934. Pero no hubo realmente reforma agraria hasta el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936. Los obreros agrícolas españoles estaban excesivamente conscientes de su fuerza y demasiado organizados como para que fuera posible hacer una reforma agraria a base de venderles la tierra a plazos. La única reforma agraria posible implicaba una real transferencia de riqueza.

Malefakis describe cuidadosamente la legislación agraria. Hace también hincapié en el escaso interés de las Cortes acerca del problema agrario, en la escasa asistencia a las sesiones. Si uno lee los escritos de Azaña, sorprende a primera vista la casi total ausencia del problema agrario, en contraste con las continuas referencias a problemas militares y a la cuestión catalana. Parecería que a los diputados, excepto a los agrarios de la extrema derecha, y a los gobernantes republicanos, les aburría la cuestión de los latifundios. Pero la explicación de ese desinterés no es el aburrimiento. La República no era, por supuesto, antiburguesa; los latifundistas eran burgueses; la República no hizo reforma agra-

ria hasta después de febrero de 1936. Con anterioridad, se promulgó una ley de reforma agraria (1932) y una ley de arrendamientos rústicos (1935) que mostraban un característico ánimo antiabsentista, favoreciendo la explotación directa (el famoso **cultivo directo** incorporado también, y no por casualidad, a la legislación agraria franquista) a costa de los arrendamientos y aparcerías, aunque dejando resquicios en la ley de 1935, de Jiménez Fernández, para que los latifundistas pudieran aprovecharse de los muy rentables arrendamientos y aparcerías anuales en terrenos de barbecho.

Me parece evidente que si los latifundios hubieran sido mayormente propiedad de la Iglesia o de los aristócratas, el interés de Azaña por la cuestión agraria hubiera sido mucho mayor. Malefakis parece un poco sorprendido por esa falta de apoyo a la reforma agraria, aunque él mismo, al aportar valiosa información sobre quiénes eran los latifundistas, nos hace entender la razón por la cual la República no hizo la reforma agraria.

Aunque Malefakis resume los debates en las Cortes y las disputas entre las diversas personalidades y facciones, no llega realmente a analizar la posición de los distintos grupos o clases. Nunca llega a plantear la cuestión de si la burguesía financiera e industrial tenía algo que ganar con la reforma agraria. Mi impresión es que poco tenía que ganar dado que, como ya he dicho, era imposible venderles la tierra a los obreros agrícolas. Una reforma agraria hubiera mejorado el nivel de vida de obreros agrícolas y campesinos, haciendo así disminuir el excedente y aumentando el precio de oferta de la mano de obra agrícola que llegaba a las regiones industriales. De otro lado, la estructura del mercado hubiera cambiado un tanto, aumentando la demanda de bienes de consumo masivo: textiles, por ejemplo. Pero, ¿no pareció que las desventajas eran mayores que las ventajas? Por ejemplo, se dio un intento patético de convencer a la Banca privada para que organizara un Banco Agrario para financiar los asentamientos; los bancos rechazaron la propuesta.

Hay todavía otro aspecto del valioso libro de Malefakis que merece comentario: su análisis de la economía latifundista, y su conclusión de que los latifundios estaban «ineficientemente» cultivados. Para eso compara índices de utilización de abonos, maquinaria, etc. para distintas provincias, unas latifundistas y otras no. Ese procedimiento es inaceptable porque, como es bien sabido, las provincias andaluzas latifundistas están formadas en gran parte por sierras incultivables. Si se toman solamente las **campiñas** de las provincias andaluzas y se compara con provincias castellanas (con Palencia, por ejemplo), la comparación en cuanto a la utilización de abonos y maquinaria por hectárea resulta

favorable a Andalucía. Además, Malefakis no considera debidamente la resistencia obrera a la mecanización, y tampoco los costes relativos de distintas técnicas de producción. A veces mete directamente la pata: «La región extremeña no se mecanizó a causa del empleo de yunteros» (p. 80). La culpa no la tenían los «absentistas» propietarios que preferían emplear yunteros, sino las encinas que dan bellotas que se comen los cerdos: no se puede mecanizar donde hay un bosque de encinas, y no conviene arrancárlas. Otro ejemplo es su «explicación» de por qué no se sembró algodón en cantidades apreciables en Andalucía antes de la guerra civil, lo cual atribuye a falta de espíritu empresarial y no a la oposición de los importadores catalanes. Otro error del autor es suponer que en una estructura agraria «eficiente» los beneficios se reinvierten en la agricultura y no en otros sectores. Por fin, el autor asegura que el arrendamiento es síntoma de descuido por parte de los propietarios no advirtiendo que, tal como ya lo dicen algunos de los documen-

tos del expediente de la ley agraria de fines del siglo XVIII, los grandes propietarios ganan más dinero cediendo la tierra a arrendatarios (en pública subasta, detalle que Malefakis no considera) que manejar la tierra directamente con multitudes de discolos obreros asalariados.

Así pues, Malefakis no ha logrado despojarse de varios de los lugares comunes que durante tanto tiempo se ha venido repitiendo. Se trata, no obstante, de un libro importante que, de un lado, acaba definitivamente con el mito de los latifundistas aristocráticos y, de otro, muestra cómo la revolución agraria estaba ya en marcha antes de julio de 1936. Queda todavía por profundizar este último aspecto —utilizando por ejemplo la prensa de provincias y, cuando sea posible, los archivos de la Guardia civil— y queda también por estudiar las conexiones sociales y económicas entre los latifundistas burgueses y la burguesía financiera e industrial.



A SAGA DEL PRINCEPE BORMANUS DE LA PRINCESA REUTEUBOBA O EL ARISMATICO RANCORACULO

EN LA SALETA DEL PALACETE DE LA ZARZAPARRILLA.

HA Y FECHAS HISTORICAS

ΔΡΗΣΙΑΠΛΙΚΗΣ ΗΡΑΚ ΔΟΥ

QUIERES QUE TE CUENTE UN CUENTO DE VELLITO VELLITO VELLON TO VELLON...



PRINCEPE BORMANUS LA PRINCESA REUTEUBOBA MIRAN EXTASIADOS...

DESPUES DE TODO PORQUE NO ???

ΑΓΑΘΗ ΤΥΧΗ ΙΟΥ ΜΠΙ

... CON TRES CAGARRITAS EN UN MONTON ?????



LA CODICIADA TARJETA DE COMPRAS QUE ...

NOS HAN SALVADO LA VIDA

ΝΙΑΝΟCAY ΑΡΕΑΝ ΝΑΤΡΗ

YO NO TE DIGO QUE LA VIDA LO QUE TE DIGO ES QUE SI QUIERES QUE TE ...



Tarjeta de compras



ΑΝΗΣΑΥΤΩΝ ΑΝΑ ΥΟΙ ΑΚΑΙΕΦΕΤΟΝΔΕΞΕΣΤΙ

¿HAS ELEGIDO QUERIDA?

COMO REGALO DE ANIVERSARIO LES HA REGALADO...

ΚΑΙΕΡΕΥΣ ΔΙΖΑΖ ΚΟ ΜΙΟΡΑΔ ΙΑ ΟΥ

COMPRAREMOS UN COCHE PEQUEÑO

EL GRAN CENOBIARCA DE LA ΞΕΒΡΑ ..

LO IMPORTANTE ES ELEGIR BIEN EL COLOR

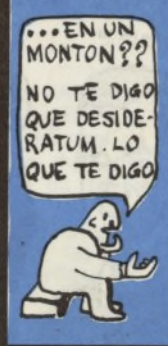
ΥΝΟΙ ΔΗΚΡ ΝΙΚΟΣ ΤΡΑΤΠ

CUENTE UN CUENTO DE VELLITO VELLITO VELLON CON TRES CAGARRITAS





TE LLEGAS AL MOSTRADOR Y LE PIDES A LA VENDEDORA TU DESIDERATUM



...EN UN MONTON?? NO TE DIGO QUE DESIDERATUM. LO QUE TE DIGO

AHORA PODRAN FRECUENTAR A LOS DE LLONGO



Y PUEDES DECIR. CARGUELO EN MI CUENTA

Y MATAPUSA.



ESTO ES LO SE LLAMA PRESUNSO. ¿ELEGIR TAL

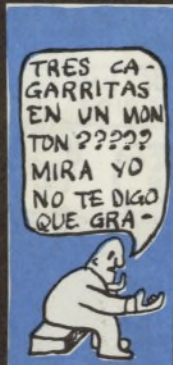


ES QUESI QUIERES QUE TE CUENTE UN CUENTO DE VELLITO VELLITO VELLON CON-

AHORA YA SON COMO

¿COMO PODREMOS PROBARLE NUESTRA GRATITUD?

NIHTE ITALI DE NOSO THNE



TRES CAGARRITAS EN UN MONTON???? MIRA YO NO TE DIGO QUE GRA-

ESA PRESUMIDILLA Y TRES VECES GRANDE DE DUQUESA CAYE-

DE TODAS FORMAS LA SITUACION NO DEJA DE SER DELICADA...



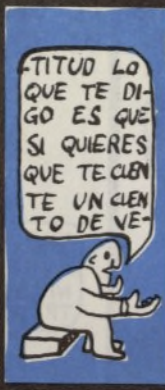
TANA DE C

LO DIGO LO RE

OVI CON ZHCACEH ORONTE



¿PORQUE, PUES, ESA ERRONEA INFORMACION?



GRATITUD LO QUE TE DIGO ES QUE SI QUIERES QUE TE CUENTE UN CUENTO DE VELLITO



USARCED AL TELEFONO



A.
LITO VE-
TO VE-
ON CON
ES CAGA
ITAS EN
MONTON
? QUE
HOMERE

EN EL MISMO MOMENTO

¡ARRE! SOTRETA



¡MECACHIS
PAPI QUE
TUFILLO SE
TRASMI
NA



Y A MUCHOS KILOMETROS DE
ALLI. EL ALFAQUIN DE LA COR
TE, MARQUES MARTIN EL BORMI

¡CORCHOLIS! TENGO
HENDIDA LA PITUI-
TARIA.



NO SEAS
TERCA
QUE ES
EL SO-
LIPEDO



QUE NO TE
DIGO SOLI-
PEDO LO QUE
TE DIGO ES
QUE SI QUIER
RES QUETE
CUENTE UN
CUENTO



URBEGRUDO Y SU HIJA
FOCILAN EN LA VILLA
HISPALIS. PASEOS A
BALLO...

¡EIA QUE ME
DA UN SOPON-
CIO



DE VELLITO
VELLITO VELLON
CON TRES CA-
GARRITAS EN
UN MONTON??
NO GRACIA
NO LO QUE

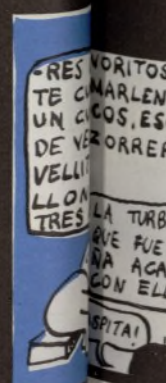
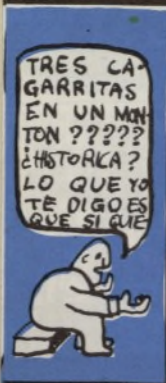


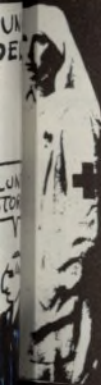
TOROS Y

¡OLE LOS
TOREROS
EPONIMOS

ESPAÑA
ES
DIFERENTE







-GARRITAS EN UN MON-TON ???? YO NO TE DIGO DE CONTABILIZAR LO QUE

EL PERICARDIO, MIOCARDIO Y ENDOCARDIO ESTAN DESTROZADOS HEREN CIA DE LOS AÑOS PASADOS...

ES REALMENTE TRAGICA LA SELECCION QUE HAY QUE HACER

LA TECNICA ESTA MUY AVANZADA PERO FALTAN ME DIOS

CUESTANDO PARA LOS INOPES.

E DIGOES QUE SI QUIERES QUETE NIENTE UN VENTO DE ELLITO VENTO VELLON

CISURA, PUNCION, FLEBOTOMIA Y ACUPUNTURA, SE REVELAN INUTILES Y LA MAMMA ESPKHA

SOLO TRES SERES SON UNIVER-SALES

Y POR ESO GENERADORES DE VIOLENCIAS DEMOLEDDRAS

OUI

ENORME DOLOR EN LA CORTE.

PERSEVERO EN SU INCONSCIENTE AUTODESTRUCCION

AMEN

R.I.P

VORITOS, ALMOTACENES, MARLENGOS, ACROYS, ZACOS, ESCUDEROS DE A PIE ZORREROS ZOLLIPAN...

LA TURBAMULTA QUE FUE ESPAÑA ACABO CON ELLA

ESPITA!



ZOLLIPAN. HA MUERTO LA MAMMA.

¡HEIL!

NO VENGAS A MORALIZAR

CON TRES
CAGARRI-
TAS EN UN
MONTON??
NO TE DI-
GO QUE MO-
RALIZAR
LO QUETE



CORCHOS
COMO
PESALA
CONDE-
NADA

¡UUY! QUE ME ES
CHAFANDO EL
DO GORDO DE
PIE.

ECOICAS •

DESDE MUY JOVEN ECHARON
SOBRE MIS HOMBROS RES-
PONSABILIDADES SUPERIORES
A MI EDAD Y A MI EMPLEO

NO TE
QUEJES
HIJO



LAS EXEQUIAS FUERON...

UNA LAGRIMA

UN BESO

UN CHISTE



DIGO ES
QUE SI QUE-
RES QUETE
CUENTE UN
CUENTO DE
VELLITO
VELLITO VE-



EN PAISES COMO
ESTADOS UNI-
DOS INTERVIE-
NE EL SINDI-
CATO DE ZA-
CATECAS Y
NO NOS HU-
BIERAMOS
CANSAO.

CALLA Y EMPU-
JA

¡CHITON!



LA ULTIMA REINA DE ESPAÑA

Una breve, pero completa bio-
grafía de doña Victoria Eugenia
de Battenberg, la última Reina
de España. Un verdadero álbum
fotográfico donde se recogen los
momentos más relevantes de su
larga vida y los más importantes
acontecimientos de su reinado
desde la bomba en la calle Ma-
yor al día de la boda, hasta la
postrera enfermedad en la ciu-
dad suiza de Lausana.



¡AY!

¡AX!

¡UUY!



¡AY! LO
TE DI-
ES QUE
QUIERES
TE
UN
ENTO DE
-LLA
TRE
GAR
EN
TON
MIR
NO
WAR
IS
VER!
YOU WALT

¡¡¡FRANCORACULO!!! Y LE REVELA... TURBOSE

DIOS TE SALVE LLE-
NO ERES DE GRACIA EL
SEÑOR ES CONTIGO.
BENDITO TU SEAS EN-
TRE TODOS LOS PRE-
TENDIENTES...



CUENTE UN
CUENTO DE
VELLITO VE-
LLITO VE-
LLON CON
TRES CA-
GARRITAS EN
UN MONTON



BORMANUS AL C
TAS PALA-

NO TEHAS
PRINCEPE
PORQUE
HAS HA-
LLADO
GRACIA
DELAN-
TE DE
DIOS



CONCEBRAS Y TENDRAS
UN HIJO. Y SERA LLAMA-
DO HIJO DEL ALTISIMO. EL
SEÑOR LE DARA EL TRO-
NO DE SUPADRE Y...

¡DI AJOO!

MUER QUE EL
AJO HUELE
MAL



NO MA
LO QU
DIGO
SI QUI
QUE T
TE UN
TO CE

SU REINO NO TENDRA FIN. EL PRINCEPE REUNIO AL CON-
CLAVE Y CONTESTO...

ESO DEBE DE
SER DE FEMIN

HE AQUI EL ESCLA-
VO DEL SEÑOR
HAGASE EN MI
SEGUN TU PALA-
BRA.

¡HIPI!

¡HIPIPI!

¡HURRA!



LLITO VE-
LLITO VE-
LLON CON
TRES CA-
GARRITAS
EN UN MON-
TON ????



Juan Goytisolo

Presentación crítica de José María Blanco White

(Introducción a una selección de la «obra inglesa» de Blanco White, de próxima publicación.)

La historia de la literatura española está por hacer: la actualmente al uso lleva la impronta inconfundible de nuestra sempiterna derecha. El destino póstumo del expatriado español José María Blanco White (1775-1841) podría servir de ilustración, en efecto, del funcionamiento de los mecanismos de represión y censura que determinan la escala de valores del país según la óptica de nuestros programadores culturales. ¿Qué sabe el lector español de hoy de él y su obra? Si nos tomamos la molestia de consultar los manuales de literatura de los últimos ochenta años hallaremos una serie de opiniones tajantes y exaltados epítetos cuyo origen podemos fácilmente rastrear, de libro en libro, casi sin variación alguna hasta el capítulo IV, libro VII de la monumental *Historia de los heterodoxos españoles* de don Marcelino Menéndez Pelayo. Lo hemos dicho en varias ocasiones y no nos cansaremos de repetirlo: en España no sólo se heredan propiedades y bienes; de generación en generación se transmiten, igualmente, criterios y juicios y, con honrosas excepciones, los historiadores y ensayistas del país siguen viviendo aun hoy, en lo que a Blanco concierne, de las dudosas rentas del señor

1 Menéndez. Los libros de Blanco White no han sido reeditados jamás y la vieja represalia nacional del silencio ha operado con él de modo muy simple: negándole la traducción a su idioma nativo y vedándole así, eficazmente, el contacto con sus paisanos. «A quien conozca la obra de Blanco, tanto en inglés como en español, no podrá menos de sorprenderle la desproporción existente entre su valor y su escasa resonancia», señalaba Vicente Llorens en su sugestivo ensayo *Liberales y románticos*¹. Por lo que se refiere a España, agregaba, «no hay duda de que su heterodoxia ha tenido que contar decisivamente para mantenerlo en la penumbra que lo envuelve». La observación es justa y merece que nos detengamos en ella: a diferencia de los demás países de Europa occidental, en donde todo lector capaz de comprender y valorar lo que lee tiene acceso libre a las fuentes de la cultura nacional, el lector de lengua española recibe ésta a través de un filtro purificador destinado a retener toda la escoria susceptible de contaminar los muy puros raudales de la ortodoxia hispana. Separados de la obra de Blanco por el denso telón de silencio y

oprobio de nuestros *zombis*, sus eventuales lectores no han podido arrancarle de la casilla en que lo encerrara el conocido celo apostólico del polígrafo montañés. Mazmorra o sepultura más bien, ¡y vaya una! —la de apóstata, renegado, abominable y antipatriota— que justificaría por sí sola la mortaja piadosa que lo cubre. Pero seamos justos: Menéndez Pelayo tuvo cuando menos la honestidad mínima de acercarse a sus escritos, y sus pareceres —por apriorísticos, inexactos y anacrónicos que sean— se fundan o pretenden fundarse en un examen de los mismos; sus epígonos, por el contrario, ni siquiera intentaron leerlos. Les bastaba, y sobraba, con el fallo inapelable del Gran Maestro. El que una obra tan rica, compleja y profunda como la de Blanco haya permanecido durante casi siglo y medio sin traducir muestra con aterradora elocuencia el bajísimo índice de curiosidad intelectual que caracteriza desde siempre a los españoles: salvo los pocos nombres de todos conocidos, el análisis real —no justificativo ni mítico— de nuestra propia historia permanece aun hoy —triste es decirlo— en manos de investigadores extranjeros. Los mismos programadores del consumo interior que por espacio de décadas han privado al público de la Península del acceso a una obra de la magnitud de *La regenta* siguen actuando con un autor como Blanco White sin que nadie o casi nadie proteste o se escandalice. ¿Por qué? Porque, como dijo Cernuda, «en España las reputaciones literarias han de formarse entre gente que, desde hace siglos, no tiene sensibilidad ni juicio, donde no hay espíritu crítico ni crítica, y donde, por lo tanto, la reputación de un escritor no descansa sobre una valoración objetiva de su obra». Que la atormentada y áspera personalidad de Blanco resultara extraña a sus coetáneos nos parece absolutamente normal. Como dice con razón Vicente Llorens, «sus ideas, su sensibilidad, su lenguaje tenían que ser incomprensibles para quienes seguían aferrados a una tradición que él había abandonado hacía años».

La experiencia nos ofrece a menudo ejemplos del destino amargo de los pensadores y artistas que tienen la clarividencia y audacia de

adelantarse a los valores oficiales de su tiempo: perseguidos y negados en vida, su reconocimiento no viene sino más tarde rectificando así, de modo póstumo, la flagrante injusticia con que fueron tratados. Pero en España ni siquiera existe esa compensación: nuestros programadores siguen cargando sobre los hombros de Blanco el delito de la insobornable lucidez que expió dolorosamente en vida. Mientras Inglaterra y Francia, por ejemplo, se sirven de la persona y obra de sus disidentes más célebres para mayor gloria de la cultura e historia nacionales una vez cicatrizadas las heridas del tiempo, el acierto político y la generosidad moral no merecen entre nosotros *at vitam aeternam* sino oprobio y silencio. ¿Exageración nuestra? Léanse vgr los ensayos de Menéndez Pidal sobre el Padre Las Casas, cuyos alegatos antiesclavistas son calificados de «anticuados» y «medievales» en contraposición a la «moderna» y «perdurable» opinión de Vitoria que, llena «de caritativa mesura y de templanza» y de «profundo espíritu de equidad cristiana», distingue nada menos que «siete causas legítimas de esclavitud»: para el fallecido presidente de la Real Academia española Las Casas era simplemente un «deslenguado» y un «reservado»¹. El mismo daltonismo aberrante continúa afectando aun hoy la ejemplar conducta de Blanco con respecto a la insurrección de América. Cuando España ha reconocido desde hace casi siglo y medio la independencia de las repúblicas hispanoamericanas y éstas son, oficialmente hablando, «las hijas amadísimas de la Madre Patria», en lugar de envanecerlos del desinterés y perspicacia de Blanco y proponerlo de modelo a la consideración de los nuevos países, se le sigue marcando con los epítetos de «renegado» y «traidor». Pero la leyenda negra de Blanco White presenta algunas peculiaridades en las que conviene detenerse un momento.

1. Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1824), Castalia, segunda edición, p. 385-421.

2. Véase mi ensayo «Menéndez Pidal y el padre Las Casas» en *El furgón de cola*, Ruedo ibérico, París, 1967.

En una de las conferencias pronunciadas en Buenos Aires durante la última guerra civil española, Manuel García Morente proponía a la consideración del auditorio «contemplar la historia de España como un lento proceso de propia depuración, como un continuo ejercicio ascético encaminado a perfeccionar, en la actuación temporal, cierto ser colectivo, cierto modo de ser humano típico y peculiar que llamaríamos hispanidad»¹. Dando por supuesta la verdad de su tesis, el proceso de autodepuración mencionado implicaría, por un lado, la presencia de cuerpos foráneos infiltrados en el organismo hispánico, y por otro, la existencia de un órgano regulador, con la misión expresa de su detección, tratamiento y eliminación. En realidad, dicha opinión es común y la historia oficial de España, tal como se enseña aún en las escuelas, puede cifrarse en un arduo proceso ascético-depurativo, destinado a la supresión de los anticuerpos (hebreos, moriscos, luteranos, enciclopedistas, masones, etc.): si «el español ha sido, es y será siempre el caballero cristiano» (García Morente *dixit*) resulta claro que quien no cuadre con dicha definición no puede ser sino un importador de «ideologías incongruentes» con ella y de «teorías sociales exóticas». La identidad de España se funda pues en una lucha contra los demonios, llevada a cabo, siglo tras siglo, «con la intransigencia y terquedad del que se siente llamado a cumplir una misión»: como es sabido, Menéndez Pelayo justificaba la expulsión masiva de los moriscos por la simple necesidad de «cortar aquel miembro podrido del cuerpo de la nacionalidad española»². Dicha forma de argumentar, aplicada primero a las castas vencidas, debía extenderse en seguida a toda especie de disidencia y el órgano autodepurador, establecido por los Reyes Católicos, existía aún en la España que conoció Blanco. No corresponde a nuestros propósitos señalar el influjo decisivo del Santo Oficio en la configuración de la moderna personalidad hispana. Pero sí nos parece necesario evocar, aunque sea a vuelapluma, la mentalidad que creó, mentalidad común ahora como en la época en que vivió Blanco, y que nada encarna mejor que la maciza lógica del señor Menéndez: «ley

2 forzosa del entendimiento humano en estado de salud es la intolerancia [...] la llamada tolerancia es la virtud fácil; digámoslo más claro: es enfermedad de épocas de escepticismo o de fe nula [...] Pero tal mansedumbre de carácter no depende sino de una debilidad o eunuquismo del entendimiento»³. Si, repitiendo el dicho de Bossuet, *un hérétique est celui qui a une opinion*, quienes opinaban por cuenta propia como Blanco debían topar tarde o temprano con el órgano depurativo del Santo Oficio. Menéndez Pelayo ha trazado minuciosamente su retrato en su monumental *Historia de los heterodoxos españoles*, y, en la explicación de la «herética pravedad», recurre a menudo a una hipótesis de indudable raíz castiza. En verdad, resulta curioso observar que, desde la época de Isabel y Fernando, los campeones de la ortodoxia atribuyen todos los desvíos, errores y crímenes a una infracción del sexto mandamiento. Habrá que examinar un día nuestra historia desde el punto de vista de la persecución de la inteligencia judaica y la sensualidad musulmana para establecer sin lugar a dudas que ambas represiones se hallaban estrechamente emparentadas y en último extremo se confundían: en uno y otro caso operaba el designio latente de encerrar al individuo en una problemática sin salida, creando en él una conciencia enferma que lo ceñía al ámbito de la vida privada y lo incapacitaba para toda actividad adulta y libre. Puesto que los autos de fe castigaban por igual a judaizantes y herejes, bígamos y sodomitas, no es sorprendente que Menéndez Pelayo achaque las opiniones de los disidentes al «sexto sentido del hombre» o a «su

1. *Idea de la hispanidad*, Espasa-Calpe, Madrid, 1961.

2. *Heterodoxos...*, V, 3. El señor Menéndez, que se declara «horrorizado» por el «salvajismo» de la expulsión de jesuitas («acto feroz de embravecido despotismo») y se derrite de compasión cuando habla de esos «pobres clérigos indefensos y amontonados como bestias en pocos y malos barcos», tratándose de judíos y moriscos no vacila en proclamar que su expulsión fue el «cumplimiento forzoso de una ley histórica y sólo es de lamentar lo que tardó en hacerse». Vaya ello como muestra de su proverbial imparcialidad.

3. *Idem*, V, Epílogo.

natural inclinación a la vida suelta y buscona». El *cherchez la femme* es, a su manera, un producto original de la Península. En lo que a Blanco se refiere, el señor Menéndez se encarga bondadosamente de que el bueno del lector aprenda a qué atenerse sobre sus «teologías y liberalismos»: «¡Que siempre han de andar faldas de por medio en este negocio de herejías!»⁴

La reducción de la profunda heterodoxia de Blanco a un mero problema de faldas redonda doblemente en beneficio de nuestros fines en cuanto pone también al desnudo el mecanismo de inercia mental que denunciábamos en las primeras líneas de nuestro ensayo: los manuales literarios españoles no sólo se transmiten unos a otros los criterios y juicios avalados por el asenso común; se traspasan asimismo, como vamos a ver, falsedades y errores, los cuales circulan de libro en libro, casi sin variación alguna, como dinero cantante y sonante. En el caso de Blanco, dichas falsedades se relacionan directamente con uno de los pilares de su leyenda negra (en los otros nos ocuparemos luego): el del «influjo mujeriego» sobre el que con tanta complacencia se extiende Menéndez Pelayo cuando, al asimilarse las temerarias afirmaciones de Bartolomé José Gallardo, trata de aclarar *ad usum* las razones de su expatriación y su adhesión a la Iglesia anglicana. «De la intimidad de Blanco con una mujer —escribe Gallardo— habían procedido varios hijos, y si, de un lado, dolía a Blanco que esta noticia llegase a sus padres, por el penoso efecto que había de producirles, de otro lado, no le dolía menos la desgraciada reputación que iba a quedar a la mujer, y especialmente a los inculpables hijos. Ausentándose de España con aquélla y éstos, ocultaba Blanco la fatal noticia a sus padres, y profesando el protestantismo, quitaba toda nota a sus hijos, y podía darles carrera, como efectivamente la dio en el ejército de la India, al único que le restó [...] Así se nos hizo protestante el canónigo Blanco, después de haberse hecho descreído, libertino, etc.»⁵

Prescindiremos ahora de la sañuda antipatía de Gallardo por Blanco, originada, como admite el propio Menéndez Pelayo, por la

negativa del segundo a publicar los panfletos del primero en las páginas del *Semanario Patriótico*. Lo que nos interesa es mostrar la imperdonable ligereza con que el montañés y quienes han tocado el tema después de él aceptaron los informes del autor del *Diccionario crítico-burlesco* sin tomarse la molestia de averiguar sus fuentes y comprobar si se ajustaban o no a la verdad de los hechos. La ocasión con que les brindaba el resentimiento de Gallardo era demasiado hermosa. Las «apostasías» y «cambios de frente» de Blanco se explicaban —cómo no— en función del «orgullo y la lujuria». La antigua enemiga cristiano-vieja a la inteligencia y el sexo hallaba un maravilloso campo en que explayarse, y el señor Menéndez podía lanzarse a uno de sus habituales párrafos endereza-entueritos con la certeza tranquila de quien se siente en posesión de la verdad y cuenta con el aval del cielo en su muy hispánica empresa ascético-depuradora: «Blanco tenía varios hijos, y, amando entrañablemente a aquellos frutos de sus pecados, quería a toda costa darles nombre y consideración social. De aquí su resolución de emigrar y hacerse protestante; para él, incrédulo en aquella fecha, lo mismo pesaba una religión que otra, ni había más ley que la inmediata conveniencia» (*Historia de los heterodoxos*

4. A algunos de los que así razonan se les podría contestar con el gracioso poemilla del propio Blanco, escrito en Liverpool el 29 de enero de 1840, titulado «A un teólogo glotón»:

Diálogo

- LEGO Dime, preste sabedor
¿de qué principio dimana
que el comer una manzana
hizo al hombre transgresor?
- PRESTE La causa fue la dulzura
del tierno fruto vedado:
lo que da gusto es pecado;
la virtud es amargura.
- LEGO Preste, según tu doctrina
debes ser gran pecador:
así lo dice el olor
que sale de tu cocina.

5. Apunte autobiográfico, de la colección del Sr. Sánchez Rayón, BAE, tomo 67.

ll, p. 920). Poco después, en su designio de ennegrecer de modo apropiado la vejez del «apóstata», quien califica de «venenosa» la pluma de Blanco, no vacila en escribir (con el mismo aplomo del buen jesuita según el cual «Maquiavelo murió blasfemando»): «pero nada curaba su desaliento e hipocondría, acrecentados con la muerte de sus dos hijos y con la partida del único que le quedaba para el ejército de la India» (*ibid.*, p. 939). La vaguedad de «varios hijos» se concreta, como vemos, diecinueve páginas más tarde en tres (los dos fallecidos y el del ejército de la India). Pero la exactitud no es precisamente una característica del mastodóntico campeón de nuestra ortodoxia. El dicho popular de «siembra, que algo queda», parece haber sonado familiarmente a oídos del señor Menéndez y su gruesa falange de epígonos. Elijamos uno a la ventura: «en el fondo, Blanco era un hombre de estricta conciencia y dirigíase a Inglaterra [...] decidido a dar su nombre a varios hijos que tenía y a los que siempre quiso entrañablemente.

Partió para tierra sajona dispuesto a hacerse protestante. La cuestión era tener el dique de una religión, pero lo mismo le daba una que otra [...] La hipocondría y melancólico estado de espíritu se acrecentó con la muerte de dos de sus hijos y la partida con el ejército de la India del que quedó en vida»⁶. Como el lector podrá apreciar por sí mismo, el problema de las fuentes del autor de la última reseña no presenta grandes dificultades. La rutina común a los historiadores al uso y el sistema hereditario que antes señalábamos son directamente responsables del alud de tópicos, errores y falsedades que plagan los escritos «ortodoxos» referentes a Blanco White. Una vez más, debemos a la escrupulosidad de Vicente Llorens la aclaración del enigma planteado por el único hijo del exacerdotado sevillano —en unos términos que desmienten del todo el inconsiderado proceso de intenciones de Gallardo, Menéndez Pelayo y compañía. Las alusiones al tema del propio Blanco son escasas y púdicas, y sólo la correspondencia familiar en inglés —que Méndez Bejarano no recogió, por su imperfecto conocimiento de dicho idioma— ha permitido a Llorens la

completa dilucidación del asunto: «La persona con quien tuvo relación se llamaba Magdalena Esquaya, y el hijo nació el 7 de enero de 1809, cuando el padre, a consecuencia de la invasión napoleónica, se encontraba ya en Sevilla. Blanco sólo tuvo noticia de su existencia en Inglaterra, hacia septiembre de 1812, al restablecerse las comunicaciones con Madrid, después de liberada la ciudad por el ejército de Wellington. No lo desamparó entonces, ni tampoco a la madre. Fernando fue llevado a Londres en 1813, y su padre lo hizo educar en Francia, Suiza e Inglaterra. A Magdalena, mujer pobre y enferma, la ayudó económicamente hasta su muerte en 1816.»⁷ El argumento oficial de la heterodoxia de Blanco cae, pues, por su propio peso. Pero éste no es más que un ejemplo entre otros del modo en que entre nosotros se forjan las leyendas negras⁸.

Los resultados de tan castiza metodología están a la vista de todos. La falta de espacio nos impide consignar aquí un muestrario de los epítetos y denuosos que, durante más de siglo y medio, han etiquetado la persona y obra de Blanco, dicterios que, contra lo que pudiera suponerse, no son privativos de la inmortal derecha española, sino que, por razones sentimentales y de terruño, proceden

6. Ceferino Palencia, «Blanco White y sus Cartas sobre España», *Cuadernos Americanos*, marzo-abril de 1961.

7. Blanco White: *Obras en español*, Introducción, selección y notas de Vicente Llorens. Labor, Barcelona, 1971.

8. Fiel a sus anteojeas apriorísticas, Menéndez Pelayo imputa igualmente la adhesión de Blanco al anglicanismo a «la esperanza de honores y estimación social para él y para sus hijos», única razón, según él, capaz de «hacer entrar a aquel empedernido incrédulo en el gremio de alguna iglesia cristiana» (*Idem*, p. 925). Más adelante señala que «hasta el 15 de julio de 1815 no había renunciado solemnemente Blanco a su magistratura de San Fernando, ni púestose en condiciones de aceptar beneficios de la iglesia anglicana», insinuando con ello que utilizó hasta la fecha los subsidios de la Capilla Real de Sevilla. La correspondencia familiar publicada por Méndez Bejarano desmiente el hecho; véase la carta de Blanco a sus padres del 9 de junio de 1813 y la dirigida a su hermano Fernando el 13 de diciembre de 1821: «Haz lo que puedas por miedo de que los historiadores de mi vida se hallen con el tropiezo that I had preferment in the church of Spain up to 1821 to the amount of L 5 sterling !!!» La ofuscada parcialidad del montañés es responsable sin duda del tropiezo que anticipara Blanco.

también de sectores intelectuales «avanzados» (el patriotismo en España infecta todas las ideologías). «Era el renegado de todas las sectas, el leproso de todos los partidos», exulta Menéndez Pelayo; y, en realidad, como observa Méndez Bejarano, «todos han cooperado a la execración o al olvido de su nombre. Los católicos, porque renunció al estado eclesiástico; los protestantes, porque los pulverizó con el acero de su crítica; los deístas, porque no renunció a apellidarse cristiano; los franceses, porque fue el único de la brillante pléyade literaria que combatió de frente su invasión en España; los ingleses,

por boca de Gladstone, porque socavó los cimientos de su Iglesia nacional; los españoles, porque combatió a la Junta Central, el espíritu francés infiltrado en las Cortes de Cádiz, alzó luego su voz en defensa de las colonias y, puesto en el último extremo, antes prefirió verlas independientes que esclavas [...] Tantos odios convergentes han borrado de nuestra historia el rastro de una de las más acentuadas personalidades inteligentes figuras de su tiempo, superior a muchos prosaicos versificadores y medianos prosistas que usurpan su lugar en el panteón de nuestras glorias»⁹.

No obstante, nadie se preocupó como Blanco por la necesidad de dejar a sus amigos en posesión de todos los hechos importantes relacionados con él a fin de que pudieran «refutar las calumnias y tergiversaciones» de sus enemigos el día en que él ya no pudiera hacerlo. Desde la «Memoria sobre la formación del carácter y opiniones de un joven eclesiástico español», inserta en *Letters from Spain*, a la breve introducción autobiográfica a *The poor man's preservative against Popery*, y «La despedida del autor de las Variedades a los hispanoamericanos», Blanco no deja de volver sobre su pasado, añadiendo nuevas precisiones y retoques a los hechos anteriormente expuestos, con una escrupulosidad contigua a la obsesión si no a la verdadera manía. Fruto de ello, los densos, extraordinarios capítulos de su *Life*, calificados con razón por Llorens de «la confesión más angustiosa y personal que haya escrito un español en los tiempos modernos».

El novelista peruano Mario Vargas Llosa observaba en una oportunidad que mientras los españoles suelen contar su vida con todos los pelos y señales al primer desconocido con quien tropiezan, se muestran en cambio singularmente reticentes a la idea de exponerla por escrito: actitud exactamente opuesta a la de los ingleses, decía, siempre tan parcos en palabras en presencia de extraños y, sin

3 embargo, tan provocadoramente sinceros al enfrentarse a la página en blanco si se proponen redactar una autobiografía. La anotación es certera y, a primera vista, resulta, en efecto, paradójico que pueblo tan gárrulo y extrovertido como el nuestro no sobresalga precisamente en el género autobiográfico: el diario privado o en la confesión íntima. Sería inútil buscar entre nosotros un equivalente a las páginas ardientes, dolorosas y cónicas de un Samuel Pepys o un Rousseau, un Wilde, un André Gide, un Frank Harris. El hecho, repetimos, es sorprendente, y no remite una vez más al concepto de «doble verdad» vivido por los españoles desde hace siglos: a nivel del hecho cotidiano en sí del de su reproducción literaria y artística. Mientras sabemos, por ejemplo, por los archivos de la época, el desenfreno de las costumbres en la España de Felipe IV o la de Godoy y María Luisa, no hallaremos jamás en nuestros escritores una exposición fidedigna del mismo. En España, la represión ha actuado siempre, en primer término, sobre la representación: se ha enseñado en el espejo, no en la realidad que refleja; en el lienzo, escena o papel, no en la vida. Si tuviéramos

9. Mario Méndez Bejarano, *Vida y obras de D. José Blanco y Crespo*, Madrid, 1921.

que juzgar la conducta privada de los españoles a través de las novelas y comedias escritas o representadas en la península, correríamos el riesgo de forjarnos una imagen bastante alejada de la verdad. El sistema de disimulo que, según Blanco, echa a perder los mejores caracteres nacionales ha dividido brutalmente en dos mitades la conciencia de los españoles: ha separado la moral de los hechos y ha proyectado aquélla (si podemos llamar moral a una tristísima suma de represiones, propulsas, censuras) contra su representación escrita. El español de 1971 conoce perfectamente esta dicotomía para que sea necesario pararse en ella. Ahora, como siempre, opera la doble conciencia a un nivel alienador, cotidiano —la incurable neurosis de la que, en mayor o menor grado, todos los españoles no educados en tierra ajena siguen siendo las víctimas. Ello explica el por qué la lectura de autobiografías, memorias, confesiones de nuestros paisanos, nos procura invariablemente un sentimiento de engaño o de frustración. Al recorrer las páginas íntimas de los mejores escritores españoles advertimos de inmediato que mucho, por no decir lo esencial, queda en el tintero: que los propios escritores «comprometidos» no se comprometen nunca consigo mismos. Imposible cerner la verdad de modo sereno y justo; si por casualidad emerge, adopta *ab initio* un aire de desafío. Se diría que, si nuestros autores se revelan sinceros, lo hacen porque en realidad son mentirosos desesperados: cada una de sus confesiones es a la postre una mentira derrotada. De ahí la continua oscilación entre pudibundez y *cabotinage*, mojigatería y exhibicionismo: el silencio hipócrita de los más o el desplante taurómico para la galería. Los nombres de Dalí, Cela o Arrabal podrían servir de ilustración a dicha actitud ambigua. Pero nada la expresa mejor a mi entender que el egotismo de Unamuno. Superficialmente, la inquietud religiosa de Unamuno y la de Blanco (después del breve sarampión jacobino de éste y del socialismo de juventud de aquél) presentan numerosas analogías. Un perenne desasosiego, hijo de la continua rebelión del espíritu crítico contra la fe cristiana impregna vida y obra de ambos

escritores y hasta es posible establecer un paralelo entre algunos pasajes del *San Manuel Bueno mártir* y diferentes párrafos de las *Letters* de Blanco o de su autobiografía. Uno y otro vivieron intensamente el dilema de la razón o la fe y, para los dos, el triunfo momentáneo de la primera fue siempre angustioso y pírrico. Pero, si calamos en la personalidad de Blanco, nada más ajeno a ella que el narcicismo incurable de Unamuno. La vida de Blanco White es, como dice Llorens, la historia de una permanente insatisfacción: para el lector familiarizado con su obra, la devastadora sinceridad de sus páginas y el hondo sufrimiento que las impregna, las distingue de inmediato del calculado agonismo del autor de *El sentimiento trágico de la vida*. No nos corresponde aquí examinar la campaneada angustia religiosa de Unamuno. Observaremos tan sólo que, en la medida en que su obra se nutre casi exclusivamente de ella, el escritor parece haberla entretenido con mimo. El lector unamuniano experimenta a menudo la penosa sensación de asistir a un espectáculo de feria en el que el protagonista se demora a sabiendas en un laberinto de espejos que le aleja paulatinamente de la salida¹. Su diario, sus ensayos, sus poemas dan siempre la impresión de haber sido escritos con la misma delectación morosa con que componía su semblanza pública. «¿Fue en realidad una figura tan, tan trágica?», se pregunta Carlos P. Otero². Nuestra opinión, en cualquier caso, es negativa: la actitud egocéntrica que le llevaba a confundir sus problemas íntimos y preocupaciones personales con los problemas y preocupaciones de la humanidad *tout court*, le incapacitaban para buscar, como Blanco, una respuesta válida a sus preguntas. Los conflictos interiores del sevillano eran en último término objetivos mientras los de Unamuno

1. «No sé si a otros ocurrirá, leyendo a Unamuno, ante aquella exhibición persistente de su «personalidad», apartar los ojos del libro como suele hacerse para no ver un espectáculo repulsivo.» (Luis Cernuda, *Poesía y literatura*, Barcelona, 1960, p. 65.)

2. «Unamuno y Cervantes», en *Letras*, I. Tamesis Books, Londres, 1966. Véase asimismo el excelente ensayo «Unamuno y Cavafy: «Il gran rifiuto»», incluido en el libro.

correspondían a la esfera de su inmanencia existencial.

La misma diferencia abismal caracteriza su relación con España. Como Quevedo —con quien mantiene tantos puntos de contacto— Unamuno se lamenta de la ruina del país pero, después de diagnosticar con agudeza sus males, se aferra desesperadamente a ellos en nombre de una españolidad abstracta de esencia cristiano-vieja, y si en su juventud habla de europeizar a España, más tarde lanza la idea de españolizar a Europa y se proclama «cada día más irreductiblemente español y más antieuropeo». Blanco es, por el contrario, un *self banished Spaniard*, a quien la lengua materna trae consigo a su oído «como si fuese el rumor lejano de una mazmorra en que hubiese sufrido encarcelamiento, grillos, heridas e insultos; y donde hubiese dejado a los amigos más queridos sufriendo de los mismos males sin remedio ni esperanza»³. Si sale de España —país a la vez objeto de su amor y aversión— a fin de no tener que explicar sus opiniones a medias, lleva para siempre, como una herida sin cicatrizar, el recuerdo de sus bregas con el disimulo e hipocresía nacionales: «ardua, realmente, y fiera ha sido la lucha con que he ganado mi libertad —escribe— y condenado estoy a llevar siempre las señas de mi anterior servidumbre»⁴. Su incredulidad, el paso por el anglicanismo y subsiguiente ruptura con él, el periodo unitario, etc. fueron otras tantas etapas de esa guerra contra sí mismo que le condujo a abandonar padres, amigos, carrera, país y lanzarse al vasto mundo en pos de la morada de completa libertad que buscaba; pues, como señala con razón el propio Blanco, «ningún peligro o sufrimiento me ha disuadido en el curso de mi vida de la busca de la verdad»⁵.

No es de extrañar entonces que quienes consideran a Unamuno la encarnación viva del «español trágico», hayan desdenado una figura que no encaja en ninguno de los clisés nacionales que tanto arrebatan a extranjeros e indígenas. Blanco no sirve gran cosa para los que alimentan el mito hispánico y viven de la cómoda profesión de españolero. Pero, para el que penetre en su obra sin anteojeras ni apriorismos ¡qué fuente extraordinaria de

conocimiento y reflexión le ofrece su doloroso aprendizaje! El denso dramatismo de sus páginas autobiográficas excluye todo parangón con las mejores muestras de la literatura española de la época. A su lado, incluso los artículos más conmovedores de Larra parecen pálidos y desvaídos. La pluma de Blanco obra el milagro de enfrentar al lector con su propia vida: para quien ha conocido la España de los años cuarenta, numerosos pasajes de sus memorias traen irresistible mente a las mentes una serie de experiencias y traumas que hubiese preferido olvidar para siempre. Una solidaridad secreta le une a esa voz íntima que parece brotar de ultratumba. Pues si para España no pasan días para Blanco tampoco: su obra no ha envejecido un ápice. Los personajes que vemos desfilar en los primeros capítulos de su autobiografía son seres familiares con quienes hemos topado en nuestra infancia o juventud —en casa, en el colegio, en alguna iglesia— quizás en las aulas de la universidad: con clave de fantasmas grotescos o amables odiosos o mezquinos, compañeros pertinaces y fieles que, querámoslo o no, nos acompañarán al sepulcro. Ningún texto como este *Narrative of his life in Spain* evoca los «encarcelamientos, heridas, grillos e insultos» morales que componen el estigma indeleble de «nuestra anterior servidumbre». Las dudas, angustias, temores que abrumaban la conciencia de Blanco nos han abrumado también a nosotros. La atmósfera de piedad familiar, su rígida educación religiosa, sus primeras lecturas furtivas nos sumergen en el mismísimo arcano de lo que fuimos somos —en el núcleo generador de nuestra rebeldía. Nadie ha descrito como Blanco la miseria moral que «amargó mi juventud y perturbado la paz de mis años maduros: las luchas, quizá los crímenes, en todo caso el remordimiento que fueron en mí consecuencia de las bárbaras leyes de mi patria».

3. J. B. W. in *Variedades o el Mensajero de Londres* n.º 9 de octubre de 1825. Idem, *Banco White: Antología breve*, presentación y selección de Juan Goytisolo en *Libros* II, diciembre de 1971.

4. *Letters...*, p. 73.

5. *Practical and internal evidence against catholicism*, p. 3.

comunidad que se establece de inmediato con él se funda en un pasado común, en un largo y difícil proceso de desposesión y ruptura. La descripción de unos ejercicios espirituales de inspiración jesuítica —precedente curioso del célebre capítulo de Joyce— le permite desmontar, por ejemplo, el viejo pero eficaz mecanismo de dominación de la Iglesia católica: «Un instrumento para embotar el sentido moral mediante la multiplicación de los motivos de remordimiento» respecto a «imaginarios crímenes»⁶. Pues, como dice Blanco en otra ocasión, «¿no advierte usted inmediatamente que quienquiera tenga a su custodia la conciencia del hombre tiene al hombre entero en su poder?» El objetivo de las Iglesias, añadirá, «es privar a los hombres de su inteligencia y voluntad, convirtiéndolos en instrumentos ciegos de las suyas». Con lucidez sobria, su autobiografía se esfuerza en exponer los elementos del proceso que le condujo a abrazar la carrera sacerdotal: la resuelta determinación de la madre (sobre cuyo papel vuelve, obsesivamente, una y otra vez), la debilidad de carácter del padre, la complicidad de sus mejores amigos. Cuando quiere retroceder es ya demasiado tarde y al ceder, nos dice, confunde la alegría de secar las lágrimas maternales con una renovada inclinación a la vida sacerdotal.

No vamos a compendiar aquí las diferentes fases de su trayectoria espiritual: el lector podrá apreciarla, sin necesidad de comentarios, por boca de su propio autor, en la traducción que ofrecemos a continuación de estas notas. Pero sí queremos subrayar las extraordinarias dotes de narrador de Blanco, quien, pese a su confesada pobreza imaginativa y su poca afición a las descripciones, se revela un creador auténtico siempre que se encara a los sucesos y circunstancias de su propia vida. Las figuras del padre Vega o del director de la Cueva, por ejemplo, han sido delineadas con trazos inolvidables, y los avatares de su promoción eclesiástica nos valen el admirable pasaje de las oposiciones a la canonjía de la Capilla Real de Sevilla que lo enfrentaron a su amigo Eduardo Vacquer, un personaje de dimensiones novelescas grandiosas, cuyo destino y final

trágico recuerdan, o, por mejor decir, anticipan el de William Wilson, el protagonista epónimo del relato de Poe. Pero es en el retrato de su madre —en las *Letters*, en *Practical and internal evidence against catholicism*, en la autobiografía— donde su pluma alcanza mayor profusión de matices: idolatrada por Blanco —quien, según nos confía, era a su vez el hijo preferido— se convierte poco a poco, insidiosamente y como a contrapelo del autor, en un personaje cuyo egoísmo materno y religiosidad fanática repelen y fascinan. Algún lector malicioso podría sospechar que Blanco, al diseñar su figura, ha aplicado la astuta receta de Shakespeare, celebrada por Brecht, cuando en su panegírico del asesino de César, describe la brutalidad de su crimen con colores tan vivos que la alabanza se transforma de modo imperceptible en demoledora acta de acusación. En nuestra opinión se trata más bien de un triunfo del narrador sobre el hombre —similar al que Lucaks señalara en Balzac—, en el que el ímpetu irresistible del acto de creación literaria se ha impuesto a los sentimientos personales del autor. Cuando Blanco protesta de su cariño y asegura tener a su madre por «el modelo más alto de conducta femenina» es sin duda sincero. Simplemente, la lucidez del artista ha sido más fuerte que la ceguera de su amor filial.

The life of the Rev. Joseph Blanco White written by himself evita con consumada pericia la visión apriorística de los sucesos y cosas que acecha sutilmente a las obras del género. Por lo común, los autores de autobiografía o memorias se sitúan en una perspectiva privilegiada que presenta una doble vertiente: contemplar los errores del pasado a través de la perfección alcanzada en el momento de empuñar la pluma (éste es el caso más usual) o bien, situar la perfección en el ayer, vista desde la caída y degradación presente (como en Mateo Alemán y otros autores picarescos); en el primer caso la mención de los errores antiguos implica su superación posterior (los senderos que guían

6. «Opresión del entendimiento en España», en *Variedades*, I, p. 104-120.

al Bien suelen ser tortuosos); en el segundo, la miseria moral del autor supone un estado de primitiva inocencia (nostalgia del paraíso perdido, creado por Dios). En Blanco, este punto de referencia impoluta (gracia, inocencia) no se sitúa en el pasado ni en el presente, al principio ni al final. En realidad, no admite perspectiva privilegiada alguna. La permanente ansiedad que corroe su vida le veda, por fortuna, la tentación de atalayar los errores y faltas pasados investido de los poderes sacrosantos de la Verdad. «En tanto que no bajen ángeles para decidir entre las opiniones diversas de los hombres, dice,

cualquiera a quien se le encargue hablar en nombre del cielo no será más que el oráculo de sus propias pasiones y deseos». En los tres volúmenes de su autobiografía, diario y correspondencia, no se abandona jamás al espejismo de situar la verdad en el momento en que escribe, pues sabe que aquélla se gana día a día, en lucha con los propios errores. Pero la falta de lección es sólo aparente y encierra en resumidas cuentas una lección más profunda: la única conclusión posible de un hombre dotado de espíritu crítico, parece decirnos, es que no puede llegar honestamente a ninguna conclusión.

En 1802, recién obtenida la magistralía en la Capilla Real de Sevilla, el canónigo Blanco, a la sazón en sus veintisiete años, podía considerar que se hallaba en camino de acceder a las dignidades superiores de la Iglesia por los mismos medios dignos e independientes que le habían procurado la que ya disfrutaba. «¿Quién hubiera podido pensar —escribe— que en tales circunstancias y justo en el momento en que con toda seriedad y conciencia me entregaba a los deberes de mi profesión, caería sobre mí una tormenta intelectual y moral que barrería de golpe todas las huellas religiosas tan larga y penosamente grabadas en mi espíritu, volvería odiosa la perspectiva de honores y emolumentos eclesiásticos y haría absolutamente intolerable mi estancia en el país nativo? Sin embargo, eso fue lo que acaeció, a pesar de una obstinadísima resistencia mía.» En las conmovedoras páginas autobiográficas de las *Letters* y *Narrative of his life in Spain*, Blanco nos ha dejado un testimonio inapreciable del arduo proceso de su desconversión: «Durante la transición de la creencia religiosa a la incredulidad, el horror a los pecados contra la fe, profundamente arraigado en mi alma por la educación, me acosó día y noche.» Sus palabras, de nuevo, despiertan en la mente de sus lectores —españoles de hoy que, como yo, recibimos

4 una formación similar a la suya y lidiamos con las mismas dificultades y escrúpulos a romper con ella— el eco de una emoción íntima que nos encara de golpe a los fantasmas de nuestra propia vida. El valor excepcional de su experiencia radica en el hecho de que cifra en sí la historia secreta de miles de sus paisanos —una historia no escrita jamás, encerrada bajo siete llaves en el santuario de sus conciencias— historia de ayer, de hoy y, mucho me temo, de mañana de todo el que ha roto con el yugo opresor de una institución que, aliada estrechamente al brazo secular, ha pesado siempre como una losa sobre el destino de los hombres de la península. Pero las condiciones de la época en que vivió Blanco y su peculiar idiosincrasia agravaban todavía el drama y encerraban a su protagonista en un dilema angustioso: «Cuando me recobré de la sacudida que me produjo este cambio violento —escribe— mis pensamientos se centraron en las circunstancias difíciles de mi situación. ¿Qué debía hacer? La naturaleza me había vedado la posibilidad de ser hipócrita aun en el caso que hubiese querido serlo. Abandonar mi profesión era imposible: la ley del país lo prohíbe e interpreta la renuncia voluntaria a todos los cargos sacerdotales como una prueba de herejía que castiga con la muerte. A menos de dejar el país, mi actual

ción sacerdotal era inevitable. Pero, ¿cómo podía expatriarme sin inferir una herida mortal a mis padres? ¿Podía algo justificar un paso que acarreará semejantes consecuencias?» La autobiografía nos expone los pormenores del período que debía transformar al joven capellán magistral de la Capilla Real en un enemigo encarnizado del catolicismo: la lectura de una serie de obras enciclopedistas que le facilitaron dos dignitarios eclesiásticos, secretamente ateos; la necesidad de ocultar sus nuevas ideas a una madre perturbada por el temor de verse obligada a delatarle a la Inquisición; el ansia de evasión de Sevilla que le impulsa a recorrer, con diversos pretextos, las provincias andaluzas. Pero el acontecimiento que debía rematar su desdicha fue la decisión de su hermana de hacerse monja. Blanco ha descrito una y otra vez las circunstancias particularmente odiosas que envolvieron el hecho¹, y su retrato de la ceremonia de profesión, en la que ofició la misa él y predicó Arjona (conscientes los dos de la superchería) es, sin duda, una de las estampas más desgarradoras y amargas salidas jamás de su pluma. Un año después, incapaz de soportar la angustia que le abruma, Blanco obtiene una licencia temporal de las autoridades eclesiásticas sevillanas y se traslada a Madrid, como confesará más tarde, buscando «una pobre sombra de libertad».

Los tres años de estancia en la capital —en donde fue miembro de la comisión de literatos del Real Instituto Pestalozziano— abren camino al extraordinario concurso de circunstancias que conducirán a Blanco a su anhelada expatriación. Pero no es nuestro propósito comentarlos aquí y el lector nos permitirá una digresión que no nos llevará, confiamos, por los cerros de Ubeda. El silencio de Blanco durante el período de incredulidad que vivió en la península no se debe tan sólo, creemos, a sus muy naturales temores a una represalia del Santo Oficio. Existe también otra razón de peso, común a numerosos rebeldes que, huyendo de las persecuciones inquisitoriales, tomaron el camino del exilio (el intelectual español ha sido siempre en potencia un candidato a la emigración): me refiero al obstáculo de expresar un pensamiento libre

en un idioma que, anquilosado durante siglos por el celo de nuestros censores, se adapta difícilmente al ejercicio de dicha libertad. Como confesaba Blanco desde su refugio londinense a sus lectores hispanoamericanos, «todo español se ha visto obligado a pensar o por lo menos hablar y escribir con arreglo a ciertas fórmulas y principios establecidos» y las resultas de semejante sistema se traducen en «un entorpecimiento de las facultades mentales» y «un miedo continuo a ejercerlas». Por otra parte, escribe en las *Letters*, «los idiomas que durante el progreso intelectual de Europa se han convertido en vehículos e instrumentos de pensar lo han dejado muy atrás [al castellano] en cuanto a medios de precisión y abstracción, y el rico tesoro que durante tanto tiempo ha permanecido enterrado deberá ser reacuñado y bruñido antes de que pueda circular como moneda genuina». La audacia insólita del pensamiento de Blanco le condenaba a chocar con los clisés inhibidores de un lenguaje estancado, lo que explica, dirá, «la gran dificultad y penosa molestia con la que he tenido que contender siempre que he escrito en español». Añádase a ello la lejanía del público al que hubiera querido dirigir sus reflexiones

1. Los católicos de hoy encontrarán quizás exageradas las acusaciones de Blanco. O las arrinconarán en el anaquel de los «errores pasados» inconcebibles ya en esos benditos tiempos de agglornamento. Pero el reciente escándalo del tráfico de monjas en Kerala muestra que los hechos denunciados por nuestro escritor siguen siendo moneda corriente en la India. El testimonio de Charlotte Vaudeville (*Le Monde*, 29 de agosto de 1970) no permite ninguna duda al respecto: «Acostumbradas a obedecer pasivamente [...] educadas en una atmósfera de piedad estrecha y sentimental, la mayoría de las jóvenes [de Kerala] aceptan a menudo sin repugnancia una vida conventual que les pone al abrigo de la responsabilidad, de cualquier choque brutal o de una insoportable miseria. Un gran número de ellas se descubre oportunadamente (por lo común a los 16 ó 17 años) una «vocación» y se dejan guiar por sus padres y sacerdotes al convento que han escogido. La familia celebra la toma del velo un poco como un noviazgo oficial o incluso unas bodas y, desde entonces, el destino de la joven queda sellado: la familia consideraría su regreso como un deshonor y, por otra parte, le sería imposible encontrar marido. La novicia que desea abandonar el convento se enfrenta de ordinario a una obstinada oposición de la familia, del cura o los sacerdotes que la han enclaustrado, y al miedo al ostracismo social —y necesita un gran valor para perseverar. Si es la superiora quien la despidе, el drama es inevitable. Entre la espada y la pared, la muchacha puede sufrir crisis nerviosas, a veces amenaza con suicidarse y lo intenta incluso [...]»

y la conciencia íntima de que no existía ningún país español que estuviese dispuesto a oírle «sin reserva»: cuando al cabo de once años de exilio (el plazo necesario para sacudirse todo el polvo que llevaba encima), Blanco acomete la empresa de trazar un cuadro real de la España que conoció y de la vida que soportó en ella, no lo hace en castellano sino en inglés, y el resultado son esas *Letters from Spain* publicadas bajo el seudónimo de Leucadio Doblado, que, conforme a la profecía de su autor, no han sido publicadas aún en su idioma nativo².

*Cartas desde España*³ (empleamos el título que les dio Blanco de preferencia al de *Cartas de España* con que suelen ser conocidas) es en mi opinión el documento más vivo y fresco, perspicaz y profundo de que hoy disponemos para juzgar la España y los españoles de comienzos del XIX. Un día habrá que examinar con detenimiento las razones en virtud de las cuales los testimonios más significativos y válidos sobre la primera mitad del pasado siglo fueron obra de un expatriado (Blanco White) y dos forasteros (Borrow y Ford). Transplantado a orillas del Támesis y escribiendo en inglés, Blanco disfrutaba sin duda de una independencia de juicio y libertad de pluma inaccesibles a sus colegas peninsulares, ya sumergidos en el remolino de las breves insurgencias revolucionarias, ya aplastados por el orden sepulcral de los gobiernos conservadores. Pero, ¿y Richard Ford? ¿y George Borrow? Si comparamos, por ejemplo, *The Bible in Spain* o *Handbook for travelers in Spain and readers at home* con las obras de los viajeros franceses de la época advertiremos en seguida que, a diferencia de éstos, los británicos no caen jamás (a lo menos sin ironía consciente) en la españolada (aunque Borrow se disfraza de gitano y traduzca el Evangelio según san Lucas al caló). Se diría que los franceses, cuando recorren las tierras de la península, asumen gloriosamente los rasgos y virtudes de *l'homme universel*, lo que les conduce a observar con condescendencia insufrible el *couleur locale* y *caractère particulier* del país y sus indígenas: de aquí su interés por el folklore, el pintoresquismo y cuanto, con razón o sin ella, les parece propiamente

hispano —como si los valores universales y racionales fueran privilegio exclusivo suyo. Los viajeros ingleses, en cambio, recorren España con una óptica distinta: la mirada que posan en los peninsulares es la mirada de alguien plenamente consciente de pertenecer a un pueblo de rasgos muy singulares y específicos, y que observa las peculiaridades de otro pueblo con una buena dosis de humor, curiosidad y simpatía. Tomemos el caso de Borrow. Su estancia en la península totalizaba apenas tres años, y su formación, cultura, sensibilidad e inteligencia eran diferentes, si no opuestas, a las de los españoles. ¿Cómo explicar entonces que su libro hiciera diana y los de los escritores indígenas, con excepción de Blanco, naufragaran en la trivialidad o la retórica? Un análisis de la literatura española del XVIII y primera mitad del XIX⁴ nos permite esclarecer un tanto la cuestión. Ilustrados y liberales (Feijóo, Cadalso, Meléndez, Jovellanos, Quintana, etc.) defendían una literatura militante, destinada a propagar verdades al pueblo; como la mayor parte de los escritores de mi generación, observaban la sociedad desde un ángulo exclusivamente moral y crítico: la literatura debía ser, ante todo, útil; tenía que convertirse en un instrumento de combate. Anticipándose a Marx, no se proponían explicar el mundo sino transformarlo (en su caso sería mejor decir: mejorarlo y corregirlo). De todo este periodo sólo Larra logra escapar (mediante una tensión que le abocará fatalmente

2. «For ages must pass before they can see the light in Spain» (*Letters*, p. 75). En el momento de redactar estas líneas recibo noticia de que la censura ha autorizado su publicación, y aparecerán con un prólogo de Vicente Llorente en la excelente colección de bolsillo de Alianza Editorial.

3. «Con esta idea describí el giro de mi entendimiento en la obra que escribí dos o tres años ya en inglés, bajo el título de *Letters from Spain*, o cartas desde España, por don Leucadio Doblado: nombre en que disfracé el mío, pues Leucadio deriva de una palabra griega que significa Blanco, y Doblado hace alusión a la repetición en español de mi verdadero apellido White, cuya dificultad de pronunciación y ortografía ha hecho que en España me llamen Blanco comúnmente.» J. B. W. en *Variedades*, n.º 9.

4. George Borrow: *La Biblia en España*, admirablemente traducido y prologado por Manuel Azaña. Reeditado recientemente por Cid, Madrid, 1967.

1825.

5. Richard Ford: *Handbook for travelers in Spain and readers at home*, Londres, 1845.

al suicidio) al dilema inexorable del intelectual moderno entre estética y moral, acción y contemplación, comprensión y crítica. Al renunciar a uno de los términos de la antítesis, nuestros escritores miran a menudo sin ver: sus obras reflejan un neto desprecio por aspectos de la vida española realmente originales y sugestivos. Con Borrow (como un siglo más tarde con Brenan) el problema no es el mismo. Para él, resultaba difícil resistir, viniendo de otro medio (y en particular de una sociedad en plena revolución industrial), a ese atractivo misterioso que ejercen sobre el viajero las sociedades económicamente subdesarrolladas. Los españoles no podían captar las «virtudes» humanas del mundo preindustrial en que vivían porque precisamente soñaban con escapar de él y caminaban, por así decirlo, con anteojeras. Como señala Lévi-Strauss, «tratándose de sociedades diferentes todo cambia: la objetividad [...] nos es concedida de balde. No siendo agentes, sino espectadores de las transformaciones que se operan, nos es tanto más fácil poner en la balanza su pasado y su futuro cuanto éstos sirven de contemplación estética y reflexión intelectual en lugar de manifestarnos su presencia en forma de inquietud moral»⁶. Borrow no busca un pintoresquismo fácil a la manera de Mérimée. Su curiosidad intelectual, su fino sentido del humor, su cálida simpatía humana le permiten registrar con fidelidad una serie de hechos, caracteres y rasgos que son o han sido inconfundiblemente nuestros, cuando menos hasta fecha muy reciente. Su retrato de los pueblos peninsulares no es angustioso y lúgubre como lo es, por ejemplo, el de Jovellanos: éste rehúsa toda contemplación estética, mira sin ver, compara el deprimente «ser» con el «deber ser», juzga y analiza las cosas desde un punto de vista únicamente moral. Borrow, sin abandonar por eso su sentido crítico, sabe captar el «encanto» de nuestro atraso y examinar con afectuosa ironía nuestras costumbres primitivas y casi tribales. La misma dualidad de visión da justamente su impacto a las *Cartas de Blanco White*, quien, por escribir para un público inglés lleno de curiosidad por las cosas de España, sabe compensar la violentísima crí-

tica del libro, producto de su inquietud moral, con una aguda reflexión intelectual y una delicada contemplación estética que le evitan caer en la unilateralidad y esquematismo que antes indicábamos.

La importancia evidente de las *Letters* resalta todavía si tenemos en cuenta la extrema penuria de talentos de que adolece la literatura castellana de su tiempo: desde el eclipse del genio creador español en la segunda mitad de siglo XVII, ¿de qué nombres pueden valerse las letras hispánicas —nombres que puedan competir con los de Francia, Inglaterra o Alemania? Si descontamos dos o tres, ¿qué autores nacionales pueden traspasar nuestras fronteras hasta la aparición casi milagrosa de un Bécquer, un Clarín, un Galdós? No es de extrañar entonces que, ante panorama tan yermo, escritores y lectores de Hispanoamérica hayan buscado su inspiración y estímulo en el ámbito de las literaturas ultrapirenaicas. Las duras palabras de Sarmiento sobre la España que visitara en 1846 reflejan esta situación: «Ustedes no tienen [hoy] autores, ni escritores, ni sabios, ni economistas, ni políticos, ni historiadores, ni cosa que lo valga [...] ustedes aquí y nosotros allá traducimos.»⁷ Con toda razón, Sarmiento no había visto «más libro español que uno que no es libro, los artículos de Larra». La irritación que sus juicios suscitó en la península no se ha calmado aún, pero la terca realidad persiste en confirmarlos. La España de la primera mitad del XIX no podía ofrecer cosa alguna al apetito intelectual de un Sarmiento, aparte de los artículos de Larra y, añadiríamos nosotros, el teatro de Moratín. El único nombre que podríamos agregar al de éstos era desde 1810 el de un hombre oficialmente maldito y, en lugar de vindicarlo, la casta gobernante de España se aplicaba ya, con tenacidad digna de mejor causa, a adensar en torno a él el silencio que entre nosotros prepara y anticipa el olvido. Su victoria mez-

6. Claude Lévi-Strauss: *Tristes tropiques*, París, 1955.

7. Domingo Sarmiento: *Viajes. España e Italia*, Buenos Aires, 1922. Apud, Cervantes y los casticismos españoles, de Américo Castro, Alfaguara, Madrid, 1967, p. 220.

quina ha mutilado gravemente la literatura española de la época privándola de uno de sus vástagos más pujantes, en nuestra opinión el mayor. Seamos claros: los mismos que se lamentan hipócritamente del juicio de Sarmiento sobre nuestros valores inexportables, apechan con la negra responsabilidad de haber impedido la difusión de la obra de un compatriota que, por múltiples razones, es susceptible de alimentar la curiosidad de los lectores de uno y otro hemisferio, obra que cualquier otro país, salvo el nuestro, se habría apresurado a vindicar.

Los escasos españoles que han tenido la curiosidad y los medios de acercarse a las *Letters*, por muy precavidos que fueran contra el «furor antiespañol y anticatólico» de su autor, no han podido sustraerse del todo al hechizo del libro⁸. La gran variedad y riqueza de los temas que toca la pluma de Blanco le permiten trazar una brillante sucesión de estampas —la corrida de toros, el viaje por Sierra Morena, las ceremonias de Semana Santa, la epidemia de peste en Sevilla— que sobresalen por su gracia y modernidad entre las adocenadas descripciones costumbristas de su tiempo. Los elementos de la vida española han sido reproducidos a la vez, diríase, por Blanco y por White —con el despego de quien se siente ajeno a ellos y, no obstante, con la claridad y precisión del nativo: el análisis de las clases sociales del país es un documento de extraordinario valor para la historia de nuestras costumbres, y el despiadado retrato de la corte borbónica —la saladísima farsa y licencia de la otra reina castiza— merecería figurar por derecho en las mejores antologías del humor negro.

Pero en buen español *malgré lui*, al hacer la descripción del país, Blanco se inserta velazquianamente en ella, y su crónica histórico-social española cede el paso a momentos a la lúcida confesión personal. La «Memoria sobre la formación del carácter y opiniones de un joven eclesiástico español» que intercala en la Carta III desequilibra con su extensión y peso específico el propósito general de las *Letters*; pero, al producirse los acontecimientos de la frustrada revolución española, Blanco no oscila ya entre lo personal y lo colectivo sino que conjuga armo-

niosamente el relato de su vida propia con las peripecias de la historia patria —a la largo de las jornadas dramáticas de la intervención napoleónica que le determinaron a abrazar sin grandes convicciones el bando de los insurrectos. Ningún historiador de la época ha sabido pintar como él grandiosos frescos de multitudes en movimiento o dibujar, con rasgos inolvidables, el retrato de los personajes a quienes un sarcasmo del destino había confiado los mandos de la nación: «Fernando, a caballo y escoltado por unos cuantos guardias, apareció en la puerta de Atocha. Yo estaba cerca de la entrada y podía verle de cuerpo entero mientras, rodeado de gentes de a pie, avanzaba lentamente por el hermoso paseo llamado de El Prado. Jamás monarca alguno recibió bienvenida más cariñosa y leal de parte de sus súbditos ni jamás éstos contemplaron semblante más vacío y necio, incluso entre las caras de los Borbones de España. A unas facciones totalmente desagradables, el apocamiento o la torpeza añadían una rigidez que, si no hubiera sido por el movimiento del cuerpo, nos podría haber inducido a sospechar que estábamos malgastando nuestros saludos con un muñeco de cera.» Nuestra historia es un bolero de Ravel que se repite en obsesivas ondas circulares: cuando, en sus recientes Memorias, John Dos Passos evoca su visita al palacio real de Madrid poco antes de la caída de Alfonso XIII y nos describe el rostro céreo, los ojos muertos y la mandíbula prognata del último monarca español el efecto de pesadilla es el mismo⁹.

Al calar en el mundo hispano de las Cartas X, XII y XIII, el lector se impone inmediatamente de la identidad de propósito que guía el pincel de Goya y la pluma de Blanco. Pues si las pinturas y grabados del primero ilustran gráficamente las *Cartas*, éstas, a su vez, parecen haber sido escritas para servir de comentario a *La familia real de Carlos IV* o

8. Ni el propio Menéndez les regatea el elogio. Véase *Heterodoxos...*, p. 926.

9. John Dos Passos: *The best times*, New American Library, Nueva York, 1966, cap. VII.

los *Desastres de la guerra*. La grotesca sucesión de intrigas, comedias y dramas que desvela el escritor ayuda a comprender el trasfondo de la obra maestra admirada en el museo del Prado. El espectador se maravilla con razón de la crueldad con que Goya ha trazado las facciones de Carlos y María Luisa y se pregunta cómo Sus Majestades pudieron tolerar tal ultraje. La explicación más plausible nos la sugiere Blanco: la realidad superaba a la imaginación. Hablando de la reina, ¿no había dicho Napoleón, *elle a son cœur et son histoire sur sa physionomie et cela dépasse tout ce qu'on peut imaginer*? En cualquier caso, resulta evidente que Goya había dejado de creer también en la realeza y, como observa André Malraux, el rey constituía a sus ojos, «el símbolo del absurdo universal»¹⁰. En lo que respecta a los acontecimientos que entre 1808 y 1812 asolaron la península, la comunidad de visión entre el escritor y el pintor es todavía más notable. Si, al describir el motín de Almaraz, el linchamiento de Mérida o las escenas callejeras de Madrid y Sevilla, Blanco menciona «la infortunada propensión a verter sangre» de sus compatriotas, y, en 1836 nada menos, escribe a su hermano Fernando que «no ve un fin a la guerra civil», en los *Desastres de la guerra* Goya parece adivinar igualmente las leyes cíclicas de la historia española contemporánea en la que, como es sabido, al zumbido y la furia de las crisis (revoluciones, guerras civiles), suceden largos periodos de calma, embrutecimiento y modorra (régimenes de fuerza, dictaduras militares). Puesto que desde el siglo XVI la intolerancia es una gran virtud a ojos de una mayoría de españoles, es obvio que nuestra sociedad no podía crear una fórmula de convivencia factible: el desacuerdo debía desembocar fatalmente en las guerras carlistas del XIX y el millón de muertos de 1936-1939. El relato del viaje de Blanco por tierras de Extremadura se inscribe en la órbita visionaria de la obra del gran pintor: los *Desastres* implican una severa advertencia en la medida en que aventuran una inquietante profecía. Los muertos fusilados, mutilados, ahorcados que se repiten en las láminas de modo tan obsesivo evocan irresistiblemente las ejecu-

ciones y matanzas que ensangrentarán más tarde la península. Incendios, pillajes, asesinatos, violaciones cobran así *a posteriori* un significado premonitorio y siniestro. La denuncia de la violencia latente que busca y halla en cada época el pretexto de manifestarse aparece en Goya, como en Blanco, desprovista de toda clase de oropeles. Así se aclara por qué las luchas por cuestiones políticas, sociales, religiosas, etc., revisten entre españoles una intensidad desproporcionada a su objeto: y es que el objeto es otro. Conflicto de creencias o ideologías opuestas, sin duda; pero sólo el cainismo y la vieja saña hispánica pueden explicar su prolongado rigor y sus atrocidades. «El terco orgullo del pueblo español agrupado en dos partidos, resueltos ambos a sacrificar cualquier ventaja real en aras de su dignidad ideal, excluye toda probabilidad de compromiso», escribe Blanco; y con un pesimismo lúcido que los hechos han ratificado hasta hoy, concluirá: «España debe ser gobernada, absoluta y exclusivamente, ya por la Junta Apostólica, ya por una logia de comuneros.»

Nuestro parecer sobre la España fernandina y de la regencia coincide con la mencionada opinión de Sarmiento: como él, estimamos contraproducente la propensión a revestir y engalanar la pobreza intelectual y artística y a servir eventualmente gato por liebre. Poco, muy poco de cuanto se ha escrito en la península por espacio de aquellos años despierta en nosotros un sentimiento de admiración, pasado el primer momento de amarga solidaridad. Pero por ello mismo, el silencio de muerte que reina en el país da un alcance y emoción mucho mayores a gritos solitarios como el de Blanco. La candente actualidad literaria y humana de sus *Cartas* les permite cruzar con éxito las barreras de la lengua y el tiempo. Como decía Malraux hablando de Goya, «su voz es la voz extinguida de España»; voz que en 1971 reconocemos nuestra —voz descondicionada, profética, libre que brota del infierno en donde, para vergüenza de todos, permanece todavía enterrado.

10. André Malraux: *Saturne*, Gallimard, París, 1950.

Pero volvamos a la escueta exposición de los hechos. En las ya mencionadas Cartas XII y XIII y, sobre todo, en el capítulo segundo de la *Narrative of his life in Spain*, Blanco ha expuesto con la abrupta sinceridad que le caracteriza el terrible dilema de los ilustrados españoles ante la brutal intervención de Bonaparte en los asuntos de la península: «Las provincias más distantes de la capital proclamaron la guerra contra los franceses y llegó el momento de tomar posición en el inevitable conflicto. La lucha penosísima que ese estado de cosas provocó en mi fuero interno resulta indescriptible. Conocía muy a fondo la condición moral e intelectual del país para poder esperar cualquier beneficio de la insurrección popular. La mayoría de mis amigos [...] creían que el partido liberal podría someter a ese mismo clero al que permitían disfrutar entonces de una completa ascendencia a título temporal, una vez que los ciegos prejuicios del país hubiesen cumplido con su misión de arrojar a los franceses de la península. Tal opinión me parecía totalmente descabellada. Tenía el convencimiento íntimo de que si se podía mantener al pueblo tranquilo bajo la forma de gobierno a que estaba acostumbrado —mientras se liberaba al país de una dinastía para la que no había ya ninguna esperanza de mejora— cualquiera que fuese la humillación política de recibir un rey de manos de Napoleón, los beneficios futuros serían grandes [...] Tal fue mi parecer durante el período de ansiosa incertidumbre que sucedió al terrible dos de mayo de 1808 y una triste experiencia me ha mostrado que no andaba errado del todo [...] sin embargo [...] tuve bastante patriotismo para, en vez de permanecer con el bando francés, sostenido por los ejércitos hasta entonces invictos de Napoleón, abrirme camino, a través de fatigas y peligros, hasta la sede misma del fanatismo: Sevilla [...] ¿Quién, entonces, era el verdadero patriota?: ¿Quién, como yo, siguió a la mayoría de sus paisanos contra su propia convicción, porque no quería verlos forzados a adoptar lo que juzgaba bueno para ellos o quienes, agregándose a sus filas, siguieron el mero impulso de sus sentimientos, por no decir sus ambiciones y deseos personales? Si se hubiese afianzado

5 el gobierno de José Bonaparte mi patria habría dejado de ser para mí un lugar de servidumbre mental; con todo, desde el instante en que oí que mi propia provincia se había alzado en armas, abracé mis cadenas y volví sin demora al lugar donde sabía que me desollarían más.»

En junio de 1808, Blanco abandona la capital ocupada por los franceses y, maldecido su suerte —según confesará diecisiete años después en su despedida de los lectores de *Variedades*— regresa a su ciudad natal a ejercer de nuevo su «odioso oficio de engañar a las gentes». Más que nunca, Sevilla es, para él, la presencia de la madre y la necesidad de disimular las «bárbaras leyes del celibato»; el deseo secreto que le corroe de atropellar bajo su pie reliquias y santos y tratar la religión con «la indignidad más extrema». A su llegada, Quintana le ofrece compartir con Isidoro Antillón la redacción del *Semanario Patriótico* creado por la Junta Central para alentar la lucha popular nacional contra los ejércitos de Napoleón. Blanco acepta, no sin que Antillón y él se comprometan mutuamente a no publicar lisonja alguna de los hombres que ocupan el poder y a impedir que el periódico se convierta en un instrumento para engañar al pueblo. Influido por sus lecturas francesas, el magistral de la Capilla Real redacta artículos inflamados contra la tiranía y los abusos del poder que, pese a las restricciones que le impone su amistad con Quintana, no tardan en enojar a los mandamases de la Junta. La acogida favorable que el pueblo tributa al *Semanario* contribuye sin duda a aumentar los recelos, y aunque Quintana aconseja no lastimar el orgullo de los nobles, a fin de no predisponerlos contra el espíritu de reforma que sopla en el país, Blanco no atiende a sus advertencias, como confiesa en una carta a Lord Holland del 20 de julio de 1809: «Aunque no desconozco las ventajas de escribir en este tono conciliador que Vd me recomienda, reconozco que no puedo contener mi indignación cuando considero ese indigno montón de Grandes, hidalgos y eclesiásticos, cuyo concurso para los buenos

1. Véase Vicente Llorens, «Jovellanos y Blanco», en *Literatura, historia, política*. Revista de Occidente, Madrid, 1967.

principios jamás se llegará a conseguir.» En el número X de *El Español* y en la autobiografía, Blanco ha expuesto las circunstancias que determinaron a los redactores del periódico a suspender la publicación del mismo con un aviso cuyos términos podrían parecer demasiado oscuros, dice, a un público, como el inglés, habituado a la franqueza de la libertad de imprenta; no obstante, añadirá, «los que así piensen deberán acordarse que los pueblos sometidos a gobiernos opresores, que no les permiten hablar, tienen la viveza de los mudos para entenderse por señas»². Blanco acepta aún el encargo de redactar un dictamen sobre la convocatoria de las Cortes, pero los acontecimientos imponen un nuevo rumbo a su vida, esta vez de modo definitivo. La irrupción de los franceses en Andalucía obliga a la Junta Central a evacuar Sevilla y Blanco ve presentarse al fin la ocasión con que sueña: «El deseo vehemente [...] de dejar España y vivir de mi trabajo en un país libre, se me proporcionó cuando las tropas de Napoleón entraron en Sevilla. Nada me había detenido sino el temor de que mi fuga diese la muerte a mis padres; pero al acercarse los franceses mis mismos padres aprobaron la partida.»³ Durante tres semanas permanece en Cádiz mientras los ocupantes ponen su nombre entre los proscritos, dan por vacante su empleo y confiscan sus bienes. Pero la angustiada *fuite en avant* que, desde años atrás, le impulsa a quemar las naves tras sí (ya fuese la magistratura de la Capilla Real o las responsabilidades del *Semanario Patriótico*) le lanza ahora a soltar amigos, prebendas, país y ejecutar el plan «tanto tiempo demorado, de escapar de la tiranía religiosa bajo la que gemía». «Pretextando que no me sentía seguro en Cádiz —escribirá en *The poor man's preservative against Popery*— arreglé en cuatro días mi partida a Inglaterra. Sabía que era para siempre y el corazón me duele al recordar la última vez que vi a mis padres. Unas semanas después estaba en estas orillas.»

La pesadilla de Blanco ha terminado: su llegada a Inglaterra es sin duda, como dirá más tarde, «la bendición más señalada que ha recibido en su vida»; con todo, si compa-

ramos los escritos de la época con su interpretación posterior de los mismos, advertimos que se abandona aquí, por una vez, al perspectivismo que antes mencionábamos: juzgar el pasado en función del presente, considerando aquél como el mero camino que conduce a éste y eliminando por tanto los elementos del primero que no convengan a la imagen que se pretende dar. Que Blanco se asió a la oportunidad de emigrar con que le brindaba la mala fortuna de nuestras armas, está fuera de duda; pero opinamos que su decisión no era tan definitiva e irrevocable como intenta hacernos creer: los hechos, en todo caso, lo desmienten. El proceso de desposesión del emigrado con respecto al país natal —dado que se produzca, claro está, lo cual es más bien infrecuente— suele durar varios años, y la ruptura moral de Blanco con España podemos situarla en el momento de la campaña de denuestos orquestada por las Cortes de Cádiz, aunque no tome forma definitiva hasta la restauración del absolutismo fernandino en 1814. Lo cierto es que, apenas desembarcado en Londres, funda, con la ayuda de algunos amigos ingleses, un periódico en lengua castellana destinado a sostener la causa revolucionaria en la península y la alianza hispanobritánica frente a Napoleón. En el artículo de presentación del primer número (*El Español*, abril de 1810), Blanco expone sin tapujos las ideas y opiniones autocensuradas en el *Semanario Patriótico*. Sus «Reflexiones generales sobre la revolución española» son un análisis lúcido e implacable de las causas que motivaron los reveses y desastres militares de sus paisanos, cuya responsabilidad

2. La historia se repite. A fines de la década de los 40, un grupo de intelectuales y escritores barceloneses jóvenes (Manuel Sacristán, José M^a Castellet, Gabriel Ferrater, Juan Ferraté, Carlos Barral, etc.) lograron editar bajo el auspicio de la delegación provincial de Falange, una revista intelectual titulada *Laye*, en la que, según creo, publicó alguno de mis primeros escritos. Alarmados por el espíritu inconformista que animaba al núcleo de sus redactores, los jefes de Falange suspendieron su publicación y el último número apareció en 1952 con una banda negra, al pie de la cual figuraba una cita falsa de Garcilaso: «Sufriendo aquello que decir no puedo».

3. J.B.W.: «Despedida del autor de las *Variedades* a los hispanoamericanos», en *Variedades*, n.º 9, octubre de 1825.

atribuye a la mezquindad y espíritu anti-democrático de la Junta. Blanco invoca la necesidad de una agitación violenta y concluye su exposición con un elogio brillante de las libertades públicas: «Dejad que todos piensen, todos hablen, todos escriban, y no empleéis otra fuerza que la del convencimiento. Desterrad todo lo que se parezca a vuestro antiguo gobierno. Si el ardor de una revolución os atemoriza [...] creed que estáis destinados a ser perpetuamente esclavos.»⁴ Las reacciones de la Regencia gaditana fueron, como era de esperar, adversas y la embajada española tomó providencias inmediatas para impedir la difusión del periódico. La lectura asidua de Burke, no obstante, y, sobre todo, el contacto con las instituciones políticas inglesas moderan gradualmente las opiniones jacobinas del refugiado. Como dirá años más tarde, resumiendo este cambio, «si los autores [políticos] ingleses no aparecen tan claros como los franceses, es porque son más profundos. Nada es, al parecer, más claro e inteligible que un sistema ideal, en el que el autor se desentiende de todas las dificultades reales del caso. Si nos atenemos a meras teorías fácil cosa fuera hacer creer a los hombres que con un par de alas, de tamaño proporcionado a su cuerpo, podrían volar, como águilas, hasta las nubes. La dificultad no está en imaginar las alas, sino en moverlas»⁵. En los números sucesivos de *El Español*, insiste en la necesidad de acomodar las doctrinas a la práctica y, al debatirse en Cádiz la cuestión de la libertad de imprenta, se burla del terror pánico que acomete a numerosos compatriotas suyos «al ver tratar con tan poco respeto a sus antiguos ídolos». No hay que preocuparse por buscar sostenes para quienes dirigen; el problema, dirá, está en hallarlos para alzar la barrera imprescindible para contenerlos, pues «nada es más necesario en el día que este espíritu de censura que clarifica las medidas del gobierno, que hace estar alerta a los que mandan, que les obliga a emplear todo su cuidado y su esfuerzo en el cumplimiento de los cargos que la nación les hace. No basta variar las formas de los gobiernos: todos ellos pueden degenerar en despóticos sin esta voz viva que

hagan valer las leyes que los limitan [...] La libertad no se goza sin una ligera agitación, sin una fermentación suave que mantenga en vida estas inmensas masas de los estados políticos que, como el agua estancada, se corrompen con la quietud». Pero los liberales españoles se dedican a publicar decretos y leyes a medida de sus deseos, como si el mundo entero se hubiera de amoldar a su voluntad y, con previsión de ángel, pudieran adivinar el rumbo futuro que tomarían las cosas. Cuando las Cortes de Cádiz se reúnen por fin para establecer la constitución, Blanco denuncia una y otra vez la ilusión de regular con carácter obligatorio y perpetuo hasta los pormenores más nimios de la vida diaria (al redactar su malhadado Estatuto Real, Martínez de la Rosa diseñó el vestido de los diputados exactamente como en sus comedias) y, muy razonablemente, deduce que «el pueblo no puede creer en soberanías en las que tiene tan poca parte y de que tan poco bien individual le resulta». Pero Blanco era ya la oveja negra de los políticos gaditanos, y sus consejos no podían surtir efecto alguno. Bien antes de que empezara a escribir en inglés, incluso sus amigos habían roto con él y, por decirlo así, predicaba ya en el desierto.

Debemos abordar aquí, para explicar el ostracismo de Blanco White, a uno de los elementos capitales de su leyenda negra —el más revelador tal vez, en cuanto nos permitirá poner al desnudo el extraño mecanismo mental de nuestros programadores y zombis: me refiero al del antipatriota y traidor, vendido al oro de John Bull y los filibusteros. La falta de espacio nos impide exponer por menudo la posición de Blanco frente a los movimientos insurreccionales de Hispanoamérica. Quien se interese en conocer la trayec-

4. Cuando el célebre Casanova visita la península, se expresa en términos parecidos: «¡Oh, españoles! [...] ¿Quién os sacudirá de vuestro letargo? [...] Pueblo hoy miserable y digno de piedad [...] ¿Qué necesitas? Una revolución fuerte, un trastorno total, un choque terrible, una conquista regeneradora; pues tu atonía no es de las que se pueden destruir por medios simplemente civilizadores; preciso es el fuego para cauterizar la gangrena que te corroe.» Apud, Jean Sarrailh: *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII^{me} siècle*, París, 1964.

5. *Variedades*, I, p. 119.

toría de su pensamiento puede consultar los numerosos artículos que publicó en *El Español* sobre el tema o, a falta de ello, los breves extractos que incluí en mi antología de *Libre*. Como Méndez Bejarano advirtió muy bien, su actitud atraviesa tres fases que se aproximan bastante a la evolución de la izquierda francesa ante los acontecimientos de Argelia: la de asimilación (fundada en el decreto de la Regencia que proclamaba la igualdad entre peninsulares y americanos); la de autonomía (conforme se extiende la rebelión y la metrópoli persiste en sus desastrosas medidas para atajarla); para concluir (cuando las Cortes se lanzan a una ciega política de represión) por resignarse a la separación e independencia de Hispanoamérica.

Resumiremos sus opiniones aunque sea a vuelapluma. Al divulgarse en Europa la noticia de los sucesos de Venezuela, Blanco se sintió obligado a informar a sus lectores y en el número IV de *El Español* (julio de 1810), tras reproducir algunos pasajes de la *Gaceta* de Caracas y los decretos contradictorios de la Regencia sobre la libertad del comercio, expuso lo que hoy llamaríamos un punto de vista «asimilacionista» de la cuestión, contrario a la vez al vasallaje colonial y a la independencia absoluta. («Los americanos no pensarán jamás en separarse de la corona de España, si no se les obliga a ello con providencias mal entendidas. Los americanos sólo es probable que quieran no estar esperando gobierno y dirección de un país separado por un mar inmenso, de un país ocupado por los enemigos, y donde un gobierno en perpetuo peligro [...] nada puede hacer respecto a los dilatados países del Nuevo Mundo, más que pedir socorros y mandar empleados.») Luego, a medida que llueven los despachos sobre la latitud y gravedad de los levantamientos, invita a la Regencia a cumplir con sus propios decretos y establecer la igualdad en la práctica. («Todos los que aman la unidad e integridad del Imperio Español [...] conocerán que el único medio de conservar las Américas unidas con España, es no disponer de sus intereses sin su consentimiento; es contemporizar con

todo lo que no se oponga directamente a esta reunión en los términos que la razón aconseja.» *Ibid.*, agosto de 1810.) Respondiendo a la rociada de insultos de los comerciantes gaditanos y sus voceros, insiste en «reunir los ánimos e intereses de España y América [...] en inminente peligro de separarse para siempre» (*ibid.*, octubre de 1810) y vaticina, equivocándose aquí de medio a medio— pues la lógica y razón no valen nunca en las cosas de España— que el tiempo dirá quien ha favorecido a su país, si los que invocan la equidad y la justicia o los que no dejan a los caraqueños otro camino que la guerra: lo indispensable, dice, es detener una contienda, cuyo resultado, sea cual fuere, será fatal para España (*ibid.*, diciembre de 1810). Vanamente evocará el ejemplo de la independencia de los Estados Unidos. («La experiencia clama en los oídos del gobierno español que va a tener la misma suerte que Inglaterra respecto a sus colonias, si sigue los mismos pasos. El gobierno español insiste en tomarlos peores.» (*Ibid.*, enero de 1811.) A los que se atrincheran en el argumento de «los desórdenes de los insurrectos» (los *tellagahs* de la guerra de Argelia) responderá que es absurdo exigir moderación de un pueblo al que la opresión e injusticia obliga a alzarse en armas. Los españoles, exclamará, están quemando «la casa porque no podían ser dueños absolutos de ella» (*ibid.*, abril de 1811) y, al comentar las tardías e irrisorias concesiones de las Cortes a los diputados de América, opina que equivalen a «convidar con asiento a la mesa del amo de La Habana al esclavo que, habiéndose huido, tuviese ya casa propia en Filadelfia» (*ibid.*, mayo de 1811). No obstante, considera aún (*ibid.*, julio de 1811) que la América española no ha pasado todavía el noviciado de la libertad y no debe apresurarse a proclamar su independencia: la futura constitución de los países del Nuevo Mundo le parece dudosa y, con gran razón, se pregunta si el criollo admitirá al mulato y al indio a una verdadera igualdad con él. («Si recurriendo a artificios y quisquillas piensan [los blancos] excluir a sus hermanos negros o pardos de una completa participación del poder político, ¿juzgan que [...] se somete-

rán pacíficamente las castas degradadas a estas restricciones de privilegios?» (*Ibid.*, enero de 1812.) Una vez comenzada la guerra entre la parte oprimida de la nación y la que oprime, no puede terminar sino en esclavitud o independencia y, por ello mismo, se obstina en recomendar a los que detentan la autoridad en la península que procuren evitar el dilema concediendo a sus súbditos lo que es justo: «el interés de España es [elaborar] un sistema práctico de emancipación y amistad [...] si ha de quedar un palmo de terreno en América donde un español pueda fijar un pie». Todavía aconsejará a los americanos «insistiendo en ser soberanos de su industria, y créanme que más cerca están de este modo de la soberanía política [...] que declarándola desde ahora con programas. El comercio es quien decide la superioridad respectiva de los pueblos» (*Ibid.*, marzo de 1812). Pero sus llamamientos a la razón caen en el vacío y, descartada ya toda posibilidad de asimilación o de autonomía, Blanco se aviene, con el alma en vilo, a la independencia de las colonias: «He hecho cuanto ha estado a mi alcance para persuadir a los americanos a la conciliación; mas ya no está en su mano ni en la mía. El gobierno español la ha rehusado a la amistad, a la humanidad, a la justicia y aún a su propio interés. ¿Qué les resta hacer a los americanos? ¿Se han de entregar a discreción de semejantes señores? [...] Antes me cortara la mano con que escribo que recomendar tan funesto abatimiento. Una sola cosa sacrificaré en este punto al respeto de mi patria. Al desvanecerse para siempre la esperanza de conciliación [...] nunca tomaré la pluma para atizar el furor de los americanos españoles en esta funesta guerra. Decídala la espada y el Dios de la justicia sin castigar a mi patria de los errores de sus gobiernos» (*Ibid.*, agosto de 1812). El lector habrá podido juzgar por su cuenta de los propósitos que guiaron a Blanco: los de sus detractores no son menos claros y merece la pena que los examinemos también. Las reacciones peninsulares contra el «amigo de los filibusteros» (*l'ami des fellagahs*) no se hicieron esperar: al salir a luz el número IV, nos dice el interesado, «cuantos escribían en Cádiz, y aun los que nunca habían tenido

la tentación de ser autores, cayeron sobre el nombre de Blanco» dispuestos a aprovecharse del furor que había promovido en aquella población comerciante. En noviembre de 1810, obedeciendo órdenes de la regencia, el virrey de México prohibió la circulación del periódico por medio de un bando en el que se calificaba calumniosamente a su editor de «eterno adúlador» de Godoy y, lo que es mucho más insólito, de español «de mala intención» («¿no es una gloria para Blanco —dirá éste— que el gobierno de su patria, empeñado en tildarlo, no haya encontrado otra cosa de qué valerse que de sus intenciones? ¿Hay alguna acción en su vida que demuestre o que indique esta malignidad, esta mala intención que le dan por carácter? No: porque seguramente no la habría olvidado la Regencia»). Según se agudizan las críticas a la política colonial del gobierno, los dicerios aumentan también (en *El Observador* de Cádiz e incluso en la prensa inglesa) y, en una carta dirigida a su amigo y protector lord Holland (en la que por primera vez se autodefine *poor Spanish outlaw*), Blanco confiesa: «El sentimiento que domina en mí es una especie de estupor al considerar cómo ha sido posible que mi nombre fuese pregonado en Cádiz con epítetos de monstruo y corruptor de la moral pública, en una ciudad llena de amigos míos.» Pero el motivo que iba a levantar la mayor andanada de insultos y sentar las bases definitivas de su leyenda negra fue la publicación en *El Español* (XIII, abril de 1811) de una carta del diputado americano Antonio Joaquín Pérez que resultó ser apócrifa. Aunque Blanco probó su buena fe, las Cortes aprovecharon la ocasión para descargar su bilis sobre el *outlaw* que había abandonado el país a fin de no tener que expresar sus opiniones a medias. El número XIV del mensual reproduce las actas del 24 de mayo de 1811 en las que el diputado Aner tacha a Blanco de «enemigo de su patria, peor que el mismo Napoleón», de «español desnaturalizado», de «hombre de pluma sanguinaria y atrevida» que, «lejos de sostener la causa de su patria, contribuye con toda eficacia a que ésta perezca y se vea sepultada en sus ruinas», por lo que solicita de sus colegas que se le «declare

para siempre proscrito de España»; abundando en sus pareceres, el diputado Del Monte le moteja a su vez de «infame e indigno español» que se ha declarado «enemigo descarado de su patria» y hasta Juan Nicasio Gallego, a quien Blanco tenía en gran estima, se suma a la lista de los perseguidores para denunciar el empeño del expatriado «en promover y atizar la desunión» de los países hispanoamericanos con la metrópoli⁶. Creo que estoy especialmente bien situado para comprender los sentimientos que suscitó en Blanco el coro de voces de sus paisanos —esa «hiel sempiterna del español terrible» que acecha al escritor con la piedra en la mano siempre que, por una razón u otra, resulta molesto a los *zombis* o habla más fuerte de lo debido. Mientras redacto estas páginas, la memoria me transporta irresistiblemente diez años atrás, al momento en que un incidente similar desató contra mí una campaña de injurias de parte de la prensa, radio y televisión nacionales, por el simple hecho, también, de escribir en español y no hacerlo al gusto de quienes gobiernan. En mi caso, asimismo, el pretexto elegido era dudoso: un incidente ocurrido durante la proyección de un documental ajeno que servía de ilustración a la versión italiana de mi volumen de reportajes sobre Almería. Un grupo de «camisas negras» arrojó una bomba de humo en el acto de presentación del libro y, aprovechando la confusión reinante, se adueñó de la única copia de la película, la cual fue presentada días después, en una versión adulterada, con añadidos, cortes y diferente banda sonora en un programa de televisión española, como prueba sin duda de la «mala intención» que guiaba «mi pluma sanguinaria y atrevida»: dicha proyección —que señalaba claramente, dicho sea de paso, a los verdaderos inspiradores de la proeza— dio la luz verde a una violenta salva de improperios del orden de los que abrumaron a Blanco⁷. Pero no estoy refiriendo aquí mi biografía ni la suya: lo que me importa es recalcar el paralelo entre ambas situaciones, demostración de la perenne inquina de la España oficial a los escritores que, libres de los chantajes e hipnosis del caldo de cultivo nacional, cometen el imperdonable

delito de pensar y escribir por su cuenta. La proverbial antipatía de nuestros programadores por los emigrados escamotea en realidad el verdadero problema, a saber: el por qué se fueron. Quienes reprochan a Vives, por ejemplo, su negativa a aceptar la invitación de Carlos V a hacerse cargo de la educación del príncipe Felipe en vez de enseñar en las universidades flamencas o inglesas, no se paran a considerar, como ha hecho Américo Castro, si los recuerdos que se llevó Vives de su patria (donde su padre y los restos de su madre alimentaron las hogueras del Santo Oficio) hacían realmente apetecible su retorno a Sansueña⁸. Blanco y los que han seguido su ejemplo después que él tendrían algo que decir sobre el particular, pero nuestros programadores, como es lógico, prefieren no enterarse.

Tomemos de nuevo el hilo de nuestra exposición. Para un hombre que profesaba un verdadero culto a la amistad como Blanco, es evidente que los ataques de sus propios amigos le impelieron a un creciente retraimiento respecto de los asuntos de España y desde este momento, creemos, renunció definitivamente a ella. «La injusticia con que me han tratado mis paisanos —escribe el 24 de septiembre de 1812 a sus padres— me causó un dolor intolerable al principio; pero lo han repetido tanto y tan sin razón alguna [...] que en el día estoy insensible a sus ataques [...] El mundo político no conoce amistad, ni amor, ni virtudes de ninguna clase; y los que poseen estas cualidades nada pueden hacer mejor que separar de él los ojos y oídos a no ser que la necesidad les obligue a entrar en tal laberinto.» Blanco era el chivo emisario de nuestros calenturientos patriotas y, por mucho que gritara y se desgañitase, ellos tenían en sus manos el

6. Vicente Llorens: *Literatura, historia, política*, p. 178-179.

7. En mi archivo de Boston University figura una colección, por desgracia incompleta, de los «piropos» que recibí. De alguno de ellos me serví en la redacción del monólogo de las voces que abre mi novela *Señas de identidad*, J. Mortiz, México, 1966.

8. Véase M. de la Pinta Llorente y J. M. de Palacio, *Procesos Inquisitoriales contra la familia judía de Juan Luis Vives*, Madrid, 1964.

medio de silenciarle y condenar su obra al olvido. Su diálogo con la España oficial lo ha resumido él mismo, a propósito de su polémica con el general Larrazábal sobre el

modo de conducir la guerra contra los franceses, en unos términos que ciento sesenta años después suenan de modo familiar a nuestros oídos:

«1.^a razón. Los españoles son excelentes para soldados, pero necesitan disciplina y organización.

Respuesta. Blanco es atrabilario.

2.^a Como la desorganización de los ejércitos depende mucho de la de todos los ramos del Estado, parece que un general inglés, más práctico en estas materias, etc.

Respuesta. «¡Hasta cuándo miserable Blanco has de abusar de nuestra paciencia!» (lo demás se halla en la segunda Catilinaria).

3.^a El ejemplo del ejército portugués puede servir de dar confianza en lo eficaz de la medida, etc.

Respuesta. Blanco tiene un maldito carácter, discolo, vengativo, antisocial, venal y adulator.

4.^a Por este medio se logrará mucho antes que por ningún otro el salvar a los infelices pueblos que gimen bajo la opresión francesa...

Respuesta. Blanco es un infame detractor de las glorias de su nación.»⁹

Una última apostilla al tema: como decíamos al comienzo de nuestro ensayo, el acierto político y generosidad moral de Blanco no le han valido hasta hoy más que agravios e injurias; pues, en contra de lo que habría podido esperarse, su leyenda negra de antipatriota no ha cesado con la independencia victoriosa de Hispanoamérica. Los lectores latinoamericanos de hoy podrán apreciar la lógica y sinceridad de quienes dicen enorgullecerse de la existencia de dieciocho repúblicas de habla española en el Nuevo Mundo y continúan fustigando a Blanco por el horrible crimen de haber tomado partido por ellas. Pero dejemos la palabra al inevitable Menéndez Pelayo cuando, a sesenta años de distancia de los hechos, analiza la línea política del excanónigo sevillano en *El Español*: «Empresa más abominable y antipatriótica no podía darse en medio de la guerra de la Independencia [...] desde el número tercero comenzó a defender sin rebozo la causa de los insurrectos americanos contra la metrópoli [...] desaforándose cada vez más estampó en su periódico las siguientes enormidades: «El pueblo de América ha estado trescientos años en completa esclavitud [...] la razón, la filosofía claman por la independencia de América.»

Tras vituperar los estragos de su «venenosa pluma», retrata así su actitud durante el periodo que dirigió *Variedades* o *El Mensajero de Londres* (1823-1825): «Del patriotismo de sus editores júzguese por este dato: empieza por la biografía y retrato de Simón Bolívar [...] Allí, por último, llamó agradable noticia a la batalla de Ayacucho.» No es necesario continuar: con el botón de muestra basta para que comprendamos la índole del amor que Menéndez Pelayo, y los que como él piensan, profesan a los pueblos liberados por Bolívar cuando se hinchaban la boca de frases sonoras y nombres talismánicos como Raza, Hispanidad y Madre Patria. De haber vivido entre 1810 y 1825, no resulta aventurado suponer que habrían disparado sobre ellos.

9. *El Español*, XIV, marzo de 1811.

Editions Ruedo ibérico

Juan Goytisolo

El furgón de cola

Índice : El furgón de cola. La actualidad de Larra. Escribir en España. Los escritores frente al toro de la censura. La literatura perseguida por la política. Literatura y eutanasia. Estebanillo González, hombre de buen humor. La herencia del noventa y ocho o la literatura considerada como una promoción social. Cernuda y la crítica literaria española. Homenaje a Cernuda. Lenguaje, realidad ideal y realidad efectiva. Menéndez Pidal y el Padre Las Casas. Examen de conciencia. Tierras del Sur.

216 páginas

21 F

En octubre de 1812, el exmagistral de la Capilla Real de Sevilla recibe los sacramentos en el templo londinense de Saint Martin in the Fields y, dos años más tarde, suscribe los 39 artículos de la Iglesia anglicana, con lo que recobra su *status* clerical en el seno de la misma. En su excelente ensayo sobre el tema¹, Vicente Llorens ha analizado los motivos que indujeron a Blanco a dar tal paso. La inseguridad de su situación de refugiado, el temor a las represalias de sus compatriotas desempeñaron un papel no desdenable, como lo revela un pasaje inédito de su *Private Journal*. Pero los factores decisivos fueron otros, y Llorens tiene razón al indicar «que hubo en Blanco un deseo de adaptación, de asimilación social más que una conversión religiosa propiamente dicha. Buscó, sí, en la creencia [...] consuelo a sus aflicciones [...] pero lo que quiso sobre todo fue integrarse en la vida inglesa. Ahora bien, a Blanco, radical siempre en el fondo, no le bastaba adaptarse de un modo más o menos convencional. Aspiraba a más; quería, como él mismo dijo, *to make myself an Englishman*, es decir, hacerse inglés de un modo muy español: identificándose con Inglaterra total

6 y plenamente». En sus *Observations on heresy and orthodoxy*, escritas durante el período unitario, al resumir la historia de su paso por la Iglesia de Inglaterra, Blanco menciona, en efecto, «el impulso de simpatía que tiende a la identificación con quienes respetamos y amamos». Bien es verdad que, por esas fechas, afirma igualmente que sus primeras dudas acerca del anglicanismo se remontan al estudio sistemático de las Escrituras que emprendió en 1814, y añade que en 1818 llegó ya al punto de vista de los unitarios (con lo que parece dar razón a Gladstone, cuando en el ensayo que le consagró, pretendía que Blanco no fue nunca anglicano a pesar de haber profesado el anglicanismo)²; pero el polemista de 1835 minimiza sin duda los hechos y, como observa con acierto Llorens, los documentos compilados por Thom en la *Life* presentan una «imagen de Blanco desmesuradamente uni-

1. *Literatura...*, p. 167-185.

2. W. E. Gladstone: «*Life of Mr Blanco White*», en *Quarterly Review*, junio de 1845. Traducido en *La España moderna*, enero-marzo de 1894.

taria». No obstante, cuando en la introducción de las mencionadas *Observaciones*, el escritor habla de un despertar de sus primeros hábitos mentales y de los sentimientos de fervor que suscitaba su sometimiento intelectual a alguna Iglesia, nos inclinamos no sólo en creerle, sino también a pensar que éste fue el *quid* del asunto. «La aversión al espíritu de persecución que me hizo renunciar a mi país natal —escribe— es quizá el sentimiento más vivo de mi corazón.

Era natural por tanto que, tan pronto como conocí al enemigo poderoso con que el Pontificado haya topado nunca, adhiriera a él con toda mi alma. La Iglesia anglicana era para mí lo que imagino serían los caballeros de Malta para los cristianos esclavos escapados de las mazmorras de Argel en una de las galeras de la Orden. Ha sido necesaria una larga experiencia, mía y del asunto de mi elucidación, para hacernos comprender que ninguno de nuestros refugios era la morada de completa libertad que buscábamos. Pero mirando la Iglesia anglicana —como hice durante un extenso período— en calidad de uno de los adversarios más formidables de los abusos de Roma, mis ojos estaban todavía demasiado deslumbrados para percibir los defectos esenciales de su constitución y la estrechez de su tolerancia, hasta que los acontecimientos del año 1829 me desengañaron, no sin resistencia y dolor de mi parte.»

La cita es larga, pero su importancia justifica que nos detengamos en ella. El excanónigo español y exclérigo de la Iglesia anglicana sabía de lo que hablaba cuando aludía al resurgir de los viejos esquemas mentales y al natural impulso de adhesión al enemigo directo de la causa que acabamos de abandonar. Quien ahorca por primera vez los hábitos lo hace por lo común para revestir otros de signo opuesto; el que rompe con una Iglesia busca instintivamente refugio bajo el ala de clueca de su rival. Nada más fácil que pasar de un dogma a otro y mudar de obediencia. La costumbre de andar con muletas y guías, la tentación de sujetarse a alguna autoridad más o menos infalible acechan al transfuga en su dificultoso trayecto hacia la libertad. El pánico que le sobrecoge al cami-

nar a cuerpo, sin la cálida protección de una comunidad estructurada, explica su búsqueda ansiosa de una nueva fe. El concepto de Iglesia se funda, como dice Blanco, en un conocimiento profundo y correcto del espíritu humano. La historia de numerosos escritores e intelectuales de mi generación que rompieron en su juventud con los dogmas de la religión oficial para abrazar en seguida, con el mismo fervor y ausencia de espíritu crítico, los de las nuevas Iglesias políticas que hoy asfixian la universal aspiración revolucionaria, muestra, con sobrada elocuencia, la persistencia y magnitud del fenómeno³. No hablo, desde luego, de la lógica adhesión al marxismo como instrumento indispensable para cambiar la faz del mundo. Me refiero a su ingreso en cualquiera de los «conventos» que hoy se disputan, muy poco fraternalmente por cierto, sobre la ortodoxia del dogma: a su búsqueda lastimosa de nuevos ídolos cuando los que adoraban la víspera demostraron tener los pies de barro. Pero la culpa no es sólo suya: la tutela eclesiástica que durante siglos ha pesado sobre el país, les había preparado para ello. Frente a la complejidad y ambigüedades del mundo contemporáneo, resulta muy tentador encajarse en la cabeza un sistema ya hecho y traerlo a la península con todas sus piezas (exactamente como las plantas que montan maquinaria de patente y fabricación extranjera para el consumo nacional). La adhesión de Blanco al anglicanismo se inscribe, pues, en la lógica de los hechos. Mas la experiencia

3. Todos contamos en nuestro haber con algunos ejemplos directos de dicho proceso de reconversión. En un ensayo reciente, Rafael Lozano cita uno que estimamos digno de ser reproducido *in extenso*: «Una joven universitaria perteneciente a familia bien burguesa, y cuyos hábitos familiares había practicado hasta la víspera, descubrió de súbito, de manera absolutamente «paulina», el marxismo, la revolución, nombres y símbolos que la arrebataron; días después compraba las obras completas de Lenin que empezó a leer por la primera página del primer capítulo del tomo primero, y quince días, repito, quince días más tarde, acaudillaba un grupo extremo de marxistas-leninistas que denostaba por revisionista de hecho y doctrina a todos los demás grupos y partidos que en el mundo han sido.» Por su «evidente ejemplaridad de leninismo milagroso, y para bochorno de descreídos», Lozano pedía al director de *Cuadernos de Ruedo ibérico* que se publicara en mayúsculas (CRI, 31/32, junio-septiembre de 1971.)

debía mostrarle, como recientemente ha mostrado a otros, que tampoco era aquella «la morada de completa libertad» que buscaba.

Los escritos de tema religioso de Blanco pueden dividirse *grosso modo* en dos épocas. La primera abarca el periodo de su asenso al anglicanismo y en ella destacan las obras de polémica anticatólica como *Practical and internal evidence against catholicism*, *The poor man's preservative against Popery* y *Second travels of an Irish gentleman in search of a religion*. La segunda comprende la fase unitaria y racionalista en la que, liberado de los vínculos que le ataban a la Iglesia de Inglaterra, extiende a ella los ataques que hasta entonces había reservado al catolicismo, aboga por el retorno a un cristianismo sin dogmas y desmenuza bajo el acero de sus críticas los conceptos de infalibilidad y ortodoxia que constituyen la base de todas las Iglesias: a dicha época pertenecen sus *Observations on heresy and orthodoxy* así como numerosos fragmentos del diario y la correspondencia con Channing, Armstrong, Stuart Mill, etc que, a la muerte de Blanco, Thom incluyó en su edición de la *Life*.

Resumiremos brevemente su trayectoria: «Evidencia práctica e interna contra el catolicismo» es una refutación del *Book of the Roman Catholic Church* del católico irlandés Charles Butler. Como ha señalado Llorens, se trata de la obra de un converso español, «ofendido por aquella inversión de términos en virtud de la cual la religión que había abjurado por su dogmatismo se convertía en víctima perseguida por la misma Iglesia a la que pertenecía ahora». Sumamente normal, en efecto, que quien había sufrido en su propia carne las consecuencias del fanatismo, denunciara la flagrante contradicción entre la tolerancia que invocaban los católicos irlandeses y la intransigencia religiosa que conoció en España. «Si los católicos ingleses han adelantado bajo el gobierno protestante de Inglaterra hasta el extremo de poder detestar de la persecución —escribe— ¿por qué distingo inteligible encuentran compatible acostarse al manantial de la intolerancia que ha anegado Europa en sangre y todavía muestra intacta su vieja propensión doquiera que conserva su influjo exclusivo?

[...] Es realmente una consecuencia feliz de la Reforma el que algunos de los prejuicios más fuertes de los católicos se hayan suavizado en los lugares en donde la religión protestante ha tenido arraigo. En las comarcas en donde no se ha producido esta mezcla, los verdaderos católicos siguen siendo casi como eran en la época en que la Cristiandad se alborozó de la violación de la promesa que entregó a Huss a las llamas por sentencia de un concilio general [...] Si alguno de sus escritores adopta el tono liberal de este país y este siglo y profesa su fe sin coacción puede Vd agradecerlo a las leyes protestantes que le protegen.» A lo largo del libro, Blanco se complace de modo irónico de la difícil situación que crea a los católicos «modernos» su obediencia al pontífice y la compara a la de un caballero distinguido, obligado a frecuentar los círculos más elegantes en compañía de una madre vieja, extravagante y chiflada cuyos desatinos intenta ocultar sin lograr por ello evitar el ridículo⁴. Con todo, el sometimiento de Blanco a la autoridad de la Iglesia de Inglaterra invalidaba la fuerza de sus argumentos y no es extraño que el sector más liberal del protestantismo inglés señalase dicha contradicción y le acusara de emplear los mismos métodos que combatía.

Cuando ocho años después publica el *Segundo viaje de un caballero irlandés en busca de religión*, en respuesta al *Viaje* de Thomas Moore, su actitud hacia el anglicanismo ha evolucionado sensiblemente: la agitación suscitada por la candidatura de Peel en la elección de representantes de la Universidad de Oxford, determinó a Blanco a tomar partido por él, lo que le malquistó de golpe con los jerarcas de su propia Iglesia. La vieja tentación unitaria le acechaba de nuevo y los argumentos que emplea contra el catolicismo pueden aplicarse también a la Iglesia a la que exteriormente seguía unido, pero con la que ya había roto en su fuero interno. La réplica a Moore no era sólo un

4. La «vieja dama indigna» vuelve a las andadas. Recuerdo muy bien la consternación de los católicos progresistas ante la encíclica del pontífice actual sobre la píldora o las apariciones de la Virgen de Fátima al denominado *Pastor Angelicus*.

ataque a las posiciones tradicionales del catolicismo: contiene, además, una defensa del cristianismo primitivo, sin dogmas y sin casta sacerdotal. En ella, analiza el proceso histórico que engendró la aparición de los Padres y el establecimiento de Iglesias de «perpetua santidad». Con la lógica de un Trotsky, evoca la creación teodosiana de los inquisidores de la fe y la persecución implacable de los herejes a partir del siglo IV: al argumento de que no hubo protestantes en la época que precede al triunfo de la ortodoxia responde con la publicación de los edictos imperiales contra quienes se oponían a las pretensiones de infalibilidad de la Iglesia romana. «Si los vivos eran tratados de este modo en aras de la unidad católica —escribe— ¿cómo deben de haber sido tratadas las obras de los muertos, especialmente en una época en que la destrucción de unos cuantos manuscritos podía aniquilar para siempre los testigos de cualquier tentativa de resistencia a las innovaciones del partido dominante!» Incluso las obras de los Padres indultadas por la ortodoxia fueron mutiladas y adulteradas siempre que por una razón u otra no armonizaban con el credo de Roma, y si Moore no puede descubrir disidentes en los manuscritos de la Antigüedad que han llegado hasta nosotros, dirá, obra como el viajero por el antiguo Egipto que negara la existencia de cocodrilos en aquella región, «porque no encontró ninguno en un país donde su destrucción era un deber sagrado»⁵. Al examinar el fenómeno de la institucionalización de la Iglesia, sus críticas anticipan otra vez las de Trotsky a la revolución traicionada: «¿Por qué, se objetará, no hubo resistencia a estas prácticas cuando hicieron su aparición? A ello responderemos: ¿Por qué muchas enfermedades no son combatidas por la medicina desde su mismo origen? Porque se presentan sin suscitar alarma. La mayoría de dichas supersticiones cristianizadas, repetimos, deben de haber parecido al principio muy inocentes [...] Cuando en el decurso de tres o cuatro siglos casi habían suplantado a los Evangelios, los pocos que podían distinguir el trigo de la cizaña [...] elevaron sus voces contra el mal, pero era demasiado tarde. Una Iglesia tiránica y un cuerpo de sacerdotes que se

acercaba cada día más a la condición de una monarquía clerical, habían adquirido un poder formidable.» Y cuando en un extraordinario pasaje, que nuestros lectores podrán consultar después por extenso, señala que el expediente favorito de los ortodoxos ha consistido siempre «en marcar a cada nuevo adversario con el nombre de alguna secta previamente derrotada», ¿no es aún en Trotsky en quien inmediatamente pensamos? La regla de la ortodoxia, dirá Blanco, es pegar en seguida el odioso nombre a toda «persona que expresa alguna opinión molesta o se atreve a proponer algún método de investigación que el partido establecido o cómodamente asentado sospecha que pueda volverse contra él»⁶.

Consumada la ruptura pública con el anglicanismo, Blanco denuncia al «papa Newton» y a los «sacerdotes protestantes» de Oxford con la misma virulencia con que antes había dirigido sus flechas al pontificado romano. «Si el protestantismo se funda en las bases de la ortodoxia —escribe en *Observaciones sobre herejía y ortodoxia*— será aniquilado entre la incredulidad y el catolicismo [...] Si hay alguna regla de fe exterior y objetiva, si la masa de cristianos debe someterse a las decisiones de otra autoridad, cualquiera que sea el nombre que adopte [...] la Iglesia de Roma puede dormir tranquila.» Todo el libro es una violenta diatriba contra la religión dogmática y, en su búsqueda de un denominador común a las perversiones sucesivas del

5. Como dice Freud en su brillante interpretación de los orígenes egipcios de la religión hebrea, «la deformación de un texto puede compararse en cierto modo con un crimen: la dificultad no estriba en perpetrar el crimen, sino borrar sus huellas». Cf. *Moïse et le monothéisme*, traducción francesa, Gallimard, 1948.

6. Los intelectuales marxistas de la Europa del este (José Schaff, Kalakowski, Kosik, etc.) saben mejor que nadie lo que significa el peso aplastante de una ortodoxia oficial. Blanco White citaba el caso de los Padres de la Iglesia, los cuales, para poder leer obras heréticas, debían fingir apariciones celestiales que les otorgaban tal dispensa. El historiador soviético que, convenientemente autorizado a visitar el «infierno» de la biblioteca nacional de Moscú, tiene acceso a las publicaciones anticomunistas del mundo burgués, pero no, como sé de fuente directa, a las obras de Trotsky, ¿deberá recurrir también a la aparición de Marx y Engels, a fin de poder consultar los escritos del gran hereje?

cristianismo, Blanco cree hallarlo en los conceptos de ortodoxia e infalibilidad. Su crítica despierta aquí de nuevo un eco conocido en nuestros oídos, y su innegable parentesco con la de quienes actualmente luchan por un marxismo desembarazado de dogmas nos da la medida de su actualidad. Pues su polémica con Roma y con el anglicanismo no tiene sólo un valor histórico: los intelectuales y políticos de hoy pueden extraer también de ella lecciones muy útiles. A raíz de los vientos innovadores del último concilio Vaticano se ha difundido entre los medios tradicionalmente hostiles a Roma la especie que «el anticlericalismo está pasado de moda» y no tiene razón de ser: la adhesión de algunos sacerdotes al movimiento revolucionario y el llamado *aggiornamento* de la Iglesia sirve de base para que muchos se declaren favorables al diálogo entre catolicismo y marxismo. Dicho diálogo, que no puede serlo más que de sordos a un nivel teórico, en razón de la incompatibilidad fundamental entre las dos doctrinas, ofrece en cambio vastas posibilidades de orden práctico según y conforme la congelación ideológica estaliniana ha fomentado la creación de Iglesias marxistas. El diálogo se convierte así en una confrontación amistosa de poderes, provechosa para ambas partes. «La mayoría de los vicios de los regímenes políticos responsables de la terrible crisis de nuestro tiempo —había indicado ya Blanco— tienen su origen en las nociones de Iglesia que regularon el cuerpo de Europa durante muchos siglos y pasaron a formar parte de todas sus partículas.» En lo que a nosotros respecta compartimos la opinión de Bataille que *les formes et les méfaits* del cristianismo van mucho más allá de sus sacerdotes y cultos: su esencia íntima y universal extiende a la verdad *ses destructions aussi subtilement qu'une peste parfois même dans le camp de ceux qui croient y être hostiles*⁷. La denuncia de Blanco no la podemos limitar por tanto a las Iglesias de tipo tradicional: la esclerosis del marxismo en los países del bloque soviético ha facilitado la promoción de una poderosa casta burocrática investida de poderes casi sacerdotales, con sus obispos-cuadros, sus comités-curias y sus omnímodos pontifi-

ces-secretarios generales. «El dogma de un juez infalible, escribe, es la fuente auténtica del fanatismo y quienquiera que crea de verdad en él es necesaria y conscientemente un perseguidor.» De aquí su encarnizamiento en combatir hasta el fin de sus días la noción de ortodoxia: «Los hombres organizados en una corporación como profesionales de ortodoxia, resistirán y castigarán por todos los medios cualquier tentativa de disolver el principio vital de su unión [...] Como cualquier otro organismo político, una Iglesia ortodoxa advertirá fácilmente que nada aglutina mejor a las agrupaciones humanas que su oposición a los demás [...] De ello el hecho —y cada página de la historia eclesiástica lo prueba— que la condena de los demás es el alma verdadera de la ortodoxia.»

Con posterioridad a las *Observaciones*, en las páginas del diario privado y su correspondencia, Blanco no cesará de expresar su convicción que el concepto de Iglesia impide, por principio, el ejercicio de un pensamiento libre y racional. La lectura de los filósofos alemanes, a la que se consagró durante sus últimos años, le condujo a la idea, según escribe al Dr Armstrong, que «la teología que aún oprime el pensamiento racional en estas tierras no es más que falsa filosofía.

7. A la luz de los acontecimientos de los últimos años, la obra de Bataille ofrece al lector de hoy numerosos motivos de reflexión que acreditan a su autor como uno de los pensadores más penetrantes y lúcidos de nuestro tiempo. Comentando en los años treinta el apogeo del estalinismo y el sempiterno argumento de los «mercenarios oficiales» de motejar de «pequeño burguesas» las llamadas «libertades formales» (como si el comunismo pudiera ser otra cosa que una exigencia permanente de nuevas libertades) escribía: «El problema del Estado se plantea en efecto con una brutalidad indecible, con una brutalidad policiaca, como una especie de desafío a toda esperanza [...] [solamente] instituciones democráticas —realizables y, por otra parte, exigibles en el interior de un partido proletario— pueden dar, en cambio, una limitación interna. Pero el principio de la democracia, desacreditado por la política liberal, no puede convertirse de nuevo en una fuerza viva sino en función de la angustia suscitada en las clases trabajadoras por el nacimiento de [...] Estados todopoderosos.» (*Euvres complètes, I. Premiers Ecrits 1922-1940*, Gallimard, Paris, 1970, p. 332-336.) Los obreros de Dantzig y Gdansk, como anteriormente los de Praga, han probado con su sangre que su «angustia» no era una reivindicación «liberal-burguesa», como siguen pretendiendo esas *véritables perruches* humanas que, hoy como ayer, aceptan las pires entorses faites à des principes révolutionnaires fondamentaux comme l'expression même de l'authenticité prolétarienne.

Sólo la filosofía, la verdadera filosofía podrá liberar al mundo de tan monstruosos males». En realidad, su enemiga a todas las Iglesias y sus alegatos en favor de la tolerancia y libertad de pensamiento lo acercaban cada vez más al grupo positivista de Stuart Mill, aunque nunca llegase a romper con los unitarios. Como ha visto muy bien Vicente Llorens, Blanco no podía hallar la tranquilidad en ninguna de las moradas que sucesivamente buscara. «Desde el principio de su existencia racional —escribe— estuvo sometido a impulsos contradictorios, a la última e inconciliable dualidad en medio de la cual se debatió angustiosamente toda su

vida.»⁸

La trayectoria religiosa de Blanco White es el resultado lógico de su inquietud y no desemboca en verdad alguna. Pero, por ello mismo, su lección nos pertenece a todos. Unas breves líneas que figuran, en la edición póstuma de la *Life*, podrían servir de epígrafe al remolino de ideas que la lectura de su obra suscita: «El mayor paso que la sociedad debe dar ahora es [...] aprender a actuar de acuerdo con el principio que todo, en el hombre y sus preocupaciones, es progresivo y nada puede ser encerrado para siempre en las mismas formas, a menos que destruyamos en seguida la vida que lleva dentro.»

«Cuando los emigrados liberales llegaron a Londres en 1823 —escribe Vicente Llorens— Blanco White llevaba residiendo en Inglaterra desde 1810. Esos años que Blanco había dedicado a su reeducación literaria en un deliberado esfuerzo de asimilarse la lengua y el pensamiento ingleses, coinciden no sólo con el florecimiento de la literatura romántica inglesa [...] sino con una nueva era de la crítica literaria [...] y la penetración de las ideas románticas germanas.»¹ Dicha razón explica que, desde el momento en que sus ocupaciones le permitieron consagrarse a la crítica literaria —en *Variedades* y el *New Monthly Magazine*—, Blanco manifestara una estridente disconformidad con las tendencias y opiniones que dominaban todavía en la península, fundadas en el preceptismo clasicista y el respeto a la doctrina de las Unidades. La gran libertad de pensamiento y expresión de la literatura inglesa le habían enseñado a juzgar con distinta óptica las letras de su país nativo y revalorizar la espontaneidad de las obras medievales y prerrenacentistas en contraposición al «artificio» y «retórica» del periodo subsiguiente. En el capítulo de «Liberales y románticos», referente a las opiniones literarias de Blanco, Llorens ha expuesto con sobriedad y rigor el

7 corpus general de sus ideas, y a él nos atenemos y remitimos a nuestros lectores. Pero el gran interés de los temas tratados nos lleva a extendernos, sin embargo de eso, en algunas digresiones y observaciones laterales, destinadas a subrayar la contribución personal de Blanco a la literatura de su tiempo.

La primera de ellas toca a la textura misma de la lengua poética. En un pasaje de las *Cartas desde España*, al aludir a la «estructura gótica» del pensamiento nacional, Blanco expone las dificultades con que lidia el poeta que se expresa en nuestra lengua, debidas, dice, a «una falta de flexibilidad en el idioma español, derivada de la gran longitud de la mayor parte de las palabras, la escasa variedad de las terminaciones y lo abultado de los adverbios [...] El sonido de nuestra mejor poesía —añade— es realmente grande y majestuoso, pero requiere una destreza poco común para someterlo y modificarlo de modo que alivie el oído y satisfaga la mente». Años después, cuando reseña en

8. *Literatura...*, p. 184.

1. *Liberales y románticos*, p. 386.

The London Review (publicación dirigida por él, de la que aparecieron solamente dos números) la *Espagne poétique* del afrancesado Juan María Maury, reproduce unas líneas de éste en las que, abordando el tema de la largueza de nuestras palabras respecto de las inglesas, opina que *l'essentiel n'est pas l'espace que tient chaque mot, pourvu qu'il soit à sa place*. « Pero —replica Blanco— nuestro ingenioso y ameno autor olvida que es la inconcebible extensión de las palabras españolas la que impide de continuo que estén à sa place en el verso. Para quienes han estudiado con detenimiento la poesía castellana, hay algo sumamente molesto en la superabundancia de epítetos que en general precede a la rima feliz o la palabra enfática que son el objeto del quehacer del poeta. Se diría que el escritor suspira por espacio: obligado a llenar siempre el metro con meras palabras, en la esperanza de tener la totalidad del siguiente verso a su disposición, descubre con todo, como una condena, que aún sobra algo que debe disponer dentro de él. » Después de mencionar la escasez de rimas afortunadas, originada, como señala Maury, por la gran variedad de terminaciones castellanas (lo que justifica el empleo de la rima asonante) y el problema que plantea la acentuación de la última sílaba en los infinitivos, pretéritos y gran número de substantivos, Blanco roza un punto sensible que los cultivadores de la métrica tradicional (obligados a contar las sílabas del verso) conocen muy bien: la « pesadez » y « rigidez » de nuestras partículas. « En tal terreno, dice, la superioridad del portugués es evidente. Los dos idiomas podrían compararse a dos figuras: una, con los miembros adaptados al tronco mediante junturas, y otra, sujetos con clavos. Como la falta de inflexión en los idiomas modernos les obliga a servirse de dicho inepto y embarazoso substituto para denotar las diversas relaciones de substantivos, el idioma preferible a este respecto será el que ha reducido al máximo sus partículas. Dejemos ahora comparar a nuestros lectores unos cuantos artículos y combinaciones de lo que podríamos denominar « palabras articuladoras » en castellano y portugués:

Portugués. os— as— nas— da— co'os—to— c'hum— dequelles.

Español. los— las— en las— de la— con los— te lo— con un— de los cuales.

« Es verdad —agrega— que en inglés debemos contender con el mismo inconveniente; pero una gran proporción de nuestro idioma² se compone de palabras de una y dos sílabas y, por consiguiente, nuestro metro poético deja amplio espacio para toda suerte de combinaciones. »

A primera vista, los juicios de Blanco pueden chocar, y habrían ofendido sin duda a más de uno de nuestros críticos si éstos hubieran tenido la curiosidad y los medios de conocerlos; pero el hecho que expresan es no obstante real, y cualquier traductor de Shakespeare, Donne o Eliot abundará en su sentido. En un penetrante ensayo sobre « Las sílabas de la poesía »³, Carlos P. Otero observa que el poeta español dispone de sólo dos tercios de los elementos fonológicos que posee el poeta en lengua inglesa, y no es asombroso por tanto que un escritor perfectamente bilingüe como Blanco White manifestara una extrema sensibilidad en la materia. La lengua inglesa le brindaba con recursos superiores en flexibilidad, estructura y silabación a los de la castellana, y de ello podía deducir que era más fácil ser poeta, buen poeta en un idioma que en otro —o, si se quiere, que, en caso de igualdad teórica entre la obra de dos grandes poetas (dando por supuesto que la calidad poética fuera mensurable), el español aventajaba en méritos al inglés. Pero si se tiene en cuenta la reconocida superioridad de la lengua inglesa

2. Blanco se refería al idioma en que escribía, esto es, en inglés.

3. *Letras*, I, p. 58-75. « Y aunque la poesía no la escriben las lenguas, sino los poetas, como los hablantes ordinarios, tienen que contar con la lengua. Pese a lo que algunos comentaristas dicen de algunos poetas [...] estos grandes « creadores » no « crean » ciertamente de la nada [...] Los poemas, decía muy bien Mallarmé, no se escriben con ideas, sino con palabras; y los poetas no son, en este sentido, creadores, sino manipuladores [...] La poesía de Shakespeare no la ha escrito, ciertamente, la lengua inglesa; pero si Shakespeare, con todo su genio, hubiera nacido en Burgos o medio milenio antes, no existiría la poesía de Shakespeare [...] Y Shakespeare, con todo su genio, no añadió nada a la estructura de la lengua inglesa, que le fue « dada » de nación o nacimiento. »

en lo que concierne a poesía, la comparación es injusta y el italiano o francés no saldrían quizá mejor parados de la prueba.

En el punto donde la crítica de Blanco White da mayormente en el clavo es al tratar de la exígua libertad de pensamiento poético que embaraza a gran número de nuestras composiciones; si juntamos a ello que el estilo elevado de la época excluía de la poesía la parte mejor y más significativa de nuestro léxico, la combinación de ambos factores debía desembocar muy naturalmente en el acartonamiento de Meléndez y sus epígonos. Los poetas castellanos, observa Blanco, rara vez dicen lo que quieren sino lo que pueden: la métrica italiana y una concepción falsa del lenguaje poético —que les conduce a tocar tan sólo los temas ya tratados por otros poetas— reducen el ámbito de su pensamiento y expresión. De ahí que sus obras, aún cuando suenen agradablemente al oído, parezcan repeticiones unas de otras y el lector no llegue a establecer la «correspondencia entre lo que el poeta dice y lo que siente»⁴. Esto es hasta cierto punto verdad, aunque coincidamos con Dámaso Alonso en cuanto a la adaptación feliz de la métrica italiana a nuestro idioma; pero Blanco caracterizaba una tendencia en términos generales y debemos lamentar que en tal ocasión no matizara más su juicio. Desde luego, la perspectiva histórica en la que operaba no podía permitirle una apreciación correcta del gongorismo; no obstante, observaremos que sus reproches al «follaje exuberante» y la «cáscara hinchada» del lenguaje del período elisabetino se aplican más bien al Lope «marinista», empeñado en emular ridículamente con Góngora, que a Góngora mismo. El influjo del clasicismo francés a lo largo del siglo XVIII debía agravar las limitaciones de la etapa anterior y apurar, como ha dicho Blanco, cuanta savia quedaba en las raíces del pensamiento poético español. Por ello, al juzgar la poesía castellana de su tiempo y el mundillo literario en que vivió, se pregunta: «¿Qué podía resultar de esto? Lo que hemos visto: primicias de ingenio, preciosas en sí, pero sin jugo, sin fuerza, sin frondosidad; imitaciones de imitaciones hasta la cuarta y quinta generación de copias.» Y

el expatriado español, cuyos primeras lides poéticas en la lengua adoptiva habían merecido el elogio un tanto exaltado de Coleridge, diagnostica: «Faltábales a los autores libertad, campo ancho en qué ejercerla y caudal de ideas originales, acopiadas por ellos mismos, y no tomadas de manos de revendedores.»

Mayor interés ofrece aún su defensa de la imaginación, sobre todo si la examinamos a la luz de las creaciones más recientes de la novelística hispanoamericana. En un ensayo titulado (muy Borges *avant la lettre*) *Sobre el placer de imaginaciones inverosímiles*⁵, Blanco, cuya afición a los relatos orientales y leyendas nórdicas le impulsó a incluir algunos en las páginas de *Variedades*, lamenta que de gustar con exceso de las ficciones extravagantes de los libros de caballería los lectores españoles hayan pasado al extremo opuesto: a caer «en una apatía de imaginación que no da ni admite una vislumbre del fuego que el clima y los árabes les comunicaron en otro tiempo». Es casi un lugar común observar que la última novela dotada de una vasta dimensión imaginativa, el *Quijote*, dobló al mismo tiempo las campanas del género y Blanco confiesa que, a pesar de su gran admiración por ella, sospecha que sus efectos no fueran favorables a la literatura española. La imaginación, dice, es la libre expresión del alma de un país y «Cervantes, sin intentarlo, le cortó las alas y contribuyó a la obra, en que la casa de Austria se empleaba de reducir a los españoles a meros instrumentos pasivos con que establecer su despotismo [...] No quiero decir que esto —continúa— sea totalmente efecto de la obra de Cervantes; pero no puedo menos que creer que el *Quijote* contribuyó a producirlo». Personalmente, considero que Blanco exageraba el involuntario papel de nuestro primer escritor en el proceso de apatía imaginativa y que las causas que lo engendraron fueron, como apuntaremos luego, muy otras; pero quiero señalar desde ahora que esa reducción de la ficción a los límites del retrato

4. *Variedades*, I, p. 150.

5. *Ibid.*, I, p. 340.

crítica social que tanto sorprende a quien coteje la novela posterior a Cervantes con la que privara hasta mediados del XVI, ha dado lugar a una serie de teorías —coincidentes todas en su propósito de dar por supuesto axioma: «el realismo es inherente a la literatura española»— que convendría desmontar de una vez para siempre. Decir que el realismo (empleamos el término a sabiendas de su ambigüedad, en el sentido restringido, castrador y pedestre que ha adoptado entre nosotros) es inherente a la narrativa española por el hecho que ha predominado casi siempre a lo largo de los tres últimos siglos, sería tan absurdo como pretender que la niñez, la pubertad o la senectud son inherentes al ser humano —el cual, muy al contrario, evoluciona a través de ellas, sin unirse inseparablemente a ninguna. La ausencia de dimensión imaginativa de que adolece en general la novela española no es consecuencia de ningún axioma o ley interna, sino de una serie de factores culturales y políticos que influyeron poderosamente en su desarrollo. El concepto de «realismo» que ha señoreado en la península en los últimos siglos es, como ha visto muy bien Vargas Llosa, mucho más mezquino y lóbrego que el que reinó en el periodo anterior y Blanco tiene razón al observar que, si hubo demasiada en el gusto por las ficciones extravagantes de los libros de caballería, tal afición debería haberse corregido, no sofocado: «Mi intento, dirá, es sólo protestar contra la sentencia de destierro que se ha fulminado sobre ellas, especialmente en España.» El placer de las ficciones que nos transportan a un universo imaginario, agrega, es natural al hombre y no puede arrancarse de su alma sino con violencia. El Santo Oficio observaba con creciente desconfianza la literatura imaginativa y podemos preguntarnos si su designio no era, como se huele Blanco, extirpar de la mente humana el don de evocar mundos invisibles y «convertirnos en una especie de seres de cal y canto, en quienes sólo hiciese mella e impresión un martillo». A continuación, enumera las ventajas de las creaciones inverosímiles sobre las pedestres y se detiene especialmente en una: la de variar las situaciones. «El orden de los

acontecimientos humanos, en la vida social, forma un círculo de acontecimientos en que hay poquísima variedad, dice. La introducción de agentes sobrenaturales abre un campo extendido, en el que el carácter humano se despliega con el mayor efecto.» El vicio común a tales ficciones, opina, no finca en su inverosimilitud, sino en que los hechos expuestos no corresponden a los caracteres ni a la situación. Cuando dichos elementos coinciden, la inverosimilitud no obsta a que los personajes se impongan a nosotros y exciten fuertemente nuestros efectos y simpatías. Nada más inverosímil que la predicción de las hechiceras de *Macbeth*, «pero nadie, a no ser otro Shakespeare, podría dar más realidad y verdad a las pasiones que sus personajes expresan»⁶.

Decíamos antes que las ideas de Blanco cobran nueva luz con la evolución actual de la narrativa hispanoamericana. En varias ocasiones, Gabriel García Márquez ha proclamado su admiración por el *Amadís* y otras novelas de caballería y, en la espléndida «Carta de batalla por *Tirant lo blanc*»⁷, Mario Vargas Llosa ha expuesto su opinión sobre el género en unos términos que coinciden sorprendentemente con los de Blanco. «¿Es menos real lo que los hombres hacen que lo que creen y sueñan? ¿Las visiones, pesadillas y mitos existen menos que los actos?», se pregunta. Para Vargas Llosa, «la noción de la realidad de los autores de caballería abraza en una sola mirada varias órdenes de lo humano y en ese sentido su concepto del realismo literario es más ancho, más completo que el de los autores posteriores». Al tratar del tema de la decadencia del género y la paulatina desaparición de las ficciones fantásticas en la segunda mitad del siglo XVI, exculpa con razón a Cervantes de «genocidio tan numeroso» y creemos que pone el dedo en la llaga cuando lo atribuye «al miedo del mundo oficial a la imaginación, que es la enemiga natural del dogma y el

6. *Ibid.*, I, p. 413-417. Figura igualmente en la *Obra española* seleccionada por Llorens.

7. Joanot Martorell: *Tirant lo blanc*, Alianza editorial, Madrid, 1969.

origen de toda rebelión». Puesto que el sueño es una expresión de descontento y el hombre debe manifestar sus deseos en términos utópicos si quiere que algún día puedan ser realizables, la obra de imaginación —aún la de apariencia más escapista— es un primer paso, indispensable, en el camino de su liberación. «En un momento de apogeo de la cultura escolástica, de cerrada ortodoxia, dice Vargas Llosa, la fantasía de los autores de caballería debió resultar insumisa, subversiva su versión libre y sin anteojeras de la realidad, osados sus delirios, inquietantes sus criaturas fantásticas, sus apetitos diabólicos.» A la presión ideológica que siguió al concilio de Trento nos atreveríamos a sumar, con todas las necesarias reservas, un último factor mencionado por Blanco: la desaparición de los musulmanes del horizonte español, que tan señaladamente influyó, por otra parte, en el extrañamiento del tema erótico. La abnegada labor de nuestros arabistas ha mostrado el profundo impacto de la influencia de Al-Andalus en la literatura medieval castellana, desde *El libro del buen amor* a *La Celestina*; pero habría que estudiar aún las consecuencias negativas de su brutal eliminación⁸. La fantasía del relato oriental y su crudo o refinado erotismo tenían que chocar a la fuerza con el ideal de la casta vencedora y su monolítica concepción del «hombre nuevo» —ese ser de cal y canto en quien sólo hace mella o impresión el martillo—, y la decadencia cultural de los moriscos granadinos explica su rápido desarraigo, que precede en varias décadas a los decretos de expulsión de Felipe III.

Los novelistas latinoamericanos pueden reivindicar, pues, el nombre de Blanco White en su loable propósito de ensanchar las bases del «realismo» al uso e incluir en él visiones y sueños, pesadillas y mitos. Algunas de sus obras son la demostración práctica de que ese «realismo» mutilador no es inherente ni mucho menos a la literatura de expresión castellana. En el mundo industrial de hoy —el de los Estados y burocracias soviéticos o capitalistas— el poder subversivo de la imaginación resulta más necesario que nunca y, frente a inquisidores y comisarios, la literatura debe campar por sus respetos. Si cabe

decir en propiedad que, *toutes proportions gardées*, la novela de García Márquez entronca con la libertad imaginativa y el mundo de ficción de Cervantes, ello es la prueba palpable de que los seres de cal y canto no se han salido con la suya y no han logrado extirpar, como temiera Blanco White, la posibilidad de crear ficciones liberadoras, desmesuradas, magníficas.

Con todo, el interés del ensayo de Blanco no se agota ahí y la perspicacia literaria del autor le induce a emprender una brillante defensa de la inverosimilitud susceptible de cautivar por igual a los representantes de la *nouvelle critique* y a los de la teoría de la información. La cantidad de información, dirán los portavoces de la última, depende de la probabilidad: cuanto menos probable sea la aparición del hecho descrito en una comunicación, tanto mayor será la información contenida en ella. Por otro lado, si nos atenemos a la actual noción de verosimilitud en su doble aspecto de conformidad: a) con un conjunto de máximas y prejuicios que es a la vez visión del mundo y sistema de valores, y b) con las reglas propias del género literario en que se manifiesta (relato de aventuras, folletín, drama de honor, novela sentimental, etc.) podemos considerar con Gérard Genette, por ejemplo, que la obra puramente verosímil es la obra cerrada, reiterativa, insignificante, que no quita ni añade nada al *corpus* de las obras anteriores a ella⁹. Originalidad, individualidad, creación se sitúan por tanto en los antípodas de lo verosímil y la obra más innovadora y rica será la que, rechazando sus servidumbres implícitas, asumirá sin explicaciones el desafío de su enigmática opacidad. Como es natural, los conceptos que barajamos eran desconocidos

8. Sobre la influencia de la literatura árabe en las novelas de caballería, véase Alvaro Galmés de Fuente: *El libro de las batallas* (Narraciones caballerescas aljamiado-moriscas). Oviedo, 1967: todos los elementos fantásticos de la novela de caballería (influencias mágicas, sueños premonitorios, viajes maravillosos por el tiempo y espacio, etc.) figuran ya en el texto aljamiado, directamente inspirado en las leyendas árabes clásicas. *Ibid.*, Francisco Marcos Marín, «Vividura hispánica y poesía épica árabe», en *Estudios sobre la obra de Américo Castro*, p. 305-328.

9. Gérard Genette: «Vraisemblance et motivation», en *Figures II*, París, 1969.

en tiempos de Blanco, pero el escritor parece haber tenido intuición de ellos y, en su defensa de lo inverosímil, nos percatamos de que no cae, como la mayoría de sus coetáneos, en la trampa de la ilusión realista: así, en lugar de condenar la inverosimilitud de la predicción de las hechiceras en *Macbeth*, la juzga en función de sus efectos sobre el desenvolvimiento posterior de la acción. La introducción de lo inverosímil, dice, rompe con la monotonía de los acontecimientos humanos y da variedad y color a las situaciones. Los errores en que incurren algunos autores fantásticos no se deben a que expongan sucesos o actos inverosímiles, sino a que «los efectos y expresiones no corresponden a los caracteres ni a la situación». La ley narrativa que se desprende del ensayo es que el fin justifica los medios: si la inverosimilitud del arranque de la obra de Shakespeare sirve para dar «más realidad y verdad» a las pasiones de los personajes, Blanco no sólo lo absuelve del delito, sino que lo presenta como un ejemplo digno de imitación.

Last but not least, su defensa de las libertades del teatro inglés frente a la rígida doctrina de las Unidades imperante en España, le condujo, como a otros románticos, a una posición de abierta rebeldía contra la teoría clásica de los géneros literarios. Si volvemos la mirada a los dos tipos de verosímil que acabamos de examinar, observaremos una oscilación que determina, según las épocas, el predominio de cada uno de ellos, ya sea el verosímil-opinión pública o ideología, ya el verosímil-normas del género. Mientras en el periodo del neoclasicismo francés, el último adquiere una preponderancia casi absoluta (lo que hace decir irónicamente a Blanco, «Corneille se defiende de las acusaciones de desobediencia a Aristóteles con tanta ansiedad como si hubiera resultado sospechoso de rebelión contra Richelieu»), los románticos, insurgiendo contra la «artificiosidad» de ese tipo de verosímil, se inclinan, por el contrario, a admitir como único punto de referencia el verosímil fundado en la opinión pública (hasta el extremo de negar, más o menos enfáticamente, la existencia o autonomía de los distintos géneros)¹⁰. En su

ensayo sobre el teatro de Martínez de la Rosa, Blanco no se limita a condenar la doctrina de las Unidades sino que, conforme a la tendencia latente en la época, llega a poner en tela de juicio uno de los elementos fundamentales —por no decir el más básico— del género teatral, esto es, su carácter de espectáculo. A la pregunta, planteada por muchos, de por qué un autor tan dotado como Walter Scott descuidó las tablas y se consagró exclusivamente a escribir novelas, Blanco responde que, en su opinión, «ha advertido y desdénado las trabas que, incluso en el teatro inglés —el cual, respecto a la teoría dramática, carece por completo de leyes—, sujetan las facultades superiores del autor. Aunque quienes provén de obras la escena inglesa no sientan las exigencias de las reglas teóricas, con todo, las de la parte material de la representación —las necesidades del espectáculo—, son opresivas y exorbitantes». Para Blanco —negando de modo implícito la doctrina de los géneros— la poesía dramática no difiere esencialmente de la narrativa: «El que el autor conciba los autores ideales envueltos en los hechos del relato expresándose en primera persona —como corresponde al diálogo— es una circunstancia accidental; tal concepción poética no debería ser limitada por el tiempo y espacio reales más que otro tipo de narración.» Olvidando que tanto las artes como las letras son simbólicas, dice, y no producen sus imitaciones mediante el empleo de materiales de la misma índole que la cosa imitada, «sino a modo de símbolos que suscitan en la mente unas ideas con las cuales no tienen semejanza», la representación teatral mezcla una copia material con la imitación artística y los partidarios de las Unidades pretenden incluso que «la última ceda el paso a la primera». Blanco, como los teóricos románticos posteriores a él, atentos sólo al verosímil-opinión pública o ideología de la época, considera la novela

10. Tzvetan Todorov: «Poétique», en *Qu'est-ce que le structuralisme*, París, 1968. Traducción española: ¿Qué es el estructuralismo?, Buenos Aires, 1970.

como el género literario más « natural », junto al cual los restantes no ofrecen ninguna ventaja y presentan en cambio numerosos inconvenientes. La tiranía del espacio en que se mueven los actores, el tiempo real de la obra, la necesidad de trasladarse de un sitio a otro a un paso determinado, imponen un realismo mezquino a la escena imaginaria creada por el autor. Por tal motivo, deduce que la mejor de las representaciones teatrales « compensa raras veces con las restricciones, con el materialismo del teatro ». La conclusión que extrae de ello, sorprende hoy por su carácter profético ya que los hechos —las tendencias teatrales de los últimos años— le han dado razón: « Del mismo modo que el drama comenzó con el carácter de un espectáculo debe volver a sus orígenes de una manera paulatina y convertirse en poco menos que un espectáculo. » El que Blanco juzga a éste inferior al universo imaginario de la novela y lo mire, como quien dice, por encima del hombro no invalida el hecho que los autores dramáticos contemporáneos hayan seguido sus huellas y consideren la obra teatral como una mera representación. Las concepciones de Artaud, los ensayos del *Living theater*, la moda del *happening*, las experiencias de Ronconi muestran hasta qué punto acertó en sus palabras. El texto teatral de hoy no es más que un ingrediente entre otros en manos del omnímodo *metteur-en-scène* y el margen de acción de éste aumenta en proporción directa a la reducción de poderes del escritor: el éxito del teatro de Arrabal se explica en parte en función de dicho proceso, dado que el texto desempeña en el espectáculo un papel comparable al del libreto en una ópera. Pero nos estamos apartando del tema y debemos volver a él. La falta de espacio nos impide demorarnos en numerosos juicios e ideas característicos del enfoque crítico de Blanco White. Su análisis de *La Celestina*¹¹, por ejemplo, es un modelo de lucidez e inteligencia. (« No sólo el estudio, sino la ejecución toda de *La Celestina* pertenecen al tiempo en que el genio español tomaba el rumbo en que había de brillar Cervantes; de modo que es imposible leer esta obra sin tener a cada paso presente a aquel incomparable hombre, honor

de los que hablan la lengua castellana. »).¹² En un momento en que los discípulos tardíos del Abbé Batteaux seguían dictando sus normas al gusto peninsular, la oposición estética de Blanco es absoluta y total: « Las novelas más modernas, que pintan con más destreza la vida y costumbres de las clases inferiores [...] no exceden en viveza de colorido y exactitud de dibujo a la pintura que Rojas nos da de cuanto pasa dentro de los umbrales de *Celestina* [...] Una de las ventajas que esta composición dramática lleva a las más que, en tiempos posteriores, se escribieron para el teatro español, es la distinción de carácter en los personajes que el autor nos presenta. » Por otra parte, rebelándose contra la revalorización excesiva de Lope y Calderón llevada a cabo por la crítica alemana, se esfuerza por situarlos a su verdadero nivel mientras proclama bien alto su admiración por el genio inmortal de Cervantes. En uno de los ensayos de *Variedades*, reivindica la primacía para el autor del *Quijote* y manifiesta su reprobación ante el hecho que sus paisanos dieran « el nombre de Fénix a Lope de Vega, autor tan inferior a Cervantes que casi no puede entenderse cómo hay quien lo sufra después de haber leído las obras del verdadero Fénix de España ».¹³

Rasgo frecuente en sus reseñas es el empleo de las armas de la sátira y la ironía toda vez que las circunstancias se prestan. La crítica del *Don Esteban* de Llanos en la *Quarterly Review* es, en este aspecto, un modelo de gracia y humor, especialmente en el pasaje en el que el protagonista del libro, envuelto en los lances propios de la sempiterna española, busca reposo —por razones de color local, sin duda— en las ruinas de Numancia, lo que hace exclamar a Blanco que tuvo mucha más suerte que los arqueólogos

11. *Variedades*, I, p. 224-246. *Ibid.*, Obra española, seleccionada por Llorens.

12. La relación entre Rojas y Cervantes, tan finamente captada por Blanco, no era sólo literaria. Gracias a Stephen Gilman, sabemos hoy que los Salazares de Esquivias, con quienes emparentó Cervantes a través de su matrimonio con Catalina Palacios de Salazar, se hallaban relacionados igualmente con un nieto del converso autor de *La Celestina*. Cf. « The family of Fernando de Rojas », en *Romanische Forschungen*, 1966.

13. *Variedades*, I, p. 111.

gos, pues, a pesar de sus tesoneros esfuerzos, no han alcanzado a dar con ellas. Igualmente podríamos citar el divertido párrafo de su reseña del *No me olvides* de Mora en que describe la vieja fauna de literatos peninsulares que no han salido de su rincón, asiduos de tertulias y pontífices de cafés, incapaces de mejorar por falta de estímulos y aire fresco y que, «a no ser cuando se atacan unos a otros [...] apenas parece que hablan de veras»¹⁴. Pero para brindar al lector siquiera con una muestra de su humor, no resisto a la tentación de reproducir unas líneas de su crítica a los *Specimens of English dramatic poets* de Charles Lamb: «Resultado evidente para nosotros que, si algún pesar eterno agita el corazón de Mr Lamb, es el no haber nacido durante el periodo elisabetino [...] la nacionalidad de Mr Lamb corresponde a un tiempo muy preciso: es un inglés cabal y completo de hace trescientos años, condenado a vivir en una época con la que en apariencia tiene muy poco en común. Por consiguiente, parece haber eludido el mundo contemporáneo y haberse esforzado en vivir, en la medida de lo posible, entre las sombras de aquellos a quienes en puridad pertenece [...] Alejado de la escena retrospectiva, sobre la que los espectros largo tiempo desvanecidos de los servidores de Su Majestad representaban las obras de los más distinguidos de ellos, solía ocuparse en los gruesos folios del mismo periodo, a fin de mantener su habitual ilusión y, por decirlo así, enmendar la plana al anacronismo de su existencia. La poesía y prosa de su vida eran exactamente de la misma antigüedad

[...] La indignación de nuestro crítico ante esta época degenerada y su desdén de las ideas actuales resultan para nosotros sumamente curiosos..., etc.» Substituyamos la época elisabetina por la Castilla del Cid o la España imperial de Carlos V y obtendremos el retrato más justo del singular anacronismo de Menéndez Pidal y sus «ambiciones imperialistas de erudito sedentario»¹⁵.

Concluyamos: según entraba en posesión de su propia verdad, Blanco se había alejado de la de los españoles de su tiempo, y si su obra significaba algo, lo era en contraposición a los valores oficiales celebrados en la península. A pesar del claro influjo de sus ideas sobre autores como Alcalá Galiano, Mora, Mendíbil y otros, su ejemplo no pudo cundir fuera del pequeño círculo de los emigrados en Londres y, al regresar éstos a España, las circunstancias históricas determinaron que el país no les prestara gran atención. El neoclasicismo reinó indiscutiblemente hasta 1830 y, cuando el cambio se produjo al fin, era ya demasiado tarde para que pudiera surtir efecto. Pero dejemos la palabra a Llorens: «Ocurrió entonces lo que había de ocurrir otras veces, no sólo en el aspecto literario en la España moderna. Un largo y penoso esfuerzo para ponerse a tono con el espíritu del tiempo, y cuando el objetivo parecía logrado, ya el tal espíritu había tomado una nueva dirección. De ahí la confusión, el tropel innovador y el persistente anacronismo de la cultura española, que vive en los tiempos modernos no sólo en una posición de inseguridad, sino moviéndose constantemente a contratiempo.»¹⁶

salen por su riqueza y originalidad entre la prosa gris, anodina de los escritores españoles de su tiempo. A menudo, al recorrer las páginas de éstos, experimentamos la penosa impresión de que consciente o inconscientemente vagabundear por la extensa obra de Blanco White reserva al lector de hoy infinidad de sorpresas. Sus planteamientos e ideas respecto a temas tan diversos como religión, sociedad, política, historia, literatura sobremente obedecían a una serie de esquemas

8 mentales que les obligaban a escribir igual, aún en el caso de que no quisieran decir las

14. Pienso en Alfonso Sastre. Su último libro de ensayos, lleno de ajustes de cuentas y liquidaciones personales es, en mi opinión, la primera obra original y auténtica salida de su pluma. En lugar de obstinarse en emular con la fecundidad (y calidad) de Comella, nos atreveríamos a aconsejarle amistosamente que hablase «de veras» y se especializase en ese género de ataques.

15. Véase mi artículo ya citado en *El furgón de cola*, especialmente p. 162.

16. *Liberales...*, p. 420-421.

mora o hebrea tiñe la totalidad de una familia hasta la generación más distante. El conocimiento de tal hecho no desaparece en el curso de los años ni llega a pasar inadvertido en razón de la oscuridad o insignificancia de los interesados». Tras citar el caso de una familia sevillana, tildada por la opinión pública porque uno de sus antepasados fue penitenciado siglos atrás por relapso en el judaísmo, Blanco agrega: «Una persona libre de sangre impura es definida por la ley, *cristiano viejo, limpio de toda mala raza y mancha*. La severidad de la ley, o más bien, de la opinión pública que la impone cierra a sus víctimas las puertas de todo cargo estatal y eclesiástico y las excluye incluso de las Fraternidades o asociaciones abiertas de otro modo a las personas de condición inferior. Creo realmente que si san Pedro fuera español, o bien negaría la entrada en el cielo a la gente de sangre impura, o la enviaría a un rincón apartado, donde no pudiera ofender la vista de los cristianos viejos.» Blanco no hablaba de oídas: evocando sus recuerdos del periodo en que fue elegido rector del Colegio Mayor sevillano, refiere que se entretuvo en consultar la voluminosa colección de documentos relativos a la pureza de sangre de sus miembros y halló dos casos de recusación por «sangre manchada»: en el examen apareció que alguno de los antepasados del candidato había sido judío. Tres siglos después de los estatutos de limpieza, cuando hebreos y moriscos habían desaparecido por completo del horizonte nacional, el prejuicio de los cristianos viejos no ofrecía muestras de amansar; a juzgar por la lista de exclusiones que cita Blanco, puede decirse que había arreado aún. Uno de los capítulos más notables de las *Letters* describe un viaje del propio autor, por cuenta del mencionado Colegio, destinado a rastrear el origen de las distintas ramas familiares de un candidato y comprobar bajo juramento de quince a treinta testigos que «el antepasado en cuestión no fue criado, tendero, pequeño comerciante o artesano, y ni él ni ninguno de sus deudos fue penitenciado por la Inquisición ni descendía de judíos, moros, africanos, indios, guanches, esto es, aborígenes de las islas Canarias».

La vieja inquina a los oficios considerados siglos atrás propios de judíos y moriscos privaba aún en la España de 1800 y el testimonio de Blanco añade nueva fuerza a la ya sólida argumentación de autores como Castro, Domínguez Ortiz, Caro Baroja, etc., según la cual, la lucha intercastiza conservó a lo largo del siglo XVIII toda su fantasmal virulencia. Como dirá Blanco, resumiendo sus impresiones, «es imposible concebir cuánta miseria real e innecesaria ha ocasionado en España el prejuicio de sangre».

Pero es sobre todo en la reseña del libro de Michael B. Quin, *A visit to Spain* y el denso «Bosquejo de la historia del entendimiento humano en España» publicado en *Variedades* donde los gérmenes «castristas» de la obra de Blanco se manifiestan con mayor claridad. Las circunstancias históricas de la Reconquista, dirá Blanco, produjeron el espíritu de fanatismo e intolerancia que caracteriza a España en los tiempos modernos: «Un combate tan prolongado y fiero ha asociado inseparablemente en la mente de los españoles toda idea de honor con ortodoxia y cuanto es odioso e indigno con heterodoxia y disconformidad.» Mientras los musulmanes fueron poderosos, sus hazañas guerreras y su rica cultura les preservaron del desdén de los cristianos pero, con la toma de Granada, dicho respeto «cedió el paso a una mezcla singular de odio, temor y desprecio que transformó la diferencia de credos en una fuente imaginaria de polución e hizo de la ortodoxia el fundamento de una presunta superioridad de naturaleza que distinguía la casta superior de las castas inferiores y degeneradas». El luminoso estudio de Castro de la literatura y teatro españoles de la «edad conflictiva» puede invocar un precedente tan significativo como el siguiente juicio de Blanco: «La denominación de *honrado* que la pureza de sangre confiere al español, incluso al de condición humildísima [...] creó una especie de señorío entre las clases bajas. El último de los menudos se sentía más orgulloso de su sangre cristiana impoluta que los grandes de sus pomposos títulos. Tanto los campesinos como las clases medias estaban en realidad más apegados a esta distinción imaginaria, porque los miem-

bro de la alta nobleza e incluso los monarcas, seducidos por las amables partes de algunas hermosas infieles, habían transmitido con harta frecuencia a su posterioridad el reproche tan español de contar entre sus antecesores con alguno que *recibió el bautismo de pie* [...] Honra y deshonor son realmente hijas de la opinión y ningún poder de la tierra puede conceder una u otra contra la voluntad mayoritaria de la nación.»⁶

En los dos ensayos citados, Blanco examina la represión sistemática por la casta cristiana- vieja de los menesteres intelectuales propios de los españoles de estirpe judaica y, como Américo Castro, contraponen la tolerancia y el amor al saber de Fernando III el Santo (citando también, como prueba, las inscripciones en hebreo, árabe, castellano y latín grabadas en su sepulcro) con la persecución desatada a partir de los Reyes Católicos: «Los moros por su enemistad nacional y los judíos por la envidia que causaban sus riquezas [...] eran mirados como enemigos declarados del cielo y baldón de la humanidad. Bien pronto se valieron los primeros inquisidores de esta ocasión para confundir con moros y judíos a todos cuantos se atrevían a dudar de cualquier punto de sus doctrinas y sistemas y la «herética pravedad» se vio con igual poder de contaminar la sangre que el descendiente de cualquiera de las dos razas malditas. Infeliz, desde entonces, el español que quisiese usar de su propia razón [...] Desde aquel punto, todos los estudios [...] fueron mirados como sospechosos: todo libro escrito en lenguaje inteligible debía ser prohibido o expurgado [...]»⁷ Gracias a las obras de Castro, Bataillon, Domínguez Ortiz, etc., el lector español puede forjarse una idea cabal del cordón sanitario que transformó la península en un vasto erial, intelectualmente hablando. Como sabemos, los documentos y pruebas se hallaban desde siempre al alcance de nuestros historiadores «góticos», pero su apriorismo y el cúmulo de complejos que denunciábamos antes impidieron que los tomaran en consideración. Sin las anteojeras voluntarias de ellos, Blanco supo interpretar acertadamente los hechos y su historia de la opresión del entendimiento en España

aborda de modo sucinto una serie de puntos que veremos desenvolverse circunstanciadamente más tarde en *La edad conflictiva* o la obra maestra de Bataillon: «Los hombres verdaderamente sabios que, en las universidades extranjeras, se habían dado al estudio de las lenguas antiguas y empezaban a propagar la verdadera erudición, unos se vieron sepultados en calabozos, otros tuvieron que sellar sus labios y disimular cuanto sabían. Luis Vives se quejaba a Erasmo en 1534 de que el tiempo en que vivía era difícil en extremo, y tanto que no podía decir cuál era más peligroso, si el hablar o el callar [...] Los efectos de un plan tan feroz y bárbaro aparecieron sin tardanza. Los hombres de primer orden que, por medio del cultivo de la literatura griega y romana, habían empezado a plantear la mejora de los estudios en las universidades de España, se arredraron atemorizados desde que vieron que la afición al griego y los autores clásicos antiguos los hacían sospechosos. En pocos años las cátedras establecidas para la enseñanza de las lenguas sabias se vieron sin discípulos, y en el reinado de Felipe III se miraba como un prodigio al que entendía la lengua griega. Las ciencias naturales y exactas [...] se hallaban no sólo sin patrocinio, sino en la general sospecha con que los teólogos miraban todo lo que no entendían.»

¿Para qué continuar? Con los ejemplos citados basta. Si, en la opinión de Menéndez Pelayo, «el genio español muere y se ahoga en las prisiones de la herejía y sólo tiene alas para volar al cielo de la verdad católica», es lógico que cuantos piensan como

6. «El odio popular contra los judíos y sus descendientes no se amansó un punto en todo el siglo XVII», escribe Menéndez Pelayo. En otro lugar, añade: «Los mismos que condenan la inquisición como arma de tiranía, tendrán que confesar hoy que fue tiranía popular, tiranía de raza y de sangre, fiero sufragio universal, justicia democrática que niveló toda cabeza [...]; autoridad, en suma, que los reyes no alzaron, sino que se alzó sobre los reyes, y que, como los antiguos gobiernos demagógicos de Grecia, tuvo por campo y teatro de sus triunfos el ancho estadio de la plaza pública» (*Heterodoxos*, VII, 1). A dicha autoridad rindió tributo el cristiano viejo Lope de Vega, mientras el «marginal» Cervantes la demistificaba audazmente en su «Retablo de las maravillas».

él deduzcan que « si de algo puede acusarse al Santo Oficio, es de descuido en no haber atajado la circulación de libros que bien merecían sus rigores »⁸. Como en muchos otros dominios, las ideas esparcidas por

Blanco no tuvieron la posibilidad de arraigar, y sus compatriotas debieron aguardar más de un siglo para interpretar correctamente, merced a la obra de Américo Castro, su auténtico pasado historiable.

En el silencio denso, la mariposa nocturna ronda en torno a la lámpara: gira, planea, describe círculos obsesivos, se aleja si la espantamos, pero vuelve en seguida, una vez y otra y otra, hacia el fulgor que la fascina y atrae, absorta en su alucinada tarea, hasta obligarnos a ceder por cansancio —así, desde el instante en que empuñamos la pluma, la idea fantasmal, reiterada, surge y nos acomete, se desvanece cuando la rechazamos, regresa tenaz y muda, con la certeza de su victoria paciente, sabedora de nuestro cansancio. Nos resignamos pues: la acogemos. El paralelo entre los dos escritores se impone: ¿por qué nos resistiríamos a trazarlo?

Sevillanos los dos —a quienes las circunstancias de sus épocas respectivas obligaron a expatriarse a Inglaterra—, escogieron vivir y morir lejos de su país nativo y fueron sin duda sus críticos más implacables. Ambos escribieron versos y asimilaron las lecciones de la poesía inglesa, juzgaron severamente la vida político-literaria de España, manifestaron extrañeza por sus costumbres y admiraron con saludable franqueza un desdén insólito por el patriotismo de sus paisanos. Su pesimismo profético respecto al futuro español era el mismo e idéntica la lucha por su verdad personal, sin arredrarse ante peligros u obstáculos. Sinceros, sin ser exhibicionistas, poemas, ensayos o autobiografías les sirvieron de pretexto para confesarse. Uno y otro amaron apasionadamente la música y tradujeron a Shakespeare, se embebieron en la poética de Wordsworth y expresaron su desdén por Lope y su admiración por Garcilaso y Cervantes... Estoy hablando, claro, de Cernuda y de Blanco.

9 Muchas veces, al repasar los poemas y ensayos del primero, me he preguntado por qué la sorprendente concordancia de sus destinos no hirió jamás su imaginación. Lo cierto es que en ninguno de sus escritos he hallado la menor referencia a Blanco y, salvo prueba contraria, creo que su silencio no es fruto de una deliberada omisión, sino de un desconocimiento. Al criticar la ampulosidad y garrulería de los poetas peninsulares, en términos muy semejantes a los de su paisano, Cernuda menciona el prefacio a las *Lyrical ballads* y dice que « probablemente nuestros románticos no [lo] conocieron, ni acaso oyeron nunca el nombre Wordsworth ». No obstante, parece casi imposible que en los años de su existencia en Inglaterra, no hubiese tropezado con una u otra obra de Blanco en alguna de las bibliotecas universitarias que frecuentó. El elogio de Coleridge a *Mysterious night* era una excelente introducción: de una manera u otra tuvo que llegar a sus oídos. El repertorio de lecturas de Cernuda y su despierta curiosidad nos inducirían a creerlo así y, con todo, debemos admitir que nos equivocamos. El velo de silencio que cubría el nombre de su *alter ego* o la imagen-espantajo que le habían forjado nuestros programadores culturales fueron por lo visto eficaces hasta el punto de influir inconscientemente en un hombre de su temple y carácter. Los *zombis* podían cantar victoria puesto que ni un Cernuda se dignó leerlo. Blanco parecía definitivamente perdido

7. « Bosquejo... », en *Variedades*, I, 1824.

8. *Heterodoxos...*, V, Epílogo.

y seguiría en el limbo si Llorens no hubiese empezado a desenterrarlo.

Sin embargo de eso, ¡qué extraordinario cúmulo de coincidencias entre los dos escritores! Si Cernuda hubiese leído la *Life*, ¡cuál no habría sido su sorpresa al verse enfrentado a dudas, problemas y luchas que fueron igualmente las suyas en circunstancias casi similares! Una lectura contrastada de la autobiografía de Blanco White y el breve *Historial de un libro*¹, destinado a comentar *La realidad y el deseo*, resulta, a este respecto, instructiva y apasionante.

Comencémosla: nacidos en el seno de hogares sevillanos de clase media, sin tradición intelectual alguna, Cernuda y Blanco manifiestan desde niños una fuerte inclinación por la lectura y, curiosamente, sus primeras dudas religiosas surgen del contacto fortuito con la mitología griega: la descripción de los dioses en el *Telémaco* de Fénelon sacudió pasajeramente la fe infantil de Blanco y la lectura de un manual ilustrado sobre el tema hizo que Cernuda considerara deprimentes y tristes sus creencias cristianas. Uno y otro muestran tempranamente una ansia secreta de partir, alimentada por su afición a los libros de viajes: el joven Cernuda confiesa que «no podía menos de sentir hostilidad hacia esa sociedad en medio de la cual vivía como extraño» y el desacuerdo de su instinto amoroso con las convenciones morales y sociales acentúa todavía su extrañamiento; cuando el canónigo Blanco pierde la fe, descubre con angustia y horror que está condenado «a amar a escondidas y disimular unos sentimientos que, aunque inocentes en sí mismos, una execrable superstición había pervertido y envenenado» lo que le resolverá a «declararse enemigo decidido de las leyes e instituciones» que le obligan a encubrir sus ideas y afectos. El conflicto creado por la homosexualidad de uno y el celibato forzado de otro eran especialmente graves conforme ambos detestaban por igual del engaño y la hipocresía: «El disimulo, dice Blanco, me ha resultado siempre intolerable. Si me hubieran confiado los secretos de toda la Creación a condición de que no los revelara, dejando a quienes me rodeaban en la ignorancia y el error, mi corazón no habría soportado tal

peso»; Cernuda no busca la consideración humana a costa de la mentira: únicamente quiere, dice, «hallar mi verdad, la mía, que no será mejor ni peor que la de los otros, sino sólo diferente». A lo largo de su vida, Blanco oscila a la merced de impulsos contradictorios, sujeto a una íntima e irreductible dualidad que puede compendiarse en el apellido repetido con que firma y el recíproco, angustiado examen de White por Blanco y Blanco por White; Cernuda menciona esa «atracción de contrarios que tan necesaria es en la vida», y añadirá que la tensión entre ellos resulta, al menos para él, fructífera. El odio a la mojigatería sevillana les empuja a huir de ella y buscar en Madrid, como dirá Blanco, «una pobre sombra de libertad»: cuando el levantamiento de Sevilla decide al magistral de la Capilla Real a unirse al bando de los patriotas, Blanco abraza de nuevo sus cadenas y vuelve al lugar en donde, dice, sabía que le desollarían más, a soportar «el tormento de esa gota de agua que cae sin interrupción sobre uno»; «estaba harto de mi ciudad nativa, y aún hoy, pasados treinta años, no siento deseo de volver a ella», escribe Cernuda en 1958. La opinión de uno y otro sobre el país coincidía en su pesimismo y desaliento: «España me aparecía como un país decrepito y en descomposición; todo en él me mortificaba e irritaba. No sé si de haber tenido la suerte de nacer en otra tierra, ésta me hubiera parecido tan desagradable» (Cernuda); «España, con su cuerpo político miserablemente rebajado por su gobierno, dejó de ser para mí un objeto de admiración desde un periodo muy temprano de mi vida. Nunca he sentido orgullo de ser español pues, por serlo, me hallaba mentalmente envilecido, condenado a inclinarme ante el más mísero sacerdote o laico que podían enviarme en cualquier momento a las cárceles del Santo Oficio. Durante muchos años, presentí que una sentencia de destierro de tal país, lejos de ser para mí un castigo, sería una bendición» (Blanco White). No obstante, al producirse la lucha intestina e intervención extranjera (1808, 1936) uno y otro manifiestan una preocupa-

1. Luis Cernuda: *Poesía y literatura*, Seix-Barral, Barcelona, 1960, p. 233-260.

ción patriótica que les impulsa a seguir la causa del pueblo: Blanco, contra su propia convicción, porque conocía demasiado «la condición moral e intelectual del país, para poder esperar cualquier beneficio de la insurrección popular»; «mi convicción antigua de que las injusticias sociales que había conocido en España pedían reparación, dice Cernuda, me hizo ver en el conflicto no tanto sus horrores, que aún no conocía, como las esperanzas que parecía traer para lo futuro. Desnudas frente a frente vi, de una parte, la sempiterna, la inmortal reacción española [...] y de otra (yo en pleno *wishful thinking*) las fuerzas de una España joven, cuya oportunidad parecía llegada [...] La marcha de los sucesos me hizo ver poco a poco que no había allí posibilidad de vida para aquella España con la que me había engañado». El 2 de mayo de 1808 Blanco tiene 32 años y el 18 de julio de 1936 Cernuda 33: la profunda discordia que divide a los españoles abre el camino a una guerra sangrienta y los sucesos que conducirán a su expatriación definitiva se vislumbran ya en el horizonte. Con todo, conviene señalar que, antes de consumarse la separación física, uno y otro escritor parecen haberla sentido, como prueban algunos de sus versos: en su *Elegía a Quintana*, escrita en 1805, Blanco anuncia proféticamente, como ha dicho Llorens², el destino de su vida entera:

*No muda el corazón, tan sólo muda
de cielo el infeliz que su destino
quiere evitar huyendo el patrio suelo
que le hizo aborrecer su desventura.*

Uno de los poemas primerizos de Cernuda se titula, significativamente, *Destierro* y en *No sé qué nombre darle en mis sueños* evoca ya

*[...] ese país perdido
que un día abandonamos sin saberlo.*

Blanco se embarca en Cádiz en febrero de 1810, Cernuda parte el mismo mes de 1938: los dos dejan un país asolado por la guerra y al borde del colapso. La salida es dolorosa, incierto el porvenir; no obstante, no vacilan:

«Hay momentos de la vida que requieren de nosotros la entrega al destino, total y sin reservas, el salto al vacío, confiando en lo imposible para no rompernos la cabeza», dice Cernuda, y, a fin de librarse del yugo que le oprime, el canónigo sevillano abandona padres, amigos, parientes, prebendas, país y se lanza al vasto mundo. Cuando la dictadura soporífera sucede al baño de sangre, ambos toman la decisión de no volver a pisar el suelo de la península, pero ni la ruptura moral ni la separación prolongada alcanzarán a curarlos del todo del recuerdo de sus sufrimientos y agravios: en 1822, Blanco dice que sueña a menudo que está de nuevo en aquella tierra, objeto a la vez de su amor y aversión, «reviviendo mis afectos, sólo para tener que arrancarme, con peligro y dificultad renovados, de un pueblo al que me siento unido, a fin de escapar a unas instituciones que aborrezco»; Cernuda, de su parte, nos informa de una pesadilla recurrente: «Me veía allá buscado y perseguido. Sufrir de tal sueño es cosa que, simbólicamente, me enseñó bastante respecto a mi relación subconsciente con España.» El porvenir nacional es tan sombrío como su pasado: Blanco presiente que, de generación en generación, de siglo en siglo, el país se desmoronará poco a poco, destrozándose por sus propias manos, y exclama amargamente «España es incurable»; Cernuda alude a la matanza de 1936-1939 como a la «última (por ahora) guerra civil» y en alguno de sus mejores poemas («Díptico español», «Sueño de Sansueña») habla de España como «la tierra de los muertos / adonde ahora todo nace muerto / vive muerto y muere muerto» mientras «los gusanos de allá y su ruina irreparable / crecen, prosperan». El protestante Blanco White maldice la fatalidad que le hizo nacer en un país católico y «ahorca» su lengua nativa como ha ahorcado los hábitos; Cernuda confesará que, entre todas las cargas que le puso su destino, la de ser español fue la más dura, y, puesto que el menester de poesía le une, a pesar de él, la lengua de sus paisanos, apostrofará a éstos diciendo «en mala hora sea vuestro

2. Liberales y románticos, p. 410.

lengua / la mía, la que hablo, la que escribo [...] »

Interrumpamos el parangón aquí: nos robaría demasiado tiempo; o trasladémoslo, mejor, al ámbito de sus opiniones poéticas y literarias pues asimismo en él la coincidencia es asombrosa. Digamos de entrada que tanto Cernuda como Blanco pasaron victoriosamente la prueba que, para todo poeta y escritor, supone el destierro. Aunque a juicio de Blanco, « para un español de talentos [...] cualquier azar que lo saca del charco estancado de España, es un acontecimiento feliz por lo que hace a los intereses de la parte intelectual », y, hablando de los que emigraron a Francia, dice que « sus ideas se acrecentaron en número [...] y perdieron cierta puerilidad, hija del encerramiento anterior, que acompañaba a no pocos españoles habilísimos hasta la sepultura »³, su experiencia posterior y la nuestra de hoy nos inclinan a darle razón cuando, en una carta a su amigo lord Holland, rectifica en estos términos: « Los españoles más diestros parecen por el momento incapaces de aprovechar su contacto con el extranjero. El amor al parloteo y a las bravatas de café es en ellos un mal incurable. Por lo que toca a esto, entiendo que siguen exactamente igual a como les dejé hace más de veinticinco años. » Aunque hoy como ayer los escritores e intelectuales españoles necesitan desesperadamente de oxígeno para respirar a sus anchas, muchos, nos atreveríamos a decir que la mayoría de los que voluntaria o forzosamente han ido a acampar afuera, se muestran, curiosamente, incapaces de aprender: el exilio no aporta una nueva dimensión a su obra, sino más bien lo contrario. Uno diría que el aire se enrarece poco a poco alrededor de ellos, su piel se arruga, sus raíces se secan. Un miedo inconsciente al vacío les empuja al cultivo sistemático de los rasgos menos estimables y atractivos de su « españolidad » hasta el punto de convertir a algunos en una triste caricatura. Si tomamos por caso a la generación de poetas dispersada por la guerra civil de 1936-1939 advertiremos que, salvo unas pocas excepciones —y ninguna de primer orden, fuera de Cernuda— han vivido, en mayor o menor grado, del producto de

sus antiguas rentas: la estancia en el extranjero no les ha mejorado ni empeorado. Lógicamente, sin embargo, no debería haber sido así. En la España actual, como en la fernandina, « muere la inspiración envuelta en humo » y nadie sabía mejor que Cernuda, « mucho enseña el destierro de nuestra propia tierra ». Los dos sevillanos fueron capaces de dar el salto (el uno cambiando de lengua, el otro purgando y reelaborando la suya), y el desenvolvimiento de su obra contrasta de modo admirable, señero, con el empobrecimiento paulatino de la de quienes se prosternaron ante los ídolos hidrópicos del país y se acomodaron a los usos tribales que aún prosperan en los llamados medios literarios. Como hemos tocado ya a las opiniones poéticas de Blanco, nos acercaremos ahora, brevemente, a las de Cernuda —cuando menos en aquellos puntos donde concuerdan con las de su predecesor y paisano. « La estancia en Inglaterra —dice en el historial de *La realidad y el deseo*— corrigió y completó algo de lo que en mí y en mis versos requería dicha corrección y compleción. Aprendí mucho de la poesía inglesa, sin cuya lectura y estudio mis versos serían hoy otra cosa, no sé si mejor o peor, pero sin duda otra cosa [...] Acostumbrado al ornato verbal, barroco en gran parte, de la poesía española [...] me desconcertaba no hallarlo en la inglesa, o, al menos, que ésta no hiciera del mismo, como los españoles y los franceses, razón de ser para la poesía. Pronto hallé en los poetas ingleses algunas características que me sedujeron: el efecto poético me pareció mucho más hondo si la voz no gritaba ni declamaba, ni se extendía reiterándose, si era menos gruesa y ampulosa. » Al analizar los méritos de las « Coplas » de Jorge Manrique —que Blanco, de su parte, había reseñado, con gran elogio en las páginas de *Variedades*—, Cernuda observa que el equilibrio poético medieval, mantenido perfectamente en las « Coplas », entre el lenguaje hablado y el lenguaje escrito, comienza a romperse con Garcilaso —poeta admirado tanto por Cernuda como por Blanco— en favor del lenguaje escrito. Es Herrera, según

3. *Variedades*, I, p. 340-342.

el primero, «quien agrava dicha actitud y la codifica, haciendo del lenguaje escrito algo remoto y aún opuesto al lenguaje hablado»⁴. Blanco había señalado ya el desajuste creciente, en nuestra poesía, entre el idioma vulgar y el estilo noble, y su paisano observa que, conforme se agota el impulso creador a lo largo del siglo XVII, se acentúa el amaneamiento y la presión retórica: «Bien sé que el culteranismo y conceptismo no son modalidades literarias exclusivamente españolas [...] pero sí es exclusivamente español el afán de demorarse en ellas, por mucho que cambien el hombre y la sociedad; cambios para los cuales debe hallar expresión contemporánea, si no anticipada, la literatura [...] nadie dio a nuestro idioma el esplendor que ostenta cuando Góngora es quien lo habla. Si la única cualidad de una lengua literaria fuese esa, sin duda sería Góngora nuestro primer escritor. Pero hay en el lenguaje otras cualidades tanto o más importantes, y así lo recordamos melancólicamente al leer los versos de aquella pléyade de discípulos e imitadores de Góngora.»⁵ Blanco y Cernuda convienen en que el culteranismo, asociado al dogma herreriano del estilo noble, asfixiaron las posibilidades creadoras de nuestra poesía en la segunda mitad del siglo XVII. El predominio del ornato verbal sobre la expresión poética, o, si se quiere, la sumisión de la semántica al ritmo, debía provocar, como sucede siempre en estos casos, un movimiento pendular orientado a privilegiar el «contenido». Los neoclásicos se percataron de que el postgongorismo no tenía en cuenta los cambios de la sociedad y de la época, y buscaron auxilio, para expresarlos, en las normas del gusto francés. Pero el remedio era quizá peor que la enfermedad y, según Blanco, acabó de secar las raíces de la poesía nacional. Para Cernuda, los neoclásicos «tenían algo nuevo que decir, al menos eso se figuraban, y para ello debían hallar expresión nueva. No puede reprochárseles que no se dieran cuenta de esa necesidad, porque sí se dieron; lo que podemos reprocharles es la solución tan pobre que tuvieron para ella»⁶. El autor de *La realidad y el deseo* abunda en el severo dictamen de Blanco respecto a la poesía de

su tiempo: «La poesía neoclásica española, así como la romántica, no viven hoy, por vivas que pudieran parecer a sus contemporáneos; ninguna chispa las anima y constituyen un peso muerto en nuestra literatura, peso que ésta sobrelleva, juntamente con otros semejantes, como puede.»⁷ La vena lírica castellana, añade, se agota con Caldeón y no reaparece hasta Bécquer: entre uno y otro, por espacio de más de un siglo y medio, el secreto de la rima parece perderse y, casi sin excepción, suena a nuestros oídos ripiosa. Blanco falleció cuando Bécquer tenía sólo cinco años y no podía por consiguiente adivinar que treinta años después surgiría por fin, en nuestra lengua, un poeta. Pero, si prescindimos de ello, las opiniones de Cernuda adhieren estrechamente a las que expresó un siglo atrás su paisano. Su caracterización del proceso evolutivo de la poesía castellana coincide con el de Blanco, cuando menos en sus líneas generales, y las tachas y limitaciones que indican ambos son casi idénticas. «Por desgracia, ha sido la lectura de los poetas franceses la que con frecuencia reemplazó a los italianos. Y como los defectos de la poesía francesa van en el mismo sentido que los de la nuestra, el resultado ha sido poco feliz casi siempre»⁸, dice Cernuda. La pompa retórica de Darío, imitada de los parnasianos y simbolistas, le sacaba de sus casillas y, como Blanco White, cuyas huellas sigue una vez más sin saberlo, nos enseña con su propio ejemplo el provecho que obtuvo de su compenetración con el pensamiento poético inglés.

El paralelo que hemos establecido entre Blanco y Cernuda nos conduce muy naturalmente a preguntarnos si la evolución del pensamiento crítico del primero tuvo alguna repercusión en su obra poética. Cernuda es sin duda uno de nuestros mejores poetas pero, si se nos solicita nuestra opinión sobre Blanco, la respuesta será mucho menos

4. Poesía y literatura, p. 58-59.

5. *Ibid.*, p. 73.

6. Estudios sobre poesía española contemporánea, Guadarrama, Madrid, 1957, p. 22.

7. *Ibid.*, p. 45.

8. *Ibid.*, p. 28.

afirmativa. Las composiciones que escribió durante el periodo de su vida en España reflejan los vicios y deficiencias que acabamos de apuntar. Reaccionando contra el culteranismo, vuelto de espaldas al hombre y sociedad de su tiempo, Meléndez y sus discípulos se esforzaban en dar cabida, en sus obras, a la problemática peculiar de la Ilustración. Mas, sin fuerza poética ni filosofía propias, se limitaron a poner en verso las ideas comunes de su tiempo. Varias veces, al hojear los poemas de los epígonos de Blas de Otero (o del propio Blas de Otero, cuando le da por convertirse en epígono de sí mismo) me he acordado de esos olvidados predecesores suyos, los poetas neoclásicos, movidos también, como los sociales de hoy, por «ese amor enfático y vago a la humanidad, esa universal ternura, ese candoroso e indefinido entusiasmo por las mejoras sociales» que tanto hacían reír (y con cierta razón sin duda) al reaccionario de Menéndez Pelayo. Los cantos al «Plan quinquenal», al «Sputnik» o a las virtudes del «Campesino manchego» (quien, sin atender al elogio del bardo, se fue a trabajar de obrero a la Volkswagen o a la Régie Renault) concuerdan no sólo en el tema con las «Odas en alabanza de un carpintero llamado Alonso» de Cienfuegos, los poemas «A la vacuna» y «A la invención de la imprenta» de Quintana o «La máquina aerostática» de Viera, sino también en el abismo existente entre la intención y ejecución y, por tanto, en su ruidoso fracaso estético. El grupo de escritores sevillanos en que se educó el canónigo Blanco intentaban acomodar su visión poética a la realidad circundante, pero el lenguaje que empleaban les impedía expresar eficazmente aquélla. No creo que nadie pueda leer hoy las obras de Lista, Reinoso o Arjona por el mero placer de su lectura, y las de su compañero de Academia no son, desde luego, mejores: la versificación fácil y la ampulosidad no alcanzan a cubrir la medianía del designio poético y lo fallido de la ejecución.

Las últimas composiciones de Blanco correspondientes a dicho periodo son la «Elegía patriótica» y la «Oda a la Junta Central». Cuando varios lustros después vuelve a empuñar la pluma, ha cambiado no sólo de

religión y país sino también de lengua. Sus versos ingleses están por coleccionar y los que han llegado a mis manos, si bien aventajan claramente a los de la etapa anterior, no se hacen acreedores con todo del elogio que les concedió Coleridge. El público español no ha tenido acceso más que a uno de ellos, el soneto *Mysterious night*, en dos versiones, muy poco afortunadas, de Lista y Rafael Pombo; pero tal vez le prefiera la bella composición que redactó al oírse llamar anciano por primera vez o algún poemilla intercalado entre las páginas de su *Private Journal*.

Blanco parecía definitivamente perdido para nuestro idioma (las cartas que enviaba a sus familiares estaban escritas en una especie de «espaninglés») cuando enfermo, agotado, al borde del sepulcro, vuelve, en su último refugio de Liverpool, al cultivo de sus primeros amores. En otras ocasiones, las sacudidas intermitentes de la aletargada sociedad de su país de origen habían «abierto los diques», nos dice, a sus ideas españolas, y en su novela inconclusa *Luisa Bustamante* revelaba que el deseo de hablar de nuevo a sus compatriotas le «rebosa en su pecho». Anhelo final de vuelta a la matriz, espejismo o Fata Morgana —lo cierto es que la lengua nativa aflora de pronto a su espíritu con violencia y sinceridad insospechadas, como lo prueban las páginas del diario editado por Hamilton Thom: «Bajo el impulso irresistible de escribir en castellano que he sentido en los últimos días [...] compuse ayer por la mañana dos *seguidillas* respecto al personaje de una muchacha que quiero pintar en un cuento español» (21 de octubre de 1839); «continué algunos versos castellanos que empecé ayer» (14 de noviembre de 1839); «terminé un fragmento extenso de poesía española» (20 de noviembre de 1839). «Hasta en mis sueños —escribe aún en 1840—, que por muchos años habían sido, por decirlo así, en mi lengua adoptiva, comenzaron a mezclarse, con el otro idioma, el español.»

Las composiciones castellanas de la última etapa de Blanco fueron escritas durante el otoño de 1839 e invierno de 1840. Alguna se incluyó años después de su muerte, en una

antología de la Biblioteca de Autores Españoles, otras las divulgó Méndez Bejarano y unas cuantas, según creo, permanecen inéditas⁹. De ellas vemos emerger la imagen de un poeta nuevo, que se expresa con una voz personal e íntima y se esfuerza en sortear, consiguiéndolo a veces, los escollos en que naufragan los románticos peninsulares. «En contraste con su desvalida prosa española, dice Llorens, el verso de Blanco se mantiene vivo y aun se desenvuelve con fluidez inesperada.» Algunos pasajes de «Tormenta nocturna en alta mar» superan a las composiciones más felices de Espronceda e incluso del duque de Rivas (en mi opinión el mejor, o menos malo entre los poetas de aquellos años), y el acuerdo entre designio y ejecución casi parece logrado a momentos:

*¡Oh traidores recuerdos que desecho
de paz, de amor, de maternal ventura,
no interrumpáis la cura
que el infortunio comenzó en mi pecho!
¡Imagen de la amada madre mía
retírate de aquí, no me deshagas
el corazón que he menester de acero
en el tremendo día
de angustia y pena que azorado espero!*

Sus nunca extintas inquietudes religiosas le impulsaron a plasmarlas en verso, en el soneto titulado «La revelación interna»:

No podemos concluir estas notas sin tocar a uno de los argumentos principales que se han esgrimido, esgrimen y, mucho me temo, se esgrimirán para justificar el ostracismo de Blanco: me refiero a su abominado anti-patriotismo. El que nuestra inmovible derecha se haya servido de él, no es cosa que pueda extrañarnos: los miembros de las castas que detentan el poder, y los plumíferos a su servicio, son necesariamente patriotas según se aferran por principio a los valores

*¿Adónde te hallaré, Ser Infinito?
¿En la más alta esfera? ¿En el profundo
abismo de la mar? ¿Llenas el mundo
o, en especial, un cielo favorito?*

En él, a diferencia de lo que ocurre con la inmensa mayoría de los sonetos españoles, las palabras huera no estorban o asfixian la idea que expresan —su defecto estaba más bien en la rigidez o falta de gracia de los términos que el poeta ha empleado. La polémica que mantuvo hasta el fin de sus días con las diversas Iglesias cristianas y su hueste de inquisidores y teólogos, le inspiró el poema «La persecución religiosa», cuyos versos finales compendian quizá el núcleo de su pensamiento acerca del tema:

*Los que tenéis raíces en el Cielo
nunca podéis dejar en paz el suelo.*

Teniendo en cuenta la pobreza de nuestras letras durante un periodo de casi dos siglos —pobreza que hizo decir a Bergamín, «mientras en la literatura francesa se puede comer a la carta, en la española no hay más que el cubierto»—, la ausencia en nuestras antologías de los últimos versos de Blanco resulta totalmente injustificable. Blanco no fue un poeta auténtico, como lo es, por ejemplo, Cernuda. Pero si nos atenemos al nivel de lo que escribían sus coetáneos, algunas de sus composiciones deberían figurar no obstante en nuestro triste y escuálido cubierto.

10 «sacrosantos» que justifican su privilegiada posición; pero en boca de gentes de izquierda (o que se figuran que lo son) el razonamiento no deja de ser curioso. Sin embargo, la experiencia nos muestra que, lejos de decaer

9. En la *Obra española*, Vicente Llorens incluye «El idioma nativo», «Seguidillas», «Tormenta nocturna en alta mar», «A Mariana Beck», «Recuerdos y esperanzas», y «El recuerdo de Lista», junto con la traducción del soliloquio de Hamlet originalmente publicada en *Variedades*.

(como ha decaído, por ejemplo, la religión), el sentimiento chovinista (que Benjamín Péret denominara «sacarina laica» de aquélla) reaparece, con los disfraces más insospechados, entre escritores e intelectuales del campo revolucionario, prestos a defender (así lo dicen), con la misma vehemencia que Péguy, D'Annunzio o los bardos de la corte del zar, el espíritu francés, el alma italiana o la Santa Madre Rusia. Vargas Llosa escribía recientemente que hay que desconfiar de los escritores que hablan bien de su país, pues, si el patriotismo es virtud fecunda para militares y funcionarios, en el caso del escritor es índice casi seguro de autosuficiencia y mediocridad. La literatura, agregaba, es una expresión de descontento, y la función crítica del escritor —cualquiera que sea la sociedad a la que pertenezca— es tan necesaria como la apologética del funcionario: ambas son, en efecto, complementarias y opuestas y, si «una sociedad sin funcionarios no es concebible, una en la que los funcionarios silencian a los escritores se convierte rápidamente en infierno». La España que conoció Blanco era un ejemplo de ese infierno y así lo descubrió el magistral de la Capilla Real el día que sus ideas chocaron con los inquisidores; unas palabras suyas, en un artículo de *Variedades*, se ajustan casi literalmente, a una distancia de siglo y medio, con las del novelista peruano: «Pero donde el partido más fuerte no se contente con esto [con mandar], sino que exija un tributo de disimulación e hipocresía, allí no hay patria: huya de tal suelo el hombre honrado.»

No dudo que esa justificación del exilio desencadenará la jauría habitual que se levanta en tales casos. A quienes viven fuera de su país a fin de no tener que expresar sus opiniones a medias, se les grita a cada paso que «eso que dicen en el extranjero lo vengan a decir en casa». Pero lo que dichos razonadores olvidan es que, precisamente, no se les permite decirlo y, por ello mismo, lo dicen fuera; y, si repasamos una lista de esos críticos tan severos e implacables, descubrimos con sorpresa que, fuera de calentar los asientos de los cafés u oficinas (incluso ministeriales) de la capital, jamás dicen nada o casi nada, con lo que deduci-

mos que, cuando invitan al emigrado a volver, es menos con el deseo de oírle hablar que de obligarle a callar como ellos: el «que lo diga acá» no es más que el disfraz del «que lo calle acá» o el «que venga a chincharse como los demás» que llevan en la cabeza.

El escritor no tiene más ley que desenvolver hasta el máximo sus posibilidades creadoras. Sirviendo a éstas, sirve, a largo plazo, a su país —no sometiéndose a los intereses del poder político que lo gobierna, condenados a desaparecer en cualquier caso antes que la expresión literaria que él crea. Así será juzgado por la posteridad, y no como padre de familia, buen esposo, o celador ejemplar de algún grupo o cofradía. La fidelidad del marginal y marginado Cervantes al orden castizo y al poder absoluto de los Habsburgo, en cuyo marco se vio obligado a vivir y crear, cuenta hoy menos que la que mantuvo a sí mismo y a su vocación de escritor, por mucho que los césares y pontífices del momento pensaran lo contrario. Toda obra literaria y artística es el resultado de un conjunto de factores que escapan en parte a la voluntad de su creador: es a la vez fruto de un esfuerzo individual y del medio histórico en que aquél se inserta. La creación literaria, como la labor científica, filosófica, etc., no puede prosperar sin un mínimo de circunstancias favorables. La historia de España durante el reinado de la Inquisición es ejemplar a este respecto y el desmantelamiento sistemático de las ciencias y humanidades a lo largo del siglo XVI es cosa suficientemente probada para que nadie pueda llamarse a engaño. «Gracias a la alianza entre Iglesia y Estado, los teólogos católicos han logrado casi rebajar la ciencia a su propio nivel, escribía Blanco en las *Letters*. Incluso aquellas ramas de ella, menos relacionadas en apariencia con la religión, no pueden escapar a la dominación teológica, y el mismo espíritu que obligó a retractarse de rodillas a Galileo de sus descubrimientos astronómicos impone todavía a nuestros catedráticos la enseñanza del sistema copernicano como una mera hipótesis. La verdad es que, para los teólogos católicos, ninguna búsqueda de la mente humana es independiente de la religión.» La vieja intolerancia del catolicismo

respecto a las ciencias que contradecían los dogmas y leyendas de la Biblia, la vemos surgir hoy en el campo artístico y literario, en el seno de las nuevas Iglesias políticas que aspiran a imponer a los hombres sujetos a su dominio una «unidad ideológica monolítica», independientemente de que crean o no en ella¹. El consabido argumento de que los pueblos (léase, la casta dirigente) no comprenden el arte y literatura de vanguardia debería obligarles, de ser consecuentes con su razonamiento, a extenderlo asimismo al campo de las ciencias (que el buen pueblo tampoco comprende si no se le apercibe para ello) y prohibir, por ejemplo, la investigación electrónica o los programas nucleares y espaciales (los cuales, por no chocar con los nuevos dogmas, son inofensivos, a diferencia del arte y literatura, por el poder subversivo que éstos encierran). Todo eso es obvio y sería inútil exponerlo aquí si el dogmatismo y cerrazón de los que se empeñan en reprochar a nuestros mejores escritores de hoy «haber escogido la literatura» (y, ¿por qué no a los médicos la medicina y a los físicos la física, etc.?) no nos forzasen a ello: la barbarie que se abatió sobre la literatura y las artes en la URSS durante los años treinta repetía (prescindiendo de que las razones invocadas fueran muy otras) la que cuatro siglos antes despobló nuestras universidades de científicos y humanistas. Decíamos antes que la obra de creación (artística, literaria, científica, etc) requiere un mínimo de circunstancias favorables: cuando éstas no se dan, tampoco allí hay patria y el deber del creador será buscar entonces el clima propicio sin el cual su obra no existiría. La patria no es un trozo de tierra, ni el hombre un árbol condenado a la inmovilidad. Si Picasso, Buñuel o Cernuda llegaron a ser lo que son gracias al estímulo de un clima que no podían hallar en España, en buena hora se establecieron fuera, y sólo los necios podrán reprochárselo. Para españoles frustrados (y pienso en otro verbo más expresivo y crudo) nos basta con los que ya tenemos.

Tranquílense los patriotas de derecha e izquierda. No hay que temer que falten apoyos a los valores consagrados y oficiales: las instituciones, los intereses, el oportunismo, la

inercia asumen eficazmente dicha tarea. La dificultad estriba en encontrar quien se oponga a ellos, sobre todo en un país como España donde el mitoclasta es rara avis, recibe palos de todas partes y apenas encuentra un alma que se lo agradezca².

En lo que a mí concierne, hace ya bastante tiempo que el apego sentimental a los valores patrióticos me resulta perfectamente extraño: poco, muy poco de cuanto la España oficial encarna significa algo agradable para mí. Mi actitud frente a ella ha sido un largo, continuo proceso de ruptura y desposesión. Si algún impulso de solidaridad siento no es jamás con la imagen del país que emerge a partir del reinado de los Reyes Católicos, sino con sus víctimas: judíos, musulmanes, cristianos nuevos, luteranos, enciclopedistas, liberales, anarquistas, marxistas. En los momentos históricos decisivos, el bando que hubiera querido defender fue derrotado siempre. En puridad, ¿puede darse el nombre de patriotismo a la mera reivindicación de posibilidades fallidas, de tentativas aplastadas, de empresas condenadas inevitablemente al

1. También en 1609, como dice Américo Castro, «la sociedad hispana se reflejaba inmóvil en las quietas aguas de su homogeneidad espiritual». ¿Será preciso agregar que los españoles de hoy comemos aún los resultados de la decretada intangibilidad del monolito ideológico?

2. El patriotismo del escritor e intelectual no puede fundarse en motivos sentimentales (apego al paisaje, a las costumbres, a la tradición nacional, etc.), sino en el caso del pueblo colonizado y desposeído que lucha, armas en mano, por su independencia y liberación: esto es, cuando entran en juego el colonialismo, la opresión imperialista y la necesidad de un cambio violento, dado que aquellos factores pueden desempeñar y desempeñan en realidad un activo papel de catalizador. Fuera de eso, no puede haber otra patria para el escritor (si dejamos de lado el lenguaje) que la sociedad libre y justa, y, como ésta no se encuentra por ahora en ningún lugar de la tierra, su deber es contribuir a su advenimiento denunciando los defectos y tareas que obstaculizan el proyecto en el país del orbe en que le tocó nacer. Así, mientras justificamos plenamente el patriotismo (incluso sentimental) del intelectual vietnamita o palestino estimamos que, esgrimido por un escritor norteamericano o soviético (si hablan o pretenden hablar con voz propia) constituye en ambos casos la defensa solapada de un sistema inicuo y opresor (la iniquidad y opresión son diferentes, pero el resultado es el mismo). Evocando el reciente *affaire Padilla* escribía Octavio Paz: «Si Marx hizo la crítica del capitalismo, a nosotros nos corresponde hacer la del Estado y las grandes burocracias contemporáneas, lo mismo las del este que las del oeste.»

fracaso? Llamémosle mejor fraternidad de *outsiders*, parias y marginales —de meteoritos cuya fuerza centrífuga venció el atractivo de nuestra ley nacional de gravedad³. La nostalgia de lo que pudo ser y no ha sido ha conducido a algunos de los españoles más lúcidos a enfrentarse con la historia de su propio país y afirmar su propio destino en oposición a aquélla. Eso fue lo que, a su manera, hizo Blanco, y sus paisanos de ahora deberíamos agradecerse. El autor de las *Cartas desde España* no quiso anteponer nunca la patria a la verdad y podemos inferir que la última fue su única patria auténtica.

Llegados a este punto, me atreveré a adelantar una proposición fundada en mi experiencia personal: el escritor debería liberarse de todo aquello que le identifica y define, le da una etiqueta y le fabrica una máscara; o, por mejor decir, debería definirse negativamente, en contraposición a las «esencias» y mitos de su propio país —lo cual sería igualmente una forma de reconocerse parte de él, de manifestar à rebours su deuda con el mismo. *J'ai horreur des mythes*, decía en una ocasión Henri Michaux. *Il faudrait remettre en question tout ce qui vieillit et passe au mythe. Même la France, au bout d'un certain nombre d'années, devrait changer de nom, par honnêteté, pour se dégager du mythe «France»*. No es la primera vez que cito sus palabras, pero difícilmente se podría resumir mejor la tarea y vocación del que escribe: la lucha despiadada contra el mito, contra todas las adherencias histórico-culturales que envuelven un nombre, lo lastran, lo petrifican, lo falsean. España, el nombre de «España» cubre difícilmente la proteica realidad penin-

sular. Es es mito también, un nombre que ha envejecido y contra el que el escritor parte en guerra: guerra fantasmal, desproporcionada, como la que opuso el caballero don Quijote a los formidables molinos de viento. Dicha empresa debe adoptar la forma de una liberación del lenguaje de los grillos discursivos a que durante siglos ha estado sujeto. Bajo este concepto, hablar de su descolonización no resultaría inadecuado; y el escritor, concebido como imagen puramente negativa de la sociedad de su país, no sería ya, como dice Jorge Semprún, «ni creador de bienes culturales, ni expositor de las ideas dominantes, ni ingeniero de almas, ni comentarista distinguido del pensamiento correcto, ni defensor abnegado de la unidad monolítica de la ideología popular», sino el enemigo irreducible de todos esos clisés que ocultan, a sus ojos, el *pathos* nacional o son expresión insidiosa de un ronroneo satisfecho.

Acabo ya y sólo ahora advierto que al hablar de Blanco White no he cesado de hablar de mí mismo. Si algún lector me lo echa en cara y me acusa de haber arrimado el ascua a mi sardina, no tendré más remedio que admitir que la he asado por completo. Pero añadiré en mi descargo que resulta difícil, a quien tan poco identificado se siente con los valores oficiales y patrios, calar en una obra virulenta e insólita como la que a continuación exponemos sin caer en la tentación de compenetrarse con ella y asumirla, por decirlo así, como resultado de su propia experiencia.

3. El arte y literatura españoles, a partir de Goya, han extraído su fuerza de lo que podríamos llamar, en términos freudianos, *le retour du refoulé*. Mi novela *Reivindicación del conde don Julián* (J. Mortiz, México, 1970) es un ejemplo claro de lo que digo.

Errata

En la reseña de J. Corrales Egea sobre la novela de Juan Goytisolo *El conde don Julián*, aparecida en el número 31/32 de esta revista, se deslizaron varias erratas. Algunas son fácilmente enmendables por el

lector. Hay dos sin embargo que es preciso rectificar para la comprensión del texto. La primera aparece en p. 97, línea 28, columna II. Donde dice «uno de cultura» es menester rectificar *uomo* de cultura. La segunda aparece en p. 101, línea 6, columna II. Donde dice «invisibles» (que carece de sentido) hay que leer: *ininvible* —las dos veces.

« Despacho abierto »
al Ministro de Asuntos exteriores

Londres, 21 de noviembre de 1969

SIN NUMERO

Gabinete Técnico

Régimen Interior

Escuela Diplomática

Oficina
de Información Diplomática

Asunto: Remite « Panfleto contra
Carrera diplomática »

Excmo Señor: Considerándolo de posible interés para ese Ministerio de su digna dirección, tengo la honra de someter a la atención de Vucencia desde esta publicación el texto de un ensayo tal vez más bien despotricante y seguramente algo ingenuo que el Secretario de Embajada firmante ha acabado de escribir estos días sobre la Carrera Diplomática en general y la española en particular, denunciando lo que a él le parecen las inmoralidades más importantes de todo el llamado Servicio Exterior y analizando sus posibilidades de moralización y de efectiva utilidad social.

Ruego a Vucencia se digne dictar las órdenes oportunas, si su superior criterio lo estimare conveniente, para que el texto del adjunto « PANFLETO MORAL Y CENSORIO CONTRA LA CARRERA DIPLOMATICA » se transmita a los Departamentos de ese Ministerio a que pudiera interesar. Dios guarde a Vucencia muchos años.

El Secretario de Embajada de Segunda Clase en
situación de Excedencia Voluntaria (apartado c)
[Firmado y rubricado] José Ignacio Martín-Artajo
y Saracho.

Ministerio de Asuntos exteriores. Inspección de embajadas, misiones y consulados. Anuncio relativo al expediente disciplinario incoado a don José Ignacio Martín-Artajo Saracho, Secretario de Embajada de segunda clase en situación de excedencia voluntaria.

Germán Burriel Rodríguez, Inspector general de Embajadas, Misiones y Consulados, nombrado Instructor, por acuerdo del excelentísimo señor Ministro de Asuntos exteriores, del expediente disciplinario incoado a don José Ignacio Martín-Artajo Saracho, Secretario de Embajada de segunda clase en situación de excedencia voluntaria, anuncia la apertura de dicho expediente con fecha 8 de

mayo de 1971, lo que, para conocimiento del interesado y por desconocer su actual domicilio, se notifica mediante el presente a tenor del número 3 del artículo 80 de la vigente Ley de Procedimiento administrativo y del número 2 del artículo 40 del Reglamento de Régimen disciplinario de los funcionarios de la Administración civil del Estado. Al mismo tiempo se le señala un plazo de veinte días, a partir de la fecha de hoy, para comparecer.

Madrid, 31 de julio de 1971. El Secretario del expediente, José Antonio Maeso. Visto bueno, el Instructor, Germán Burriel.

Este trabajo, junto con algunas propuestas de su autor para suavización de los pasajes más abruptos de su texto *, fue enviado para su publicación, que no fue posible, a Cuadernos para el Diálogo, a primeros de noviembre de 1969.

Panfleto moral y censorio contra la Carrera diplomática

« Los miserables que escarbaban en el gran vertedero del suburbio en busca de un mendrugo o un hueso que succionar para acallar los rugidos de sus vacíos estómagos miraron con ojos acuosos el Rolls que acababa de detenerse junto a un montón de latas oxidadas.

—Hombre —susurró uno de los pobres con agrio humor—; ya están aquí los Padres del Pueblo.

....

—[...] en efecto —afirmó la Madre del Pueblo mientras los diamantes que cuajaban su opulento seno cegaban a los miserables—. Hay que subir vuestros impuestos, para que nosotros, la clase dirigente, podamos representaros dignamente ante las clases dirigentes de otros pueblos. Está tan cara la vida que los brillantes y los visones cuestan un sentido.»

(Pgarcía: «Padres del Pueblo», La Codorniz, 26-X-1969, número dedicado a los sinvergüenzas.)

* José Martín-Artajo. Posibles modificaciones del texto del «Panfleto». Para el caso de que se decida publicar en España el «Panfleto moral y censorio contra la Carrera diplomática» y sólo si para ello resulta absolutamente necesario modificar su texto original en algunos lugares concretos y excepcionales, sugiero los siguientes cambios, en principio únicos y de los cuales cada uno no se llevará a cabo sino sólo cuando (dicho «cada uno») sea absolutamente necesario de por sí.

Página 3, párrafos tercero y cuarto del capítulo IV (señalo en rojo al margen, en el original, los lugares a que se refieren mis posibles modificaciones) [en CRI compuestos en negritas]; sustituirlos con los siguientes:

La segunda razón era la necesidad acuciante de escapar de lo que a algunos nos parecía la asfixia intelectual, moral, vital, cultural, social, etc. de la vida nacional de aquellos años.

Semejante escapatoria llegaba a parecernos a veces la única posibilidad, o casi, de supervivencia espiritual a quienes no teníamos esperanza (ni, hasta donde nos alcanzaba la vista, medios de edificarla) de que a plazo tolerable llegase a entrar un poco de aire fresco en aquel invernadero espiritual (según nos parecía a algunos) en que celosamente

se mantenía el país durante una de las épocas más provincianas de nuestra historia.

Página 4, últimos renglones de capítulo IV; en vez de «la gloriosa escabechina del 36 y s.; etc., etc.», digase:

«la guerra del 36 y s.; etc., etc.»

Misma página, renglón octavo del capítulo V; en vez de «gilipollez» digase «mentecatez».

Página 7, párrafo tercero del capítulo VIII: sustituirlo con el siguiente:

—la cuestión de mi colaboración con el gobierno español del momento (que, a-mi-personalmente, pudiera parecerme inmoral). Pero la cosa es que (... - etc.)

Por favor, consúlteseme previamente para cualquier otro cambio necesario aparte de éstos.

(Repito que si no fuese absolutamente necesario modificar alguno o algunos de los pasajes a que me acabo de referir no se deberán llevar a cabo las «correcciones» correspondientes que acabo de sugerir.)

Por favor, respétese la minúscula en las palabras en que, en el original, pueda parecer indebidamente usada («embajador», «secretario de embajada», etc.), sin tocar tampoco las mayúsculas con que otras veces puedan estar escritas las mismas palabras.

I

Entre las castas *inmoralmente privilegiadas* de nuestros días, una de las menos identificadas y denunciadas como tales es la diplomática. Privilegios inmorales: los que, no contrapuestos por gravamen suficiente, implican necesariamente discriminación y detrimento de derechos de los demás hombres.

Según esta definición, es posible que algunos de los privilegios de los diplomáticos no sean inmorales, bien porque su contrapeso parezca suficiente, bien porque su ejercicio no implique detrimento de no diplomáticos, bien por ambas razones a un tiempo.

A mi juicio, los más de los privilegios diplomáticos son muy cualificada y superlativamente inmorales.

II

Si sólo tirasen piedras quienes están sin pecado, pocas piedras se habrían tirado hasta ahora desde que el mundo es mundo. Pero es que no hay más remedio que tirar piedras de vez en cuando, si se quiere que el discutible progreso moral de la humanidad sea, por lo menos, discutible.

Ante semejante disyuntiva me parece recomendable una norma de acción más bien intermedia: que el tirapiedras se las arregle para que sus primeras pedradas le descalabren a él mismo, de modo que sólo previamente autodescalabrado se permita ponerse a descalabrar a los demás.

(Dicho de otra manera, aunque en el mismo lenguaje: puesto que a estos pequeñuelos no hay más remedio que escandalizarles de vez en cuando, empecemos arrancando y arrojando lejos de nosotros ojos y manos propios.)

Por estas razones y otras de inmediatez testimonial, creo que tendré que referirme con cierta copia e insistencia, en las páginas que sigan, a mis experiencias personales sobre el tema en trato.

Cosa que, seguramente, relativizará la posible amenidad de las páginas que sigan y su posible interés general como denuncia sufi-

cientemente «objetiva»; pero que, por otra parte, como unos u otros aspectos de mi caso concreto son bastante corrientes, tal vez las haga de particular provecho para otros casos concretos semejantes al mío¹.

III

Yo he sido un diplomático en servicio aproximadamente activo durante siete años: desde 1961, en cuyo junio salí de la Escuela Diplomática, hasta 1968, en cuyo junio se me dio la excedencia.

Entre las acusaciones principales de que las páginas que sigan me harán merecedor, quiero primero salir al paso —que tampoco rechazarla— de la de mi ingratitud.

En efecto, me parece que con pocos individuos diplomados de mi alrededor en el escalafón han sido tan favorecedores y benévolos como conmigo la Carrera* en general y los más altos funcionarios del Ministerio en particular.

(Lo cual no es poco, ciertamente, teniendo en cuenta lo tremendos que son ya los favores de mero *status* —de que hablaremos— que dicha Carrera concede reglamentaria y normalmente a todos sus funcionarios, en principio, sin discriminación entre ellos.)

De modo que *me reconozco ingrato y hasta desleal* con excompañeros y benefactores de dentro de ese club supercerrado de la Carrera, poniéndome a denunciar sus privilegios de casta en público —por más que, «como persona privada», conserve siempre hacia algunos de ellos sentimientos verdaderos de

* Cuantas veces, en las líneas que sigan, se diga «la Carrera» —con mayúscula, claro, que cada casta tiene sus propios usos gramaticales, sobre todo en cuanto se refiere a adjudicación de mayúsculas—, entiéndase, claro, la carrera diplomática: de por todo el ancho mundo en general o, cuando el sentido del texto lo indique, de España en particular. Entiéndase asimismo que se habla del Ministerio de Asuntos exteriores español —sólo, en principio— cuando se diga «el Ministerio».

1. El impaciente lector, de todas formas, que no quiera engullirse la relación de mis culpas y disculpas puede saltar tranquilamente de aquí a los capitulillos IX o X.

gratitud, amistad, respeto y, a veces, hasta admiración; y que creo incluso que a algunos de ellos además, como se verá al final de este panfleto, poco o nada puede que les afecte, quizá, de cuanto en este panfleto se diga.

PERO es que resulta que de un tiempo a esta parte a mí personalmente ha empezado a importarme más de hecho mi lealtad hacia los otros, los que, fuera del club y de los demás clubs prepotentes que se reparten entre ellos lo más sabroso de las riquezas del mundo, padecen desfavor por el ejercicio de dichos favores de *status* de club adentro.

Que resulta, también, que estos otros seres más o menos humanos que lampan por ahí sin pertenecer a ningún club de gente bien son los más, pero en miles de millones más.

Y resulta, por último, que toda lealtad suficientemente sólida a los de fuera de los clubs o desfavorecidos ha acabado por parecerme evidente y sustancialmente incompatible con la lealtad a los miembros de los clubs, como tales, o favorecidos.

Conque empecemos la drea.

IV

Muchas de mis razones para ingresar en la Carrera eran comunes a muchos de mis compañeros; desde un punto de vista moral, estas razones más bien *generales* no eran, en general, ni fu ni fa; algunas eran buenas.

La primera y principal era que no nos gustaban las matemáticas, como quien dice; i.e., falta de vocación o/y de talento para otras salidas ampliamente remuneradoras de la carrera de Derecho, que habíamos estudiado por falta de vocación o/y de talento para otras carreras suficientemente prometedoras.

La segunda razón era la necesidad acuciante de escapar de la asfixia intelectual, moral, vital, cultural, social, etc. de la vida nacional de aquellos años, que eran de lo peorcito de la España de Franco, que ya es decir.

Semejante escapatoria llegaba a parecernos a veces única posibilidad, o casi, de supervivencia espiritual a quienes no teníamos

esperanza (ni, hasta donde nos alcanzaba la vista, medios de edificarla) de que a plazo tolerable llegase a entrar un poco de aire fresco en aquel invernadero de la pereza mental, la mediocridad, la enanez de alma, la mala leche, la cobardía y la plebeyez en que celosamente mantenía al país una de las dictaduras más provincianas y cerriles de nuestra historia.

Y la Carrera nos brindaba la posible manera más cómoda de llevar a cabo esta escapatoria a quienes no teníamos bastantes redaños para intentarla sin más a la aventura, esto es, con el riñón al aire y teniendo que romper más o menos definitivamente con ambiente, familia, instituciones varias y todo cristo en general.

Otras razones que me atraían —como a tantos otros, también— a la Carrera: la líbido de los viajes de mi instinto de nómada; el horror de los horarios demasiado rígidos; la razonable esperanza de un futuro con bastantes horas de ocio para dedicarme a « lo mío » (escribir, sobre todo).

Y, también, otra esperanza aún —ya no tan razonable, tal vez algo vaga e insensata en conjunto—, la de poder hacer realmente « algo útil » participando en cometidos

a) diplomáticos propiamente dichos (la información política y, sobre todo, económica; la negociación, sobre todo, económica; la ayuda a los paisanos en el extranjero a través, sobre todo, de la acción consular; la propagación de la cultura española y el fomento de los intercambios culturales...) o

b) en relación más o menos directa con la Carrera (las aportaciones de los correspondientes granitos de arena a, en las zonas de la administración y de la opinión españolas a mi alcance, la creación de una conciencia y una responsabilidad supranacionales; la despolitización y la deschovinización de la administración en el exterior por lo menos; el fomento de contactos entre España y personas físicas y morales del extranjero que pudieran aliviar la parálisis de nuestro país en su soñada evolución hacia formas de vida por lo menos tolerablemente libres y socialistas; la reconciliación entre los españoles separados por la gloriosa escabechina del 36 y s.; etc., etc.).

V

Algunas otras razones bastante generales, aún, entre la gente de mi edad en favor de la Carrera, pero que a-mí-personalmente no me influyeron ni poco ni mucho (las tres últimas) o sólo relativamente (la primera), eran:

- el afán de lucro y de buena vida;
- la «ambición profesional» o concupiscencia de poder, honores y gloriosa chatarra en general;
- la perspectiva de autoinserción en la llamada alta sociedad y de participación en esa carnavalesca e internacional gilipollez inútil y peor, perniciosa, que se llama «vida social» y sobre la que volveremos más adelante;
- y la llamada «vocación diplomática», misterioso concepto del que yo no he logrado aprehender en mi vida más que las siguientes características sólo aproximadamente descriptivas: que, no teniendo mucho que ver directamente, en principio, con las otras «razones generales» dichas ya, la definición de su precisa naturaleza, como la de las experiencias místicas, parece caer más allá del humano lenguaje y no ser sino intuible sólo por los muy muy iniciados; y que, más misteriosamente aún, no parece distinguir del resto de los diplomáticos a quienes se declaran en su posesión más que por una mayor debilidad de caletre en general y una calidad de rendimientos laborales de funcionario notoriamente inferior, también en general.

VI

Las principales razones ya sólo particulares, por último, que, con las aplicables a mi caso de las generales ya vistas, acabarían de precipitar y definir más concretamente *mi* inmoralidad particular de ingresar y, sobre todo, permanecer en el inmoral club de la Carrera, se podrían englobar en el hecho de que, de cierta experiencia matrimonial que emprendí en los momentos en que mi elección de carrera se iba haciendo más definitiva, resultó que en mi hogar se gastaba siempre y sin excepción algo más del dinero que yo ganaba, sin que yo, año tras año, fuese capaz de corregir este feo vicio. De esta molesta particularidad de mi matrimonio se derivaban, como en circular reac-

ción en cadena, los siguientes inmorales corolarios:

- mi «necesidad» de seguir ganando las inmorales cantidades de dinero que se gana normalmente en la Carrera a partir de cierto nivel y determinados destinos por lo menos, para seguir gastándolas sobre la marcha de manera inmoral, i.e., sujeto a
- mi «imposibilidad» de emplear parte mínima de tales ganancias siquiera con un mínimo de regularidad en tratar de ayudar de una manera u otra a quienes no tienen ni para comer lo necesario (que son, como insinuábamos, la mayoría de los hombres), dada
- mi «incapacidad» de ahorrar un mínimo (ni de ir reduciendo o congelar siquiera mis crecientes cuentas de crédito) que pudiese, por otra parte, permitir algún alivio a
- mi «dependencia» progresiva de la Carrera, en una palabra.

¿Hasta qué punto se incide en alucinación cuando se vive en semejante círculo vicioso durante años y años? Una de las cosas que más irritan «desde fuera» en los diplomáticos en general son sus quejas constantes de que están mal pagados. Y el caso es que, con lo espléndidos que son sus sueldos desahorados y toda la serie de privilegios económicos que los completan, «desde dentro» tienen razón: para vivir como millonarios, que es como en la Carrera se profesa que hay que vivir, los diplomáticos no están enteramente bien pagados; raro es el que —de Ministro de Tercera para abajo, digamos— viviendo sólo del sueldo, llega holgadamente a cada fin de mes.

...«Desde dentro», a nadie se le ocurre nunca que las comparaciones de lo que se tiene hubieran de hacerse mirando no hacia arriba, hacia la exquisita vitrina de la vergüenza del mundo, sino hacia abajo, hacia el muladar infinito de la pobreza y el hambre de los hombres.

VII

¿Y hasta qué punto la alucinación se convierte sin remedio en alienación efectiva y total, en convencimiento completo de que «eso» es «la realidad», de que «la realidad

no hay quien la cambie», de que una persona con «sentido de la realidad» no sólo no debe intentar semejante cambio en medida alguna sino que ni siquiera puede, ni debe intentarlo, escapar de dicha «realidad»?

Como explicaré más tarde, creo —y creo que con honradez, aunque por ahora la cosa parezca paradójica— que se puede ser diplomático sin incurrir en inmoralidad: a salvo de alucinación y de alienación, escapando enteramente a esa «realidad» —aún sin dejar «el servicio» como digo— y, por supuesto, cambiándola en la esfera personal y tendiendo siempre a cambiarla por entero, por encima de la esfera personal.

Lo que pasa es que para eso hacen falta dosis diarias muy poco normales de lucidez, voluntad y suerte. Que yo, en mi caso, no supe tener.

En mi caso —y con esto espero acabar de una vez, por fin, de ocuparme de mí mismo en estas páginas—, lo que pasó fue que mi capacidad de ambigüedad llegó a su punto de saturación, como quien dice. Por una parte, acabé dándome cuenta de que las inmoralidades que hasta entonces venía yo con mayor o menor convicción justificándome como medios se me iban convirtiendo en fines fatalmente, mientras que los fines con que me las justificaba se perdían de vista sin remedio y cada día más.

Por otra parte, cierta constante mala conciencia —el índice de alcoholismo, por cierto, en las alturas (sobre todo) del escalafón es realmente bastante sobrecogedor— que suele flotar en ondas variables sobre la Carrera había acabado metiéndome a mí en un nuevo círculo vicioso, vital, complementario del moral y no menos riguroso y definitivo que él, que, como proceso, parecía abocar necesariamente a mi propia destrucción física y moral y cuyo agente principal, progresivo y prácticamente cotidiano, era la intoxicación: etílica (juerga vespertina), barbitúrica (coma de cuatro o cinco horas), anfetamínica (jornada intensa y bastante larga de trabajo perfectamente inútil en general) y hasta velocística (varios viajes diarios de bastantes kilómetros con el acelerador hundido al tope), para completar el melodrama.

En semejantes casos, la evidencia de la

necesidad lógica y de la progresiva inminencia de la autodestrucción mencionada es, fácilmente, lo de menos. Lo que realmente le fastidia a uno de manera más eficaz es la evidencia de que uno se está vendiendo por fin en cuerpo y alma definitivamente, decidido ya al parecer a quemarse del todo y a todo trapo en una causa indigna si no inmoral, en una serie de actividades —sólo en el mejor de los casos inútiles— exclusivamente encaminadas al provecho, mayor, menor o mínimo, de una serie de intereses minoritarios segregados de, cuando no contrarios a, los intereses de los hombres en general. Lo malo no es quemarse uno por las buenas, lo malo es quemarse «para» seguir haciendo despachos o descifrando telegramas igualmente kilométricos e inútiles —en el mejor de los casos— ambos: la vida —repetiría don Enrique Tierno— se puede regalar, pero no vender.

Y cuando, por fin, me lié la manta a la cabeza y acabé de mandar al diablo Carrera, matrimonio e intoxicaciones varias, pues resultó, una vez más, que la liberación (por lo menos) es perfectamente posible —y de un fácil que se hace hasta decepcionante.

VIII

Alguien habrá —si alguien hay que se haya tragado este panfleto hasta aquí— que encuentre especialmente cínico el que yo no haya mencionado siquiera como inmoralidades mías respecto de la Carrera:

—mis aceptaciones de los desordenados favores de enchufe químicamente puro con que frecuentemente se me distinguió de, e incluso contra, buena parte de mis compañeros o posibles compañeros de promoción en materias de ingreso en la Escuela Diplomática, precocidad de cambios de destino, concesión de vacaciones, impresionantes benevolencias económicas al dejar yo la Carrera, etc.; ni

—la cuestión de mi colaboración con el gobierno —que yo considero inmoral— que con tan admirable paciencia hemos venido padeciendo los españoles de un tiempo a esta parte.

Pero la cosa es que lo de los favores de enchufe, por un lado, jamás me ha preocupado a mí en absoluto: su inmoralidad «real» (y, más, «mi» inmoralidad en aceptarlos) me ha parecido siempre muy relativa e indigna de discusión por las siguientes razones:

—porque tales favores, de puertas adentro del club, nunca entrañan perjuicio, en principio, para los de fuera del club (que son los que interesan), sino sólo para los de dentro (cosa que no está mal, puesto que el mismo club es perjudicial en su cualidad de tal) y, en el caso de los relativos a mi entrada en la Carrera, a los intermedios, esto es, a los que quieren entrar en el club (cosa que tampoco está mal, razón dicha);

—porque la irregularidad que tales favores suponen lo es sólo en función de los reglamentos del club, cuya calidad moral vendría definida, a su vez, en función de la del club mismo, como es lógico;

—porque el enchufe es, dentro de la Carrera y respecto de su funcionamiento en general, dato operacional por todos admitido y acerca del cual no se discute en todo caso sino su cuantificación, que, en cada caso, viene determinada discrecionalmente por el otorgante; y

—porque, en consecuencia con lo que se acaba de decir, la misma irregularidad citada que dichos favores puedan suponer viene asimismo cuantificada discrecionalmente (y en cuanto cuantificada, definida; y en cuanto definida, relativizada o incluso anulada) por el superior criterio de dichos otorgantes.

IX

Y en cuanto a la cuestión del colaboracionismo, por otro lado, mío en particular y de los funcionarios diplomáticos en general, básteme ahora repetir aquí sin más algunos criterios generales que, para la discusión al respecto, ya ofrecí anteriormente en algún otro escrito.

1) Posibilidades de matizar cantidades de responsabilidad en función de la jerarquía (cuanto más alta, más «representación», a partir, sobre todo, de determinados escales)

nes) y del quehacer concreto de cada puesto concreto (quehaceres políticos, quehaceres administrativos, etc.).

2) Si tal matización es posible y un puesto diplomático puede resultar incluso fundamentalmente apolítico (o extra-regimental, administrativo, el Estado como organización general no política en sí misma) de hecho, ¿hasta qué punto se puede en propiedad seguir condenándolo al mismo tiempo que se salvan puestos administrativos más apolíticos en general, quizá, de derecho, pero no en particular, de hecho, muchas veces (catedráticos, etc.)?

3) Curioso hecho de que, entre los diversos criterios políticos de oposición al régimen de que se trate, sea siempre el más radical, en general, quien resuelve sin vacilar la cuestión de conciencia en favor de la permanencia en el puesto de que se trate. (Dos argumentos, sobre todo —y no precisamente condicionados, claro, al «cuando llegue el momento»: «Siempre podrás ser «más útil» desde ahí que desde fuera» y «Siempre será mejor que tu puesto lo ocupes tú que no uno de ellos.»)

4) Viabilidad de la tesis de que, respecto de determinados regímenes fuertes y en determinados momentos concretos, la eficacia de toda oposición necesita de cierto grado («más o menos mínimo») de colaboracionismo (Ruiz Giménez, el mismo Tierno hasta hace unos años), frente a la tesis de la «pureza total» (viejos exilados españoles, en general); triste posibilidad de que, si lo que se impone de momento no es exactamente una revolución sino algún tipo de cambio menos radical y cruento, las posibilidades de acción de los enteramente «puros» sean nulas, si no nefastas.

(Si, aparte de estas consideraciones generales, se tiene en cuenta que yo personalmente nunca me consideré funcionario de un gobierno, sino de un Estado —esto es, de una maquinaria administrativa en principio apolítica y por cuya deseable despolitización siempre he trabajado en la medida de mis posibilidades— y que hasta donde un funcionario debiese, al contrario, identificarse y comprometerse con su gobierno, yo, cierta y abiertamente, he sido siempre un mal

funcionario, creo posible que quede explicado por qué a mí esta supuesta inmoralidad de mi colaboracionismo tampoco me ha preocupado nunca gran cosa.)

X

Las inmoralidades más importantes de la Carrera son, por supuesto, inmoralidades «legales».

Esto es, inmoralidades admitidas y plenamente justificadas, en general, por las legislaciones vigentes en virtud de unos «principios generales» no menos comúnmente admitidos y que a mí (¿y a unos pocos más, sólo, quizá?), por lo menos, me parecen también perfectamente inmorales.

Entre estas inmoralidades más importantes, la más grande, flagrante y escandalosa consiste en la enorme cantidad de dinero que absorbe la Carrera para financiar su funcionamiento y la vidorra de sus funcionarios, junto con el hecho, claro está, de que dicha enorme absorción sea desaforada y excesiva, prácticamente improductiva y, en resumen, social, política, económica y moralmente injustificable.

Esta inmoralidad de la Carrera, además de ser común a muchas naciones, por supuesto, resulta comparable, pues, como se ve, con semejantes inmoralidades legales de otras carreras y clubs de favorecidos.

Así, comparando la Carrera con la carrera militar, por ejemplo, la primera será más inmoral (en general) en cuanto al concepto vidorra de sus funcionarios, aunque la segunda lo sea más en cuanto a sus fines —que, para pacifistas a ultranza como yo, pongo por caso, constituyen la inmoralidad máxima en sí— y en cuanto a cantidades totales de dinero sustraídas a los pueblos —para compra, fabricación y manejo de instrumentos, etc, con que escabechar mejor a dichos pueblos.

Otras Carreras extranjeras, como he indicado, absorben, sin duda, cantidades de dinero incluso mayores (hasta en algún tipo de cifras relativas, seguramente) que la nuestra; sin duda.

PERO, como también es evidente que nuestro pueblo es más pobre que la mayor parte de los correspondientes a esas otras Carreras aludidas, más que fácil resulta que la inmoralidad de la nuestra sea de las que se lleven la palma.

Y, en cualquier caso, también es evidente que el rasero justo para medir la inmoralidad de las cantidades de dinero inmoralmente absorbidas estaría siempre más cerca, en cifras, del nivel medio de consumo de la mayoría de la humanidad (la hambrienta) que del de las autoasignaciones de los clubs de privilegiados para el ejercicio de sus demás inmoralidades respectivas.

Veamos algunas cifras concretas [las notas correspondientes se hallan en la página siguiente]:

—dinero que necesita una persona al mes para vivir más-bien-bien-pero-nada-más en Londres¹

—sueldo mensual neto² de un secretario de embajada de segunda clase³ español en el extranjero

—renta *per capita* a que no llega (al mes) ni en sueños la inmensa mayoría de la humanidad⁵

—sueldo mensual neto de un embajador de España⁵ en el extranjero

Dólares US 120 (Pesetas 8 400)

Dólares US 1 220 (Pesetas 85 000)⁴

Dólares US 41,50 (Pesetas 2 805)

Dólares US 4 286 (Pesetas 300 000)⁷

Pero la cosa es que lo de los favores de enchufe, por un lado, jamás me ha preocupado a mí en absoluto: su inmoralidad «real» (y, más, «mi» inmoralidad en aceptarlos) me ha parecido siempre muy relativa e indigna de discusión por las siguientes razones:

—porque tales favores, de puertas adentro del club, nunca entrañan perjuicio, en principio, para los de fuera del club (que son los que interesan), sino sólo para los de dentro (cosa que no está mal, puesto que el mismo club es perjudicial en su cualidad de tal) y, en el caso de los relativos a mi entrada en la Carrera, a los intermedios, esto es, a los que quieren entrar en el club (cosa que tampoco está mal, razón dicha);

—porque la irregularidad que tales favores suponen lo es sólo en función de los reglamentos del club, cuya calidad moral vendría definida, a su vez, en función de la del club mismo, como es lógico;

—porque el enchufe es, dentro de la Carrera y respecto de su funcionamiento en general, dato operacional por todos admitido y acerca del cual no se discute en todo caso sino su cuantificación, que, en cada caso, viene determinada discrecionalmente por el otorgante;

y

—porque, en consecuencia con lo que se acaba de decir, la misma irregularidad citada que dichos favores puedan suponer viene asimismo cuantificada discrecionalmente (y en cuanto cuantificada, definida; y en cuanto definida, relativizada o incluso anulada) por el superior criterio de dichos otorgantes.

IX

Y en cuanto a la cuestión del colaboracionismo, por otro lado, mío en particular y de los funcionarios diplomáticos en general, básteme ahora repetir aquí sin más algunos criterios generales que, para la discusión al respecto, ya ofrecí anteriormente en algún otro escrito.

1) Posibilidades de matizar cantidades de responsabilidad en función de la jerarquía (cuanto más alta, más «representación», a partir, sobre todo, de determinados esca-

nes) y del quehacer concreto de cada puesto concreto (quehaceres políticos, quehaceres administrativos, etc.).

2) Si tal matización es posible y un puesto diplomático puede resultar incluso fundamentalmente apolítico (o extra-regimental, administrativo, el Estado como organización general no política en sí misma) de hecho, ¿hasta qué punto se puede en propiedad seguir condenándolo al mismo tiempo que se salvan puestos administrativos más apolíticos en general, quizá, de derecho, pero no en particular, de hecho, muchas veces (catedráticos, etc.)?

3) Curioso hecho de que, entre los diversos criterios políticos de oposición al régimen de que se trate, sea siempre el más radical, en general, quien resuelve sin vacilar la cuestión de conciencia en favor de la permanencia en el puesto de que se trate. (Dos argumentos, sobre todo —y no precisamente condicionados, claro, al «cuando llegue el momento»—: «Siempre podrás ser «más útil» desde ahí que desde fuera» y «Siempre será mejor que tu puesto lo ocupes tú que no uno de ellos.»)

4) Viabilidad de la tesis de que, respecto de determinados regímenes fuertes y en determinados momentos concretos, la eficacia de toda oposición necesita de cierto grado («más o menos mínimo») de colaboracionismo (Ruiz Giménez, el mismo Tierno hasta hace unos años), frente a la tesis de la «pureza total» (viejos exilados españoles, en general); triste posibilidad de que, si lo que se impone de momento no es exactamente una revolución sino algún tipo de cambio menos radical y cruento, las posibilidades de acción de los enteramente «puros» sean nulas, si no nefastas.

(Si, aparte de estas consideraciones generales, se tiene en cuenta que yo personalmente nunca me consideré funcionario de un gobierno, sino de un Estado —esto es, de una maquinaria administrativa en principio apolítica y por cuya deseable despolitización siempre he trabajado en la medida de mis posibilidades— y que hasta donde un funcionario debiese, al contrario, identificarse y comprometerse con su gobierno, yo, cierta y abiertamente, he sido siempre un mal

funcionario, creo posible que quede explicado por qué a mí esta supuesta inmoralidad de mi colaboracionismo tampoco me ha preocupado nunca gran cosa.)

X

Las inmoralidades más importantes de la Carrera son, por supuesto, inmoralidades «legales».

Esto es, inmoralidades admitidas y plenamente justificadas, en general, por las legislaciones vigentes en virtud de unos «principios generales» no menos comúnmente admitidos y que a mí (¿y a unos pocos más, sólo, quizá?), por lo menos, me parecen también perfectamente inmorales.

Entre estas inmoralidades más importantes, la más grande, flagrante y escandalosa consiste en la enorme cantidad de dinero que absorbe la Carrera para financiar su funcionamiento y la vidorra de sus funcionarios, junto con el hecho, claro está, de que dicha enorme absorción sea desaforada y excesiva, prácticamente improductiva y, en resumen, social, política, económica y moralmente injustificable.

Esta inmoralidad de la Carrera, además de ser común a muchas naciones, por supuesto, resulta comparable, pues, como se ve, con semejantes inmoralidades legales de otras carreras y clubs de favorecidos.

Así, comparando la Carrera con la carrera militar, por ejemplo, la primera será más inmoral (en general) en cuanto al concepto vidorra de sus funcionarios, aunque la segunda lo sea más en cuanto a sus fines —que, para pacifistas a ultranza como yo, pongo por caso, constituyen la inmoralidad máxima en sí— y en cuanto a cantidades totales de dinero sustraídas a los pueblos —para compra, fabricación y manejo de instrumentos, etc, con que escabechar mejor a dichos pueblos.

Otras Carreras extranjeras, como he indicado, absorben, sin duda, cantidades de dinero incluso mayores (hasta en algún tipo de cifras relativas, seguramente) que la nuestra; sin duda.

PERO, como también es evidente que nuestro pueblo es más pobre que la mayor parte de los correspondientes a esas otras Carreras aludidas, más que fácil resulta que la inmoralidad de la nuestra sea de las que se lleven la palma.

Y, en cualquier caso, también es evidente que el rasero justo para medir la inmoralidad de las cantidades de dinero inmoralmente absorbidas estaría siempre más cerca, en cifras, del nivel medio de consumo de la mayoría de la humanidad (la hambrienta) que del de las autoasignaciones de los clubs de privilegiados para el ejercicio de sus demás inmoralidades respectivas.

Veamos algunas cifras concretas [las notas correspondientes se hallan en la página siguiente]:

- dinero que necesita una persona al mes para vivir más-bien-bien-pero-nada-más en Londres¹
- sueldo mensual neto² de un secretario de embajada de segunda clase³ español en el extranjero
- renta *per capita* a que no llega (al mes) ni en sueños la inmensa mayoría de la humanidad⁵
- sueldo mensual neto de un embajador de España⁶ en el extranjero

Dólares US 120 (Pesetas 8 400)

Dólares US 1 220 (Pesetas 85 000)⁴

Dólares US 41,50 (Pesetas 2 805)

Dólares US 4 286 (Pesetas 300 000)⁷

es tan original, que, aunque aún no muchos ni completamente, ya parece que algunos países más o menos socialistas lo van profesando poco a poco —sin detrimento visible de la eficacia de sus servicios de información, etc., en absoluto.

XIV

Dentro aún del penoso concepto «beneficios económicos personales de los diplomáticos», aún podríamos mencionar, para completar nuestro panorama, unos cuantos *privilegios de moralidad más defendible* que los vistos.

Entre ellos, los transportes de menaje y viajes (en primera o categoría de lujo, siempre, del funcionario y su familia) pagados, sobre los que cabría discutir quizá diversas posibilidades de abuso y exageraciones;

—los beneficios del Montepío del Ministerio, con su pintoresco sistema de recaudación de cuotas;

—las ayudas extraordinarias y ocasionales, pero más bien corrientes, por ejemplo para recepciones de dieciocho de julio superpobladas;

—las ganancias de aposición de ciertos sellos consulares, con sus aristocráticas desigualdades de reparto...

Mucho más defendibles aún resultarían, a mi juicio, por mayor evidencia de indiferencia moral, privilegios tales como

—las exenciones de impuestos para infinitos artículos de consumo, más o menos inmediato, como decíamos (coches, claro, y bebidas, tabaco y gasolina entre ellos, como también decíamos), dado lo abstracto, vasto y más o menos teórico de los posibles perjudicados;

—el pasaporte diplomático, dada la inexistencia de terceros perjudicados y la inmoralidad flagrante de la regla general de que dicho pasaporte es excepción, a saber, las cortapisas a la libertad de movimiento y residencia de los hombres;

—las inmunidades diplomáticas en general, dado también lo problemático de la moralidad de muchos intervencionismos estatales y del posible perjuicio de terceros no privilegiados...

Tampoco me preocupa mucho aquí, por razones derivadas de las dichas, el color moral de los delitos que se puede cometer y se cometen al amparo de los privilegios mencio-

nados y que, a veces, llegan a significar acumulación de verdaderos fortunones para los abusadores; granujas los hay en todas partes y granujerías como éstas no son, en modo alguno, corrientes en, ni específicas de la Carrera ni, por tanto, hacen al caso.

En cuanto a los numerosos chanchullos, escamoteos y trampas de contabilidad interministeriales de que el Ministerio pudiera servirse parcialmente para mantener, según malas lenguas, los sueldazos y beneficios varios de sus diplomáticos, tampoco me interesan en absoluto mientras de Administraciones capitalistas o sustancialmente putrefactas se siga tratando.

(Y repito que los beneficios referidos en este capitulillo no se han mencionado con intención de juicio moral particular en absoluto, sino sólo para completar la visión general de las condiciones económicas de la vida de los diplomáticos.)

XV

La corriente murmuración sobre la vida padre de los diplomáticos tiene, por tanto, más razón que un santo.

Y, al otro lado de la medalla, las protestas en contrario de los diplomáticos y, sobre todo, su frecuente pretensión de presentar su frenético mariposeo salonero, etc., como un deber ineludible y hasta penoso (cuando los más de ellos, *snoobs* hasta la manía, se pirran por él que se matan) resultan, cuando se conoce el paño, de un cinismo casi conmovedor.

La corriente murmuración complementaria sobre la *cantidad de trabajo de los diplomáticos*, esto es, la que les acusa de no dar ni golpe como funcionarios, no tiene, en cambio, razón en absoluto.

Por lo menos en general: es cierto que hay diplomáticos que han sabido mantener bastante incólume a lo largo de los años un desconocimiento casi perfecto de qué cosa sea arrimar el hombro; es cierto que algunos de estos perseverantes vagos llegan a veces a constituir jefes de misión perfectamente incompetentes en general; es cierto que entre ellos los hay inútiles no sólo por vocación sino hasta por constitución.

Pero igualmente cierto es que el número de vagos no pasa de ser, aunque por malicia del vulgo aún ejemplar, rotundamente minoritario en el conjunto de la Carrera; que los diplomáticos, en conjunto, trabajan como cualquier conjunto de funcionarios del Estado (por lo menos; a mi juicio, la menor drasticidad de los horarios de los diplomáticos y su inevitable discrecionalidad casuista ni redundan en general en detrimento de la cantidad de trabajo «debida», en absoluto, ni suele significar otra cosa en general que una mayor disponibilidad total personal para «el Servicio»: todo diplomático ha visto amanecer muchas veces cifrando o descifrando telegramas, por ejemplo —sin perjuicio, claro está, de la posible perfecta inutilidad de los telegramas en cuestión); que la «conciencia de funcionario» y el «espíritu administrativo» del diplomático (sin mayor perjuicio aún de su espíritu de casta, como decíamos) son, por lo menos, tan serios y tan sólidos en general (sobre todo, y progresivamente, de unos quince o veinte años a esta parte, creo) como los de cualquier otro funcionario «consciente»...

Diré más: lo que, al contrario, resulta a menudo muy criticable en este aspecto laboral de la Carrera es, a mi juicio, el «exceso de celo», la creación bizantina y birlibirloquera de absurdas masas de trabajo perfectamente inútil.

Pero este fenómeno, producto ocasional de remordimientos de conciencia ocasionalmente inherentes a tantos puestos donde evidentemente no hay nada (útil) que hacer, me parece encajable en un esquema crítico más amplio sobre la productividad y la rentabilidad del trabajo de los diplomáticos en general.

XVI

Creo que en este aspecto puramente laboral de la Carrera es posible encontrar un desequilibrio semejante al que se señalaba antes en relación con la financiación de la «vida social» de los diplomáticos: una grande y flagrante *desproporción entre costos de mantenimiento y frutos realmente útiles del sistema burocrático del Servicio Exterior.*

Quedamos en que, respecto de su cantidad global, el trabajo genuino de la Carrera puede bastar fácilmente para equipararla en este sentido con cualquier otro cuerpo de funcionarios del Estado.

Pero, por una parte, tampoco dicha cantidad de trabajo basta en absoluto, naturalmente, como las pretendidas «obligaciones sociales», para justificar la desaforada superioridad de los sueldos de los diplomáticos en comparación con los de los demás funcionarios del Estado en general.

Y, por otra parte, ni siquiera me parece que dicho trabajo, en cuanto a su calidad, pueda justificar «realmente» tampoco el mantenimiento de una buena parte de las embajadas y consulados (residencias y cancillerías) de España por todo el mundo ni, en consecuencia, el empleo en ellos de la correspondiente muchedumbre de funcionarios (diplomáticos y de los otros, los «administrativos» a secas —cuyos sueldos, por cierto, son generalmente insuficientes e injustos, en cambio, en relación con sus aportaciones efectivas al trabajo global «producido»—) y criados varios.

Creo, en efecto, que buena parte de ese trabajo global «producido» por las citadas oficinas de España en el extranjero es, se mire por donde se mire, perfectamente inútil para todos y cada uno de los miembros del género humano.

Nunca llegué yo a estar destinado bastante tiempo en el Ministerio, en Madrid, como para llegar a tener ideas muy claras de la cantidad y eficacia del trabajo en «la Casa», ni de las posibles faltas de coordinación, por ejemplo, en ella o desde ella (entre sus diferentes departamentos, entre sus diferentes departamentos y sus diferentes oficinas en el extranjero) que pudiesen significar aún aumento de trabajo inútil.

Pero bastante fue, de todas formas, mi corta permanencia en ella, para darme cuenta a conciencia, por ejemplo, de la atención y destino que merecían, en buena parte, los cientos de despachos que llegaban constantemente de por todo el mundo, que, si no trataban muy inmediatamente de asuntos muy concretos y urgentes o de los cuatro o cinco asuntos de primera fila que interesaban en

cada momento en el Ministerio, se iban al archivo como cohetes sin llegar a ser leídos siquiera, muy frecuentemente, ni por el último secretario de embajada de la Dirección correspondiente. Y menos mal, que peor sería en todo aspecto emplear a nadie realmente en tragarse en serio tales montañas de literatura enteramente superflua.

En general, el mecanismo lógico de relación entre la producción del trabajo inútil y el montaje burocrático actual y excesivo de la Carrera es sencillo: el montaje actual es necesario para obtener la cantidad de trabajo global producida actualmente y la cantidad de trabajo producida actualmente es necesaria para justificar el montaje burocrático actual: si a alguien se le ocurriese un día reorganizar el Servicio Exterior en base a un criterio de productividad suficientemente realista, la Carrera se quedaba en cuadro y los sueldos del cuadro sobreviviente, en cuadro a su vez.

XVII

Quiero insistir, aún, sobre este último tema, en la posibilidad de *exceso del número de embajadas y consulados* de España en el mundo.

A mi juicio, éste es uno de los aspectos en que parece que España aún no se ha dado cuenta de que ya hace algún tiempo que dejó de ser una gran potencia en todo aspecto.

En cuanto a extensión y rumbosidad de nuestro sistema burocrático exterior, en lugar de seguir el ejemplo de tantas naciones más bien modestas —más ricas que la nuestra incluso, muchas de ellas, y, algunas, hasta bastante más importantes en cuanto importa—, que procuran reducir el número de sus representaciones y oficinas en el extranjero al mínimo «realmente» indispensable, nosotros seguimos empeñados en no dejarnos achantar por quienes nos dan cien vueltas en todo aspecto que interese a estos efectos.

Me pregunto cuántos posibles lectores españoles no diplomáticos sabrían que España tiene representaciones de una u otra clase, por ejemplo, en Lagos, Islamabad, Tegucigalpa, Ugadugu, Bangkok, Konakry, Adibiyán, Yaundé, Yeda, Amán, Bamako, Dar-Es-Salaam,

Managua, Porto Alegre, Nairobi, Puerto Príncipe...

(Enumero a la buena de Dios, pero sin mencionar más de uno de entre los puestos asignados en grupo a un solo embajador y sin nombrar, por no suscitar de momento demasiadas discusiones, tantísimos otros puestos en las cinco partes del mundo —Europa incluida, por supuesto— cuya necesidad a-mí-personalmente me parece tan discutible como la de los mencionados.)

Yo no digo que España no tenga intereses en todos esos sitios (y en muchos otros, incluso, en que «aún» no tenemos representación de ninguna clase), por supuesto. Lo que sí digo es que, comparando esos intereses con algunos que tenemos más bien desatendidos dentro de la península y archipiélagos adjuntos, me parece muy posible que éstos dentro sean en cualquier caso bastante más importantes que aquéllos de fuera citados y que bien merezcan éstos quizá, más importantes y desatendidos, los dinerazos que se llevan aquéllos, menos importantes y hermosamente atendidos.

Otra cuestión de proporción, en suma.

XVIII

Hasta aquí y salvo momentos breves, bastante explícitos y más bien raros —creo—, he procurado mantener mi crítica dentro de unas coordenadas morales bastante amplias como para hacerla inteligible ante un número razonable de ideologías diversas. Desde aquí, probablemente, en cambio, ajustaré más el enfoque, con más frecuencia, a mi propia visión más concreta (clasificable, puntualizaré, dentro de un socialismo libertario bastante radical pero de límites quizá no demasiado ortodoxos), de modo que, a veces, algunas de las inmoralidades que señalaré en lo sucesivo no lo serán, seguramente, para quienes profesen ideologías contrarias a la mía.

Inmoralidad política en general de los diplomáticos: al servicio de un régimen político «específicamente» inmoral (a cada cual su propia definición, en cada caso), la Carrera será inmoral en sí en tanto en cuanto sus

miembros no puedan por lo menos despoli-
tizar sus cometidos y evitar, como ya insinua-
mos en páginas anteriores, el compromiso
directo con el régimen (lo cual no parece
muy verosímil, en principio, respecto de los
jefes de misión, por lo menos, a no ser que
sean, simplemente, verdaderos agentes más
o menos secretos de la oposición); al
servicio de regímenes políticos de inmor-
alidad más relativa, la inmoralidad de la
Carrera vendrá definida según su solidaridad
con las inmoralidades específicas del régimen
en cada momento y caso.

Sin perjuicio todo esto, naturalmente, de los
módulos constantes que son, con indepen-
dencia del tipo del régimen político de que
se trate, la conducta de la Carrera respecto
de sus propias inmoralidades específicas
(como las que se han citado en capitulillos
anteriores de este panfleto) y su complicidad,
sobre todo y casi siempre, con las oligar-
quías explotadoras de todo el mundo —com-
plicidad que, más o menos sutil y vergonzante
en las Carreras de algunos Estados socia-
listas, suele ser fraternal y descarada identi-
ficación en las de los Estados capitalistas...

Para las ideologías más radicales (como la
mía, en efecto) en todo caso, la Carrera
como institución, en su concepción vigente
(y única conocida hasta ahora), será siempre
«esencialmente» inmoral en cuanto «por
esencia» al servicio de una «causa» inmoral
por definición, la «enajenación estatal» del
individuo en sus formas más exasperadas:
hacia adentro, su sujeción y explotación por
y para la minoría poderosa; hacia afuera, el
cultivo y empleo de su odio contra los sujetos
y explotados por los demás Estados.

No voy a discutir aquí si estas dos caras de
la moneda leviatanesca, el estatismo y el
nacionalismo, constituyen o no un «mal
menor», un «mal necesario», etc.; sino sólo
a convenir de pasada hasta con quienes los
consideran «mal necesario» en que son,
efectivamente, un mal: factor principal, por
lo menos «de hecho», del mantenimiento del
odio entre los hombres y de la explotación
del hombre por el hombre, de la insolidaridad
feroz ante el hambre y la miseria de las
mayorías junto a las carreras de armamentos
y los fabulosos presupuestos militares, de la

máxima inmoralidad de la guerra, de la priva-
ción de la libertad de movimiento y de tantas
otras, del fomento de las discriminaciones en
general y de la nacional en particular.

Y si convenimos en que todo esto está «mal»
y deriva de un «mal» que, «necesario» o
no, habría por lo menos que tratar de dulci-
ficar en su funcionamiento, tendremos que
reconocer que la Carrera, en cuanto que es
instrumento puro y simple del nacionalismo
y del estatismo, no puede dejar de ser puro
y simple instrumento de manutención y
fomento de esos males enumerados; de
modo que cualquier intento, desde la Carrera,
hacia dicha dulcificación no pasará nunca,
como mucho, de la categoría de los paños
calientes.

A no ser que se empiece por traicionar la
esencia misma de la Carrera. Que es de lo
que se trata.

XIX

En la inmoral aplicación de su *ambigüedad
intrínseca* a la defensa de sus privilegios de
casta, del *statu quo* en que se nutren y de
los intereses de grupo de quienes mantienen
dicho *statu quo* en general, la Carrera se
parece bastante al conjunto (pariente histó-
rico suyo) de reyes y demás aristócratas del
Ancien Régime europeo en su defensa común
ante la historia.

Admirable manejo en ambos casos de dos
o más barajas a un tiempo en cada partida,
la del nacionalismo y la del internacionalismo
(por ejemplo y por lo menos), echando mano
en cada momento de la que más convenga
y haciendo siempre que el pueblo siga
creyendo que no hay más que una baraja en
cada partida, como es natural.

Lo cual tiene sus ventajas en un mundo en
que, «de hecho», la norma suprema de
moral internacional es el egoísmo de grupo
o nación más absoluto y feroz, por una parte,
y, por otra, todo quisque sin excepción pro-
clama profesar a rajatabla los principios, si
no de unos u otros textos sagrados que
prescriben el amor del prójimo etcétera, de
la Carta de las Naciones Unidas por lo
menos.

En medio de esta grosera ambigüedad internacional, la refinada ambigüedad del diplomático se mueve como Pedro por su casa y le permite al señor embajador ir a comulgar (por ejemplo, que los hay hasta católicos), sin el menor problema de conciencia, después de haberse embolsado íntegras, sin dar un céntimo a nadie, sus trescientas mil pesetas mensuales, o de haber votado por los blancos de Suráfrica o los rusos de Checoslovaquia —siempre que unos u otros hayan votado contra Inglaterra, claro, en la última reunión sobre Gibraltar.

Y así, también —volviendo al tema que enfocábamos hace un par de párrafos— es como la Carrera, herramienta sin vuelta de hoja del egoísmo nacionalista que desata las guerras, puede pretenderse, también con toda honradez, instrumento de paz y entendimiento entre los pueblos etcétera, por encima de toda clase de fronteras nacionales y hasta ideológicas.

Y, por encima de toda clase de fronteras nacionales y hasta ideológicas, seguir defendiendo, sobre todo, la legalidad de sus privilegios de casta constituida y unida, por supuesto, por encima de toda clase de fronteras nacionales y hasta ideológicas.

XX

De cuanto se ha venido diciendo en este panfleto se puede ya deducir, *a sensu contrario* y sin que quizá parezca ya paradoja, las condiciones según las cuales, a mi juicio, se puede ser diplomático sin incurrir en inmoralidad personal en cada caso.

El truco no consiste en acoger el egoísmo individual a los beneficios de la ambigüedad conformista y reaccionaria de la Carrera, citada en el capitulillo anterior, sino, al contrario, en servirse de ella como punto de apoyo inicial para amparar el ejercicio del no-conformismo del usuario.

No se trata, pues, —aquí como en tantos otros aspectos de la relación, en nuestro tiempo, entre la conciencia individual y las colectivas (Tierno otra vez, Beauvoir, etc.,

etc.)— de aniquilar, desperdiciándola, tan estupenda herencia secular de maestría de la ambigüedad, sino de moralizarla, enriqueciéndola incluso si aún cabe.

Ese no-conformismo del usuario variará, como es lógico, con el ejercicio de su ambigüedad, de acuerdo con las «cantidades de inmoralidad» oficial de cada Carrera, cada régimen político, cada puesto en el escalafón y en la geografía, etc., provera la posible «salvación personal» en cada caso mientras no se pueda ir cambiando bastante directamente la inmoralidad estructural general de la Carrera y tenderá hacia el cambio estructural de la Carrera.

Habría que insistir: la «salvación personal» de que hablo no tiene nada que ver con el «órdenes son órdenes» (o «el orden es el orden») con que el avestrucesco subalterno normal en todo espacio y tiempo suele con fortuna enterrarse viva la conciencia; la «salvación personal» de que hablo es la de quien analiza solito el color moral de cada acción a realizar en cada caso y la realiza, en consecuencia, en la forma en que cree que debe realizarla o, *in extremis*, no la realiza en absoluto cuando cree que no debe realizarla en absoluto.

Como se indicó en las primeras de estas páginas, el problema de conciencia «total» ante una acción concreta o ante el puesto en su totalidad no se le presenta con frecuencia o con continuidad más que al jefe de misión (o, con mala suerte, al encargado de negocios provisional). Aunque ya he insinuado de pasada mi opinión al respecto, no hablo aquí de ese «estado» de problema de conciencia «total»: la inmensa mayoría de los diplomáticos, repito, sólo muy excepcionalmente se enfrentan con un dilema moral último, concreto y «total».

La «salvación personal» que digo, aunque implica necesariamente un constante estar dispuesto a desobedecer y a dejar la Carrera en el momento en que dicho dilema concreto «último» se pueda presentar, no consiste normalmente más que en saber pensar y vivir contracorriente la vida de todos los días en cuanto a las inmoralidades de la Carrera se refiere.

Pensar contracorriente: traicionar enteramente desde dentro el «espíritu» o esencia misma de la Carrera, como decíamos antes; y, viviendo contracorriente, «tender» constantemente al cambio estructural radical de la Carrera que también dijimos ya.

El margen en que se puede mover normalmente esta contradicción cotidiana casi nunca es tan estrecho como para precipitar un ultimátum por parte de los llamados superiores, por ejemplo: extraordinario sería, concretando más el ejemplo, que un secretario de embajada llegase a tener un «disgusto serio» por despotricar abiertamente del régimen político de su país o por dar a los pobres la mitad de su sueldo todos los meses en lugar de gastársela en dar cócteles y pagar cuotas de clubs de golf, etc.

Lo que pasa es que semejante vivir contracorriente y en constante alerta moral es tremendamente difícil. (Para mí, como he intentado explicar antes, fue, de hecho, imposible: por eso me largué de la Carrera. Después de no haber sido capaz, año tras año, de evitar incurrir yo personalmente, perseverante, copiosa y concienzudamente, en buena parte de las inmoralidades de la Carrera que he venido señalando, ni de empezar a poner en práctica siquiera en mi esfera más personal las moralizantes recetas que intentaré sugerir en las páginas que queden, mi deserción no fue más que un derrotado «por lo menos», el «por lo menos» sartriano (que subrayo a continuación) que comentaba en su día Iris Murdoch: "To have 'gone away' [...] may be at least a step away from bad faith [...]").

XXI

Sospecho que este panfleto bien podría y tal vez debería acabar aquí. Lo que quede ya no será, con toda seguridad, más que insistencia y recopilación en todo caso: pura didáctica, posiblemente superflua y fuera de lugar y muy probablemente enojosa.

Acumulo disculpas, libremente ya: si su insaciabilidad le hace aún seguir adelante, es

posible que el lector insaciable que haya llegado hasta aquí encuentre que, respecto de cuánto, y de cómo, voy a decir aún, se me puede acusar, con más justicia incluso que de lo ya dicho, de cosas tales como, pongamos, repetitivo y pelmazo, maestrociruela, ingenuo y disparatado, insultantemente concreto a veces y a veces vago hasta la imposibilidad de cualquier eficacia, horro de «sentido de la realidad», impertinente y fariseo por un lado y fantasioso y utopista por otro, etc.

Dos razones principales me hacen seguir escribiendo a pesar de todo: primera, que el lector, ya advertido, puede ya dejar de leer cuando le dé la gana —a partir de ya mismo; y segunda, que mucho más miedo que la de todas esas acusaciones me da la posibilidad de quedarme con la sensación de haberme callado quizá, por evitar intentar ser superfluo, algo que quizá, aún, no hubiera debido callar; alguna otra vez dije ya que creo, en efecto, que, si se decide decir, más vale siempre decir mil tonterías que correr el riesgo de callar algo útil. De modo que qué se le va a hacer.

Procuraré ser conciso, de todas formas, en lo que queda. Lo que queda, aparte de su posible superfluidad, me parece que no es más que una serie seguramente incompleta, arbitraria y poco sistemática, de *sugerencias de principios generales y de normas de acción* cuya puesta en práctica, a mi manera de ver, iría limpiando progresivamente a la Carrera de sus principales inmoralidades individuales y colectivas.

(Más disculpas previas: es posible que esta buena intención de concisión, que me aconseja, concretamente, proponer mis sugerencias en forma de listas más bien lacónicas, se me traduzca todavía en reincidente pedantería de tono. Pues qué se le va a hacer, una vez más: en modo alguno lo quisiera yo, claro, pero me temo que tratar de evitarlo redundaría en mayor extensión aún de este texto, que, realmente, ya va siendo hora de ir acabando.)

Aunque en estas listas que voy a intentar me voy a atener a mis criterios morales propios más definidos, espero, en fin, que quizá a

alguna que otra persona que no piense en todo como yo le sea posible espigar de ellas, por lo menos, alguna que otra idea válida también para su ideología diferente.

XXII

En cuanto a posibilidades concretas de realización del conjunto de posibles normas de acción de moralización de la Carrera, las que más claramente resultarían inmediatamente realizables serían, como es obvio, las *iniciativas referentes a la esfera personal* más inmediata de cada diplomático.

Es posible que esta primera lista de sugerencias sea la más inútil: los diplomáticos que estén más o menos de acuerdo con los criterios que se vienen exponiendo, que alguno habrá, llevarán ya años pensándolas por su cuenta, seguramente, e incluso practicándolas quizá, quién sabe; y los que no estén de acuerdo en absoluto con estas críticas, pues oirán también dichas sugerencias como quien oye llover, sólo que con más risa, probablemente.

Ahí las suelto, a pesar de todo: no sólo por prurito de apariencias metodológicas sino, también, porque a lo mejor le resultan complemento crítico de alguna utilidad, después de todo, al posible lector no diplomático.

Estas son las que se me ocurren:

—vivir, día a día, «modestamente», gastar modestamente —como un «simple funcionario», que es lo único que es el diplomático en cuanto a su utilidad y lo único que debe ser en cuanto a su manera de vivir;

—emplear, mes a mes, parte del sueldo (la mayor, necesariamente, a partir de ciertos niveles) en ayudar a la financiación de unas u otras acciones dirigidas directamente a conseguir un reparto más decente de la riqueza y el bienestar del mundo;

—reducir al mínimo realmente indispensable los gastos personales directos y nominalmente pagados por el Estado: viajes (¿por qué diablos en primera o categoría de lujo?), transportes de menaje (cuantas menos fueran las pertenencias que se tuviera, de acuerdo

con el penúltimo párrafo antes de éste, tanto más baratos serían sus transportes, claro), créditos personales extraordinarios, etc.—, sin embolsarse lo que sobre, obvio es;

—reducir al mínimo, tendiendo a abolirla, y abolir enteramente en cuanto se pueda la participación personal, activa y pasiva, en la «vida social»;

—sustituir en la propia conciencia la lealtad de casta (sobre todo; toda lealtad de grupo, en general) por la lealtad a las mayorías de los desfavorecidos del mundo;

—hacer de cada acción «por representación» una acción personal mediante el correspondiente problema de conciencia personal, cuestión «enteramente aislada» de responsabilidad personal total;

—estar siempre dispuesto, en consecuencia, a desobedecer e incluso a darse el bote de la Carrera en caso extremo, procurando siempre, mediante el ejercicio de la ambigüedad adecuado, retrasar «en lo posible» la llegada de tal momento último;

—crear mala conciencia, dar ejemplo y escándalo;

—predicar en todo caso las normas de acción que anteceden y las que siguen, tender hacia, poner siempre en práctica en la medida posible, también, las que siguen en los capitulillos que siguen.

XXIII

El primer paso efectivo de efectiva moralización colectiva de la Carrera no se daría, es de temer, más que cuando la iniciativa trascendiese de la esfera personal a la pública, mediante una decisión competente de *reorganización drástica del sistema burocrático del Servicio Exterior*.

Agruparé aproximadamente mis sugerencias al respecto en dos conjuntos principales, el de las más directamente relativas a las medidas administrativas concretas (que podemos llamar «normas de acción») que hubieran de adoptarse y el de las que más convenientemente se podría referir en cambio a la radical modificación de mentalidad general de

la Carrera (que llamaremos « principios de acción ») que completaría necesariamente la decisión de reorganización más concreta.

De mayor a menor, la primera de estas normas de acción sería el ahorro de trabajo (de energía) y de dinero y las dos segundas inmediatas, en que se traduciría, lo que pudiéramos llamar « funcionalización » y « desburocratización ».

La mayor parte de las únicas posibles « justificaciones » del sistema burocrático en general de la diplomacia española (tan lejano al concepto de que el diplomático « es » un funcionario corriente y moliente y sus oficinas en el extranjero « son » oficinas del Estado corrientes y molientes) son inefectivas por perfectamente anacrónicas y su aparente supervivencia no se explica sino en virtud, sobre todo, de nuestra característica nacional de la pereza mental, fuente muy importante del irracional y profundo conservadurismo español, digo yo.

En el siglo del antimperialismo y el télex, el diplomático español, por una parte, se aferra heroicamente a la tradición insensata de sus grotescos fastos imperiales y, por otra parte, concienzuda y no excepcionalmente contaminado de la peste de la hiperburocracia (cuya catastrófica virulencia especial en los países medio o subdesarrollados, por cierto, merecería un estudio aparte), se las arregla frecuentemente para que el uso de los modernos ingenios de comunicación a distancia le sirva no para ahorrar trabajo y tal vez gastos sino para aumentar generosamente uno y otros.

XXIV

Funcionalización y desburocratización significarían, a su vez, toda una serie de *medidas* más y más concretas, entre cuya posible multitud a mí se me ocurre sugerir, sólo como puñado de ejemplos casi al azar, las siguientes:

—reducir sustancialmente:

—el número de embajadas y consulados en todo el mundo (esto es, Europa e Hispanoamérica incluidas, por supuesto), previa contabilización rigurosa de la rentabilidad comparada de intereses a mantener;

—el personal diplomático, « administrativo » y de servicio de los que queden;

—los sueldos de los diplomáticos que queden en ellos, ateniéndose para su fijación a los *standards* de los sueldos de los funcionarios « normales » « del » y « en el » país de que se trate (esto es, ignorando los sueldos de los otros diplomáticos, Cuerpo o Carrera, claro está) y aboliendo el concepto « gastos de representación »;

—el concepto « obligaciones sociales », tendiendo a abolirlo por completo;

—los créditos y tarifas de reembolso para viajes de diplomáticos y de sus familias (el que quiera lujo, que se lo pague él), transportes de menaje y dietas;

—los gastos de manutención, etc., de residencias y coches oficiales; y

—el trabajo, eliminando el inútil y racionalizando el útil, cosa seguramente posible en el mismo Ministerio y ciertamente en las

—embajadas (por ejemplo: haciendo que se informe fundamentalmente por telegramas en claro y despachos por correo aéreo normal y limitando al mismo tiempo, obligatoria y muy concretamente, en principio, el número y la extensión de ambos; reduciendo mucho la frecuencia de las valijas y sus ritos superfluos, y limitando su peso y su contenido en principio sólo a despachos, éste, en número y extensión limitados, en ampliación de temas que indique el Ministerio expresamente en cada caso; limitando toda información por despacho en general, aéreo o de valija, a dichos temas por que se interese el Ministerio expresamente, mencionados ya, o no, en los telegramas, en claro o cifrados; suprimiendo las « cartas al Ministro », instauradas para casos y asuntos excepcionales y devenidas a estas horas, naturalmente, una rutina semanal y general más; creando en el Ministerio un sistema debidamente seco y alerta de denuncia y corrección de abusos en la materia —número, extensión y tema de despachos y telegramas— y de todo trabajo y gasto burocrático superfluo en general, teniendo en cuenta la necesaria deformación de perspectiva en cuanto a importancia de asuntos que implica en cada embajada el alejamiento geográfico del Ministerio; etc.) y en los

—consulados (por ejemplo: tendiendo a suprimir todo trámite administrativo no directa y definitivamente exigido por la Administración central y su monstruosa esquizofrenia burocratizadora; dando pasaportes, etc. vitalicios, mientras no se pueda abolir pasaportes etc.; simplificando en general, en camino de vuelta hacia el sentido común, el papeleo desaforado que necesitan los españoles hasta para respirar; etc.);

—revisar y sanear, en su caso, las peculiaridades de contabilidad de la Carrera, internas

y en relación con el Ministerio de Hacienda —caso, claro, de que tengan razón las malas lenguas ya mencionadas que hablan de tales originalidades ;

—aumentar razonablemente y al día, en general, los sueldos del personal subalterno no diplomático en el extranjero, por lo menos (« administrativos » y servidores —de oficinas, de residencias, etc.—), dejando de hacer negocio a costa de ellos, como se suele a veces, sacando partido, a veces algo inicuaamente, de

—su desvalimiento y miseria, en algunos países de nivel de vida inferior al del nuestro (en lugar de aprovechar la fácil ocasión de aliviar, siquiera en un mínimo, tal miseria general),

—nuestros horarios más ventajosos, en algunos países de nivel de vida superior al del nuestro, o —nuestro retraso crónico y astutísimo en materia de puesta al día de sueldos respecto de las tasas de crecimiento de carestía de vida, en algunos países de nivel de vida inferior, superior o igual al del nuestro ;

—y controlar constantemente la adecuación de las medidas ministeriales en cada momento a estos respectos mediante la creación de un verdadero servicio de inspección de emba-jadas y consulados (del funcionamiento del existente yo no sé sino que jamás lo he visto ni oído hablar de su presencia en los cuatro puestos en que he estado destinado durante mi vida profesional en el extranjero), que

—viaje constantemente,

—visite cada puesto con una frecuencia en ningún caso inferior a cuatro o cinco años (siempre se podrían visitar varios puestos al mismo tiempo en comisiones simultáneas),

—compruebe, sobre todo, las necesidades económicas en cada sitio (incluidas, por supuesto, las de administrativos y empleados) y

—corrija, constante y automáticamente, excesos y defectos en los aspectos aludidos.

XXV

Esta reorganización administrativa implicaría necesariamente, como digo, un *cambio colectivo de mentalidad*, muy radical, sobre función social, fines y cometidos de la Carrera, que intentaré describir aproximadamente mediante

la correspondiente lista de « principios generales de acción » (digamos).

Algunos de estos principios serían, más que simple repetición de conceptos ya mencionados en las listas anteriores, su trascendencia al doble ámbito más amplio en que se proyectaría este cambio colectivo de mentalidad, el nacional (conducta de la Carrera respecto de su propio país) y el internacional (la Carrera como entidad singular en medio de las naciones, las Carreras y los organismos internacionales).

Supongo que la adopción de estos principios no es demasiado concebible sino como progresiva en todo caso. En el más antiséptico de los supuestos, de todas formas, la Carrera podría, por lo menos, mantenerse escrupulosamente neutral en cuanto al conjunto de dichos principios y a la conducta individual de sus miembros al respecto, en vez de mostrarse más bien contraria en general, como hasta ahora, hasta el punto de tender a imposibilitar incluso con frecuencia los intentos individuales de moralización individual, como dijimos.

En este nuevo puñado de ejemplos que doy a continuación no menciono, claro, ninguno del grueso de cometidos tradicionales « salvables » de la Carrera como instrumento cualificado de las « relaciones internacionales » (políticas, culturales, económicas...) : información, negociación, protección diplomática, tareas consulares, propagación cultural, etc., —que no tienen directamente que ver con el cambio de mentalidad a que me refiero. Cambio de mentalidad que requeriría, pues, entre otras cosas :

—profesar que la Carrera es « ya » :

—un conjunto de funcionarios corrientes y molientes, cuyos sueldos, tenor de vida, oficinas, residencias, etc. no tienen por que ser superiores a los de los demás funcionarios corrientes y molientes ; y, por otra parte,

—factor apolítico (o suprapolítico) de unificación y protección de nacionalidades en el extranjero (por lo menos) y de no nacionales (derecho de asilo político tradicional, por ejemplo, que no habría por qué limitar según intereses políticos « propios », etc.) ;

—« administrativizar », despolitizar y deschovinizar la Administración nacional en el extranjero (por lo menos) ;

—contribuir a la creación de una conciencia y una responsabilidad supranacionales dentro de la propia Carrera, en la Administración y en la opinión nacionales, en el exterior...;
—colaborar en tal sentido desinteresadamente (por variar) con las Naciones Unidas y demás organizaciones internacionales actuales, respecto de las cuales podría tender a:

—ayudar a purificar sus fines teóricos de superación de nacionalismos etc. (ya que, actualmente, el internacionalismo o supranacionalismo de dichas organizaciones no suele ser, en gran parte, una reunión de supranacionalismos individualizados —concepto positivo; teoría—, sino una mera resultante de egoísmos nacionalistas contrarios —concepto negativo; práctica— que no se superan sino a su despecho, relativamente, sólo en la medida en que logran entreneutralizarse);

—reforzar definitivamente su efectividad, sus finanzas y sus anémicos mecanismos coercitivos (su ejército entre ellos, que, según estos principios, sería el único ejército, precisamente, de existencia moralmente defendible); y

—imitar en parte y corregir en parte el montaje de sus sistemas burocráticos y de retribución de sus funcionarios (sólo a medio camino hacia la justicia, la austeridad y la simplicidad de la diplomacia ideal desde las injusticias, los excesos y las kafkianas farragosidades burocráticas de las carreras diplomáticas «reales» en general).

XXVI

—sustituir el criterio «razón de Estado» como norma suprema de moral internacional por un ideal de justicia «total» entre los hombres;

—tender a moralizar las relaciones internacionales en general aboliendo la frontera arbitraria, inhumana y convencional que separa como dos mundos morales distintos el «público» y el «privado» y limita la vigencia de los valores morales a las relaciones interindividuales; lograr que los fines oficiales de las naciones, por lo menos, sean no sólo oficialmente morales;

—cortar toda complicidad con las oligarquías explotadoras de su propio país y del mundo entero; abolición de la «vida social», etc.

—cortar su complicidad, en principio, con el propio gobierno y sus ideologías y con los

gobiernos y Carreras extranjeras, sobre todo con los más «específicamente inmorales» (a cada cual su propia definición; ejemplos según «la mía»: Suráfrica, Rodesia, las dictaduras en general...);

—incrementar, al contrario, estas complicidades citadas en el párrafo anterior, y sacar partido de ellas (aquí la ambigüedad, otra vez) para cuanto sea —incluso contra el propio gobierno— cumplimiento de estos principios y normas de moralización;

—constituirse en «verdadero» agente de paz y entendimiento entre los hombres como verdadera mediadora entre las colectividades y verdadera y efectiva («por encima de toda clase de fronteras», etc.) enemiga de la guerra;

—hacer, en consecuencia, objetivos propios e inmediatos suyos los desarmes y la reducción (tendiendo a la abolición completa) de los ejércitos y de los presupuestos militares propios y ajenos, y

—asumir asimismo como ideal propio la lucha contra todo género de discriminaciones (ideológica, nacional, racial, social, etc.) y consecuentes persecuciones y privaciones de derechos humanos y libertades (incluida entre ellas, por supuesto, la de movimiento y residencia);

—contribuir, en fin, al reparto efectivo de la riqueza del mundo (nación propia incluida, naturalmente), empezado por repartir la de la Carrera y fomentando (estudiando necesidades *in situ*, etc.) las ayudas a los países subdesarrollados y las campañas contra el hambre en general.

XXVII

De todo este panfleto podemos ya deducir, también, a estas horas, las posibilidades teóricas permanentes de utilidad social de la Carrera y del diplomático como funcionario cualificado.

El balance —que, en detalle, dejo ya a la imaginación del lector que quiera hacerlo— es bastante positivo en todo caso: aún no mucho pero ya algo y progresivamente, a medida que los diplomáticos *fuesen* poniendo en práctica individualmente las iniciativas

ingenuamente recomendadas en el capitulillo XXII; muchísimo más, a medida que los altos jefes fuesen prescribiendo las medidas fantásicamente sugeridas en los capitulillos XXIII y XXIV; y enormemente, a medida que toda la Carrera y las Carreras fuesen adoptando los cambios de mentalidad generales que implican los postulados insensatamente enumerados en los capitulillos XXV y XXVI.

... Incluso para «ideologías-más-radicales» etc., su internacionalismo de formación y de «vocación», dominio de diversos idiomas, conocimiento de los pueblos y de sus costumbres y de las diversas instituciones y organizaciones regionales e interregionales, entrenamiento de trato, hábito cosmopolita de visión general y de comunicación intercomunal, etc., —todas las características factuales de su preparación de grupo seguirían siempre haciendo de los diplomáticos un equipo único de funcionarios, el mejor cualificado de hecho como tal, sin duda (posiblemente el único, ya digo, como equipo «ya» preparado) para

servir —seguir sirviendo...— de instrumento principal de engranaje y práctica de las relaciones interregionales e intercolectivas... —incluso para durante y después de las transiciones más o menos utópicas y largas hacia la abolición total del Estado y de la Nación (en cumplimiento de los esenciales —aunque no últimos, que el hombre no es «naturalmente bueno», etc.— y siempre maliciosamente postergados objetivos de Marx e incluso san Agustín),

—ya que, para tales fechas, los diplomáticos habrán tenido ya tiempo de reformarse como es debido mediante la puesta en práctica de todas esas edificantes normas y principios más arriba especificados. Pues claro.

(Repitamos que de momento, sin embargo, la teórica utilidad social de la Carrera sigue en efecto eficazmente reprimida por la práctica bien sólida y general de su inmoralidad triunfante.)

Cabo

Quizá sea útil hacer presente aquí, para terminar, algo que ya insinué hace ya bastantes páginas: que ya sé que la inmoralidad global de la Carrera (en el mundo en general y, con tanto mayor razón, en España en particular) no sólo no es original en absoluto sino que hasta resulta comparativamente leve en medio de todas las boyantes inmoralidades de todos los boyantes clubs de privilegiados (del mundo en general y de España en particular).

Y que ya me imagino que incluso un cambiazco ideal de la mentalidad y prácticas de la Carrera en las direcciones morales que he señalado —por ejemplo— significaría con todo muy poquita cosa, por completo que llegase a ser, en medio de las descomunales cantidades mundiales de injusticia y de malversación que supone la boyante salud de las inmoralidades de los demás clubs de privilegiados.

Y añadiré enseguida que, aunque todo ello

sea así, nada de todo ello me exime a mí, a mi juicio, de intentar (ya en la práctica) publicar mis criterios al respecto, ni a la Carrera (en lejana teoría quizá) de intentar de alguna manera su propia moralización. Que por algo se empieza y un simple granito de arena en medio de la playa es todo un granito de arena por lo menos y a lo mejor algo más: que a lo mejor un buen día resulta que el granito de arena no era de arena ni de la playa, sino de pólvora del polvorín. (O de simiente, quién sabe.)

(Ashprington y Londres, primavera y otoño de 1969)

Apéndice

Justamente después de acabar de escribir este «Panfleto», y de mandarlo a renglón seguido a *Cuadernos para la Diálogo* —donde, naturalmente (por-causas-ajenas-etc.), a reñ-

glón seguido fue rechazado—, tuve primera noticia de dos textos legales españoles de principal interés para su contenido. Que son: 1) un Decreto-Ley de 1939 [?] (¿de Martínez Barrio?), sobre necesaria REDUCCIÓN de la plantilla de la Carrera diplomática, y 2) la Ley del 30 de diciembre de 1969, sobre necesaria AMPLIACIÓN de la plantilla de la Carrera diplomática.

Otra diferencia entre ellos: Treinta Años De Paz.

Sobre diferencias más concretas, aún no he podido ponerme a especular como es debido: desde que feché las líneas (sobre el segundo de esos dos documentos) que preceden hasta el momento en que escribo éstas (primavera del 71), no he podido hacerme con una copia del Decreto-Ley de 1939, de modo que ni siquiera sé aún si se podrían quitar los signos de interrogación con que he matizado ahí arriba su mención. Al parecer, el triunfo de la Heroica Cruzada no le dio tiempo a la República ni de promulgarlo como es debido.

Dejo, pues, para posibles ediciones posteriores de este «Panfleto» (*sic*), la reproducción y posibles comentarios de sus puntos más interesantes dentro de este Apéndice y me conformo con ofrecer hoy por hoy lo que ya preparé a propósito del segundo de los textos legales citados en cuanto lo tuve en mi poder, que fue enseguida.

Ahí van los párrafos a mi juicio más interesantes de la Exposición de Motivos y el articulado de la Ley 63/1969 del 30 de diciembre de 1969, publicada en el número 313 del *Boletín Oficial del Estado*, con fecha 31-XII-69.

—«La actual plantilla de la Carrera diplomática es insuficiente para las necesidades de nuestra actividad internacional en el momento presente y, desde luego, no podrá afrontar en un futuro próximo las complejas tareas que corresponden al Servicio Exterior de un país en desarrollo en todos los órdenes.»¹

—«[...] como consecuencia de la amplitud e importancia crecientes de nuestras relaciones con la inmensa mayoría de los países de antigua o reciente independencia y con las nuevas Organizaciones internacionales, se ha roto la adecuada proporción

[...] entre los efectivos de personal de la Carrera Diplomática y los cometidos que corresponden a sus funcionarios [...]»²

—«[...] en octubre de ese año [1967] se encontraba en avanzada fase de tramitación la misma reforma de plantilla que ahora se proyecta, pero las medidas adoptadas por el gobierno con motivo de la devaluación de la peseta impidieron que en aquella ocasión la citada reforma llegara a las Cortes.»³

—«[...] el presente proyecto de ley se propone modificar la plantilla de la Carrera Diplomática [...] mediante un plan escalonado que pueda compaginar los ineludibles imperativos de nuestra vida de relación internacional con la justificada limitación del gasto público.»⁴

—«[...] este planteamiento a largo plazo [...] estimulará la vocación por el Servicio Exterior de España entre las nuevas promociones universitarias.»⁵

...

«Artículo primero. La plantilla de la Carrera Diplomática (A cero uno AE) quedará constituida el 1 de enero de 1976 en la siguiente forma⁶:

1. Sobre los conceptos «necesidades de nuestra actividad internacional» y «complejas tareas» de los diplomáticos, ya he expuesto mi opinión en el «Panfleto» que precede. Sobre lo del «país en desarrollo en todos los órdenes», me pregunto si esos órdenes son realmente «todos».

2. Tampoco repetiremos aquí comentarios sobre los conceptos «amplitud e importancia crecientes de nuestras relaciones» internacionales y, sobre todo, «proporción» (I), a que se refiere el texto legal.

3. ¿No significará esto, funcionando en pura lógica, la deducción a sentido contrario, que de 1967 para acá la peseta ha sido secreta y sustancialmente reevaluada?

4. Cómo se pueda lograr esa compaginación «con la justificada limitación del gasto público» mediante el sorprendente procedimiento de aumentar en ciento veinticinco el número de sueldos de la Carrera Diplomática es algo que escapa por completo a las posibilidades no sólo de mi razón, que seguramente son limitadillas, sino hasta de mi imaginación, que ciertamente es bastante «desbocada».

5. Interesante dato, tal vez, para posibles estudiosos que quieran seguir investigando sobre el misterioso concepto «vocación diplomática» de que hablábamos en el capítulo V del «Panfleto».

6. «A partir del 1 de enero de 1970», aclara después la segunda de las disposiciones transitorias de la Ley.

Doce Embajadores de España (disminución de ocho)⁷.
Cincuenta Ministros Plenipotenciarios de primera clase (aumento de 15).
Sesenta Ministros Plenipotenciarios de segunda clase (aumento de 15).
Setenta Ministros Plenipotenciarios de tercera clase (aumento de 5).
Ciento veinticinco Consejeros de Embajada (aumento de 35).
Ciento veintiocho Secretarios de Embajada de primera clase (aumento de 38).
Noventa Secretarios de Embajada de segunda clase (aumento de 20).
Cuarenta y cinco Secretarios de Embajada de tercera clase (aumento de 5)⁸.

(Londres, 1 de enero de 1970, fecha en que empieza a llevarse a cabo la Reforma de la Carrera Diplomática Española, a quien se desea, como a todo el mundo, pero con especiales garantías de éxito, un Feliz Año Nuevo.)

Otro posible postscriptum

(Primavera del 71)

Entre la escripción de este « Panfleto » y ahora, se ha puesto de moda la de raptar diplomáticos con fines, en general, perfecta y limpiamente revolucionarios. Frente al escándalo iritantemente farisaico de todos los reaccionarios del mundo, desde los soviéticos hasta los fascistas pasando por los liberales, yo-personalmente creo que, de haber aguantado dentro de la Carrera, a mí-personalmente el asunto me habría parecido bastante bien en general: que cierto alivio de mala conciencia, relativo por lo menos, me habría supuesto, en efecto, poder pensar que por fin (y aunque fuese a « nuestro »

pesar) « nuestro » privilegiado club internacional estaba empezando a servir para algo útil.

Vale.

7. No sé cómo se habrá llevado a cabo en la práctica y en concreto esta reducción tan extraordinaria y tal. Pero mucho me temo que en puros términos « contables » no pase de ser puramente teórica. Es decir, que, por una parte, no creo que se haya desmontado a nadie en concreto, por supuesto, de su categoría, cargo, puesto o sueldazo de embajador, de hecho; la hipótesis contraria me parece inverosímil de no mediar razones ajenas a la reforma en sí (jubilaciones, expulsiones por « tribunales de honor », etc.). Supongo por tanto que la reducción no es, de hecho, más que « terminológica », de « categoría » (no « de puestos ») en el escalafón, teoría administrativa: decisión de no llenar ocho actuales vacantes, por ejemplo, o de no « llamar » embajador a la persona con quien se llenen, a efectos terminológicos de escalafón —sólo quizá—; reducción que (de cualquier manera perfectamente insignificante, como es bien obvio, contra el total del aumento de plazas —ciento treinta y tres— de la Carrera), por otra parte, no afectaría para nada entonces a los « puestos » —ni al número de sueldos— actuales de embajador. Dicho de otra manera: si estas fundadas conjeturas son ciertas, el ahorro en dinero « actual » que esa teórica reducción en ocho del número de embajadores supone es perfectamente nulo, mientras que las ciento treinta y tres plazas aumentadas en el resto de la plantilla de la Carrera representan automáticamente otros tantos sueldazos extraídos mes a mes y año a año del bolsillo de los señores contribuyentes de la nación española.

8. Esto es, un aumento « real » de 133 plazas (y NO de 125, como se hablaba en la Exposición de motivos de la Ley) contra una reducción teórica de ocho (que se usaba como real para el cómputo total de dicha exposición de motivos). según hemos supuesto, conque el número final de funcionarios diplomáticos españoles quedará fijado en un total mínimo de 580 (quinientos ochenta). Cifras todas a las que podremos ir añadiendo, siempre guardando las respetuosas distancias debidas, las de los aumentos de plazas que puedan ir teniendo lugar en las agregaduras en el extranjero en dependencia de otros ministerios de la nación en cumplimiento del ejemplo del de Asuntos exteriores.

» Art. segundo. Por el Ministerio de Hacienda se habilitarán en los correspondientes Presupuestos los créditos necesarios para el cumplimiento de lo dispuesto en la presente Ley.⁹

9. El paciente lector me ahorrará comentarios, en fin, a este segundo artículo de la Ley si tiene la bondad de volver a echar un vistazo al último párrafo de la cita de La Codorniz con que encabezé el « Panfleto ».

La diplomacia española como objeto de comparaciones distintas :

« Cuando quiero dar una definición en síntesis de este obrero digo : « Ramón Rubial es un hombre tan fino e inteligente que incluso podría desempeñar a la perfección el cargo de embajador de España ante la Santa Sede ». » (Sergio Vilar: Protagonistas de la España democrática, p. 191.)

« Cuando quiero dar una definición en síntesis de este intelectual digo : Regio Mular es un hombre tan basto y zopenco que ni siquiera serviría para ocupar el cargo de embajador de España ante la Santa Sede. » (Fragmento de la obra inédita de Hermenegildo Pérez.)



España contemporánea

HUGH THOMAS

La guerra civil española

800 páginas

30 mapas

48 F

GERALD BRENAN

El laberinto español.

Antecedentes políticos y sociales de la guerra civil

330 páginas

9 mapas en colores

27 F

MIJAIL KOLTSOV

Diario de la guerra de España

500 páginas

141 documentos fotográficos

33 F

STANLEY G. PAYNE

Falange. Historia del fascismo español

276 páginas

27 F

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

De las Cortes de Cádiz al Plan de desarrollo

412 páginas

36 F

JUAN MARTINEZ ALIER

La estabilidad del latifundismo

440 páginas

7 mapas

17 documentos fotográficos

42 F

STANLEY G. PAYNE

Los militares y la política en la España contemporánea

498 páginas

39 F

DANIEL ARTIGUES

El Opus Dei (Nueva edición corregida y aumentada.)

256 páginas

30 F

ROBERT G. COLODNY

El asedio de Madrid

304 páginas

83 documentos fotográficos

30 F

FRANZ BORKENAU

El reñidero español

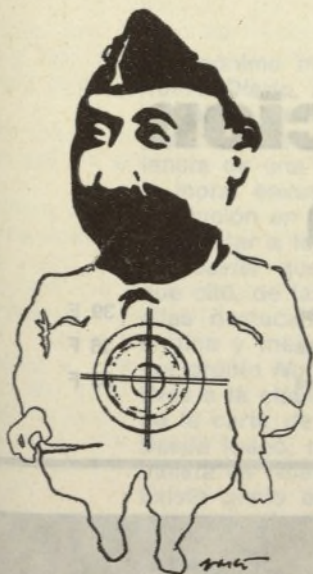
256 páginas

24 F

Ruedo ibérico

Ayuntamiento de Madrid

Franco y Asturias



« Para Francisco Franco es Asturias una tierra de entrañables recuerdos. Aquí, cuando mandaba la Legión, contrajo matrimonio apadrinado por el Rey Don Alfonso XIII. Aquí dejó constancia de su talento militar con la entrada de las tropas en Oviedo y con la pacificación de la cuenca minera durante la revolución marxista de octubre de 1934. Aquí viene a pescar todos los años, mediado el mes de mayo, en los claros y caudalosos ríos salmoneros que discurren por sus valles y montañas. No es de extrañar, pues, la identificación del Caudillo con Asturias. » (ABC, 7 de septiembre de 1971.)

« Y sirve históricamente, objetivamente, al capital, con la inapetencia física de su falta de apetitos corporales sustituida por la pasión del mando [...] Pero sirviendo a las necesidades de la gran burguesía en ciertas ocasiones surgen. Lo hace cuando en la huelga general de 1917 aplasta a los mineros asturianos sometidos a unas dramáticas condiciones de trabajo [...] lo hace en la revolución de Asturias de octubre de 1934, cuando organiza la represión a escala aún mayor que en 1917, empleando a la Legión extranjera y a las tropas moras para el asesinato de más de cuatro mil trabajadores, con más de treinta mil presos políticos; lo hace finalmente... en la más importante coyuntura histórica del capitalismo español, la que se inicia en julio de 1936 sin que se pueda hacer todavía el balance de víctimas. » (Luis Ramírez, Cuadernos de Ruedo ibérico, n.º 28/29, marzo de 1971.)

Editions Ruedo ibérico

José Peirats

**La
CNT
en la revolución
española**

Tomo 1

404 páginas

94 ilustraciones

39 F

Tomo 2

332 páginas

29 ilustraciones

36 F

Tomo 3

384 páginas

17 ilustraciones

33 F

Los tres volúmenes : 100 F

Vázquez de Sola

**El general
Franquísimo
o la muerte civil
de un militar moribundo**

112 páginas ilustradas

12 F



Antierotismo y sociedad opusdeísta

Un anónimo mamarracho a sueldo del Opus Dei editorializó fanáticamente en *Nuevo Diario*, a raíz de la prohibida y excelente exposición de arte erótico de la Galería Vandrés de Madrid: « Pero frente a esta oleada de pornografía, que parece haberse desatado como instrumento de acción revolucionaria, la vigilancia de una sociedad es atacada en uno de sus pilares esenciales, como es la moral sexual, y si no se defiende convenientemente, podemos anunciar su disolución en un plazo de tiempo más o menos largo. Y esto es lo que tenemos que evitar a toda costa. »

El *dossier* que presentamos a continuación contiene fragmentos del artículo que cito, de las críticas de prensa que mereció la exposición (muchas de entre ellas destacan su aspecto « moderado » en el sentido de la representación erótica y merece en ese sentido especial atención la de José Hierro, crítico del propio *Nuevo Diario*) y las actas y documentos judiciales y policiales relativos a la clausura y prohibición de la exposición y, como apéndice, fragmentos de la carta de un lector de la revista *SP*.

Desde luego, no vamos a entrar en el juego propuesto por el carcaval editorialista de *Nuevo Diario*.

Existe gente en España en estado de perenne cavernicolismo. Crean que la « pornografía » es « revolucionaria ». Y lo escriben en diarios capitalinos importantes.

De hecho, hablando así, asustándose de ese modo por la representación gráfica de un falo, de un par de cojones o de un coño y afirmando que esas cosas, contrarias a la « moral sexual oficial » ponen en peligro la estructura misma de la actual sociedad española desde un punto de vista « revolucionario », indican los estrechos límites de defensa del gang que se las da de « sociedad española » y que encerrado en su esquizoide terror a la fornicación teme ser aniquilado por armas... nupciales.

No cometamos pues el error de confundir a esa pobre gente sacristanil con el conjunto de la sociedad burguesa española muy capaz, quizás, de mantenerse en pie coexistiendo con un tipo de « moral sexual » basado en la tolerancia, como cualquier otra burguesía europea.

Es de señalar por otra parte que en puritanismo cerril, quienes rivalizan con nuestros Torquemadas actuales no son realmente las gentes de su misma clase sino los aparatos burocráticos o militares en el poder en los diversos países que se las dan de socialistas, desde Cuba hasta la China comunista.

La razón de esa extraña y lamentable coincidencia está en el hecho simple de que una *minoría en el poder*, cualquier equipo reducido en el poder, transformado en máquina de ejercer el poder, actuando — sea cual sea la ideología

que lo mueve— en tanto que usuario único del poder, necesita protegerse o englobarse con un imponente aparato represivo que no lo sería realmente si fuera únicamente doctrinal: tiene que penetrar en la vida misma y tiene que suprimir cualquier forma de libertad.

La represión, para la máquina humana que ocupa o usurpa el poder, es la única forma de establecer **CONTACTO CON EL PUEBLO**.

Cierto que en el campo izquierdista hay optimistas (como Reich) que dan un valor absoluto a la cuestión de la liberación sexual. Pero habiendo visto de cerca y experimentalmente cómo funcionan diversas sociedades burguesas nacionales en Europa, me parece hoy en día que puedo afirmar que la fórmula moral sexual familiarista=propiedad privada, expresada tanto por Marx y Engels como por Bakunin, no es exacta.

La burguesía tiene más posibilidades de superexistencia de las que uno creía y podría perfectamente subsistir aunque desapareciera la Familia (tal y como la entiende el burgués español) del mismo modo que asumió y dirigió perfectamente la muerte de la Religión.

Es menos seguro, en cambio, que pudiera resistir a la desaparición del Estado, pero ése puede perfectamente apoyarse en pilares muy distintos de los experimentados hasta ahora.

Ello no quiere decir que haya que arrojar un jarro de agua fría a los partidarios y a los militantes de la liberación sexual en cualquiera de sus múltiples formas.

Es una acción reformista, pero radicalmente reformista. En el caso de la exposición de la Galería Vandrés venía además acompañada de algunos de sus aspectos más sanos y positivos: el cachondeo lúcido, el ingenio, la imaginación libertaria, la lucha contra las tristes frustraciones por medio del juego.

Si las autoridades clausuraron esa exposición fue esencialmente a causa de ese aspecto risueño y amable, feliz y dieciochesco, con el que Eros fue preservado (a la moderna) en la Galería Vandrés. Si no, también clausurarían muchas catedrales españolas en donde abundan y con más crudeza aún que en los cuadros y estatuas de la exposición Vandrés, las representaciones del acto sexual.

Solamente que ahí, en las catedrales, la jodienda no es representada como algo jocundo y lo más placentero y divertido que hacer puedan entre sí hombres y hembras (y hasta hombres y hombres y hembras y hembras), sino como un acto especialmente viciado, feo, inestético y portador de las mayores calamidades.

Precisamente, el interés de una exposición como la de la Galería Vandrés, reside en que presenta la fornicación en las más diversas y encantadoras posiciones, solitaria o en grupo, como un acto en sí, desprovisto de consecuencias de tipo metafísico, político o moral y regido por leyes propias: es decir, se puede joder bien o se puede joder mal —cuestión de técnica y cuestión de capacidad amorosa, cuestión de competencia sensual o de sentido del misterio de la sangre, pero jamás, nunca, asunto de implicaciones teológicas, sociológicas o morales.

El poeta René Char ha escrito en alguno de sus poemas un verso en el que dice que una mujer es virgen cada vez que hace el amor con un nuevo hombre. Es una frase mucho más que poética. Es un hecho real. Que deberíamos retener como primer principio liberalizador: el amor, quiero decir el acto del amor, o sea, la fornicación, deja intacto al ser, lo deja nuevo, lo deja perfectamente sano y capaz para otro amor, para otra fornicación. No lo afecta en nada. Le da un maravilloso contento instantáneo y no lo pudre, no lo mancha, no lo

toca « en lo moral ». Incluso lo deja mejor que antes. Lo rejuvenece. No apunta a otra realidad el viejo mito de la Fuente de Juventud.

Un sistema de poder ocupado y manejado por un grupo minoritario de hombres no puede en ningún caso tolerar esa soberana indiferencia por el poder que se manifiesta en un sano y jocoso divertimento sexual sin más objetivo que el de pasar un buen rato con los propios cuerpos y con los ajenos.

La especializada máquina del poder quiere que todo acto social sea útil, sirva, sea funcional (así el coito será o reproductivo exclusivamente en las sociedades más carcas o tendrá un carácter higiénico y prácticamente aséptico en las que rompieron con el preceptualismo demografista religioso) y el placer, para serlo de verdad, tiene que ser siempre gratuito, y aun fortuito, producto más bien del azar (un azar objetivo, provocable) que de la organización.

La suma tristeza de muchas *partys* viene de su carácter « autoritario », previsto, organizado. Pero poned juntas durante un tiempo correcto a varias personas de diferentes sexos liberadas de prejuicios. La diversión más risueña y amable y poderosamente sexual no tardará en producirse. No será larga. No durará más de una noche. No se perpetuará en COMUNIDAD, en MATRIMONIO COLECTIVO (esa nueva forma nórdica de familiarismo socializado) sino que quedará en aventura lúdica de una noche de juerga.

Hay muchos hombres y mujeres que no conocen jamás esa ingenua y alegre experiencia de juerga completa, sin tiempo para que las ligazones cristalicen y con ellas los problemas sentimentales y los celos.

La represión sexual consiste en que permanezcan las condiciones sociales, políticas y policiales que impiden la eclosión de esas manifestaciones del azar amoroso.

Léase atentamente la manifestación oficial de ideología sexual represiva significada en el editorial de *Nuevo Diario* titulado « Pornografía revolucionaria ».

Y no nos dejemos engañar: esgrimir el espectro de la revolución y del « caos marxista » (es bien sabido que el pobre Marx fue de un puritanismo feroz a pesar de su tímida aventura con una criada a la que hizo un hijo que tuvo que adoptar Engels) para luchar contra la libertad del placer es una maniobra de gilipollas ignorante. En realidad, el autor del articulillo del *Nuevo Diario* vivirá más contento, idiota y pacatamente feliz en un « caos marxista » que en una sociedad en donde de repente, así, una noche, sin buscarlo, pudiera encontrarse con un papo en la boca y una verga en el culo.

España católica y decente...

« Es difícil establecer esa línea sutil donde lo erótico se pierde en otra zona más oscura y vilenta. Eros está siempre más cerca del apetito que del hambre, pero es palabra que se emborracha con frecuencia. Esta exposición quiere hospedar a un Eros sonriente, un Eros que bromea y se las ingenia para soslayar hábilmente el cieno y transformar en buen humor otros humores de condición más grave. Asistimos, en todo caso, a una experiencia singular del arte. » (Pueblo, Madrid, 19 de mayo de 1971.)



« JAQUE A EROS. [...] Es comprensible se hable de «pornografía» y «erografía», que se discutan las posibles diferencias entre «erotismo» y «porno-tismo». Todo ello es posible, como lo es hablar, comparativamente, claro está, de «pornocracia» y «erocracia». De aquí que nos asalte la sospecha de que cuando se habla, cada día con mayor frecuencia, contra el «erotismo» que invade nuestras costumbres, quienes tal hacen, no saben, a ciencia cierta, a qué se refieren ni lo que dicen.

Eros, erótico y erotismo son palabras griegas cuyo significado nos es desconocido. Esta injustificada ignorancia, dado nuestro perfecto derecho a ignorar el griego, no justifica el hecho de decir con ellas

lo que nos venga en gana. Como las palabras, previamente y antes de ser conocidas por nosotros, están cargadas de significado, su empleo inadecuado nos expone al riesgo de decir tonterías. Indudablemente, no carece de erotismo la actitud de aquellas personas que, en presencia de una palabra cuyo significado ignoran, se estremecen de alegría y creen que, libres de la disciplina que en todo momento nos impone el significado o significados propios de cada palabra, pueden aludir o decir con ella lo que su más vehemente deseo les inspire. Sin embargo, para que nuestra conducta, además de erótica, sea también honesta, es recomendable preguntarse, primeramente, por el significado propio de dicha palabra, de lo contrario caeremos en la «pornología». No por casualidad, para los helenos una de las faenas humanas más eróticas era el conocimiento; conocimiento que el hombre alcanza gracias a su capacidad de hacer preguntas, es decir, «erotemas».

Cosas muy distintas entendían los griegos por «porneia», «porne» y « pornos », palabras que poco o nada tenían que ver con Eros y lo erótico. Sus significados eran prácticamente contrarios. Porneio significaba, entre los griegos naturalmente, fornicar, hacerse idólatra, apostatar, adulterar, es decir, prostituirse, tanto física como intelectualmente.

Parece que fue en Atenas —no se tome al pie de la letra, pues escribo de memoria—, durante el siglo de Pericles, donde se acuñó y entró en el vocabulario ateniense la palabra «pornocracia». La palabra tuvo éxito y llegó a convertirse, dentro del lenguaje político de la vida ateniense, en el impropio «de frappe» de uso más frecuente. Para los intelectuales que pululaban por el Agora era «pornocrático» que la constitución de la ciudad se inspirara en la divina «dolce vita» de los olímpicos. Por su lado, para las fuerzas conservadoras, que seguían creyendo en los dioses tradicionales del Olimpo, «pornocracia» era el gobierno de la ciudad por los apóstatas, es decir, por los intelectuales que no creían en los dioses, por aquellos sofistas que no creían en nada o por aquellos filósofos que a lo sumo llegaban a creer en el hombre, en el «yo» o en lo que ellos habían dado en llamar el «ente». No se olvide que Sócrates fue condenado por «pervertir a la juventud introduciendo nuevos dioses en la ciudad»: los «daimones», es decir, los geniecillos o voces interiores que guían los pasos del hombre. Evidentemente, nadie negaba la existencia de los «daimones», pero de ahí a afirmar que cada hombre podía alcanzar su perfección adecuando su vida a su «daimón», era como entregar el gobierno de la ciudad al demonio. Aquello era inducir a la juventud a la «pornocracia.» (Ramón de la Franqueira.)

«EROS EN EL ARTE [...] Lo que sucede es que erotismo y pornografía suelen confundirse. Yo diría que la pornografía no radica en el tema, sino en el tratamiento que se le da. El asunto más atrevido, la representación sin disimulos de escenas «fuertes» o de órganos sexuales, no tiene por qué provocar en el espectador más escándalo o más complacencia que la que producen las láminas y diseños de un libro de anatomía. Como contrapartida, pensemos en esos cuadros de malos pintores, pero muy veristas, en los que un cuerpo femenino semivelado, actúa como despertador de impulsos lascivos. (Y perdón por lo de «lascivos», vocablo no exento de una cierta cursilería.) Claro que hay seres que, como Jaimito, al ver el círculo que le recordaba una mujer desnuda, siempre están pensando en lo mismo: son los que ocultan con la púdica hoja de parra las desnudeces clásicas. Es posible que esos lleguen a escandalizarse ante una obra tan poco erótica en el mal sentido de la palabra como la presentada por Millares: unas reseca nalgas de saco, propias para ocupar un lugar, junto a la calavera y el jarro de barro, en la cueva de un anacoreta antes que para decoración de un lupanar [...]

Las obras expuestas en Vandrés no intensificarían su erotismo vistas a través de cerraduras. Es curioso observar, exagerado en casos como éste, lo que en el español hay de moralista; entre la ironía y el sermón andan estas creaciones: tristes algunas, agresivas otras; irónicas no pocas. El concepto del erotismo de estos artistas de hoy está en la línea de las figurillas ibéricas, del manicomio, sensualidad refinada, su aceptación goyesca. Es inútil buscar, entre tantas obras de tantos autores y tantas tendencias una sola que, por su natural de la vida erótica, su paganismo sano, no revele la mentalidad española condicionada por la idea del pecado. Pero, en fin, acabemos ya este comentario marginal en torno a una exposición no sea que alguien pueda reprocharme mi procacidad.» (José Hierro, *Nuevo Diario*, Madrid, 23 de mayo de 1971.)

«EROS EN LA PLASTICA ESPANOLA [...] Una muestra, en definitiva, interesante y nada más que discretamente erótica, que viene a ser como una reconfortante y reivindicadora mirada hacia atrás.

Sobre todo, en el tiempo de las historias de amor, que son, más que nunca, verdaderas historias de amor.» (José María Ballester, *Madrid*, 22 de mayo de 1971.)

«PORNOGRAFIA REVOLUCIONARIA [...] La operación de catequesis revolucionaria ensaya de esta manera un nuevo sistema de penetración que podemos considerar, sin embargo, como una parte de lo que bien podría contemplarse como verdadera campaña que abarca desde las páginas de ciertas revistas a la publicación de ciertas novelas y a la aparición de ciertas exposiciones, donde la más despreciable pornografía se exhibe descaradamente, privada de toda máscara artística en la más vulgar y triste de las obscenidades. Los caminos para destruir los cimientos morales de una sociedad pueden ser muchos y nos parece que ha llegado la hora de denunciar con rotundidad, lo que representa un ataque formal contra las reglas morales que sostienen a nuestra sociedad.

Y esto conviene decirlo con claridad, sin temor a las críticas de los eternos apologistas de un falso modernismo, dispuestos a «no asustarse de nada», cuando, en realidad, lo que hace falta precisamente es asustarse de que nuestra sociedad pueda ser destruida a medias por una operación revolucionaria que emplea todos los medios disponibles para disolver los reflejos defensivos de la comunidad cristiana, en parte, con la complicidad de los tontos útiles, en este caso pertenecientes a la extensa clase de los papanatas del *strip-tease*. Si una sociedad es atacada en uno de sus pilares esenciales, como lo es la moral sexual, y no se defiende convenientemente, podemos anunciar su disolución en un plazo de tiempo más o menos largo. Y esto es lo que tenemos que evitar a toda costa.

Que estamos asistiendo al montaje de una campaña, no parece que ofrezca dudas cuando se observan las coincidencias de varios movimientos convergentes a la destrucción del orden social, empezando por la célula familiar, base capital de nuestra sociedad [...] Frente a las reglas de la moral cristiana y de la organización familiar se levanta la bandera revolucionaria, donde parece resonar, con treinta y tantos años de retraso, aquel inverosímil grito coreado por las calles del Madrid frentepopulista de «Hijos, sí; maridos, no», en una versión celtibérica del amor libre, que figuraba en los manuales libertarios de aquellos años. No hace falta más que la exposición de estos hechos para que el buen sentido del pueblo español juzgue a la maniobra. Pero frente a esta oleada de pornografía, que parece haberse desatado como instrumento de acción revolucionaria, la vigilancia de quienes pretendemos defender nuestra sociedad de su destrucción tiene que ser exigente y valerosa. Porque es más fácil adoptar una displicente actitud de falsa elegancia cínica, desdeñando estos inquietantes fenómenos, que aceptar la obligación de una denuncia que en cualquier caso cumplimos llenos tanto de asco como de alarma.» (*Nuevo Diario*, Madrid, 2 de junio de 1971.)

«[...] Sólo un desnudo realista, adolescente con flor en el pelo, y un grabado de Dalí lleno de viento y belleza, Alberto Greco, el ítalo argentino que se suicidó en una pensión de Barcelona, ojos claros y barba rubia, resucita aquí con uno de sus fecundos dibujos. Todavía el «pop», glúteos de madera saliendo del cuadro, y hermafroditas sádicos de Horst Haack, reinando sobre paisajes de sueño. Ah, los magmas de Bartolozzi, y sobre todo, esa mujer de Jardiel, barbilla alta, en éxtasis, rizados rubios en multitud como abejas en torno del cuerpo de miel, lencería sangrienta y cuchillo priápico, agresor, punzón místico. Jardiel es un joven y delirante maestro, las parejas de Don Ramón de la Cruz, salmantinas y oposicionales, ennoviadas y circunspectas, lo miran todo con el horror de haber terminado de leer «Love Story» y no tener ya dónde acogerse para seguir creyendo en el post-romanticismo consumista de casa de discos [...] No se opone esta antología erótica a la pintura castellana de sayal tanto como al erotismo de arte y oficios, pornografía beata, del desnudo realista y aquello que, con terrible palabra, se llamó sicalíptico en los felices y venéreos veinte. Hay una pornografía tecnicoloreada en la «boutique», la moda, la película y el teatro atrevidillo de Madrid. Es una vez más lo picante, lo verde, para alegrar la vida de una burguesía que gasta casi tanto dinero en salvarse como en condenarse. El erotismo de la Galería Vandrés responde a eso con sus piezas priápicas: lo critica, lo anula, lo desenmascara [...] Una cultura del erotismo, lo que se dice una cultura, no la hemos tenido nunca. Parece ser que censuraron un libro de arte con desnudos de Rubens. Las suculencias de Rubens ya no le dicen nada a nadie, pero el criterio erótico legal sigue siendo más cuantitativo. No hace tantos años que a los árboles de las piscinas de Madrid les salía en primavera, con las hojas nuevas, un bando municipal en el tronco, recordando la raigambre moral de nuestras mujeres y la pecaminosidad del dos piezas [...] Hay en las afueras de la ciudad moteles para el azar sentimental, y algún urbanista del centrismo activo ha pedido que se haga censura arquitectónica. «¿Por qué va a escapar la arquitectura a nuestra sana vigilancia a la que no escapan otras artes como el cine, la novela o el teatro?» Efectivamente, el motel y el apartotel son la arquitectura del pecado. Duro con ellos. Afortunadamente, parece que al orador centrista no se le ha hecho mucho caso. Contra todo esto se levanta la muestra de Vandrés, inquisitiva y respondona, contestataria como las buenas criadas, que no se callan.» (Francisco Umbral, *Destino*, Barcelona, 5 de junio de 1971.)

«¿Eros en España? ¿Qué es eso, qué insolencia es ésta? ¿Quién lo ha dejado pasar? ¡Niñas: cerrad las ventanas!

Pero estad tranquilos. Eros no es un inquilino nuevo en nuestras tierras. Lleva ya instalado entre nosotros cientos de años... incluso miles de años: desde mucho antes de que los griegos le diesen un nombre y una carta de naturaleza [...] La exposición que ahora tenemos abierta en Madrid no significa nada especialmente nuevo en nuestra pintura. Ese huésped oculto, pero no secreto, que ahora se manifiesta enfáticamente en ella, Eros, ya estaba en esa pintura desde hace muchos años, muchos siglos. Podemos rastrearlo en la pintura de Goya, por ejemplo, no sólo cuando una buena moza se estira las medias, ni cuando un extraño fulgor brilla en alguna mirada de sus frutales mujeres retratadas, sino también, como portando un impulso adánico, en sus aquelarres «negros» o en cualquiera de sus fiestas de la pradera de San Isidro. Es que Eros estaba oculto, aviesamente si se quiere, en toda nuestra pintura, incluso en la románica de Cataluña, incluso en Velázquez... Es que Eros está en todo. No hay manera de desprenderse de él.

Pero esa exposición lo revela de pronto, como si se hubiese quitado una antigua careta. Aparece como es: con su agresividad, con su violencia; con toda la barbarie del macho desatado y con toda la pasión de la hembra sojuzgada. Hay veces en que se acerca a la muerte.

Aun cuando sólo sea por unos días, Eros se ha mostrado con su plena identidad para el arte de España. Está bien. No siempre fue así. La mayor parte de las veces, pasó por ese arte en secreto.» (José María Moreno Galván, Triunfo, Madrid, 12 de junio de 1971.)

«JEFATURA SUPERIOR DE POLICIA. MADRID. Habiendo llegado noticias a esta Jefatura Superior según las cuales, en una exposición que se celebra actualmente en Galerías VANDRES, sitas en D. Ramón de la Cruz, 26, se exponen algunos cuadros y unas figuras de ajedrez que pueden ofender a la moral, por lo que me permito rogarle disponga sean retirados de la exposición los NUEVE cuadros señalados por los Inspectores que le han visitado y cuyos autores son CARLOS OLIVARES, ALBERTO GRECO, ELORRIAGA, LORA HARTMAN, EDUARDO SANZ, M. RIVERA, J.M. RODRIGUEZ, UBIÑA y CLAUDIO BRAVO, así como las mencionadas figuras de ajedrez. Madrid, 18 de junio de 1971. El jefe superior. (Firmado ilegible.) Señor Director de la Galería de Arte VANDRES.»

«La policía censura una exposición de pintura por «pornografía» y «canibalismo». Madrid (AFP). El viernes, 18 de junio, la policía de Madrid ha efectuado un registro en una galería de pintura, en la que se exponían obras de Picasso, Dalí, Tapies, Sama, Miró, Millares, Serrano, Chirino y otros pintores extranjeros, bajo el tema «Eros y el arte actual en España».

Por orden de las autoridades, han sido retiradas de la exposición una decena de obras y sustituidas por un anuncio escrito apresuradamente: «Censurado por orden gubernativa». Esta exposición tenía un gran éxito.

Entre las obras censuradas: una composición sobre cuadrículas, no figurativa, de Manuel Rivera, un dibujo bastante sugestivo del pintor argentino Alberto Greco, que se suicidó hace dos años, un dibujo del sueco Goran Hartman y dos pares de maniquíes, provenientes del escaparate de una gran tienda, y adornados según la tradición surrealista. Los censores los han enviado a los armarios de la galería por «pornografía» y «canibalismo». (Le Monde, París, 20-21 de junio de 1971.)

«Dos días después, un agente visitó la galería y comunicó la decisión gubernativa de retirar unas figuras de ajedrez, en principio estimadas como «pornográficas». Ese mismo día se inauguraba en la misma galería una exposición de maniquíes con idéntico tema general. Los maniquíes fueron censurados previamente, aunque se dictaminó la retirada de una

pareja de niños de Juan Bordás y otra pareja de Alcaín. Posteriormente se hizo saber a las personas responsables que otros maniqués de Alcaín podían figurar en la exposición, siempre que se cubriera con papel la parte inferior de los maniqués. » (Informaciones, Madrid, 23 de junio de 1971.)

« Pero el amor está aquí, en Vandrés, explicado por más de un centenar de pinturas y esculturas, y este conjunto de arte para el amor es quien nos interesa registrar informativamente en sus aciertos artísticos, que son los que en verdad importan en esta noticia crítica. Un conjunto que en su análisis crítico no se examina de primeras, pero que en su impresión general causa un efecto excelente. » (Informaciones, Madrid, 24 de junio de 1971.)

« JEFATURA SUPERIOR DE POLICIA. Comisaría de BUENAVISTA. La Jefatura Superior de Policía de esta Capital comunica con fecha de hoy, en relación con la exposición que se celebra en esas Galerías, no existe inconveniente en que los muñecos que tenían el sexo a descubierto, sean expuestos con el sexo tapado. Los otros dos maniqués con manchas de sangre no serán expuestos. Lo que se participa para conocimiento y efectos. »

Madrid, 24 de junio de 1971. EL COMISARIO PRAL, JEFE. GALERIAS VANDRES. D. Ramón de la Cruz, n.º 26. »

« Desde hace unos años Eros ha tenido en España quien se ocupase de él, pero más como producto de la sociedad que han llamado capitalista que como glosador de las cábalas del amor. En cambio, Eros ya tiene intérpretes en el arte actual español. Ciento dos pintores y escultores han expuesto cual es el personaje a quien en la mitología de la Grecia clásica llamaba Hesiodo « el amor que dulcifica las almas ». » (El Alcázar, Madrid, 1 de julio de 1971.)

« JEFATURA SUPERIOR DE POLICIA. MADRID. Habiéndose comprobado por Funcionarios de la Brigada de Investigación Social en dos inspecciones realizadas que en la Galería de Arte « VANDRES », de la que es Vd. Director, se exhiben cuadros y esculturas que por su expresión y contenido pueden constituir un delito de escándalo público,

esta Jefatura Superior de Policía ha dispuesto la clausura provisional de la Exposición que con el título « EROS Y EL ARTE ESPAÑOL » se viene realizando en esos locales, de lo que se dará cuenta a la Autoridad Judicial competente.

Lo que participo a Vd. para su conocimiento y efectos procedentes. Madrid, 7 de julio de 1971. El jefe superior. (Firmado ilegible.) Señor Director de la Galería de Arte « VANDRES ». »

« ACTA. En Madrid y siendo las doce horas del día siete de julio de mil novecientos setenta y uno, se personan en la « Galería Vandrés » los funcionarios del Cuerpo General de Policía don Tomás Castro Bermejo y don Luis María Sánchez Rubio al objeto de dar cumplimiento a lo dispuesto por el Excmo Sr Jefe Superior de Policía de Madrid clausurando provisionalmente la citada galería.

Acto seguido y en presencia del representante de la citada Galería doña María Luisa Torrente Malvido, natural del El Ferrol del Caudillo (La Coruña), hija de Gonzalo y Josefina, de profesión Co-directora de la citada Galería y con domicilio en Madrid, calle Infanta Mercedes número cuarenta y cinco, se procede a colocar en la puerta de acceso a la citada Galería tres precintos con el sello de la Brigada Regional de Investigación Social de Madrid. Consto y certifico. » (Firmado.)

«CLAUSURADA Y PRECINTADA LA EXPOSICIÓN «EROS Y EL ARTE ACTUAL EN ESPAÑA». Por orden del jefe superior de Policía, del pasado día 7, se ha clausurado y precintado, hasta nueva orden, la galería de arte Vandrés, en la que se estaba exponiendo una colección de obras de arte bajo el rótulo «Eros y el arte actual en España». Figuraban expuestas obras de Picasso, Dalí, Tápies, Millares, Saura, Chirino, Ribera, Cuizarti, Serrano y Equipo Crónica entre otros. Con anterioridad, se habían retirado de la exposición, por orden gubernativa, catorce obras, entre maniqués, fotografías y cuadros de diversos autores.

El motivo de la clausura se debe, al parecer, a «la exposición de cuadros que ofenden al pudor y las buenas costumbres». Se comenta en círculos artísticos el hecho de que días pasados «fueron autorizados a visitar la exposición dos colegios de niños y niñas». Un representante de la galería nos informa que los escolares fueron acompañados de sus profesores, que les explicaron las motivaciones de las obras expuestas, como motivo de estudio y formación artística cultural.» (Prensa del 14 de julio de 1971.)

«Juzgado de Instrucción n.º 22. Sumario 56 de 1971. Auto del juez D. Federico Mariscal de Gante y Pardo-Belmonte. Madrid, veintiséis de julio de mil novecientos setenta y uno.

RESULTANDO: Que en lo actuado se desprende: Que Fernando Viajandre Bresos, de 40 años, casado, Abogado, hijo de Enrique y Gabriela, natural de Barcelona y vecino de Madrid, director y legal representante de la Entidad Galerías Vandrés S.A. con domicilio social en esta Capital, calle de Don Ramón de la Cruz número 26, autorizó la exposición de cuadros y maniqués el 14 de mayo del corriente año, denominada «Eros y el arte actual en España», en la que se exhibieron diversos cuadros, entre los que se representaba un huevo en el que los huevos son dos senos de mujer, resaltando los pezones y apoyados sobre un pene, otro en el que se representaban unos senos, zona pubiana con su vulva, labios, vagina y clitoris y pene masculino, otro representando una figura de mujer en la cual se aprecia la vagina y penetrando en la misma un pene, y otros cuadros por el estilo hasta el número de veinte, cuya exposición fue visitada por dos colegios de niños y en otra ocasión por una señora con menores. CONSIDERANDO los hechos relacionados que revisten los caracteres del delito de escándalo público, art. 431 del Código Penal, y de lo actuado resultan indicios racionales de criminalidad contra Fer-

nando Vijandre Bresos por lo que procede acordar su procesamiento según preceptúa el artículo 384 de la Ley de enjuiciamiento Criminal.»

«Sr Director de SP: Creo que fue en el último pleno de las Cortes cuando un ministro aludió, en su discurso, a la imprescindible necesidad de terminar con esta plaga social que se llama pornografía y corrupción de costumbres [...]

Según tengo entendido, pornografía es lo referente a prostitución y prostitución no sólo es el comercio carnal, sino también la exposición pública de las carnes que se han de cubrir a la torpeza y sensualidad de los demás, así como corromper y envilecer a una mujer. En cuanto a la corrupción de costumbres, es todo lo que conduce hacia la prostitución y envilecimiento [...] trasladémonos un momento, no ya a la playa, sino a la calle de cualquier ciudad. Allí veremos mujeres envilecidas que, en cumplimiento del aperturismo tan en moda, lucen sus impudicias carnales hasta la altura de su prenda más íntima, incluso, a veces, dejando ésta al descubierto así como la región muscular que debiera cubrir; blusitas dejando al desnudo el centro de su cuerpo, minifaldas y minishorts por todas partes e incluso esa «progresista» prenda que nos viene de las salvajes islas del Pacífico, llamada «bikini», todo ello sin que ningún agente de la autoridad se atreva a llamarles la atención, porque ello representaría un ataque a la «moderna» libertad. Incluso he visto cómo una mujer recibía la Sagrada Comunión

José Agustín Goytisolo

Crónica de un asalto

Entre los índices alfabéticos y los números ordinales
existe siempre un resquicio por el que infiltrarse
y examinar la solapada labor de las termitas
arañando en el corazón de los archivos de madera vieja.

Allí entre los montones de papel sellado y las transidas pólizas
hay que buscar remover continuamente pilas interminables
comprobar fechas horas direcciones absurdas
para seguir la pista del expediente que motivó el escándalo.

No hay rastro de culpables la cosa está enredada
y las indagatorias se pierden entre nebulosas de humo de cigarro
como si de departamento a sección y de sección a subsecretaría
alguien hubiera borrado los caminos y confundido todos los registros.

Ah taimada época de bolígrafos y pagos aplazados
que acoges igualmente en tu apacible pecho de poliéster
el honorable trabajo de los pulcros y rasurados ejecutivos
y la perfidia de los enloquecidos asaltadores de ciudades.

Es un hecho es un hecho sabemos que actuaron
pero no existen pruebas de soborno ni muestras positivas
de sus embustes y sus falsedades de sus planos trucados
que incomprensiblemente eludieron las ordenanzas las alarmas.

¿ Es posible que todos los resortes dejasen de funcionar a un tiempo
y que las cintas magnetofónicas recogieran tan sólo los compases
de una música neutra y no las voces húmedas
de aquellos delincuentes de pantalón vaquero y ojos turbios ?

El caso es que llegaron con lápices y rollos de película
y daban caramelos a los niños bebieron y fumaban
extraños cigarrillos con filtros de colores que una muchacha pálida
sacaba de su bolso mientras ellos median y fotografiaban.

Seguramente hablaron de asuntos muy triviales nada consta
y la ciudad y sus gentes se fueron poco a poco acostumbrando
a verlos andar siempre con sus raras camisas y su pelo
sin pensar que pudieran hacer cambiar de sitio tantas cosas.

Ahora ya es tarde para lamentarse y ahí quedan
escaleras absurdas parterres en los áticos pasillos increíbles
chimeneas pintadas de colores dios mío que ventanas
dónde está el ascensor los niños y las viejas saltan por los terrados.

Y mientras los adúlteros contemplan el desorden y se besan
las lagartijas pasan de una pared azul a un balcón violáceo
un rododendro ocupa el sagrado lugar de las antenas
y los guardias se cansan buscando y preguntando por las llaves.

No hay portales no hay calles la gente pierde el tiempo
charlan al sol y luego protestan se insolentan nadie paga
cuántos gatos y gritos qué música el infierno
los pobres han cambiado todos toman el fresco qué desgracia

Esta ciudad fue austera hasta que ellos vinieron
ahora ya puede verse no se sabe qué hacer y ya se han ido
seguro que aún se rien nada les preocupa ya estarán planeando
otro asalto otra burla esto es intolerable intolerable.

Colección España contemporánea

Jacques Georgel

El franquismo

Historia y balance : 1939-1969

I. Crisis del Estado : I. El periodo monárquico : 1. Los factores de debilidad del Estado. 2. Las fuerzas políticas. II. El periodo republicano : 1. La construcción del Estado. 2. La destrucción del Estado. II. El franquismo. Fundamentos ideológicos. I. La ideología falangista y España en la guerra : 1. El Caudillo. 2. El Partido. 3. La comunidad. II. La ideología franquista y España en la paz : 1. La sucesión del Caudillo. 2. La decadencia de la Falange en el marco estatal. 3. La resistencia de la Falange en el marco sindical. Organización política : I. Las instituciones políticas del régimen : 1. El poder ejecutivo. 2. Los legisladores. 3. La organización jurídica. II. El ciudadano y el Estado : 1. Los derechos del ciudadano. 2. La defensa del régimen : 1. El poder ejecutivo. 2. Los legisladores. 3. La organización política.

336 páginas

36 F

Premio Ruedo ibérico

1. Ediciones Ruedo ibérico crean un premio que será otorgado a una obra consagrada a la historia política española durante el periodo 1936-1971. Sólo serán admitidos a concurso los trabajos que estudien el periodo globalmente, o aquellos que estudien un aspecto esencial de la historia del periodo señalado.
2. Pueden concurrir al premio, sin distinción de nacionalidad ni de residencia, cuantos escriban directamente en lengua castellana.
3. Los trabajos concursantes deberán ser originales e inéditos y libres de cualquier compromiso editorial. Podrán ser obra individual o colectiva. La extensión de los manuscritos concursantes no podrá ser inferior a 600 folios dactilografiados a doble espacio.
4. Los manuscritos deberán ser presentados en dos ejemplares. En la página primera de cada ejemplar figurará un lema o cifra que corresponda al inscrito en un sobre cerrado conteniendo el nombre del autor o de los coautores y, eventualmente, el seudónimo que se pretenda utilizar. Será expedido el correspondiente acuse de recibo en la forma indicada por cada concursante.
5. El plazo de admisión de manuscritos quedará cerrado el 30 de noviembre de 1972.
6. El premio está dotado con un millón de pesetas. El premio no será divisible entre dos o más obras concurrentes. El concurso podrá ser declarado desierto. En este caso, volverá a ser convocado para el año siguiente con sujeción a las presentes bases.
7. El jurado estará compuesto de un mínimo de cinco miembros y un máximo de siete, escogidos entre los autores de Ediciones Ruedo ibérico. La composición del jurado será dada a conocer en Cuadernos de Ruedo ibérico en el curso de la primera quincena de diciembre de 1972.

8. El fallo del jurado será publicado en Cuadernos de Ruedo ibérico en el curso de la primera quincena de enero de 1973. La dotación del premio será entregada en París al autor o autores de la obra premiada.

9. Ediciones Ruedo ibérico se reservan todos los derechos correspondientes a los 10 000 primeros ejemplares de la edición en lengua castellana de la obra premiada, así como a la mitad de los derechos de su traducción a cualquier idioma o por su adaptación cinematográfica o radiofónica. El autor recibirá un diez por ciento del precio de venta por cada ejemplar vendido que supere la cifra de 10 000 ejemplares de la edición en lengua castellana. Ediciones Ruedo ibérico se comprometen a la publicación en lengua castellana de la obra premiada dentro del plazo de un año a partir de la fecha del fallo.

10. El autor o los autores premiados decidirán libremente si la obra debe ser publicada con su nombre o con seudónimo. Ediciones Ruedo ibérico observarán en este último caso la discreción más estricta respecto a la personalidad del autor.

11. Ediciones Ruedo ibérico se reservan un derecho preferente sobre los manuscritos que merezcan mención del jurado, sometiéndose en este caso a las condiciones generalmente aplicadas en la edición en lo que concierne a propiedad literaria y derechos de autor.

12. Los manuscritos no reclamados en el plazo de dos meses a partir de la fecha de publicación del fallo serán entregados por Ediciones Ruedo ibérico a una institución pública o privada consagrada a la investigación histórica sobre España contemporánea.

Ruedo ibérico en la Feria del libro de Frankfurt

«[...] Nada de particular del lado hispánico, siempre pobremente representado en Frankfurt, sino el stand de una casa exilada en París, Ruedo ibérico, que por vez primera¹ ofrecía una selección de obras sobre los republicanos en versión española o traducidas [...]» (Le Monde, 22-10-1971.)

«El «caudillo por la gracia de Dios» —en dos versiones para colmar la medida— mira de forma poco amena, pues ha sido dibujado por caricaturistas² de aviesas intenciones, los libros políticos de un editor español oficial. La sensación de la sección española de la Feria Internacional del Libro de Frankfurt este año es la presencia del editor en exilio Ruedo ibérico, especializado en la publicación de obras hostiles al régimen. Como al azar, lo han situado entre dos casas madrileñas pertenecientes al Estado³. Pero el stand colectivo español, dirigido por un funcionario, no parece haber protestado contra esta estrecha vecindad con el enemigo.

» Las personas interesadas por la literatura, la política y la historia contemporáneas españolas pueden hallar en Ruedo ibérico los libros que los editores españoles no pueden publicar. Esta empresa parisina, algunos de cuyos animadores viven en la misma España, ofrece en particular numerosas obras de historiadores republicanos sobre la guerra civil y la posguerra. Autores como Payne, Southworth, Brenan y Hugh Thomas sólo pueden ser leídos por los

españoles en su lengua gracias a Ruedo ibérico. Actualmente, Ruedo ibérico se ocupa activamente de Luciano Rincón, que vive en España. La justicia española le reprocha haber publicado con seudónimo, en Ruedo ibérico, escritos hostiles al Estado.

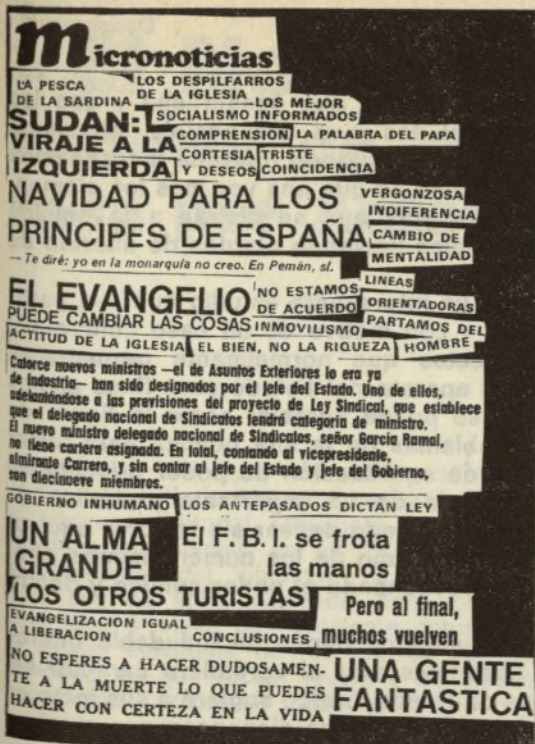
» La novedad que interesará sin duda en primer lugar a los investigadores es el estudio del marxista Fernando Claudin, La crisis del movimiento comunista (I. De la Komintern al Kominform, 740 p.). Claudin fue expulsado hace algunos años del Partido Comunista español; era el teórico más notable de la élite de comunistas españoles. Su estudio, muy extenso y bien documentado, debiera, en el caso de ser traducido, despertar interés en otros países europeos. Documento importante también es el protocolo del proceso de Burgos⁴. Recogido ilegalmente con magnetófono en la misma sala de deliberaciones, contiene las actas completas del proceso hasta los acontecimientos dramáticos del último día [...]» (Frankfurter Allgemeine Zeitung, 18-10-1971.)

1. Ruedo ibérico fue fundado en octubre de 1961, es decir hace ahora diez años.

2. Caricaturas de Vasco (Cuadernos de Ruedo ibérico) y de Lima (España hoy).

3. Se trata del Instituto de Estudios Políticos y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

4. El proceso de Euzkadi en Burgos.



Documentación

Hechos cotidianos bajo el franquismo

Para estudiar los diversos aspectos de la realidad española que definen el sistema o, si se quiere, la estructura social vigente es obligado —en la mayoría de los casos— basarse en datos que el mismo sistema facilita, al publicarlos con mayor o menor difusión, lo que supone una limitación evidente, sobre todo cuando se trata de investigar aspectos políticos. Esta situación viene impuesta porque normalmente la persona que se decide a elaborar un estudio crítico, se encuentra fuera de los reducidos grupos que disponen del poder político en el país y difícilmente puede conocer con precisión muchas de las formas de utilizar dicho poder y de los mecanismos por los que se adoptan las decisiones políticas. La ausencia de un juego democrático y de un control social mínimo sobre la actuación del gobierno hacen que muchos de estos aspectos permanezcan en la más completa oscuridad, imposibilitando el análisis de muchas de las formas en que se traduce la utilización del aparato del Estado en favor de intereses particulares.

Cuando por influencias anómalas algunos de estos aspectos salen a la luz, aunque sólo sea parcialmente, la opinión pública —al no estar informada de que se trata de un hecho cotidiano en la actual forma de gobierno— lo califica de escándalo. En estos casos el gobierno utiliza todos los medios a su alcance para hacer creer que se trata de un hecho excepcional, en el

que se han producido ciertos manejos turbios que desaprueba y que los responsables son ciertas personas aisladas y, a ser posible, ajenas al gobierno. Después se echa tierra al asunto evitando que una investigación alcance sus verdaderas raíces. El resultado es que una vez más los elementos fundamentales quedan ocultos, mientras que se distrae a la opinión pública con los aspectos más superficiales haciendo alardes de libertad de expresión.

En las líneas que siguen presentamos un interesante estudio que —a partir de una información de primera mano y con motivo de un caso concreto— da a conocer algunos de los aspectos que normalmente permanecen ocultos, mostrando cómo se utiliza el aparato del Estado para fines ajenos al interés público. Así, por ejemplo, se puede apreciar cómo la figura de un López Rodó descende de los problemas de la alta política para tomar cartas en este asunto, haciendo uso de su situación de poder privilegiada para conseguir que la Obra se apropie de un importante periódico de Barcelona. Una vez leído este informe se puede pensar sin temor a equivocarse que el caso relatado no es más que uno de los numerosísimos atropellos que normalmente se realizan aprovechando el poder político y dentro de la legalidad del régimen.

Por considerar que este tipo de documentos tienen un indudable interés para analizar de forma precisa y desenmascarar el verdadero carácter del régimen, la redacción de Cuadernos de Ruedo ibérico sugiere a sus lectores y amigos que le envíen toda la información de que dispongan que ayude a conocer los problemas apuntados.



«El Noticiero Universal».

Historia de su compra/venta contada por Antonio Botey Serra

El *Noticiero Universal*, fundado en 1883 por D. Francisco Peris Mencheta es editado por la empresa Editorial Mencheta S.A., cuyas acciones pertenecían en su totalidad a los descendientes del fundador. La mayoría de ellos son de edad avanzada, han abdicado todo ideal y vefan con creciente entusiasmo la subida constante de las ofertas por sus acciones. La generación joven, y de distinta mentalidad, carecía de poder decisorio dentro de la empresa.

Vista dicha posición y las varias ofertas de compra recibidas en el pasado, creí interesante, con miras a dirigir la inevitable venta hacia un grupo con decidida ideología local e independiente, adquirir cierto número de acciones. La suerte me favoreció y en enero-marzo del año pasado adquirí, a nombre de mi esposa, un 3 % de las acciones de la sociedad.

En esta situación, en octubre de 1970, se me anuncia el propósito de cerrar la venta del periódico con D. Eugenio Llarás, al precio de 100 000 ptas/acción. Resalto la vinculación de dicho señor con el Banco Condal y, a través del mismo, con elementos del Ayuntamiento de Barcelona. El Sr Llarás, por su parte, afirma, una y otra vez, que compra exclusivamente para sí, sin objetivo político alguno y por un simple afán de diversificar sus inversiones. Niega todo vínculo con el Banco Condal, con el que ni siquiera trabaja. A pesar de ello las conexiones son evidentes y considero que tal venta supondría para el periódico la pérdida irreparable de su independencia ideológica, por lo que me opongo a la misma y me preparo a ejercer el derecho

de adquisición preferente que la sindicación existente concede a mi esposa como accionista.

Dada la premura de tiempo (un final de semana), me es imposible estructurar un grupo amplio, pero después de mantener contactos, directos o indirectos, con altos ejecutivos de algunas entidades financieras (para los inevitables créditos puente), D. Manuel Reventós, D. Antonio Serra, D. José M^a Fabregat, D. Ignacio Vidal, D. Pedro Corberó y otros, y aunque no tengo evidentemente el dinero, creo poder lanzarme y presentar mi oferta con razonables probabilidades de reunirlo en el año de plazo que ofrece el otro comprador.

Mi oferta, igualando la de Llarás, es aprovechada por los vendedores para organizar una auténtica subasta, que sólo debido a la decidida intervención de mi esposa, y D. Juan Prats, mejor conocimiento de la estructura y mentalidad del accionariado y también por encontrar en mi grupo mayor garantía de mantenimiento de la línea del periódico, consigo rematar a mi favor el precio de 125 000 ptas/acción. Los contratos de promesa de compra-venta, que se formalizan a nombre de mi esposa, totalizan 1 241 acciones y se firman el 29 y 30 de octubre, debiendo realizarse la operación en el plazo de seis meses. Las restantes 799 acciones quedan en manos de la generación joven. En garantía del compromiso adquirido y en concepto de arras penal entrego la cantidad de 20 000 ptas/acción equivalentes a 24 820 000 ptas que me adelantan diversas personas del grupo.

En la madrugada del 30 despiertan al Sr Peris Mencheta para hacerle entrega de un telegrama del ministro secretario del Plan de desarrollo, redactado más o menos en los siguientes términos: «Enterado venta acciones Noticiero Universal, tengo mucho interés en hablar con Vd, antes de emprender viaje a Jerez con su Excelencia. Ruego llame a la presidencia del gobierno de 8 a 8,30. López Rodó.»

Desde las tres en que se recibe el aviso no se duerme. Se produce la llamada. D. Laureano, tras una breve introducción recordando a D. Francisco pasados favores, declara tener el máximo interés en que la operación se realice con el Sr Llarás.

Ello es imposible, responde el Sr Peris Mencheta, por cuanto los contratos están en su mayoría firmados y el resto se han prometido firmar. A la pregunta de quién es el comprador dice que son sus sobrinos Gloria y Antonio Botey. El Sr López Rodó manifiesta su interés en hablar con ellos y les cita el lunes, 2 de noviembre, a las 11, en la presidencia del gobierno.

El propio día llama por teléfono al Sr Bueno proponiendo tener un cambio de impresiones sobre el asunto, quedamos citados para el día siguiente, sábado, en el Banco Condal, que califica de «terreno neutral». Asisten, además de él, los Sres Grau (director del Banco), Llarás y Valls (yerno del alcalde). Pretenden, especulando con su amistad con el Sr López Rodó y con la entrevista para el lunes, que ceda una participación al Sr Llarás. Arguyo que me parece inconcebible que el Sr López Rodó se prevalga de su cargo para apoyar los intereses particulares de sus amigos, por lo que estoy tranquilo a este respecto y no veo motivo, por el momento, para ceder participación alguna.

Lunes, 2 de noviembre: Presidencia del gobierno: Nos recibe puntualmente. Nos advierte de la obligación de comunicar toda transmisión al Ministerio de Información y de la necesidad de que éste la apruebe; de que ello da pie a hacer una investigación profunda sobre las personas, sus bienes y la forma en que los declaran, que en el presente caso puede ser especialmente rigurosa. Abundando en el tema nos entrega fotocopias

de algunos artículos de la Ley de prensa, oportunamente subrayados (Anexo I). Me advierte que cuando mis amigos se enteren de estos detalles y de nuestra conversación, con toda probabilidad me encontraré falto de capital. Ante esta eventualidad propone que ceda una participación mayoritaria a: «Prensa Económica S.A.» que es en realidad para quien gestionaba la compra el Sr Llarás. Me entrega lista de accionistas y consejo de dicha empresa comentando los residentes en Barcelona.

Le hago ver la imposibilidad de acceder a la entrada de un grupo mayoritario de tan marcado carácter gubernamental, pero declaro negociable la entrada, a título personal, de los accionistas catalanes de «Prensa Económica», en el grupo formado por mí. La familia Peris Mencheta y Sedó, reforzada con los Luzuriaga y Botey, se quedaría el 51 %. Don Laureano declara aceptable tal línea de solución e indica que me ponga en contacto con su cuñado D. Casimiro Molins, que cuenta con su entera confianza, y negocie los pormenores. Lo que él acuerde tendrá la misma fuerza que si lo hubiera hecho con él mismo. La entrevista duró hora y media, y es en el transcurso de la misma cuando por primera vez doy los nombres del grupo que me respalda, por lo que resulta evidente que la no aprobación de la compra a nuestro favor no es tanto por el recelo hacia nuestras personas como por decidido interés en quedarse ellos con el periódico.

Las conversaciones con el Sr Molins se truncan en su nacimiento por la llamada del Sr Director de Prensa ordenando una inspección en la empresa y convocando en su despacho al Sr Peris Mencheta y a mí. La entrevista, celebrada el 12 de noviembre, dura también una hora y media. Empieza de forma borrascosa con anuncios de cierre del periódico y cancelación de inscripción en el Registro de Prensa si llevamos adelante la operación, y termina con una tregua durante la cual él promete estudiar los nombres que le entrego y yo no hacer acto alguno irremediable.

Después de ciertas vicisitudes llegamos con el Sr Molins al siguiente acuerdo: la familia se queda el 51 % y el resto se divide en tres

grupos iguales del 16,3 % cada uno, compuesto el primero por mi grupo inicial, el segundo por los accionistas de PESA y el tercero por una serie de personalidades barcelonesas de tendencias no políticas, escogidas de común acuerdo.

Enero, 14. Nueva entrevista con el Sr Fernández Sordo en Madrid en la que nos comunica que la compra por el primitivo grupo mío es inaceptable por contener dos nombres con vinculaciones que el gobierno considera peligrosas. No puedo aclarar a quiénes se refiere. Pregunto entonces si las acciones del periódico quedan fuera del comercio humano, a lo que me contesta que no, que podrían venderse a D. Eugenio Llarás. Aclara que el motivo de tal preferencia no es tanto su propia personalidad como sus vinculaciones con el Banco Condal y grupos afines al gobierno. No es menester, sin embargo, que el Sr Llarás adquiera el 100 % de las acciones sino que bastaría con que tuviese una participación de cierta importancia. Contesto diciendo que desde nuestra primera entrevista mi posición ha evolucionado, pues el tiempo transcurrido me ha permitido contractar nuevos elementos, y juntamente con el Sr Molins, que actúa en nombre y representación del Sr López Rodó, hemos llegado a una estructura del accionariado mucho más heterogénea que no dudo será de su agrado. Queda en estudiar las listas que le entrego (Anexo 2).

Entretanto mi situación no oficial va empeorando. Por una parte los vendedores ven con recelo la actuación de la Administración y temen la frustración de la venta. Llarás va introduciendo en su ánimo la idea de que cualquier venta que no sea a él no será autorizada, y él mismo no sabe por cuánto tiempo podrá mantener la oferta. Se me empieza a decir que mi actitud pone en peligro sus intereses y aconsejan me retire. Por otra parte también algunos elementos del grupo comprador están notablemente desanimados, y si siguen adelante tengo la impresión que sólo es por sentido del honor y lealtad hacia mi persona.

Viernes 29 de enero: Entrevista en mi despacho con el Sr Llarás y el Sr Fabregat. Exponemos al Sr Llarás las presiones que

hemos tenido para que se integre en el grupo comprador y le hacemos ver que ello es difícil por el gran número de personas interesadas y a las que habría que reducir su participación. Contesta que ello no es necesario puesto que no tiene ningún interés en participar en la compra del periódico de forma minoritaria. Pasamos a hablar de temas generales.

Miércoles 3 de febrero. El Director general de Prensa me convoca en su despacho de Barcelona para decirme que la venta a la nueva lista presentada conjuntamente con el Sr Molins tampoco es aceptada. Que mi grupo original está formado por personas con ideología política marcada y peligrosa, que exige para su aprobación un contrapeso suficiente, que sólo puede proporcionarlo la presencia del Sr Llarás. Insisto para que aclaren cuáles son los nombres no gratos para procurar sustituirlos por otros sin poder arrancarlos ninguno, añadiendo que cualquier grupo presentado por mí adolecería del mismo defecto que el presente, y repitiendo que la única forma de llevar adelante la operación es conjuntamente con el Sr Llarás. Propone que éste con su grupo tenga el 16 % y el Sr Molins otro 16 % y que el último 16 % se lo repartan el llamado grupo independiente y los primitivos compradores. Manifiesto que tal distribución me parece inaceptable y que si no me dejan otra alternativa tiraré adelante el asunto en la forma prevista inicialmente.

Además el Sr Llarás reiteradamente ha manifestado que no le interesaba una participación minoritaria. Dice que tal información no coincide con la que él tiene pero que se entrevistará personalmente con dicho señor y en el más breve plazo posible el Sr Herrero Tejedor, delegado en Barcelona del Ministerio, me hará saber la decisión final. Esta entrevista mantenida en un espíritu de «posguerra de liberación», ha resultado notablemente dura.

Intento proseguir las conversaciones con el Sr Molins, cosa que me resulta difícil por sus continuas ausencias del despacho, comunicándome finalmente que por razones de salud se marcha a Canarias diez días, y que, en su ausencia, me recomienda que tenga una entrevista a fondo con D. Guillermo

Daniel Artigues

el opus dei en españa

**Visión de conjunto de una
asombrosa aventura : cómo el
modesto grupo religioso de
1928 se ha convertido en una
poderosa organización que ha
marcado profundamente la
evolución ideológica y política
de España después de 1939.**

Nueva edición corregida y aumentada

I. José María Escrivá de Balaguer y Albas. Los comienzos del Opus Dei. Su acción universitaria antes de la guerra civil. El Padre Escrivá durante la guerra: 1. José María Escrivá de Balaguer; 2. La Universidad española en 1926-1930; 3. La Junta de Ampliación de Estudios y la Institución Libre de Enseñanza; 4. Angel Herrera y la Asociación Católica Nacional de Propagandistas; 5. La « vida oculta » del Opus Dei (1928-1936); 6. El Padre Escrivá y su grupo durante la guerra civil (1936-1939). II. El Opus Dei de 1939 a 1947. Desarrollo de la Obra. Implantación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en la enseñanza superior: 1. La evolución del Opus Dei de 1939 a 1947; 2. El Opus Dei y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas; 3. El Opus Dei y la conquista de las cátedras universitarias (1939-1947). III. El Opus Dei, Instituto Secular. Su organización. Su espíritu. Sus métodos: 1. Los Institutos Seculares: su naturaleza exacta; 2. El Opus Dei, Instituto Secular: a) Organización general; b) Las diversas categorías de los miembros del Opus Dei; c) Camino y la espiritualidad del Opus Dei; d) La vida espiritual de los miembros del Opus Dei; e) El voto de pobreza y el Opus Dei. Las finanzas de la Obra; f) El voto de obediencia en el Opus Dei. Sus repercusiones sobre la vida profesional de los miembros de la Obra; g) Secreto y discreción en el Opus Dei; h) El Opus Dei, el poder y la conquista de las élites; i) La rama femenina del Opus Dei; j) Opus Dei, clero y Acción Católica; k) La permanente « crisis del Estatuto » del Opus Dei; el Opus Dei y Vaticano II. IV. El Opus Dei de 1947 a 1957. La fase ideológica. La « Tercera Fuerza »: 1. A la búsqueda de una ideología. La « minoría activa » de 1948 (1947-1951); 2. El Ministerio de julio de 1951. La « Tercera Fuerza » (1951-1955); 3. La crisis de 1956 y el gobierno del 25 de febrero de 1957. V. El Opus Dei de 1957 a 1962. La Universidad de Navarra y la ascensión de los tecnócratas: 1. Reorganización administrativa y marcha hacia una nueva política económica (febrero de 1957-junio de 1959); 2. El « nuevo curso económico » y la conquista de la autonomía universitaria (julio de 1959-abril de 1962); 3. La crisis de la primavera y el cambio ministerial de 1962. Conclusión. Apéndices. Libros y artículos consultados. Índice de nombres.

264 páginas

30 F



Editions Ruedo ibérico

6, rue de Latran - Paris 5

Téléphone : 325.56-49

Métro : Maubert-Mutualité

Ayuntamiento de Madrid

Bueno. Me quejo de su falta de colaboración frente al Ministerio de Información y Turismo y de que el acuerdo alcanzado con él siguiendo las instrucciones de López Rodó no parece haber servido para nada. Le ruego por tanto, que hable con su cuñado para que nos apoye en las altas esferas.

Jueves, 4 de febrero. El Sr Llarás se entrevista con los Sres Peris Mencheta, Sedó y Prats, miembros del Consejo de Administración de Editorial Mencheta y les expone que el Ministerio está dispuesto a cerrar el periódico si no se llega pronto a una solución aceptable. No habla de participación sino que insiste en la compra total del periódico. Se le hace ver que siendo él el comprador de las acciones vendidas serán muchas más, puesto que el porcentaje que se reservaba la familia caso de que los compradores fuesen el grupo representado por mí, por existir mutuos deseos de colaboración, también se pondrían en venta. Se manifiesta dispuesto a adquirir la totalidad.

El propio jueves hablo telefónicamente con el Sr Bueno y quedamos citados para el lunes día 8, pero me anticipa telefónicamente que los dos puntos a discutir son en primer lugar el precio, que considera elevado para una participación minoritaria, y su participación del 16 % que considera mínima. Le hago algunas consideraciones sobre la imposibilidad a estas alturas de hablar de un nuevo precio, que hasta ahora ha sido aceptado por todos los compradores. Evidentemente ya no parece muy ético el prevalecerse del apoyo oficial para forzar una venta hecha a favor de otro, pero resulta, a mi juicio, excesivo prevalecerse de dicho apoyo para intentar encima rebajar el precio que los otros están dispuestos a pagar.

Sábado 6 de febrero. Llamada urgente del Sr Herrero Tejedor quien me comunica que me abstenga de cualquier gestión de compra del periódico hasta pasados 15 días en que se habrá debatido el tema de la próxima reunión del Consejo de ministros.

Casualmente comento el asunto con D. Eduardo Conde, tío de mi esposa, que se muestra interesadísimo y se ofrece entusiastamente a apoyarme. Me preparar [sic] una entrevista con un buen amigo suyo, el abogado

D. Francisco Gomis, bien conectado en la esfera política y que cree puede proporcionar un apoyo eficaz. Para ganar tiempo le remito una nota sobre el desarrollo de los hechos y la entrevista se desarrolla de forma cordialísima el domingo 14 de febrero. Promete apoyarme e inmediatamente se pone en contacto telefónico con el ministro de Justicia para advertirle de la remota posibilidad de que en el Consejo de ministros próximo se trate de este asunto. Pasado el mismo, el Sr Oriol le llama por teléfono, indicándole que no ha habido durante el transcurso del Consejo ninguna alusión al tema. En vista de ello y considerando que la importancia del asunto requiere que éste sea conocido y decidido por el Ministerio de Información, el Sr Gomis ruega al Sr Oriol me prepare una entrevista.

Por otra parte, me pongo en contacto con D. Javier Ribó, yerno del ministro de Gobernación, solicitando ponga el asunto en conocimiento de su suegro y solicite su consejo sobre la mejor forma de proceder. Ribó acoge el tema con la mejor disposición e interés, pero el resultado es incierto puesto que el Sr Garicano Gofi no se pronuncia sobre el asunto.

Entretanto mi situación interna sigue empeorando. Los vendedores me apremian constantemente para que desista de la operación. No pasa día sin que alguno de ellos me ruegue les permita cerrar el trato con el Sr Llarás. La situación es tanto más penosa por ser todos ellos familiares y unirnos con algunos profundo afecto. Afortunadamente mi esposa aguanta inconvencible.

D. Alfredo Sedó insiste especialmente en que abandone y se ofrece a entregarme un millón de pesetas en pago de mis honorarios.

También en el campo comprador se presentan dificultades al producirse la defección de nuevos elementos dispuestos inicialmente a apoyarme. Afortunadamente por estas fechas recibo un fuerte apoyo material de D. Domingo Valls.

A finales de febrero los Sres Peris Mencheta, Sedó y Prats me convocan a una reunión en Editorial Mencheta en la que, a mi mayor sorpresa, me encuentro también al Sr Llarás. Se renuevan los ruegos, las presiones y las

ofertas. Llarás expone que el Ministerio está dispuesto a intervenir violentamente si el asunto no se resuelve inmediatamente según sus deseos, él, por su parte, no puede mantener su oferta por más tiempo. Ello alarma y desmoraliza totalmente a los familiares que redoblan sus ruegos. D. Francisco Peris Mencheta comenta que el Director general de Prensa está al corriente de esta entrevista y espera el resultado pendiente del teléfono. Efectivamente llama al poco rato, interesándose, y ruega le notifiquemos el resultado.

De nuevo vuelve a la carga el Sr Llarás, esta vez por otro frente, ofreciendo compensarme los perjuicios económicos y morales que me ocasione el desistimiento (intereses capital invertido, gastos, honorarios, etc.). Contesto que no creo llegado el momento de tratar este punto, que estoy pendiente de una entrevista con el ministro de Información, pero que, en todo caso, debía partirse de lo pactado contractualmente, es decir la devolución doblada de los 25 millones entregados en arras. Dice que desde luego ello es imposible pero ofrece 5 millones y luego siete. Admito que ello podría ser una base siempre y cuando el Ministerio autorizase a mi grupo a adquirir una participación en *El Correo*, supuesto que los actuales propietarios lo quisieran vender.

Acepta inmediatamente y se dispone a llamar al Director general. Le retengo. Tal compromiso está supeditado a que el Sr Valls desee vender acciones de *El Correo* y además no quiero tomar decisión alguna hasta ver el desarrollo de la entrevista con el Sr Ministro que, aunque él afirma no tendrá lugar, creo debo esperar.

La reunión ha sido agotadora. A la salida comprendo que nunca tendré una ocasión tan propicia para abandonar. Gran parte de los compradores, todos los vendedores y el gobierno verán con agrado mi renuncia. La compensación ofrecida es tentadora, teniendo en cuenta, además, que realizo un bonito negocio con las acciones adquiridas el año pasado y que parece posible mi intervención en *El Correo Catalán*. ¿Por qué no renunciar? Si obtengo finalmente la aprobación tendré serias dificultades para reunir el dinero y personalmente me veré forzado a efectuar

una inversión, medianamente rentable, por encima de mis posibilidades.

Creo, sin embargo, que en un asunto de esta índole sería indigno el retirarse. Sólo quedaré tranquilo conmigo mismo si pierdo el asunto después de agotadas todas las posibilidades, y ahora quedan algunas. Si logro la aprobación oficial espero renazca el entusiasmo entre los compradores y la confianza en los vendedores. Además no puedo defraudar a tío Eduardo, Gomis, Valls y otros que siguen el asunto con entusiasmo. De todas formas soy consciente que si fracaso en esta última tentativa mi retirada será más difícil y desventajosa, pues visto su sistema de proceder parece utópico confiar en su caballerosidad.

Volvamos al hilo de la historia. Para forzar la entrevista con Sánchez Bella, convenimos con Gomis que debo renunciar a otra que tengo pendiente con Fernández Sordo (Director general). Consecuentemente le llamo y le expongo que dada la importancia que tiene para mí este asunto, creo mi deber agotar todas las posibilidades y tratarlo directamente con el Ministro. Comprende mi posición y se manifiesta dispuesto a preparar él mismo una entrevista.

Gomis prepara entretanto un escrito para presentar a Sánchez Bella del que manda copia con una carta explicativa al ministro de Justicia para que insista en la entrevista. La convocatoria llega a los pocos días. Renacen las esperanzas.

La entrevista, que tiene lugar el día 3 de marzo con asistencia del Director general y D. Juan Prats, no difiere gran cosa de las anteriores. A pesar de haberla preparado con cuidado, constato mi inhabilidad para despertar su confianza en mi grupo o colocarle moralmente en una situación embarazosa. Suelta el disco acostumbrado asegurando que el gobierno no pretende apoyar a Llarás, sino impedir la transmisión a un grupo que, según sus informaciones, es peligroso. Detrás de los nombres que yo cito están, quizás sin mi conocimiento, otros totalmente antigobierno. Arguyo que indirectamente al rechazar los nombres de todos los compradores que propongo obligan a los accionistas a vender forzosamente al Sr Llarás. Me dice que ello

no es cierto pues el Ministerio estaría dispuesto a autorizar la compra, por ejemplo, a D. Domingo Valls. En vista de que no logro avanzar, y quiere finalizar la entrevista, le entrego la nota preparada por el amigo Gomis, que promete estudiar. (Documento nº 3.)

A mi vuelta a Barcelona, vista la imposibilidad de obtener la aprobación oficial, y de reunir sin ésta el suficiente capital (165 millones aproximadamente) para llevar adelante la operación tal como estaba proyectada, decido desistir.

A tal fin reúno a los vendedores y les comunico mi decisión, dejándoles en libertad para concluir la operación con Llarás. Para su mayor tranquilidad renuncio a llevar las conversaciones con él para ultimar los detalles, proponiendo lo haga Prats, y dejo en sus manos mi indemnización, fijando un mínimo de cinco millones y, posteriormente, de tres. No exigo la devolución de los 25 millones entregados que algunos me ofrecen, para no colocar a otros en situaciones delicadas y para no abandonar totalmente el campo en manos de Llarás.

Al propio tiempo, acordamos con Domingo Valls aprovechar la oportunidad que nos ha brindado Sánchez Bella y hacer una oferta a su nombre. Desgraciadamente a pesar del importante refuerzo de capital ofrecido por los Sres Santacreu, Montalt, Más-Conti y otros no podemos reunir más de 100 millones; seguimos contando, teóricamente con Molins, aunque rehuye claramente todo contacto. Cabría intentar ampliar la cifra con la entrada de nuevos elementos, pero temo que se diluya tanto la primitiva ideología que el esfuerzo carezca de objetivo. Además no creo disponer de tiempo suficiente.

Presentamos pues una oferta de compra del 40 % de las acciones. La personalidad del Sr Valls resulta grata a los Sedó y, en principio, parecen aceptar la propuesta. Ello exige, sin embargo, limitar el ánimo de venta. En cuanto a 688 acciones el deseo de venta es incontenible. Controlamos las 776 pertenecientes a F. Peris Mencheta Jr y los Sedó-Conde (incluidas las mías). La decisión estriba pues, en las 556 controladas por Alfredo Sedó. Este nos desconcierta constan-

temente con sus cambios de opinión no pudiendo convencerle las repetidas intervenciones de mis cuñados.

Llarás, enterado de mi desistimiento, desaparece del mapa a pretexto de unas vacaciones, sin tomar contacto con Prats ni concretar por tanto los detalles de la venta. Desde ahora eliminada la competencia, por la autoridad competente, cambia totalmente de táctica adoptando una actitud similar a la descrita en los libros de economía bajo el título «Abusos del monopolio». Dicha actitud se ve favorecida además por la no disimulada pasión de venta de los accionistas.

Inesperadamente me llama la secretaría del Sr López Rodó concediéndome una entrevista solicitada por mí el mes pasado. Acudo el 16 de marzo con mi cuñado Antonio Sedó. Encima de la mesa tiene la carta y nota remitida por Gomis al ministro de Justicia subrayada en rojo en algunos puntos. Me pregunta el estado del asunto, pues él ha estado algo desconectado del mismo últimamente, y, al decirle que no hemos recibido respuesta del Sr Sánchez Bella a mi nota, dice que él está totalmente de acuerdo con la misma. Que cree que la distribución de acciones que se propone (51 % grupo familiar, 16,3 % grupo PESA, 16,3 % grupo primitivo mío y 16,3 % grupo independiente) es un acierto y que por su parte está dispuesto a apoyarla junto con el Sr Oriol ante el Ministerio de Información, basta con que yo le confirme los nombres incluidos en cada grupo. Imagino que ya conocía mi imposibilidad de confirmarle los nombres del grupo PESA por el continuo escurrirse del Sr Molins. De todas formas, en aquel momento no ví la trampa, le agradecí cordialmente su intervención y le prometí enviarle la lista completa lo antes posible.

En el viaje de vuelta me dí cuenta de lo difícil que sería lograr la distribución equilibrada que aprobaba el ministro sin la colaboración de Molins, y de cuán distinta debiera haber sido mi reacción en la entrevista.

Los hechos confirman mis temores. Mis desesperadas tentativas por verme con Molins fracasan estrepitosamente. Una terrible epidemia de funerales insoslayables impiden

las entrevistas penosamente concertadas. Dado que esta táctica, desgraciadamente, ya me era conocida de antiguo, el día 19 le envío por conducto notarial una amable carta poniéndole al corriente de los acontecimientos, invitándole a atenerse a lo pactado y dándole el plazo de una semana para ponerse en contacto conmigo (Documento nº 4). Expira el plazo sin novedad. Sin su concurso, aparte de no tener el apoyo de López Rodó, carezco del capital suficiente para la operación primitivamente planteada. Finalmente, cuando ya es demasiado tarde, logro verle y forzarle a que aporte una cantidad simbólica, pero no a que se haga cargo de la parte asignada en el reparto.

Con ello pierdo las últimas esperanzas de llevar el asunto a buen fin, pues Alfredo Sedó se muestra finalmente inmovible en su deseo de venta.

Se acerca el 30 de abril, fecha en que expira el plazo para ultimar la operación pactada en 30 de octubre y Llarás no da señales de vida. Me llegan rumores de que Alfredo Sedó, debido quizás a un malentendido sobre mis supuestas pretensiones de cobrarles las arras, está organizando una campaña para remitirme colectivamente un requerimiento notarial denunciando el incumplimiento de mi compromiso de compra. Ante tal inconsecuencia, y aunque no creo lo efectúen, me reúno con ellos y les hago ver lo grotesco que resulta que sean ellos mismos, que tantas veces me han pedido que desista de mi propósito, quienes me acusen de desistimiento. Cuando pedían que rescindiese el compromiso para quedar en libertad de vender a Llarás, ¿lo hacían ya con el propósito de demandarme luego por incumplimiento? Se convencen fácilmente y quedo tranquilo en este aspecto.

Mi situación frente a Llarás, en cambio, es muy débil. No puedo forzar a los vendedores a aceptar la oferta Valls por abarcar menos acciones que el compromiso firmado; no puedo llevarlo adelante, por no tener, ni poder aparentar aprobación oficial, ni disponer, sin ésta, del dinero suficiente. Además la intimididad de Llarás con Francisco Peris Mencheta ni siquiera me permite escudar mi debilidad con la apariencia de que los vendedores acepten la solución Valls. Llarás sabe

perfectamente que quieren verterle a él por adquirir todas las acciones y por tener garantizada la aprobación oficial.

Juan Prats intenta inútilmente que Llarás mantenga el pago al contado y los siete millones de indemnización que había prometido. El pago se hará en cuatro plazos, a lo largo de un año y medio, siendo los últimos los más importantes. Primero se habla de abonar un interés del 6 % sobre los plazos aplazados que luego también se desvanece. Mi indemnización se limita al importe de los intereses al 10 % sobre los 25 millones, durante seis meses, redondeado hasta 1 500 000,—.

Todo se acepta; por mi parte niego mi conformidad, pero por no poner en peligro los intereses de mis parientes y por no tener tampoco armas eficaces con que oponerme, dejo en sus manos la decisión.

En 28 de abril tenemos una reunión multitudinaria en Manufacturas Sedó, con Llarás y su abogado (Sr Soubriet) y todos los vendedores. Se concreta la forma de llevar a cabo la operación, recayendo sobre Prats y sobre mi la redacción de documentos. A partir de este momento entiendo que dejo de actuar por mi cuenta y paso a representar profesionalmente los intereses de los vendedores. Al menos así lo da a entender el hecho de que se me encargue la redacción y revisión de los contratos, y de ser el único que mantiene contactos con el letrado de la parte contraria, Sr Soubriet.

Dado que la firma se prevé inminente acordamos con los vendedores que la devolución de los 25 millones entregados por mí se efectúe cuando entregue Llarás el primer pago.

Adopto esta decisión por tres motivos:

- 1.^a Alguno de los vendedores no podría devolverme fácilmente el dinero.
- 2.^a Creo interesante seguir manteniendo esta cuña que permita reemprender la oferta si se presenta la ocasión.
- 3.^a Veo que es la mejor garantía para los vendedores de que se haga la operación y se haga al precio pactado.

En su papel de « monopolista », Llarás dicta su ley:

La semana prevista inicialmente para formalizar la operación se alarga de forma indefinida. Cada vez que Prats o Sedó logran hablar con él, dice que es cuestión de un día o dos. En este plan pasan más de 40. Ello representa para mí una pérdida, pues el millón y medio de intereses se calculó hasta el 30 de abril y se está acabando mayo.

Por dos veces, con documentos preparados y aceptados por todos, aplaza la firma en el último momento, sin tener siquiera la educación de excusarse o avisar personalmente. Por un momento parece que los vendedores reaccionan e intentamos con mis cuñados transformar en acciones los 25 millones entregados. Ello quizás decide a Llarás a salir de su letargo.

Fracciona el primer pago en dos pretendiendo y obteniendo se firme la venta a la recepción del primero; el día de la firma se presenta con los 25 millones en billetes y, después de repartir éstos entre todos los accionistas, las letras avaladas no llegan, debiendo efectuarse nuevos documentos.

De esta forma el compromiso se firma en tres etapas y multitud de rectificaciones y cláusulas adicionales: 7 de junio, 9 y 16 de julio. En la primera fecha se firma también con los vendedores la rescisión de mi compromiso con la adición de la siguiente cláusula:

- «En vista de las insuperables dificultades administrativas surgidas para llevar a feliz término el presente compromiso y en interés del vendedor en realizar, no obstante, la venta de todas las acciones que tenía comprometidas, las partes, de mutuo acuerdo, han decidido desistir del mismo sin que entren en juego, por tanto, las arras penales.
- «Respecto a la cantidad entregada a cuenta, dada la inminente compra de las mismas acciones por D. Eugenio Llarás, la percibirá

» directamente Doña Gloria Sedó de dicho Sr junto con sus intereses al 10 % anual, » en el mismo momento de realizarse la » operación. Barcelona, veintidós de abril de » 1971.»

La cláusula, acordada en 22 de abril, se firma en 7 de junio. Dos días después, y junto con los correspondientes intereses, devuelvo los 25 millones a sus propietarios. Y ésta es la historia.

Creo que mi actuación ha tenido las siguientes consecuencias:

a) Para los vendedores. Retrasar algo la operación y aumentar en 25 000 ptas/acción, equivalentes a 50 millones, el precio de venta.

b) Para los compradores. Aparte del correspondiente aumento de precio, algunas molestias.

c) Para los que me financiaron bastantes inquietudes y un rendimiento de la inversión discreto.

d) Para mí. Un importante dispendio de energías y tiempo sin contrapartida material, aunque con momentos lo suficientemente atractivos para estar dispuesto a empezar de nuevo, intentando evitar los errores cometidos.

Del millón y medio, pagado por Llarás en concepto de intereses, correspondientes al periodo 30 octubre/30 abril, me he quedado 92 000 pesetas para cubrir mis gastos y he entregado 1 408 000 ptas a los diversos capitalistas que financiaron la operación.

Estoy gestionando que los vendedores se hagan cargo de los intereses correspondientes al periodo 1 de mayo/7 de junio y especulo con la posibilidad de presentar mi minuta por los servicios profesionales prestados a los vendedores desde el 28 de abril.

Barcelona a 25 de julio de 1971.

Anexos

NOTA que formula DON ANTONIO BOTEY SERRA, relativa a las circunstancias que se han producido con ocasión de la transmisión de una parte de las acciones de la sociedad editora de EL NOTICIERO UNIVERSAL de Barcelona:

En enero de 1970 compré un lote importante de acciones de dicha sociedad, por el interés que tenía en el periódico y previendo su eventual futuro.

Al comprar dichas acciones mi propósito era poder continuar el periódico con la nueva generación de la misma familia, cuando se efectuase el inevitable relevo de generaciones. Mi ilusión era que la familia fundadora del periódico, reforzada por un grupo de personas amigas y entusiastas, que aportase imprescindibles medios financieros pudiera continuar rigiéndolo, y era para mí un motivo de orgullo familiar y de vocación ilusionada por la gran labor que puede desarrollar un periódico de sus características: objetividad, independencia, alejamiento de todo sectarismo ideológico o económico y de toda actitud retórica. Desde el primer momento mi vinculación familiar, honor e ilusión vocacional me llevaron a esta decisión, y todo el mundo sabe que donde existe honor e ilusión, existe un acicate irrenunciable.

Mi tío DON FRANCISCO PERIS MENCHETA, Consejero delegado de la sociedad editora de EL NOTICIERO UNIVERSAL, e hijo de su fundador, vino a rubricar con su gesto familiar y entrañable esa decisión de unión y continuidad de la nueva generación en la misma empresa, honrándonos con su confianza y trasladándose personalmente a Madrid para presentarme en mi nueva representación a las autoridades.

Pero entretanto, actitudes a las que voy a referirme y que no me atrevo a juzgar han venido a sumirnos a toda la familia en desconcierto, desolación y perplejidad.

Se trata de exponer como caso de conciencia las circunstancias que se han producido, que me abruman y que condicionan mi decisión para rogar que desaparezcan presiones vela-

das o inaceptables, que interfieren mi libertad para asumir mi propia responsabilidad.

En octubre de 1970, DON EUGENIO LLARAS hace una oferta de compra de las acciones a razón de 100 000 ptas/acción. Pero existe un pacto privado de previa oferta entre accionistas; yo había previsto este momento y encontré en mi familia una adhesión ilusionada a mi propuesta. Me comprometí, pues, a la compra de las acciones; además no a 100 000 ptas/acción sino a 125 000 ptas/acción. Continuarían como Consejero delegado DON FRANCISCO PERIS MENCHETA de por vida, y los demás consejeros de la familia que desearan continuar, pues dadas sus circunstancias personales nada podía coadyuvar mejor al espíritu de continuidad familiar deseado por mí. La mayoría de la generación joven comparte mi ilusión; por ello, muchos deciden conservar las acciones y formamos así un grupo familiar de la nueva generación. El resto se adquiriría en su día por personas amigas, representantes destacados de una generación que merece respeto por sus obras y su iniciativa creadora, y que comparten también nuestra ilusión sobre la gran misión de la prensa.

Al día siguiente de llegar a este acuerdo familiar, se iniciaron casi simultáneamente las llamadas, una inspección a la empresa, advertencias, presiones, cautelas, regateos, insinuaciones y entrevistas encaminadas a que ceda una parte importante de las acciones al Sr Llaras y al grupo PESA. Se me dice que en mi grupo existen personas de ideología política marcada y peligrosa, pero no se me señala cuáles son estas personas para poderlas eliminar. Se me conmina constantemente para evitar ninguna transmisión que no haya sido previamente aprobada, pero para que sea otorgada la autorización correspondiente se subordina ésta a que consiga el previo acuerdo con el Sr LLARAS, y éste dice que sólo acepta el acuerdo si él adquiere la mayoría. Se me reitera, no obstante, que ceda un 16 % al Sr LLARAS y otro 16 % al grupo de DON CASIMIRO MOLINS, el primero vinculado al Banco Condal y el segundo a PESA con lo que quedaría un 32 % en manos de este grupo, lo que el Sr LLARAS me dice que no acepta, ni yo tampoco puedo aceptar. No

quiero alargar más esta nota, con el agobio que produce el solo hecho de enunciar todas estas agotadoras y contradictorias incidencias a lo largo de los últimos cuatro meses.

En mi acuerdo con DON CASIMIRO MOLINS, un 51 % quedaba en poder de la familia propietaria del periódico y otros familiares de la misma; un 16,3 % se cedía a los socios barceloneses de la Sociedad Editora PESA, que habíamos acordado conjuntamente con el Sr MOLINS, otro 16,3 % se cedía a una serie de personalidades barcelonesas acordadas también en principio con el mismo Sr MOLINS por inspirar confianza a ambos y para evitar sorpresas, y el 16,3 % restante quedaba para mi primitivo grupo, muy reducido como consecuencia de este acuerdo.

Yo creo que en cuanto al 51 % de carácter familiar no habrá duda respecto a la confianza que pueda merecer. Ochenta y tres años al frente del periódico es tiempo suficiente para dar a conocer una forma de actuar, y no creo que existan motivos para suponer que la actual generación es peor que las precedentes. Cediendo el 16,3 % a personas del grupo PESA que merezcan la confianza del gobierno, ¿no parece que con el 67,3 % del capital social, 51 % de mi familia más 16,3 % de PESA queda ya holgadamente garantizada la confianza, continuidad y solvencia informativa que el periódico pueda inspirar? Pero, además, respecto al 32,6 % restante, para un 16,3 % los nombres de los futuros partícipes los había escogido de común acuerdo DON CASIMIRO MOLINS siguiendo la recomendación que me hizo DON LAUREANO LOPEZ RODO; y me reservaba sólo de libre elección un 16,3 % para el primitivo grupo de mis amigos, escogidos entre personas de reconocido prestigio y capacidad.

Es evidente que yo deseo, dentro de nuestra sociedad, un clima tranquilo, de amistad y lealtad, pero mi experiencia de estos cuatro meses de continuas presiones cerca de distintos miembros de mi familia, me han quitado todo sosiego y me han llenado de recelo hacia quienes así pueden producirse, aun estando fuera de la sociedad. ¿Qué sucedería una vez dentro? Es evidente que yo no puedo

admitir como accionista de importancia a quienes siguiendo esta trayectoria pudiesen mantener la desazón y provocar el rompimiento de la unidad familiar para hacerse con la mayoría como sea. Yo no puedo ceder una participación cuya importancia llegara a facilitar este riesgo. En mi deseo de complacer a las personalidades que me lo han pedido, cedería con mucho gusto el 16 % que acordé con DON CASIMIRO MOLINS, y aún, reajustando participación hasta el 20 % (10 % grupo MOLINS y 10 % grupo LLARAS) pero por las razones dichas, después de lo sucedido y para la buena armonía social, lamento no poder ceder una parte mayor.

¿Son verdaderamente peligrosos los nombres que han sido propuestos en mi acuerdo con el Sr MOLINS, como se me ha dicho vagamente, pero sin ninguna concreción? ¿Tan peligrosos a pesar de tener una proporción inferior al 29 %? Y aún, ¿son todos ellos tan peligrosos en mi lista como para poder llegar a alcanzar tal proporción? Sinceramente para mí son personas leales, de honor y con grandes virtudes. Si contra toda lógica se produjera una aislada excepción —teóricamente posible en cualquier caso— no se ve cómo pudiera tener una peligrosa consecuencia.

Creo que interesa al Estado y al bien común la existencia de periódicos independientes, responsables y que tienen por sí mismos una larga tradición constructiva. El principio de subsidiaridad, el orden natural, están a favor de esta tesis. Si otros creen conveniente disponer de periódicos de diferentes características, pueden fundarlos, pero no existe ninguna razón moral, ni ética, ni jurídica, para eliminar a quienes consideramos que constituimos un valor constructivo para la sociedad.

Si el Sr LLARAS merece confianza, ¿por qué yo no? Esta cuestión de confianza es lo que deseo someter respetuosamente a la consideración del Sr Ministro de Información para que pueda producirse por mi parte una definitiva actuación.

Barcelona, quince de febrero de mil novecientos setenta y uno.

Anexo 2

GRUPO A. « Familiar »

FRANCISCO PERIS MENCHETA GUIX
ALFREDO SEDO PERIS MENCHETA
LUISA SEDO PERIS MENCHETA
ANTONIO SEDO PERIS MENCHETA
FRANCISCO PERIS MENCHETA GIRONA
ANTONIO SEDO CONDE
GLORIA SEDO CONDE
ARTURO SEDO CONDE
JAVIER SEDO CONDE
JORGE SEDO CONDE
JUAN BOTEY RIERA
FRANCISCO LUZURIAGA TOBALINA
JOSE BOTEY SERRA
ANTONIO BOTEY SERRA
JUAN BOTEY SERRA
RAMON BOTEY SERRA

GRUPO B. « Prensa Económica S.A. »

AGUILAR OTERMIN, JAIME
CARNER SUÑOL, JAIME
CRUYLLES DE PERTALLADA, SANTIAGO
DURAN FARELL, PEDRO
ENRICH VALLS, FRANCISCO
FERRER SALAT, CARLOS
FRADERA BUTSEMS, SANTIAGO
MOLINS RIBOT, CASIMIRO
NOGUER SUÑOL, JOSE
RIBERA ROVIRA, ANDRES
RODES, LEOPOLDO
UDINA MARTORELL, SANTIAGO
VILAPLANA RIBAS, JOSE M^a

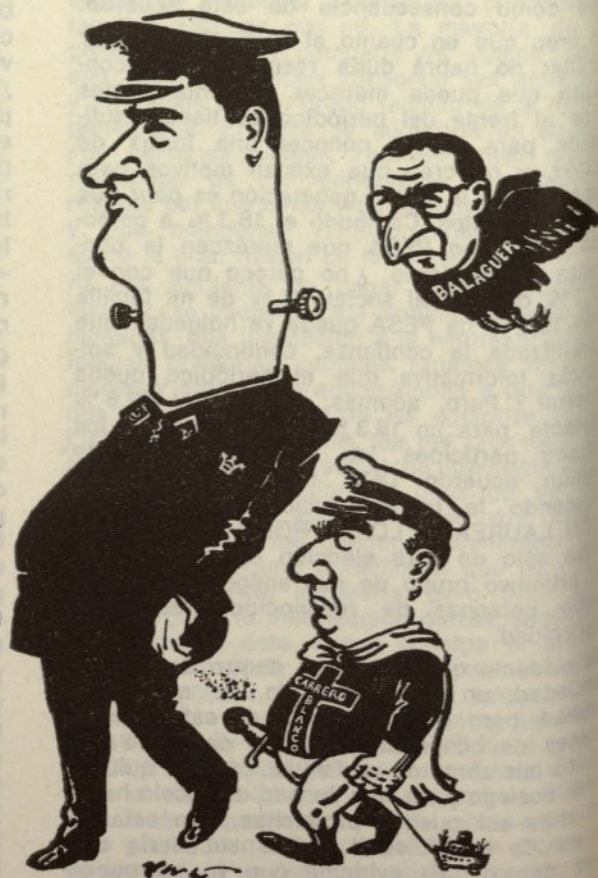
GRUPO C. « Primitivo Grupo comprador »

CORBERO, PEDRO
FABREGAT PIFERRER, JOSE M^a
RAVENTOS BLANC, JOSE M^a, MANUEL Y RAMON
SERRA MARTI, ANTONIO
VIDAL ARDERIU, IGNACIO

GRUPO D. « Independientes »

AMAT, MIGUEL
CAMPS, PEDRO
CASANOVA PUIGCERINARELL, JOSE M^a
COROMINAS VILA, ENRIQUE
FARRE RAVENTOS, MIGUEL
FRANCESCH, JOSE LUIS

GARCIA NIETO, RAMON
GRASES JOVER, CARLOS
MAS CANTI, JUAN
MAS SARDA BOVE, ARTURO
MAS SARDA CASANELLAS, FRANCISCO
MAS DE XAXAS, SALVADOR
MONTALT COSTA, AGUSTIN
PICH GIRONA, RAFAEL Y JOSE ANTONIO
PRAT, TEODORO
PUIG PLANAS, ANTONIO
RIERA SALA, PABLO Y ROSENDO
SANLLEN, FRANCISCO
TRIAS FARGAS, RAMON
VALLS TABERNER, DOMINGO
VILA MARSANS, JOSE
VILADOMIU PORTABELLA, PEDRO



**EL EMIGRANTE ESPAÑOL,
UN VIAJERO
DE IDA Y VUELTA**

Un trabajo
romántico

LES IMÁGENES
DE LA TERRE

Y mientras tanto...



El tecnócrata

Tostado estoy al sol que más calienta,
Subiendo sin cesar, cuestas abajo.
Lamer las botas es mi gran trabajo,
Decir amén lo que mejor me sienta.
Con su dinero el Opus Dei me tienta
Y me lleva hacia arriba desde abajo.
Decoro y dignidad mando al carajo,
Y la vergüenza... que también revienta.
Mi profeta supremo es don Laureano,
Ecija y Sierra Morena, mis amores,
Y los grandes bandidos sicilianos
Fueron de nuestra tropa inspiradores.
« Repleto está nuestro bolsillo, hermanos,
Con el truco de los ordenadores. »

**Trabajar en
el Servicio de Información
no es llevar una vida
aventurera
ni hacer juegos de manos**



SANCHEZ BELLA INAUGURANDO UN NUEVO REPETIDOR
DE TELEVISIÓN ESPAÑOLA.

Si guapo soy, yo se lo debo al cielo
Que me hizo sandunguero y morenito.
Si viajo mucho, soy como el mosquito
Que arriesga todo, si se acaba el vuelo.
Si libre estoy, es que tupido velo
Hizo olvidar el cuerpo del delito,
Y en las varias naciones que visito
De España doy versiones en camelo.
Gracias a mí, el Peñón fue rescatado,
Se hizo por fin la paz en Medio oriente
Y en Carabobo fui condecorado.
De Wáshington, la poderosa gente
A precio de oro, las bases ha pagado,
¡ Que tal es mi belleza inteligente !

Novedad Ruedo ibérico

Xavier Domingo

El dinero del opus es nuestro

Esperpento ibérico ejemplar. Con la especial advertancia de que cualquier parecido de los personajes con los de la realidad nacional sería puro producto de ópticas ilusiones.

160 páginas

16,50 F

Novedad Ruedo ibérico

Ian Gibson

La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca

Sumario

Prólogo. Introducción. Granada. Federico y la República. Granada antes del holocausto. La guerra civil y la caída de Granada. La detención de García Lorca. Muerte al amanecer; Fuente Grande. La motivación. Propaganda. Conclusión. Bibliografía sobre la muerte del poeta. Notas. Apéndices e índices.

194 páginas

16 planchas de ilustraciones

24 F

Opus Dei : asociación no constituida legalmente, y con fines distintos de los que aparenta.

Argumentación de Alberto Royuela Fernández

Al Juzgado de Instrucción

ALBERTO ROYUELA FERNANDEZ, Consejero local del Movimiento por Barcelona, con domicilio en la calle Vilamarí nº 2, piso 5º y Documento Nacional de Identidad nº 38 001 957; ante el Juzgado de Instrucción respetuosamente comparece y como mejor en derecho proceda DICE:

Que en cumplimiento del deber que le impone el artº 262 de la Ley de Enjuiciamiento criminal, formula **DENUNCIA CRIMINAL** contra los directivos y miembros de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei, cuyo domicilio se desconoce, por los delitos de **ASOCIACION ILEGAL** del artº 172 y s. y del artº 164 bis a) por actos contra el Movimiento Nacional, todos ellos del vigente Código penal y en su virtud paso a exponer las siguientes circunstancias:

1.º Que con fecha 2 de febrero de 1947, Su Santidad el Papa Pío XII, promulgó la Constitución Apostólica **PROVIDA MATER ECCLESIA**, que creaba los Institutos Seculares definidos en el artº 1, y siguientes, como: Asociaciones de clérigos y laicos, cuyos miembros para alcanzar la **PERFECCION CRISTIANA** y ejercer plenamente el **APOSTOLADO**, profesarán practicar en el mundo los consejos evangélicos...

2.º Que el 24 de febrero de 1947 se aprobó el **DECRETUM LAUDIS** que establecía que el Opus Dei era el primero entre dichos Institutos Seculares, constando así en el Anuario Pontificio de 1964, página 871, como: Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei, fundada el 20 de octubre de 1928, aprobada en junio de 1950. Fin: Defender en toda clase de sociedad civil y especialmente en la intelectual, la vida de la **PERFECCION EVANGELICA**. Protector Excmo Sr Cardenal Ciriari [sic], Monseñor José María Escrivá de Balaguer, Presidente General, Dr Pietro Casciaro, Procurador General, etc.

3.º Que en virtud del vigente Concordato entre España y la Santa Sede, de fecha 27 de agosto de

1953, el artº 4º, párrafo 1º, establece: el Estado español reconoce la personalidad jurídica y la plena capacidad de adquirir, poseer y administrar bienes de las Instituciones religiosas existentes en España a la entrada en vigor de este Concordato, constituidas en virtud del Derecho canónico, en particular a las Diócesis con sus instituciones anejas, a las Parroquias, a las Ordenes y Congregaciones religiosas, Sociedades de vida en común y los Institutos seculares de Perfección cristiana, canónicamente reconocidos, sean de Derecho pontificio o diocesano y a sus provincias y a sus casas...

3-1. Que el artº 34 del vigente Concordato establece: Que las Asociaciones de la Acción Católica Española podrán desenvolverse libremente en sus **apostolados**, bajo la inmediata dependencia de la jerarquía eclesiástica, manteniéndose por lo que se refiere a actividades de otro género en el ámbito de la legislación general del Estado español.

3-2. El Estado español regula los restantes fines de otro género de Asociaciones, en la Ley pertinente del 24 de diciembre de 1964, cuyo artº 2 dice: Uno. Las Asociaciones constituidas según el derecho canónico a que se refiere el artº 4º del Concordato vigente y de las Asociaciones de Acción Católica Española en cuanto desarrollen fines de **apostolado religioso**, quedan excluidas del ámbito de aplicación de la Ley, manteniéndose dicha competencia, por lo que se refiere a **actividades de otro género**, de acuerdo con el artº 34 del Concordato, dentro del ámbito de la **Ley de asociaciones**.

3-3. Por último todas las Asociaciones que se constituyan sin cumplir los requisitos legales o con fines tipificados en el artº 172 y siguientes del Código penal vigente, son sancionadas por él mismo como **ilegales**.

Esta ilegalidad se hace más patente si bajo cualesquiera disfraz o enmascaramiento la asociación ilegal se constituye o tiene fines políticos, toda vez que el principio 8º de la Ley de principios del Movimiento nacional especifica que toda organización política al margen del sistema representativo del Estado español será considerada ilegal.

tambien yo tengo... un HIJO MISIONERO

La Prensa no había sido
puesta sobre aviso



Una suma (150.000 pesetas) que, puesta a rédito, sirve para cooperar al mantenimiento de un joven aspirante misionero.

El donante pasa a ser padrino o madrina de un misionero y participa de todos sus méritos, oraciones y apostolado.

Es el medio más eficaz y duradero de ayudar económicamente a las misiones.

Se puede entregar también a plazos o fundar becas temporales: de un año, 3.000 pesetas; hasta el sacerdocio, 30.000 pesetas.

SIRVASE
BIEN FRIA



● Cuando en la presencia de Dios os disponéis a hacer vuestro testamento para disponer para siempre de vuestros bienes:

● ACORDAOS DE LOS MILLONES DE HOMBRES QUE VUESTROS MEDIOS ECONOMICOS PUEDEN AYUDAR A SALVAR.

● Si queréis constituirnos vuestros herederos o legatarios, éste es nuestro nombre oficial: Hijos del Sagrado Corazón de Jesús, Misioneros Combanianos, Calle Arturo Soria, 101 Madrid.

● Añadiendo a vuestras disposiciones las siguientes fórmulas: "Para sus obras de culto y de apostolado". El Instituto está exento de impuestos.

misas para las MISIONES

AMIGOS SACERDOTES

Si queréis ayudarnos, tenéis a vuestra disposición un medio muy fácil



APLICAD MISAS A NUESTRA INTENCION, DEJANDONOS EL ESTIPENDIO DE LAS MISMAS

Así apoyaréis la obra de nuestros misioneros de un modo efficacísimo, no sólo espiritual, sino también económico, en cuanto que les haréis usufructuar el estipendio de las misas

nota:

Los sacerdotes que deseen ayudarnos de esta manera, tengan la amabilidad de comunicarnos con precisión cuántas misas han celebrado o quieren celebrar a nuestra intención

● La Cruz de Jesús ha redimido al mundo
● Nuestras cruces aplican a las almas la redención de Jesús

DIVINIZAD VUESTRO DOLOR

Sudores, lágrimas, privaciones, dificultades, enfermedades, tentaciones, sacrificios de todo género, etcétera, son monedas preciosas para la salvación de las almas. Ofrecedlas al Señor por las misiones, sin quejas ni rebelión, con fe y amor. Valen mucho más que cualquier otro donativo material

El agua que propaga el fuego



4.º Según se desprende de la conjugación interpretativa de las normas legales detalladas en el número anterior, existen tres clases de actividades, que pueden ser desarrolladas por los Institutos

seculares y Asociaciones religiosas:

- Actividades encaminadas a desarrollar sus fines de apostolado.
- Actividades de cualesquiera otro género, des-

rolladas conjuntamente con dichos fines apostólicos, pero sin tener nada que ver con los mismos, y c) Actividades de todo punto ilegales que nada tienen que ver ni con los fines apostólicos, ni con la Ley de asociaciones, ni con el Derecho común.

Las primeras actividades o sea las apostólicas se regulan por el Derecho canónico o pontificio.

Las actividades de orden distinto al apostolado, pero ejercitadas por tales Asociaciones, deben regularse por la legislación civil, mercantil, fiscal, etc. del Estado.

Las terceras son ilícitas de pleno derecho y sus actividades totalmente prohibidas y sancionadas por el derecho punitivo.

4-1. Ello es lógico, porque las Asociaciones con fines diversos controladas por el Estado son la generalidad y las restantes religiosas son la excepción, sólo en cuanto desarrollen sus fines apostólicos.

La Asociación no constituida legalmente o con fines distintos de los que aparenta, encubriendo actividades de orden político y económico, están tipificadas como ilegales al escapar al control del Estado y contradecir los fines del mismo.

4-2. En este aspecto no cabe la menor duda, que la plena capacidad de adquirir, poseer y administrar toda clase de bienes por las Asociaciones religiosas, de que habla el artº 4 ya relatado y siempre en relación con el 34 del texto del concordato y el segundo de la Ley de asociaciones, está supeditada al desarrollo de los fines evangélicos o apostólicos de tales Asociaciones, ergo si son ilegales, los bienes de las mismas deben quedar al arbitrio de la Ley general del Estado, para su control.

Esta parte denunciante pretende demostrar a los Tribunales: 1.º Que la Sociedad del Opus Dei no es un Instituto Secular. 2.º Que la Sociedad Sacerdotal referida desarrolla actividades económicas al margen de todo apostolado o evangelización. 3.º Que la citada Sociedad desarrolla actividades políticas también al margen de tales fines evangélicos.

Como colofón de todo ello, el Opus [sic] Dei es una Asociación ilícita por no poder existir una asociación que desarrolle fines políticos y económicos dentro de la vigente Legislación general del Estado.

5.º Que los fines apostólicos o evangélicos de los Institutos seculares, en cuya virtud tienen tal carácter y consiguiente legalización son: pobreza, castidad y obediencia, debiendo pronunciar votos privados al efecto, llevando tal perfección evangélica en todo tiempo y lugar con una vida totalmente consagrada a la santificación, siempre bajo la autoridad y dirección de los superiores, hasta el punto de entregarse totalmente al Instituto, que los toma a su cargo y responde de ellos.

Para probar este aserto, el propio fundador del Opus

Dei, en su obra titulada **Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer**, dice:

a) Que al Opus Dei no le interesan votos ni promesas (p. 46, párrafo 4º).

b) Que el Opus Dei está muy lejos de las órdenes religiosas y de los Institutos seculares (p. 46, párrafo 3º).

c) El Opus Dei es una organización internacional de laicos (p. 46, párrafo 4º).

Cree esta parte denunciante que las propias manifestaciones del que figura como presidente de la Asociación Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei, monseñor Escrivá de Balaguer, son un testimonio real suficiente en virtud de la doctrina jurídica de los propios actos, para acreditar que tal asociación no es un Instituto Secular, ni le interesa la perfección evangélica o apostólica, fines por los que había sido autorizado pontificiamente y excluida por tanto del ámbito de la Ley de asociaciones por el Estado español.

Como consecuencia de no estar incluida tal Sociedad del Opus Dei en los fines apostólicos generadores de su legalidad, tal entidad es de hecho y de derecho una asociación ilegal cuyos desconocidos y verdaderos fines se ignoran legalmente, incurriendo en las infracciones señaladas en el artº 172 y siguientes del Código penal vigente, dada la ausencia total de requisitos legales.

6.º Que el Opus Dei desarrolla actividades de carácter económico al margen de los fines apostólicos, está fuera de toda duda. Su demostración es la enorme y fantástica acumulación de riquezas que posee, como es de dominio [sic] y se acreditará en la instrucción de este procedimiento.

En efecto, son del Opus Dei: El Banco Popular Español, Banco Atlántico, Banco Europeo de Negocios, Banco Condal, Unión Industrial Bancaria, Banco de Andalucía, Banco de Salamanca, Banco Castellano, Financiera Euro-Española, Universidades [sic] de Inversión, Crédit Andorrá, Inmobiliaria Cantabria, Inmobiliaria Las Evras, Inmobiliaria General Mediterránea, Constructora Horta, Urbanizaciones Vista Alegre, Las Masías, Solares, Ciudad Jardín de Barcelona, Compañías de Construcciones Augusta, Constructa, Terrasol, Diagonal, por no citar más que las conocidas comúnmente, pudiéndose en la instrucción encontrar otras muchas entidades que el Opus Dei mediante tales bancos y empresas tiene controladas.

No puede existir persona alguna que admita que tales bienes puedan ser estimados como apostólicos y propios de la pobreza evangélica, emergidos súbitamente a la realidad económica del país, si no existiera una actividad de tal carácter promovida con mucha antelación de tiempo y efectos, es decir situada encubiertamente para alcanzar fines comple-

Jesús Ynfante

La prodigiosa aventura del

Opus Dei

Génesis y desarrollo de la

Santa Mafia

1. El fundador del Opus Dei. 2. Las bases de reclutamiento. 3. El Opus Dei y la Iglesia católica. 4. El aparato y los efectivos. 5. La mafia tecnocrática. 6. El Opus Dei y la clase dominante española. 7. El fascismo español: la ideología clerical-autoritaria. 8. El imperialismo del Opus Dei. 9. Apéndice 1. El Opus Dei y la izquierda política española. 10. Apéndice 2. Notas sobre **Camino**, el manual del perfecto clerical-autoritario. 11. Apéndice 3. Las obras corporativas de apostolado. 12. Apéndice 4. Las Constituciones del Opus Dei. 13. Anexo. Los socios militantes y simpatizantes del Opus Dei.

546 páginas

48 F

tamente al margen de la evangélica postura que nos pretenden hacer creer y que presagian finalidades de hegemonía económica y política en nuestra nación ya que el aparato del Estado asaltado subrepticamente, acaba manejado en beneficio de aquellos que tienen la influencia y el poder económico en la sociedad. Por eso, lejos de estar los intereses económicos al servicio de la política, puede suceder precisamente lo contrario, que la política se ponga al servicio de los intereses de la economía propia de tales entidades.

6-1. Es necesario relatar cómo actúan los grupos de presión económico-políticos, como la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei, que actúa de una forma clandestina que suele designarse con palabras extranjeras como **Mafia, Trust**, etc.

a) Cuando la opinión pública bien preparada aparece indiferente a la política, estos grupos de presión emprenden la acción directa contra el poder de una forma oculta, con maniobras sutiles. La acción sobre los poderes públicos o la administración no se deja ver, mediante una técnica de acercamiento a los funcionarios, la cual se enseña en secreto en los grupos de presión. Entre la comida ofrecida de cuando en cuando, los regalos para comprometer y la corrupción pura, hay numerosas situaciones intermedias conocidas por «subterfugios del serrallo».

b) El grupo de presión actúa con dos medios, que la instrucción revelará en sus aspectos más interesantes y que son: la amenaza y la persuasión. Las amenazas pueden llegar hasta el chantaje incluso por cuestiones de vida privada. Hay, claro es, como nos lo ha revelado el caso MATESA, funcionarios y autoridades que están integrados en los intereses privados, mediante procedimientos que no pueden confesar. En general esos medios son más tortuosos de lo que cabe suponerse y su pretensión es influir en todo.

c) Cuando un grupo ha conseguido obtener beneficios importantes y sobre todo ilegítimos, utilizando los bienes de la masa de los españoles o del Estado, les basta con dedicar una parte a la propaganda para mantener su posición, exponiendo incluso argumentos de derecho porque claro es que tales grupos tienen abogados competentes. Todo esto resulta particularmente grave, puesto que el fraude se sostiene por sí mismo. Como ejemplo de ello tenemos en la propaganda los siguientes diarios y revistas: **La Actualidad Española, La Actualidad Económica, Mundo Cristiano, Nuestro Tiempo, Nuevo Diario, el Noticiero Universal, El Ideal de Granada, la Agencia Europa Press, Ediciones Rialp, Rotoprés, S.A.**, etc., por no citar todos ellos.

Estos grupos de presión tienen servicios de estudios, técnicos perfectamente concertados y su actitud se refleja en la reacción vivísima cuando se les contra-

dice o ataca, utilizando la violencia en el lenguaje por su parte.

Todo ello perjudica el interés general y son numerosos los sectores o dominios que sacrifican los intereses privados, finanzas públicas interiores y exteriores, precios de la moneda, de los servicios, salud pública, enseñanza, investigaciones científicas, y de una manera general el porvenir del país que recoge el principio XII de la Ley constitucional del Movimiento como fines del Estado.

d) De esta manera ese capital internacional y deshumanizado de que nos habló el jefe del Estado encuentra su asiento natural y colonizador en nuestra nación que se ve frustrada, envilecida y domeñada. Frustrada porque nunca desarrollará la economía nacional en beneficio del pueblo español.

Envilecida, porque de suyo el capital colonizante necesita de seres serviles y si no se pone a tiempo la efectividad de un freno y de una norma su potencia corruptora acaba siempre siendo incoercible.

Domeñada porque caerá en la cuenta de su extravío y perdición cuando ya España no tenga remedio.

7.º La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei desarrolla paralelamente a sus fines económicos-dominantes, unos fines políticos, con base en tal pedestal.

Efectivamente, el caso MATESA nos descubre esa relación entre la política y la economía siempre unidas, varios ministros, directores generales y altos cargos públicos están complicados, con el nexo común indudable de la coincidencia de pertenecer todos ellos al Opus Dei. Una investigación sobre los miembros de la Sociedad de referencia que ostentan el carácter de supernumerarios y de sus correlativos cargos en la élite administrativa y aún en la económica, nos descubrirán ese poder político que ostenta la obra completamente desproporcionado al número de sus miembros en relación con la restante sociedad española. Y no cabe alegar por infundada, que el Opus Dei posea la exclusiva de la inteligencia, de la ciencia y de la técnica, porque es evidente que existen en la comunidad nacional una inmensa mayoría de ciudadanos privados de los derechos constitucionales de la igualdad de oportunidades y del acceso a los cargos públicos que garantizan las leyes fundamentales, debido precisamente a la deliberada obstrucción de la Secta del Opus Dei.

Pero es que, además, los fines políticos exclusivos del Opus Dei se revelan claramente en la rápida y sucesiva adquisición de los diarios más importantes de la nación, coincidiendo con una campaña televisiva que preconiza la lectura de los mismos «para informarse». La renovación presurosa y masiva de todos los locutores de televisión, la

la prisa es su precio.

**Hoy lo que
más vale
es el tiempo.**

QUIEN MAL ADQUIERE
PARA BIEN GASTAR
NO ES DE LOAR NI
DE ENVIADIAR.

QUE ME QU-
TEN LO BAI-
LAO, ALE



CALIFICACION DEL FISCAL EN EL PROCESO MATEA

Según fuentes informadas del Palacio de Justicia, el fiscal, en su escrito de conclusiones provisionales, acusa a don Juan Vilá Reyes de 417 delitos de falsedad y pide que sea condenado a tres años de prisión por cada uno de estos delitos; de cuatro delitos de estafa, por los que pide que sea condenado a nueve años de prisión por cada uno, y de un delito de cohecho, por el que le pide arresto y multa.

También el fiscal pide que el señor Vilá Reyes sea penado a indemnizar al Estado, como responsable civil de los citados delitos, con ocho mil quinientos millones de pesetas.

Acusa el representante del Ministerio Público de cómplices de los citados delitos a los directivos de MATEA don Fernando Vilá Reyes, don Antonio Trius Pascual y don Luis Banquels Coll, y les pide penas inferiores a las mencionadas.

Por negligencia en el ejercicio de sus cargos, pide el fiscal, para don Faustino García Moncó y don José Espinosa San Martín, sendas penas de diez millones de pesetas de multa, con arresto sustitutorio de dos meses para caso de impago, y para don Mariano Navarro Rubio, cinco millones de pesetas de multa, con un mes de arresto sustitutorio para caso de impago.

También el fiscal acusa de negligencia en el desempeño de sus cargos a don Juan Ginebra Torra, para el que pide cincuenta millones de pesetas de multa, con tres meses de arresto sustitutorio para caso de impago; a don Angel de las Cuevas, para el que pide quinientos millones de pesetas de multa, con arresto sustitutorio de seis meses para caso de impago; a don Luis González Robatto y a don Juan Antonio Ortiz Gracia.

Es posible que en plazo breve pueda haber información más completa, en la que estarán incluidos los demás encartados, hasta el total de dieciocho.

**escoja la mejor ruta
para Miami**

**El confín
de la justicia**

incorporación multitudinaria de los periodistas de la Universidad de Navarra a los medios informativos, incidiendo con una reiterada divulgación de «los futuros candidatos a Procuradores en Cortes y Consejeros nacionales, para la próxima legislatura», nos afirma en nuestro criterio de que el Opus Dei pretende obtener la totalidad de tales puestos y nos indica que la Obra no sólo participa en la política nacional, sino que pretende hacerlo con exclusividad, mediatizando al Estado y burlando los derechos garantizados de los demás españoles.

¿Ante estos hechos de dominio público y evidente constatación en los medios de comunicación, cabe honradamente afirmar que el Opus Dei no tiene fines políticos? Estamos seguros que la autoridad judicial probará en la instrucción lo que estamos afirmando.

8.º Calificación del delito de Asociación ilegal.

El artículo 172 del Código penal vigente reputa asociación ilícita a las que según el apartado 2 tengan por objeto cometer algún delito. En efecto, si se estima como delito la violación de los principios del Movimiento nacional, de conformidad con el artículo 164-bis a, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei es una asociación que tiene por fin oculto y enmascarado realizar actos considerados delictivos por las Leyes fundamentales, con base en la implantación de un régimen que divide a los españoles, entre quienes pertenecen a la Obra y los que no, atentando a la unidad que con la catolicidad, representatividad e igualdad ante la ley, son los principios básicos del Estado español.

La propia sociedad con sus claras divisiones entre supernumerarios, oblatos, etc., es una muestra patente de las diferenciaciones clasistas mantenidas dentro de la llamada Obra, actitud que revela la idea de su mentalidad antisocial.

El citado artículo 172 del Código penal estima como ilegales las asociaciones que se constituyeren sin haber cumplido los requisitos o trámites exigidos por la ley.

Este aspecto del delito hace referencia tipificada a la asociación del Opus Dei porque negando ella misma sus fines de apostolado, que utiliza como pretexto, realiza actividades asociativas de carácter político y económico, al margen de las autoridades y sin ajustar tal actividad a requisito legal de clase alguna.

Concurriendo con las infracciones relatadas, incide el número 4 del artículo 173 del Código penal porque la asociación del Opus Dei intenta la implantación de un régimen basado en la división de los españoles cualesquiera que ésta fuere.

Son responsables de estos hechos los fundadores, directivos y presidentes de la asociación del Opus

Dei, y los que con su cooperación económica, aun encubierta, han favorecido la fundación, organización o actividad de tal asociación.

Delitos contra el Movimiento nacional. De conformidad con el artículo 164-bis a) los que ejecutaren actos o realizaren propaganda contra los principios del Movimiento nacional, declarados permanentes e inalterables, incurrir en este delito.

Las penas impuestas por el Código penal se aplicarán cuando los actos o la propaganda tienda a derogar o modificar, fuera de las vías legales las restantes normas de las Leyes fundamentales.

Siendo las Leyes fundamentales fuente de todo derecho y garantía de todos los españoles, su infracción, innecesario es decirlo, requiere especial gravedad, afecta al orden público y jurídico y todas las autoridades vienen obligadas a cumplimentar sus normas que han jurado cumplir, cualesquiera que sea su nivel o categoría jerárquica.

a) El principio 1º y el 4º de la Ley de principios del Movimiento nacional, consagran la unidad y soberanía de la patria y su integridad, que los primigenios falangistas recogían en el lema «Ni aislamiento internacional ni mediatización extranjera» ya que un pueblo por afán del llamado desarrollo no puede, ni debe jamás, dimitir de su propia dignidad de señor de sus destinos, porque los pueblos no perecen por pobres sino por viles.

Mal pueden compaginarse estos Principios fundamentales con el carácter internacional de la Sociedad del Opus Dei, circunstancia que puede significar que acceda al mando de la misma un súbdito extranjero que utilizando la hegemonía política y económica que ostenta el Opus Dei, atentara a la integridad y soberanía de la nación, en la que el carácter de español, de sus gobernantes y autoridades es exigido por la Legislación fundamental y especialmente por los artos 2, 14 y 16 de la Ley orgánica del Estado. Es por ello que la condición de españoles de los componentes de incluso las asociaciones, en estas últimas salvo autorización especial es exigible lo que indica que al frente de los destinos de la nación no puede estar directa o encubiertamente una autoridad extranjera.

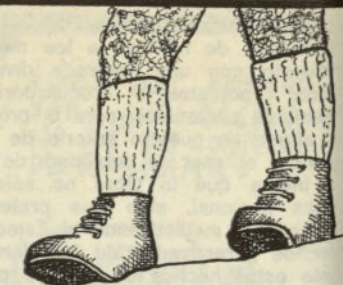
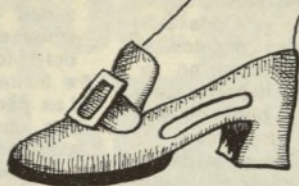
En tal aspecto, conviene recordar que la Masonería, cuyos fines se desarrollan internacionalmente de una manera similar a los del Opus Dei, hasta el punto de llamarse a éste la «Mafia blanca», está rigurosamente prohibida en España por la Ley del 9 de febrero de 1939.

b) El principio 8º de la Ley de principios del Movimiento nacional, dice en su 2º párrafo, que todos los españoles tendrán acceso a los cargos y funciones públicas, según su mérito y capacidad. Tal acceso relatado en el párrafo anterior debe hacerse representativamente a través de la familia, el municipio, el sindicato y demás entidades con

MISERIA DE LOS ZAPATOS

No tiene sentido, decía uno de mis amigos, reflexionar sobre los zapatos. A mí, sin embargo me ha gustado y reflexionar sobre ellos. Tengo la extraña idea de que las cuestiones más complejas se podrían comparar con los zapatos y quizás por esto los zapateros son tan a menudo filósofos. Quizás el destino me ha dado esta convicción. Gran parte de mi infancia la he pasado en la cocina de un sótano; la ventana daba a un pasillo encajonado y cerrado por un enrejado delante de la ventana de la tienda de mi padre. De manera que cuando miraba por la ventana, en lugar de ver como los niños de una educación superior la cabeza y el cuerpo de la gente, veía su base. Y conocí toda clase de tipos sociales, simplemente como zapatos y más exactamente como suelas de zapatos. (H.G. WELLS.)

— «Dime, Hang:
— «¿Te divierte
disparar contra los
aviones?»



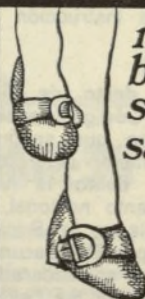
— ¡«Oh, sí, es como jugar...!»

¿Crees que
podrías ena-
morarte de un
norteamericano?



— «Si que podría...»

no se
bebe...
se
saborea



El
drama
nacional

LA
MAFIA



TRATAN DE
CONJUGAR
INTERESES



REQUIERE.
SU VIDA SOCIAL

BOND OPUS N.º 6

representación orgánica que a este fin reconozcan las Leyes.

La Sociedad del Opus Dei atenta contra este principio, porque subordina los méritos y capacidad de los españoles a la pertenencia fanática a la Obra, que solamente apoya a quienes acatan su mandato y obediencia, con lo que se excluye y segregación a los restantes españoles QUE SOLO TIENEN EL DESEO DE SERVIR A SU NACIÓN.

De todos es sabido, por estar en la calle y ser de dominio público, la labor de captación entre intelectuales y políticos que realiza el Opus Dei y las exigencias y condicionamientos de pertenecer a la Obra para llegar a los puestos de importancia en la administración de hoy, casi totalmente ocupada por miembros de la Obra que desde sus puestos de la élite impiden sistemáticamente las asociaciones políticas que preconiza el artº 3º de la Ley orgánica del Estado « para el mejor servicio de la patria ».

¿Cómo pueden los restantes españoles llegar a los cargos y funciones públicas sin los instrumentos legales que canalicen sus opiniones?

Así vemos cómo están surgiendo promociones enteras de políticos imberbes sin experiencia alguna, salidos como vulgarmente se dice del cascarón, recién terminadas sus carreras, accediendo a los más altos cargos mientras la restante juventud española, falsamente desprestigiada, está privada de llegar a puesto alguno, lo que suscita el descontento y consiguientes desórdenes, que de no remediarse puede sumir a la nación en la ruina por incumplimiento de los derechos fundamentales. Coincide con este punto el artº 3º del Fuero de los españoles y el principio 5º de la Ley de principios del Movimiento que establecen la igualdad ante la Ley de todos los españoles sin acepción de personas y clases, cuyos principios son, por ende, violados.

c) El principio 10º de la Ley de principios del Movimiento nacional afirma que la propiedad privada en todas sus formas es un derecho condicionado a su función social, fines fundamentales que recoge también el Fuero del trabajo y las demás leyes económicas de la nación.

El tercer fin fundamental del Estado es la salvaguardia del patrimonio espiritual y material de los españoles. En su virtud, el Estado custodia, ampara y garantiza tales bienes. Los guarda y los favorece y los protege.

El Opus Dei utiliza su hegemonía económica para sus propios fines sustrayendo a la nación tales bienes en detrimento de la misma, perpetrando en este aspecto el delito del artº 562 del Código penal, por apartar tales bienes de los fines y deberes impuestos en beneficio de la economía nacional que nunca hay que confundir con los grupos de presión, como está ocurriendo. La declaración 12 del Fuero

del trabajo hace prevalecer el interés supremo de la nación sobre el particular o de secta, confirmando este criterio por la propia declaración 11 del mismo texto legal.

La Ley orgánica del Estado, en su artº 3º, define entre los fines fundamentales del Estado la promoción de un orden social justo en que todo interés particular quede subordinado al bien común. Por otra parte, la internacionalidad del Opus Dei hace que sus bienes también tengan tal carácter, utilizados supranacionalmente. Es de destacar en este punto el neocolonialismo que la Obra ha introducido en España para asegurarse en el poder político, a tal punto que la industria química, alimenticia, metalúrgica, están en manos del capital extranjero que quiere « desplumar el ganso sin que grazne », volviendo a la violencia depredatoria y soberbia cuyos atropellos, injusticias y fechorías ya conocimos en el siglo XIX.

El principio 2º de la Ley del Movimiento nacional establece la catolicidad del Estado español.

La doctrina católica tuvo siempre al individuo, al hombre concreto de carne y hueso, por fundamento, causa y finalidad de todas las instituciones. El concepto del bien común substancialmente reelaborado por Pío XII y por Juan XXIII considera el bien común como el conjunto de todas las condiciones de vida en sociedad para que los individuos logren con más facilidad su plena perfección humana.

A este respecto, las sociedades secretas como el Opus Dei, constituidas en una u otra denominación han sido condenadas: por Clemente XII en la Constitución IN EMINENTI, 28 de abril de 1738; Benedicto XIV en PROVIDA, 18 de mayo de 1751; León XII en QUO GRAVIORE, 13 de marzo de 1825; Pío VIII en TRADITI, 21 de mayo de 1829; Gregorio XV en MURARI, 15 de agosto de 1832; Pío IX en QUI PLURIBUS, 9 de noviembre de 1846; León XIII en HUMANUM GENUS, 20 de abril de 1884, etc.

La condena es pues la misma, atentar contra la doctrina católica.

El Opus Dei puede ser el definitivo enterrador de la religión católica en España, al comprobar los miembros de la Iglesia que pese a la doctrina católica y a la condena de las asociaciones secretas, la propia Iglesia consiente que un Instituto aparentemente secular, indisponga a todos los creyentes que contemplan las finalidades hipócritas de dominación que bajo capa religiosa realiza una asociación como el Opus Dei.

Concretando, el Opus Dei realiza los siguientes actos:

a) Sosteniendo la idea de que no existen partidos políticos en la nación por estar los mismos prohibidos, disfrazando sus propósitos consigue la autorización legal de una sociedad religiosa, bajo

FINANZAS

El dinero sube
en todos los países

EL

CLERO ESPAÑOL CAMBIA DE MENTALIDAD



Al 5 por 100 en la tierra
Al 100 por 1 en el cielo.

Muchas personas nos escriben:

«Es mi deseo dejar en testamento a beneficio de su Instituto la suma de pesetas. Lo haría con mucho gusto ahora mismo si no tuviese necesidad de dicho dinero para vivir. ¿Aceptaría el Instituto mi donativo ya desde ahora a condición de darme un interés conveniente y permitirme, en caso de verdadera necesidad, retirar parte o todo el capital?»

Les contestamos:

Con viva gratitud recibe el Instituto cualquier suma de dinero que sus bienhechores quieran donar para favorecer el desarrollo de sus obras apostólicas.

Si el donante tiene necesidad de percibir intereses de dicho dinero, el Instituto se compromete a corresponder con el interés del 5 por 100 anual, pagadero por años, semestres o trimestres.

En caso de verdadera necesidad, el donante puede exigir parte o todo el capital, y el Instituto se compromete a devolvérselo. A la muerte del donante, el capital restante queda definitivamente en poder del Instituto.

Esta forma de beneficencia es:

- **MUY UTIL AL INSTITUTO**, que de tal manera dispondría de medios económicos para construir sus casas religiosas, mantener a sus apirantes, editar sus libros, desarrollar sus obras de apostolado, etcétera.
- **MUY PROVECHOSA ECONOMICAMENTE PARA EL DONANTE**, quien, además de un buen interés, tendría el capital asegurado para caso de necesidad, y ello de forma privada.
- **MUY VENTAJOSA ESPIRITUALMENTE PARA SU ALMA**, ya que por realizar en vida su obra de beneficencia participaría inmediatamente como bienhechor insigne de todos los méritos y beneficios espirituales del Instituto, en particular de una *misa* diaria perpetua, y a su muerte disfrutaría de una tanda de misas gregorianas por cada 50.000 pesetas donadas.

aparentes fines evangélicos, captando a los españoles piadosos o interesados egoístamente para su labor de proselitismo.

b) La Sociedad prepara a los individuos de la Obra, especialmente intelectuales, situándolos en los puestos claves de la administración.

c) Tales sujetos utilizan sus propios capitales y los ajenos para utilizarlos en apoyo de la Obra sus-trayéndolos al bien común.

d) Llegados a los puestos públicos llegan al punto de considerar el Tesoro español como base de sus negociaciones, a tal punto de que hoy la mayor parte del oro fino del Banco de España está en los Estados Unidos, donde Mr David Kennedy, tesorero de la Obra, lo utiliza.

e) Sustitución de todos los cargos gubernativos o electivos sea en la forma que sea: elecciones sorpresa, fechas seguidas de días festivos, captación de compromisarios, etc.

f) Establecimiento de una dictadura tecnócrata con dominio absoluto en todos los estamentos oficiales y medios de comunicación y como consecuencia FIN DE LA ECONOMIA NACIONAL.

Los delitos de asociación ilegal y de actos contra los principios del Movimiento nacional son bien claros y corresponde a la justicia en bien de la nación confirmar su existencia en la instrucción, que por la gravedad de la posible existencia de las infracciones no puede rehuirse por autoridad alguna porque el destino de España se está jugando en estos momentos y todavía puede evitarse una catástrofe total desencadenada por una secta secreta, internacional, acatólica, excluyente y desintegradora de la unidad.

Para acreditar todos estos hechos se propone la práctica de la siguiente prueba:

1.º Que se determine y averigüe el domicilio en España de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei.

2.º Una vez concretado tal domicilio, determinar quiénes son los directivos de la asociación para recibirles declaración.

3.º Que por tales directivos se aporte relación de miembros de la Obra en España, así como las constituciones del Opus Dei.

4.º Igualmente tales directivos precisen y señalen los bienes que son propiedad del Opus Dei en España, así como las personas o entidades que les apoyan económicamente.

5.º Se dirija atento rogatorio por conducto diplomático a la Santa Sede, para que ésta si bien lo tiene, emita por igual conducto al Juzgado las constituciones del Opus Dei y la relación de directivos y miembros del Opus Dei.

6.º Se abra una información pública publicada en el Boletín Oficial del Estado y en todos los diarios nacionales para que, cuantas personas o entidades

conozcan miembros o bienes del Opus Dei lo manifiesten ante el Juzgado.

7.º Que por la Policía gubernativa se practiquen las diligencias complementarias o se subsanen las presentes.

8.º Las que procedan y se deriven.

AL JUZGADO DE INSTRUCCION SUPLICA: Tenga a bien admitir este escrito de denuncia contra los directivos y miembros de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei, por los delitos de asociación ilegal y actos contra el Movimiento nacional, de los artículos 172, 173 y 164 del Código penal vigente, y en su virtud incoar el procedimiento oportuno, practicando las diligencias que la más estricta justicia demanda en nombre de todos los ciudadanos españoles el aquí denunciante.

Barcelona a treinta de julio de mil novecientos setenta y uno.

La Santa Sede expulsó de su seno al Opus Dei como asociación religiosa

Al Juzgado de Instrucción

ALBERTO ROYUELA FERNANDEZ, Consejero local del Movimiento nacional por Barcelona, con domicilio en la calle Vilamari, nº 2, piso 5º y Documento Nacional de Identidad nº 38 001 957; ante el Juzgado respetuosamente comparece y como mejor procede DICE:

Que, en cumplimiento de la obligación impuesta por el Artº 262 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, por el presente escrito amplía la DENUNCIA verificada en el Juzgado de Guardia y correspondiente por sorteo entre los de esta ciudad, al Juzgado de Instrucción nº 2, contra la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei, por los delitos de asociación ilegal y actos contra el Movimiento nacional, de los artºs 172 y 164 bis a), pasando a exponer las siguientes circunstancias:

1.ª Que esta parte denunciante sostenía en su escrito inicial de denuncia, que el Opus Dei era una asociación ilegal por no estar inscrita en Registro oficial alguno, ni sometida a la Ley de asociaciones en virtud de su carácter específico de asociación aparentemente religiosa.

Que he venido en conocimiento que la Santa Sede expulsó de su seno al Opus Dei como asociación religiosa, al no haber presentado a la aprobación pertinente la contabilidad de sus bienes y otros requisitos legales, comunes a tales asociaciones.

De ello se infiere que, no siendo el Opus Dei

asociación religiosa, ni tampoco común, por no estar autorizada por el Ministerio de la Gobernación con ámbito nacional, por se, dicha Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei, no está legalizada en modo alguno y, por tanto, es total y plenamente ilegal.

2.^a Que también sostenía esta parte denunciante que el Opus Dei realizaba actividades políticas y económicas al margen del apostolado que generaba su legalidad pontificia y religiosa, maniobrando políticamente desde los puestos clave de la administración, para consolidar su poder económico.

Para probar tal aserto, esta parte denunciante, que no viene obligado a ello según los términos del artº 264 de la Ley en Enjuiciamiento criminal, pues es competencia de la instrucción sumarial, aporta el documento-informe llamado BOTAY, por el que se demuestra como un miembro de la Obra tan calificado y reconocido públicamente como el Excmo Sr Ministro D. Laureano López Rodó, el Excmo Sr Director general de Prensa D. Alejandro Fernández Sordo y otros miembros de la referida secta, han realizado clarísimas coacciones sobre los antiguos socios de la empresa Editorial Mencheta, S.A., propietaria del diario de Barcelona EL NOTICIERO UNIVERSAL, para obtener la venta de las acciones a los miembros del Opus Dei que integran la empresa PRENSA ECONOMICA, S.A., obteniendo en su virtud tal adquisición con las maniobras dolosas que en el informe-documento se detallan y que sin perjuicio de la probanza de la denuncia, son constitutivos de una responsabilidad que será exigida ante el Tribunal Supremo en Pleno, de conformidad con el artº 46 de la Ley de Régimen jurídico de la Administración del Estado.

Sin perjuicio, también, de la aportación de nuevas pruebas que se irán presentando ante ese digno Juzgado de Instrucción, esta parte indica la conveniencia de realizar las siguientes diligencias ampliatorias a las ya solicitadas:

1.º Se oficie respetuosamente a la Nunciatura apostólica de la Santa Sede en Madrid, para que libre y remita certificación de la resolución dictada por la Santa Sede, expulsando a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei de las asociaciones religiosas y por qué motivos.

2.º Se libre oficio a la Dirección general de Correos y Telégrafos para que libren certificación del telegrama cursado por el Excmo Sr D. Laureano López Rodó, en fecha 30 de octubre de 1970, dirigido a D. Francisco Peris Mencheta Guix, expedido en Madrid y recibido en Barcelona a las 3 de la madrugada.


3.º Se reciba declaración a todas las personas que constan en el documento-informe acompañado, en especial a D. Antonio Botey Serra, con domicilio en calle Muntaner, 323, piso 4º, puerta 1ª, para que declaren sobre los hechos que constan en el documento acompañado, especialmente también las visitas a la presidencia del gobierno, entrevistas con el Sr López Rodó, Fernández Sordo, etc.

4.º Las que procedan y se deriven.

En su virtud, respetuosamente,

AL JUZGADO SUPLICA: Que teniendo por presentado este escrito ampliatorio de la denuncia formulada en su día contra la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei, tenga a bien admitirlo, unirlo a los autos de su razón y ordenar la práctica de las pruebas interesadas por ser de justicia. Barcelona, a diez de septiembre de mil novecientos setenta y uno.

DE TODOS MODOS PREFERIMOS EL PLAYBOY



suscripciones:

Ordinario	100,— ptas.	Sacerdotes:
Bienhechor	150,— »	Pueden suscribirse aplicando
Seminaristas	30,— »	dos misas a nuestra intención
Reembolso	106,80 »	C/c.: Banco Popular Español.
Extranjero: USA ...	\$ 3,00	C/ López de Hoyos, 67.
Número suelto: 10 ptas.		MADRID-2.

REDACCION Y ADMINISTRACION: OPUSA

La muerte de Pedro Patiño.

Nota de Jaime Miralles Alvarez

La presente nota fue entregada, en la mañana del día quince de octubre, por el abogado D. Jaime Miralles Alvarez, a los Exmos Sres ministro del Ejército, ministro de Justicia y fiscal del Tribunal Supremo.

1. La circunstancia de que Doña Dolores Sancho Silvestre, viuda de Don Pedro Patiño Toledo, por sí y por sus dos hijos menores, de cuatro y tres años de edad, me haya encomendado su dirección jurídica en relación con todo lo concerniente a la muerte de su marido ha motivado diversas actuaciones, más ante los diferentes órganos jurisdiccionales, administrativos y militares que hasta ahora conocen de las derivaciones del gravísimo hecho a que me refiero.

2. Pero, sólo con ello, no dejaría cumplido mi deber que, en idéntico grado, me obliga a atender también a otros aspectos del mismo asunto, los cuales, rebasando la esfera estrictamente procesal a que dejo hecha alusión, integran todo un acervo de actuación genuina de la Defensa de los justos intereses y derechos cuyo patrocinio tengo confiado.

3. Por eso la presente nota, cuyo contenido trataré de sistematizar en los siguientes apartados:

I. Cómo fue herido de muerte Don Pedro Patiño Toledo

4. El día 13 de septiembre del corriente año, Don Pedro Patiño Toledo, de treinta y tres años de edad, casado, albañil, que vivía con su esposa y sus dos hijos en Getafe, salió de su casa a las siete de la mañana aproximadamente.

5. En unión de Don Angel López Jiménez, Don Jesús González Garcedo y Don Julio García Madrid, y posiblemente de otras personas cuya identidad no me es posible precisar por ahora, acudió a diversas obras del polígono industrial de Leganés, donde, en unión de sus acompañantes, distribuyó unas hojas u octavillas en las que invitaba a los obreros de la construcción a la huelga en dicho ramo.

6. La última obra en que se repartieron las aludidas hojas u octavillas, está situada junto a la carretera de Villaverde a Leganés, a pocos metros de la calzada, en el kilómetro cinco y al lado derecho de la misma respecto al sentido de Villaverde a Leganés. Don Pedro Patiño Toledo y uno de los que con él iban, mantuvieron una entrevista de cierta duración —varios minutos— con un señor que, al parecer, era el aparejador o jefe de obra, al que expusieron,

con cierta amplitud, las razones que motivaron la huelga por ellos propugnada.

7. Al salir de esa obra, Don Pedro Patiño Toledo y los que con él iban, cruzaron la carretera de Villaverde a Leganés y tomaron un camino que parte del lado izquierdo de la misma respecto al sentido Villaverde-Leganés, a unos treinta y tres metros del mojón indicador del kilómetro cuatro.

8. Cuando se hallaban a unos quince metros de la carretera, ya en el camino, entró en éste una furgoneta Citroën 2HP de la Guardia Civil, que se paró junto a ellos, conducida por el Guardia Conductor Don Faustino Moreno Díaz y en la que iban con éste, el Cabo Don Tomás Cabrera Calzada, y los Guardias Segundos Don Jesús Benito Martínez y Don Miguel Fernández Tercero, todos del mencionado Instituto.

9. En el momento en que los Guardias Civiles se apeaban del vehículo, Don Julio García Madrid volvió sobre sus pasos. Pero, en el acto, escuchó el ruido de los cerrojos de los mosquetones al ser montados por los Guardias y, sin necesidad de que éstos le dieran voz alguna de alto, se paró instantáneamente, a la mitad, aproximadamente de la distancia que separaba a la furgoneta de la repetida carretera. El Guardia Conductor, Don Faustino Moreno Díaz, se llegó a él y haciéndole una llave, le derribó al suelo, conduciéndole hacia la furgoneta una vez que se hubo levantado. Mientras esto ocurría, los señores Patiño, López Jiménez y González Garcedo permanecieron enteramente quietos, inmóviles, en tanto que el cabo y los otros dos guardias se situaban junto a cada uno de ellos.

10. Al regresar Don Julio García Madrid, en unión del Guardia Conductor, hacia la furgoneta, y pararse cerca ya de ésta, quedaron todos más o menos próximos unos a otros, agrupados, de modo que, cada uno de los cuatro guardias, custodiaba a uno de los cuatro: a Don Julio García Madrid, le custodiaba el Guardia Conductor, Sr Moreno Díaz, situado entre aquél y la furgoneta; a continuación, hacia la carretera, el Guardia Segundo Don Jesús Benito Martínez, con el mosquetón cogido con las dos manos y manteniéndolo en posición algo inclinada respecto a la horizontal, a corta distancia del Sr Patiño y situado al costado izquierdo de éste

aproximadamente; algo adelantado al Sr Patiño y más bien a su izquierda, el Cabo Don Tomás Cabrera Calzada, manteniendo el arma en posición análoga a la del Guardia Sr Benito, vigilaba a Don Angel López Jiménez; y, por último, Don Jesús González Garcedo, de espaldas a la carretera, recogía algunas hojas u octavillas del suelo, por orden del otro Guardia, Don Miguel Fernández Tercero, situado a su espalda y, por tanto, entre él y la carretera.

11. Hallándose el grupo en esta disposición aproximada, el Guardia Civil Segundo Don Jesús Benito Martínez disparó su fusil, ignoro si deliberadamente o por imprudencia, y el proyectil hirió a Don Pedro Patiño Toledo, atravesándole de hombro a hombro, ante la sorpresa y el estupor de todos los demás, puesto que ni el Sr Patiño ni ningún otro habían hecho ni dicho cosa alguna. Debe señalar que el Sr Patiño era cojo de la pierna izquierda, a consecuencia de una antigua fractura.

12. El primero que acudió a atender al Sr Patiño fue el Sr García Madrid, quien, al propio tiempo que lo hacía, le dijo al Guardia Sr Benito algo así como: «¡Pero, qué ha hecho Vd., hombre!» A lo que el Guardia así interpelado, respondió con palabras que denotaban confusión y perplejidad.

13. Obedeciendo a un impulso natural y espontáneo, los Sres García Madrid y López Jiménez recogieron del suelo al Sr Patiño: y, siguiendo después las órdenes de los Guardias, le introdujeron en la furgoneta. El Sr Patiño no articuló palabra alguna; sólo se quejó levemente.

II. El Sr Patiño murió en la furgoneta de la Guardia Civil

14. Mientras los Guardias Don Jesús Benito Martínez y Don Miguel Fernández Tercero conducían a Don Julio García Madrid, Don Jesús González Garcedo y Don Angel López Jiménez, detenidos y a pie, al Cuartelillo de la Guardia Civil en Leganés —donde les tuvieron hasta la noche—, el Cabo Don Tomás Cabrera y el Guardia Conductor Don Faustino Moreno llevaron al Sr Patiño en la furgoneta a una Clínica particular que hay en Leganés, en la carretera de Alcorcón, denominada CLINICA SAN NICASIO en la que el Guardia Conductor se dirigió a la recepcionista Doña Dolores Fernández Delgado, solicitando los servicios de un médico para un accidentado.

15. El único médico que en aquel momento se hallaba en dicha Clínica, era el Doctor Don Joaquín Mantecas Piñuela, Analista, al que se dirigió el

Guardia Conductor —el Cabo permaneció entre tanto junto a la furgoneta—, requiriéndole para que viera con toda urgencia a un accidentado. El Doctor, atendiendo al perentorio requerimiento, acudió a la furgoneta, que estaba parada junto a la acera, frente a la Clínica y, en dicho vehículo, examinó el cuerpo del Sr Patiño, al que desconocía, y comprobó que estaba muerto. Así se lo manifestó al Cabo y al Guardia Conductor, a los que indicó que debían dar cuenta al Juzgado de Guardia. Cuando sucedía todo esto, eran las nueve y cinco de la mañana, todo lo más, puesto que el mencionado médico termina su trabajo en dicha Clínica a las nueve. Habiendo llegado a mi conocimiento estos hechos, me dirigí al repetido médico solicitando de él la oportuna información, que me ha facilitado por escrito.

III. Actuación de las autoridades respecto a la señora viuda de Don Pedro Patiño

16. Aunque el Sr Patiño, según queda dicho, murió antes de las nueve y cinco de la mañana, su esposa se enteró de que su marido había muerto, por la nota de la Dirección General de Seguridad, donde no le fue facilitada ninguna información. Fue, también, a la Dirección General de la Guardia Civil, con resultado igualmente negativo.

17. A las nueve de la noche de ese mismo día, se personaron en el domicilio del matrimonio Patiño el Capitán de la Guardia Civil, Don Tomás Vázquez Vega, de uniforme, y los Guardias Civiles a sus órdenes, estos de paisano, Don Julián Cuesta Rolda, Don Máximo Alonso Martín, Don Abelardo Pereira Pardo, Don Gonzalo Arévalo García y Don Paulino Rodríguez Cuadrado, quienes practicaron un registro que duró una hora aproximadamente. En el curso del registro —en el que nada se halló— la señora viuda de Patiño, después de reiterados ruegos, consiguió saber por el mencionado Capitán de la Guardia Civil que el cadáver de su esposo estaba depositado en el Hospital Gómez-Ulla, en Carabanchel. A pesar de que el mencionado Capitán conocía la muerte del Sr Patiño, puesto que, si no, le habría sido imposible saber que su cadáver se hallaba en dicho Hospital, en el Acta del Registro se dice: que Doña Dolores Sancho Silvestre es viuda, «según manifiesta», y que dicho registro se practica en el domicilio de Don Pedro Patiño, recibiendo a la fuerza actuante su esposa, «por ausencia de éste».

18. Terminado el registro, la señora viuda de Don Pedro Patiño, acompañada del Médico Don José María Ribera Casado, fue al Hospital Gómez-Ulla, donde se le permitió contemplar breves instantes el cadáver de su esposo, manifestándoles el Cap-

tán Médico de Guardia que el Sr Patiño había ingresado en el Hospital, ya cadáver, a las once de la mañana. Hasta ahora, me ha sido imposible averiguar dónde estuvo el cadáver del Sr Patiño desde las nueve hasta las once de la mañana; o sea, desde que, en la CLINICA SAN NICASIO, en Leganés, fue comprobada su muerte por un médico, hasta que ingresó en el Hospital Gómez-Ulla.

IV. De la actuación del Capitán Juez militar Sr Castells Gutiérrez

19. La viuda del Sr Patiño, Doña Dolores Sancho Silvestre, me confió su dirección jurídica y la defensa de su legítimo interés y derecho, en relación con la muerte de su marido, en la noche del 13 al 14 de septiembre, a su regreso del Hospital Gómez-Ulla.

20. Esa misma noche, acompañé a dos familiares suyos al mencionado Hospital, con la esperanza de que éstos pudieran velar el cadáver. Un funcionario del Cuerpo General de Policía, al que me remitió el Sr Médico de Guardia, hizo una consulta por teléfono; e, inmediatamente, me transmitió la respuesta, negativa.

21. En la mañana del día 14 de septiembre, con la señora viuda de Patiño, visité al Sr Juez militar que conoce de este asunto, Capitán de Infantería Don Francisco Castells Gutiérrez, a quien verbalmente formulé una triple petición:

22. En primer término, que se practicara la autopsia del Sr Patiño y que asistieran a ella, además de los Facultativos que por designación suya hubieran de practicarla, otros tres médicos designados por mi parte, entre ellos el Dr Piga, Forense de uno de los Juzgados de Madrid. A esto me dijo que debía solicitarlo directamente y por escrito al Excmo Sr Capitán General y, consecuentemente, así lo hice. La contestación me ha sido notificada quince días después, por cierto en sentido denegatorio.

23. En segundo lugar que, tan pronto como se efectuara la autopsia, se hiciera entrega del cuerpo del Sr Patiño a su viuda. Me contestó que así se haría al siguiente día, seguramente por la tarde. Y, como es lógico, ante esa promesa, no dudé en considerar innecesaria la reiteración escrita de tan justo y natural deseo.

24. Y, por último, que no dejasen de entregarse todas las ropas y demás objetos del fallecido Sr Patiño a mi cliente; a lo cual respondió en sentido afirmativo, aunque con la salvedad de que no podía precisar cuándo podía hacerlo.

25. A continuación, a requerimiento del Sr Capitán Juez, me trasladé al Hospital Gómez-Ulla, en Carabanchel, con la señora viuda de Patiño, donde ésta, a presencia de aquél y con mi asistencia, identificó el cadáver de su esposo.

26. Aunque no se nos ha comunicado el día ni la hora en que se hizo la autopsia al cadáver del Sr Patiño, ésta hubo de practicarse entre la tarde del día 14 y las primeras horas del 15 de septiembre, en el Hospital Gómez-Ulla. A continuación, fueron destruidas la camisa y el jersey que llevaba puestos al morir. A pesar de que eran las únicas prendas atravesadas por el proyectil que le produjo la muerte, fueron incineradas en el horno crematorio del Hospital Gómez-Ulla.

27. En la noche del 14 al 15 de septiembre, obtuve del Sr Capitán Juez autorización para que pudieran velar el cadáver del Sr Patiño dos familiares suyos, pero no en la misma habitación, ni siquiera en una contigua, sino en otra de un piso superior del mismo pabellón, hasta la que yo mismo los acompañé dejándoles en ella.

28. En las primeras horas de la mañana del día 15, el cadáver del Sr Patiño fue sacado del Hospital Gómez-Ulla, sin avisar a su viuda, ni siquiera a los dos familiares que se hallaban en el mismo pabellón, en un piso superior.

29. Más tarde, en el curso de la mañana de ese día 15, acudieron al domicilio de la señora viuda de Patiño, en Getafe, dos Guardias Civiles, de uniforme, quienes verbalmente le dijeron, de parte del Sr Capitán Juez, que acudiera al cementerio de dicha localidad, donde se le haría entrega del cadáver de su marido.

30. Mi cliente, que no tiene teléfono en su casa, vino inmediatamente a mi despacho, en Madrid, para decírmelo. Sin pérdida de tiempo me fui al cementerio de Getafe, por razones obvias y solo. Cuando llegué a dicho cementerio, pregunté a un Comandante de la Guardia Civil que allí se encontraba, con varios Capitanes del mismo Instituto, quien me dijo que el Sr Capitán Juez no estaba. Hube de esperarle un rato. Cuando, al fin, pude hallarle, me comunicó verbalmente que la viuda del Sr Patiño debería comparecer a su presencia, allí mismo, en el término de diez minutos (sic), para hacerle entrega del cadáver de su esposo. Tuve que insistir en que me ampliara ese plazo, tan notoriamente exiguo e insuficiente para venir desde Getafe a Madrid —donde en aquel momento se hallaba mi cliente en mi despacho—, y volver a Getafe; hasta que, por fin, me dijo que esperaría a la viuda del

Sr Patiño, si no tardaba mucho. No me dijo absolutamente nada relativo al entierro.

31. Me vine a Madrid, recogí a la señora viuda de Patiño en mi despacho, y volvimos ambos a Getafe. Pero el Sr Capitán Juez ya no estaba allí. Después he sabido que, en el tiempo que yo empleé en venir desde Getafe a Madrid a recoger a la señora viuda de Patiño, y volver con ella de Madrid a Getafe, se efectuó la inhumación del cadáver del Sr Patiño. Volvimos a Madrid inmediatamente, donde nos dirigimos al Juzgado militar, en el que no hallamos al Capitán Juez Sr Castells. Desde allí mismo, conseguí que, delante de nosotros, estableciera comunicación telefónica con él un soldado que se hallaba de servicio en dicho Juzgado. Y la respuesta que se me transmitió por el soldado fue que el Sr Capitán Juez le había ordenando decirme, de su parte, que había terminado ya su jornada de trabajo y que no volvería al Juzgado hasta el día siguiente.

32. De todo ello he informado por escrito al Excmo Sr Capitán General de la Primera Región.

33. El día 9 del corriente mes de octubre, Doña Pilar Silvestre Prado, madre de mi cliente, fue conducida al Cuartel de la Guardia Civil de Getafe, donde el Capitán Juez Sr Castells la interrogó sobre mi presencia en el cementerio de dicha localidad el día 15 de septiembre, de la que he dejado ya constancia en esta nota.

V. La inscripción en el Registro civil del fallecimiento del Sr Patiño

34. Respecto a la inscripción del fallecimiento de Don Pedro Patiño Toledo, practicada en la página 110, del Tomo 129 de la Sección Tercera del Registro Civil de Carabanchel, concurren las siguientes circunstancias:

A) Consta que murió a las nueve y media de la mañana, cuando la realidad es que murió antes de las nueve y cinco.

B) Consta que falleció en « Madrid-Hospital Militar Gómez-Ulla », cuando la realidad es que murió en la furgoneta de la Guardia Civil a la que ya me he referido, antes de llegar a la CLINICA SAN NICASIO, en Leganés.

C) Consta que la causa de la muerte fue una « hemorragia aguda-shok hipovolémico », sin hacer mención a la causa fundamental, que fue una herida de arma de fuego.

D) Se ha inscrito en el Registro Civil de Carabanchel, cuando debería haberse inscrito en el de Leganés, en cuya demarcación murió.

VI. Procedimientos jurisdiccionales y administrativos en relación con la muerte del Sr Patiño

a) Las actuaciones de la jurisdicción castrense.

35. Como ante la jurisdicción militar no pueden ser parte las personas perjudicadas, mi parte sólo sabe de dichas actuaciones lo que dejó expuesto en la presente nota. Pero ignora por completo los resultados o avances que van obteniéndose en las Diligencias Previas número 892/71, que instruye el Juzgado Militar Permanente nº 3, del que es Juez el Capitán de Infantería Don Francisco Castells Gutiérrez, en cuanto a la depuración de las responsabilidades penales derivadas del homicidio del que ha sido víctima Don Pedro Patiño.

b) Querella por homicidio.

36. El día 14 de septiembre, formulé querella, en nombre de la señora viuda de Patiño y de sus dos hijos menores, ante el Juzgado de Instrucción de la jurisdicción ordinaria, por el homicidio del que fue víctima el Sr Patiño.

37. Dicho Juzgado, la rechazó, por considerarse incompetente, debido a que ya estaba actuando la jurisdicción militar.

38. En la actualidad está pendiente de recurso ante la Sección Quinta de la Audiencia Provincial de Madrid, pues considero que la jurisdicción ordinaria es competente, al menos en lo que se refiere a las primeras diligencias.

c) El derecho de réplica.

39. A la vista de la nota de la Dirección General de Seguridad, publicada en la prensa del 13 y 14 de septiembre, ejercité el derecho de réplica. Los periódicos a quienes me dirigí, no juzgaron prudente publicarla, sin someterla previamente a « consulta voluntaria ». El Ministerio de Información y Turismo les contestó en sentido negativo. Recurrí en queja, ésta fue desestimada y, en el día de hoy, he recurrido en alzada ante el Excmo Sr Ministro de Información y Turismo.

d) Acción judicial por injurias y calumnias.

40. Con independencia del ejercicio del derecho de réplica al que acabo de referirme, mi cliente, bajo mi dirección, ha formulado contra el Excmo Sr Don Eduardo Blanco Rodríguez, Director General de Seguridad, la demanda de conciliación previa a la querella por injurias y calumnias, en relación con la nota de dicha Dirección General publicada en la prensa los días 13 y 14 de septiembre, en cuyo texto, entre otras cosas, se imputan al fallecido Sr Patiño delitos de los que fue absuelto en Sentencia firme.

e) **Querrela por falsedad.**

Como consecuencia de las circunstancias que concurren en la inscripción en el Registro Civil, del fallecimiento del Sr Patiño, se ha formulado por mi parte una querrela por falsedad, ante el Juzgado de Instrucción de la jurisdicción ordinaria, que es la competente respecto a estos delitos.

VII. Consideración final

42. Como cabe lógicamente imaginar en congruencia con cuanto antecede, podría incluirse también en estas líneas la mención de otros hechos de cierto interés en relación con este asunto. Pero ello alargaría aún más esta nota, ya de por sí inevitablemente extensa.

43. Cuanto hasta aquí queda consignado, es, sin duda, suficiente para poner de manifiesto la gravedad, no sólo del hecho originario, sino del inesperado tratamiento que viene aplicándosele en sus diferentes derivaciones a lo largo de un mes, desde que el 13 de septiembre último fue muerto el Sr Patiño.

44. Dada la naturaleza pública de los intereses y derechos afectados, no me sería lícito limitarme a la postulación de lo referente a cada una de las actuaciones ya iniciadas o que inicio en el día de hoy.

45. Por eso, en armonía con lo que manifesté al principio, me considero en la inexcusable obligación de dejar constancia de todo en esta nota que tengo el honor de elevar a los Excelentísimos Señores Ministro de Justicia, Ministro del Ejército y Fiscal del Tribunal Supremo, para cabal conocimiento de los mismos en cuanto afecta a la competencia atribuida a su respectiva y alta función.

Madrid, 15 de octubre de 1971



Si hace 35 años que Franco, o, de otro modo,
si hace 12782 días que...



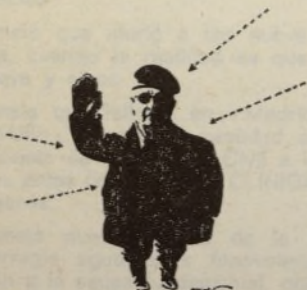
Aritmética

Arriba presenta en la luz de las páginas de un número extraordinario el testimonio y la proyección del 18 de julio español.

Hace 35 años, o mejor 12 782 días que Francisco Franco se puso, al pleno sol de la pólvora, a escribir el libro de la nueva Historia de España.

¿Al cabo de cuántas horas, minutos y segundos habrá concluido el tercer capítulo?

Si escribes sobre papel couché dos caras Grinder de 70 kilos, y sabiendo que una resma tiene 500 hojas, ¿cuántas resmas y fracción utilizará?



Poesía

Tomado del enunciado anterior. Francisco Franco se puso, al pleno sol de la pólvora..., y teniendo en cuenta que la pólvora la inventaron los chinos, construya una bala-da en diez estrofas.

Trasladándonos al 778 de nuestra era y situándonos en Roncesvalles, ¿a qué pleno sol se hubiese puesto a escribir Francisco Franco? Componga un verso asclepiadeo.



Química

¿ En qué proporciones entra a formar parte de su composición el SO_2H_2 para que a su sol y con una dioptría en el ojo izquierdo Francisco Franco pudiese escribir el libro de la nueva Historia de España ?

Gramática

Lea el libro de la nueva Historia de España de Francisco Franco y haga su análisis morfológico.

Separe de las diez primeras y de las diez últimas líneas, los asinetones. Póngalos por orden alfabético.

Geografía

Si Francisco Franco hubiera nacido en Valparaíso, no hubiese escrito la nueva Historia de España. Evidente. ¿ A orillas de qué océano estaría pescando ? Enumere los picos más altos de aquel país.

Geometría

La suma de los ángulos de un triángulo vale dos rectos. Verifique experimentalmente esta propiedad.



Tropología

Francisco Franco escribe al pleno sol de la pólvora el libro de la nueva Historia de España. Arriba escribe en la luz de las páginas de un número extraordinario el testimonio y la proyección del 18 de julio.

Ni Franco acaba su libro, ni nadie lee Arriba, ni nada de nada. ¿ Qué se debe hacer ?

(Texto de Ges. Caricaturas de Vasco.)

Editions Ruedo ibérico

Kepa Salaberri

El proceso de Euskadi en Burgos

Sumarísimo 31/69

I. Decreto-Ley sobre Rebelión Militar, Bandidaje y Terrorismo : 1. Introducción. 2. Caracteres generales del decreto. 3. Antecedentes, formación e historia del decreto. Cuadro comparativo. 4. Examen del Decreto sobre Rebelión Militar, Bandidaje y Terrorismo. 5. Derecho comparado. 6. Jurisdicción y procedimiento para juzgar los delitos del Decreto del 21-I-1960. 7. Conclusiones. Decreto y procesos. II. El sumarísimo 31/69 en Burgos. 1. Naturaleza y característica de los procesos políticos. 2. Consejos de guerra en la Capitanía general de Burgos. 3. Preliminares. Las detenciones. 4. Escritos de acusación y escritos de defensa. 5. La vista del Consejo (del 3 al 9 de diciembre). 6. Inédito compás de espera (del 10 al 27 de diciembre). 7. Sentencia e indulto (del 28 al 30 de diciembre).

320 páginas

33 F

Editions Ruedo ibérico

Wilhelm Reich

La revolución sexual

**Para una estructura de carácter
autónoma del hombre**

Prólogo de la cuarta edición (1949). Prólogo de la tercera edición (1945). Prólogo de la segunda edición (1936). I. El fiasco del moralismo sexual. 1. Fundamentos clínicos de la crítica según la economía sexual. 2. El fracaso de la reforma sexual. 3. La institución del matrimonio autoritario como fuente de contradicciones en la vida sexual. 4. La influencia de la moral sexual conservadora. 5. La familia autoritaria como aparato de educación. 6. El problema de la pubertad. 7. El matrimonio coercitivo y las relaciones sexuales duraderas. II. La lucha por la « nueva forma de vida ». Reacción sexual en la Unión Soviética. 1. La « abolición de la familia ». 2. La revolución sexual. 3. Amortiguamiento de la revolución sexual. 4. Liberación y amortiguamiento en el control de la natalidad y la homosexualidad. 5. El amortiguamiento en las comunas juveniles. 6. Algunos problemas de sexualidad infantil. 7. Las lecciones de la lucha por la « nueva forma de vida » en la Unión Soviética.

308 páginas

21 F

Correo del lector : Respuestas a X. Domingo

¿ Sublimación o subjetivismo ?

Seis años ha, casi día por día, Ruedo ibérico prometía en sus Cuadernos un « esfuerzo radical », un « rigor realista », un « ajuste progresivo a la aprehensión de la realidad española », un intento de « transformación socialista de la sociedad », con sus « enfoques diversificados » y sus « convergencias dialécticas ».

Seis años después, hoy como quien dice, Xavier Domingo — « en una de las páginas cuadradas y rollíferas con que — dice — Cuadernos de Ruedo ibérico¹ alarga sus plúmbeos sermonarios » — nos anuncia otra empresa menos indigesta, ajena a jergas oficialistas, a pathos neomarxistas, a sopas reformistas, sin ramplonerías — planificacionistas u otras — y nada afásica a todo un montón de posibilidades de la lengua y hasta de la propia lengua española.

Doctos, preciosistas, malabaristas, glosadores y exégetas; profesores enreídos, herméticos, ensayistas, productores reverentes y pacatos de caca cultural; perversos-conversos de esa mafia político-cultural española que se oficializó, tecnocratizó y puso al día en cuestiones marxistas y neomarxistas gracias a Ruedo ibérico ¡ fuera ! Escarabajos coprófagos y peloteros, cárabos y demás crisomélidos de color azul-negro que gustasteis de nutrirlos con estiércol, aunque seáis más de cien mil ¡ fuera también ! ¡ A la calle ! O a España, que es igual.

— Que aquí no quede nadie — ni autores, ni lectores — que para la Nada que hay que hacer todo ese mundo sobra — viene a decir, ahito de razones, Domingo, en uno de sus pertinaces tremendismos.

— Bueno — me parece estarle oyendo musitar resignado a uno de esos lectores anónimos que alborozado saludó el parto iberiense, que cita José Martínez en su acotación, y que nunca dijeron — dice él — que Cuadernos de Ruedo ibérico fuesen una « revista sesuda, pesada, ilegible, dogmática, doctrinaria, universitaria y, en suma, cultural ».

Prosigue Martínez y subraya que sin el « uso y el abuso de la jerga cultural de la oposición oficial española quizás pocos nos hubieran entendido [...] y pocos nos hubieran leído ». Agrega que « una lengua es un instrumento de un grupo (« pertenencia » le llama a esa figura Mao-Tse-tung en el tomo III de sus Obras escogidas), o no es lengua », de lo que formalmente no parece discrepar Domingo, salvo para denunciar cierto « dialoguismo que apesta a contubernio », exponente máximo de una hedionda política culteranista que hay que enterrar.

Hasta aquí el conceptismo.

Es posible que los doctos y coprófagos de más

arriba no hayan hecho otra cosa en estos últimos seis años que contribuir a engordar una literatura « putrefacta », vagamente heterodoxa, centroizquierdista y cosmopolita. Es posible que nadie entienda de nada, que todo el mundo pape moscas, que se confundan las reglas del juego y que, en definitiva, — en política como en cocina — haya que volver a una especie de xenofobia reticular. Es posible también que alguien esté en el secreto de todo — en el secreto de la fórmula mágica, del título zahorí, de la verdad suprema — y que cual Zoroastro quiera reformar hasta lo irreformable. Todo es posible.

Lo fastidioso de la cosa es que ese relente de esoterismo fue y sigue siendo una doctrina profesada por unos pocos; que lo que ocurre cabe nuestras fronteras sigue interesando a los que viven dentro y fuera de ellas (tal vez el modo de decir importe — cuestión de gusto o de lenguaje — pero no menos que lo que se denuncia, se condena o se combate); y que la premonición de Domingo — que Cuadernos pueda ya salir pronto en España — no se cumpla. Qué más quisiéramos unos y otros, incluso él.

Porque, de ese mundo recusado que desde hace tantos años es España, ¿ cómo hablar ? Si, como dice Etienne, ninguna sociedad puede sobrevivir sin un sistema de normas y de valores, cabe tal vez esperar del « comparatismo » que ayude a elaborar en beneficio del hombre futuro, no un sistema de valores dogmáticos, sino varios conjuntos de invariantes y referencias a partir de los cuales, el que venga atrás podrá elegir con conocimiento de causa y en plena libertad.

Entre tanto y mientras los héticos Cuadernos de Ruedo ibérico no fenezcan de esa muerte prometida, es de esperar que Xavier Domingo encuentre pronto — y por los siglos de los siglos — más de un Carlos Semprún Maura y otros Campillos, provistos o dotados de jugosas, gordas, inagotables y pujantes partes pudendas. Buena falta le harán. M.C.

Los cojones en la calle

El exabrupto de Xavier Domingo (Cuadernos de Ruedo ibérico, números 31-32, p. 133-134) es tan comprensible como traicionero. El cansancio de rabias infinitas es capaz de eso y mucho más. Pero con esas patochadas no se hace historia, al menos

1. « De Cuadernos de Ruedo ibérico a Nada », Cuadernos de Ruedo ibérico, n.º 31/32, junio-septiembre de 1971.

tomadas al pie de la letra. Y si XD pretende decir que tiene cojones, también pueden tenerlos los de Ruedo ibérico y ni los unos ni los otros nos hacen falta para discurrir y escribir una revista, sino en la puta calle si viene el caso. Lo bueno es que una salida de tono de ésas movilizaba, sacude, o por lo menos irrita, que ya es algo. A mí me ha irritado, la verdad. Pero dejo la irritación a un lado y contesto más o menos (menos que más) lo que siento.

Yo creo que **Cuadernos de Ruedo ibérico** habrían de ocuparse menos de psicoanalizar que de practicar el sociodrama y hasta el **sensitivity training**. O como ya dije en otra ocasión (**CRI**, n.º 12, p. 123-124) habría de ser una revista más empírico-revolucionaria que teórico-balancista. Entonces me contestó Ángel Villanueva que, en efecto, **CRI** debieran « abrir y provocar sin timidez la discusión del tema, es decir, iniciar una labor de clarificación de las posiciones críticas socialistas españolas (de dentro y fuera del Partido Comunista) frente a ese hecho que es el Partido Comunista de España y su posible evolución ». Insisto en que habría que seguir por ese camino: que los **Cuadernos de Ruedo ibérico** planteen lo más concretamente posible a sus lectores qué hay que hacer para llegar a tener una España socialista y cómo ha de ser el socialismo de esa España.

Pero decía que es traicionero el exabrupto de XD porque la misma inercia de su movimiento de reacción colérica, igual puede llevarle a la demagogiaseudorrevolucionaria como al revolucionarismo

sin proyecto, esto es: sin revolución. **Cuadernos de Ruedo ibérico** han cumplido, y pueden seguir cumpliendo, con una misión altamente necesaria y urgente. Creo que esta revista no fue creada para hacer de resonador o altavoz de griteríos de furia y clamores de impotencia, sino para ser portavoz de cerebros útiles y activos de la oposición española. Y para mí que ha respondido al cometido propuesto. **Cuadernos de Ruedo ibérico** nos han brindado material abundante para reflexionar sobre nuestro problema nacional de cara a un futuro socialista. No obstante, llegados a estas alturas, sin teatralidad ni chulería, sino con inmenso agradecimiento a los que han hecho posible la revista, si que me gustaría advertir de la necesidad de modificarla en estos dos sentidos:

1) En trabajar de modo que un día se pueda trazar un **plan de operaciones** revolucionario, manejando todos los datos posibles sobre fuerzas y armas amigas y enemigas, y estableciendo con el máximo rigor los esfuerzos, sacrificios, medidas, precauciones y equipo de todo revolucionario español dispuesto a echarse a la calle.

2) Que se cuente más que hasta ahora con los intelectuales verdaderamente revolucionarios, y si buenos escritores tanto mejor (que los hay), del interior; porque es una pena que **Cuadernos de Ruedo ibérico** parezca tanto una revista de exiliados, contra lo que siempre ha querido ser: la revista de la oposición española publicada sólo por fuerza fuera de España. F.C.L.

Glosa a la pataleta de Xavier Domingo

Los siete pecados capitales de una revista « liberal »

Tirar piedras contra el propio tejado constituye generalmente un síntoma de avanzada neurosis; manifestación de impotencia; expresión de rabieta infantil; último derecho al pataleo. Pero en el caso de Xavier Domingo se trata de algo diferente. Su último malabarismo verbal, exabrupto, según otros, alcanza cimas dalinianas de sublime originalidad. ¡ Rompamos las cadenas del lenguaje ! ¡ Renovémoslo, aun para decir Nada ! ¡ Creemos, en definitiva, nuevas jaulas de oro lingüísticas para uso de narcisistas del verbo !

No hay masoquismo (¡ Sade nos libre !) en las piedras arrojadas con aviesa intención por el nuevoquevedo de la extraizquierda, contra un tejado considerado ya como ajeno o, lo que es peor, que nunca se consideró como propio, a pesar de haberse albergado bajo él en numerosas ocasiones, aunque fuese con seudónimo —el de Luis Ramírez, pongamos por caso—. Quizá, toda la ira de Domingo esté motivada por su inhabilidad para utilizar la « plataforma » constituida por **Cuadernos de Ruedo ibérico**, para « oficializarse como tecnócrata » del régimen y de López Rodó (sic). La acusación lanzada a « muchos [de aquellos]

antiguos e importantes colaboradores » se ve trágicamente contradicha por la triste realidad franquista: Luciano Rincón, periodista español, va a ser juzgado, acusado precisamente de presunto colaborador de Cuadernos de Ruedo ibérico y de supuesto autor de un artículo, del que Domingo quizá debe ser, en parte, responsable. (Imaginamos que su modestia le ha impedido confesar ser el autor bajo seudónimo de algún que otro « pinito más radical » que Cuadernos de Ruedo ibérico se han permitido.)

Pero vayamos al fondo, si fondo hay, de su peñasco literario, por si éste resulta, como tememos, ser de cartón piedra.

Hacer un proceso a la izquierda española, por su radical incapacidad, su dependencia paterno-filial del régimen, su autoritarismo y su oficialización a la manera de heredera, sería tarea necesaria y urgente —sin confundir nunca la parte con el todo—, para la que se necesita —y andamos faltos— persona de mayor seriedad politicointelectual, que no participase, precisamente, de las mismas delicias, en las que, respecto a la izquierda española, el autor de El dinero del Opus es nuestro parece bañarse a sus anchas.

Intentar, por el contrario, cargarse una revista, la « más a la izquierda » entre las de izquierda, debería ser tarea fácil, sobre todo, cuando ésta se encuentra en agonía y, si le « faltan cojones para autosabotearse y desaparecer », otros deberían tenerlos para enterrarla. Pero, por lo visto, ni para eso sirven los superacratones españoles, aun cuando el interés —el de emplear el parco presupuesto de Cuadernos de Ruedo ibérico para su propia revista— debería haber aguzado su ingenio, según la larga tradición de todos los Buscones de la hispánica literatura, politicocultural malgré elle.

Pensar, a estas alturas, que una revista, aun meramente liberal, pueda publicarse en España con mínimas garantías de regularidad y permanencia, es no entender de la misa la media, no ya de la situación política general española, sino, ni siquiera, del inframundo subpolítico-subcultural hispánico. Que el optimistailuso Domingo, productor de palabras al por mayor encubridoras de la realidad, nos cuente el cuento de billete, billete, billón, con happy end, para consumo de embofalicados lectores voluntaristas, relatándonos qué « circunstancias españolas » cambiaron desde 1965, para que Cuadernos de Ruedo ibérico, creados en esa fecha, hayan perdido razón de ser. ¿Se refiere, quizá, a que la represión no era tan descarada por aquellos años? ¿Querrá, quizá, decir, tras su muro de juegos verbales, que todavía no se habían producido los asesinatos de los tres obreros de la construcción en Granada —julio de 1970—, los nuevos procesos de Burgos contra nacionalistas vascos —más grave en diciembre de 1970—, el asesinato de Pedro Patiño, obrero de la construcción, en Madrid —septiembre de 1971— y la salvaje represión de la reciente huelga de obreros metalúrgicos de Barcelona —octubre de 1971—? Si lo que quiso decir con tan brillante análisis político es que la situación se ha agravado y que la (in)eficacia de las actuales respuestas de la izquierda es equivalente a la de los gritos de ursulinas escandalizadas ante un intento de violación, de acuerdo.

Pero es de temer que el nuevo engendro proyectado por él y un grupito apéndice del « aristocrático consejo de redacción » de Cuadernos de Ruedo ibérico, no ponga remedio a la impotencia politicocultural de la oposición española, sobre todo, a juzgar por el (in)contenido del planfeto, publicado en las « páginas cuadradas y rollíferas » del último número de Cuadernos de Ruedo ibérico en que anuncia tan feliz parto, que podemos considerar como un botón de muestra.

¿Cuáles son las virtudes propuestas para evitar a Nada los siete gordos pecados que, al parecer, han cometido Cuadernos de Ruedo ibérico de manera pertinaz y viciosa durante seis años y medio de existencia?

● Contra el dogmático engreimiento que supondría la constante publicación de tribunas libres —incluyendo los huecos puestos por Xavier Domingo—, la apertura de sus propios textos y los de Campillos y Semprunmauras.

● Contra el hermetismo ilegible de los Jordi Blanc, Ramón Bulnes, Claudín, Fernández Santos, Goytisolo, Jorge Semprún, H.R. Southworth y otros, el contenido y estilo simples y llanos de preciosistas de la lengua, terroristas de la pluma y paridores de Nada.

● Al culturalismo de todo lo que represente un intento de creación de una cultura de izquierdas, opónganse la crítica verbal y la esterilidad acultural.

- Contra el doctrinarismo ensayista que huela a análisis de la realidad, invéntense juegos florales, escribanse sátiras a lo Juvenal, que dejen al enemigo, es decir a todos, hecho añicos.
- Opóngase el brillo a la sesudez. ¡Mueran la inteligencia y la reflexión! ¡Pura acción y más espontaneísmo! Cuanto más rápido y sin pensar, más aguda sale la parida.
- Contra el universalismo profesoral, la palabra al recién nacido (el berrido, al menos, es más auténtico y, a veces, más fuerte).
- Contra la pesadez, Nada.

A pesar de todo, gracias Domingo, por la crítica. Esperemos que Cuadernos de Ruedo ibérico, muy a pesar de algunos, seguirán creando úlceras de estómago, dentro y fuera, aunque sea la última función que les quede y, esperamos que no sea así, mientras existan francos, santas mafias, juancarlistas, y queden Luis Ramírez para indignarse y desenmascarar.
(Raúl Martín)

Marcel Alès

De « Cuadernos de Ruedo ibérico » a « Cuadernos de Ruedo ibérico »

Las consideraciones —periféricas— que siguen han sido provocadas por las afirmaciones de Xavier Domingo publicadas en el número 31/32 de Cuadernos de Ruedo ibérico.

Reflexionar en el momento actual sobre la necesidad y la función de una publicación de izquierdas supone interrogarse sobre la utilidad de la letra impresa, del escribir y del leer, como actividades complementarias con incidencia en una transformación de la realidad. Durante siglos, esta cuestión no fue planteada, por haberse considerado la imprenta como la gran adquisición que posibilitaba una comunicación sin límites. Tras largo tiempo de explotación exclusiva por las minorías en el poder, en su propio provecho, este medio pudo finalmente llegar a ser patrimonio universal y ser utilizado igualmente por el movimiento obrero. Como por azar, han aparecido posteriormente otros medios de mucha mayor eficacia, controlados todavía hoy, en su mayor parte, por el sistema, en beneficio de su propia estabilidad, mediante el silenciamiento y deformación sistemática

de la información y la idiotización de las masas a las que van dirigidos. Por otra parte, muy recientemente, determinadas corrientes que se mueven a niveles subjetivistas y que andan a la búsqueda de nuevas formas de vida, impugnan incluso la validez de todos los actuales medios de comunicación, como masificadores y alineantes. Si a esto añadimos el fatalismo derrotista que se ha apoderado de gran parte de la « izquierda » tras los acontecimientos de mayo de 1968 en Francia, y que ha conducido a un gran sector a la dimisión absoluta de toda su anterior vida política, la reflexión se hace acuciante.

Mientras no se encuentren otros medios de comunicación —y su búsqueda no comporta necesariamente el abandono de los existentes— y mientras otros de mayor eficacia continúen en manos de la clase dominante, seguirá pareciéndonos válida y necesaria la utilización —lo más subversiva posible, eso sí— de la letra impresa a todos los niveles y si éstos alcanzan grados de perfección y de eficacia comparables a aquéllos, tanto mejor. Cómo no ser asimilados por el régimen impuesto por la clase dominante, es problema que hay que plantearse per-

manentemente, si no se quiere acabar siendo parte del sistema.

La ventaja de una publicación de oposición consiste en poder medir su grado de oposición —y de no absorción, al mismo tiempo, al menos por un determinado sistema—, mediante la mayor o menor dureza de la represión que sobre ella se ejerce. En este sentido, **Cuadernos de Ruedo ibérico** tienen por delante cierto margen de confianza en la seguridad de no ser integrados por la oposición oficializada. Un análisis mínimamente realista de la actual situación política española descarta cualquier temor —deseo consciente de algunos oportunistas, e inconsciente de malévolos e ingenuos— en este aspecto. A los treinta y dos números aparecidos desde junio de 1965, **Cuadernos de Ruedo ibérico** debieran hacer un balance y una crítica y, al mismo tiempo, responder a los ataques —desgraciadamente pocos, aunque virulentos— y a los rumores, con vistas a una imprescindible renovación. Por si no lo hacen ellos mismos...

No merece la pena detenerse en analizar los ataques provenientes del franquismo, fruto de la impotencia de quienes se refugian en la inmunidad que proporciona el poder absoluto, de los excesos acrobáticos de los meritorios en cola ante las puertas de éste y de la indignación de los poseedores de la verdad oficial.

Distinta consideración merecen las críticas procedentes de la «izquierda». Es lamentable, sin embargo, que éstas no hayan sido nunca profundizadas y que hayan respondido, en general, bien a perspectivas y tácticas concretas de tal o cual grupo político, bien a intereses más o menos personales. Cualquier análisis crítico de una revista española de izquierda debe partir de, y encuadrarse en, un análisis de la «izquierda» española en su conjunto, lo cual constituiría el tema de un largo ensayo. Basten algunas consideraciones como punto de partida.

Desde el final de la guerra civil, la confusión entre oposición al franquismo y oposición de izquierdas empezó a cobrar carácter de verdadera institución, y sólo muy recientemente se inició la desmistificación por algunas minorías de ambas realidades. A causa de la incultura política y gracias a la eficiente labor del régimen franquista en este terreno, gran parte de la población española continúa considerando «rojo» e «izquierdista» cualquier opositor o meramente crítico del régimen o, incluso, de aspectos parciales del mismo, sea monárquico, falangista, miembro del Partido Comunista o procurador en Cortes. Y por un fenómeno de permeabilidad, fácilmente comprensible, gran parte de la «izquierda» española ha participado en esta mistificación, aunque a niveles más elaborados. No ha sido ajeno a ella el Partido Comunista con sus consignas de «alian-

zas» y «pactos» de «fuerzas democráticas» y alguna que otra publicación clandestina¹.

Es inútil insistir sobre la extrema división que ha caracterizado siempre a la «izquierda» española, división que últimamente se traduce en la multiplicación de grupos y grupúsculos, nacidos de escisiones o *ex novo*, con pretensiones de monopolio o de la única estrategia y la única táctica correctas para derribar el franquismo y hacer la **revolución** —concebida de manera opuesta por cada uno de ellos.

A estos dos factores, se une la mediocridad del conjunto de la «izquierda» española en todos los planos, de la que sólo en parte es responsable. La organización e intensidad de la represión franquista han hecho abortar en el pasado la mayoría de las acciones políticas intentadas. La censura ha logrado crear una laguna ideológica y cultural que, sólo a muy duras penas, ha podido ser superada por algunas minorías. Pero éstas han sido incapaces, salvo raras excepciones, de elaborar análisis rigurosos del franquismo, así como una teoría política adaptada a las condiciones españolas y, de esto, si pueden ser consideradas plenamente responsables. Lo poco que ha sido elaborado en el plano de la teoría no ha sido, en general, sino el resultado de un mimetismo exterior, aplicado de forma indolente y mecanicista.

Pero, quizá, la crítica más grave que debe formularse a la «izquierda» española es la de haberse conformado paulatinamente al régimen contra el que pretende oponerse. Ha llegado a ser un reflejo o subproducto de éste, con todas las consecuencias que ello comporta. En primer lugar, la pérdida de la iniciativa política, actuando casi siempre a remolque de los cambios de adaptación seguidos por el franquismo, en lugar de intentar crear las condiciones más favorables, no ya para un simple cambio de régimen, sino para una auténtica revolución. A esta pérdida de iniciativa ha seguido la pérdida de entidad autónoma, de manera que le sería difícil concebirse de manera independiente, lo mismo que un hijo —con mentalidad de tal— es incapaz de dar un paso sin el padre que le aprueba o reprueba y contra el que oponerse. Finalmente, y esto es lo más peligroso, parte de la «izquierda» española, y no ya sólo de la oposición, ha adquirido, a lo largo de los últimos años, lo que podríamos llamar una **mentalidad vicaria** y una **voluntad heredera**, en el sentido de no pretender sino heredar el régimen con gran parte de su aparato represivo —administración, policía y ejército—, para llevar a cabo, si acaso, algunas tímidas reformas. Aquí es donde

1. Véase a este respecto la crítica a la obra de Sergio Vilar: **Protagonistas de la España democrática. La oposición a la dictadura 1936-1939**, aparecida en el número 25 con el título **Viaje alucinante a la España decimonónica**.

esta «izquierda» no puede ser considerada como tal, pasando al campo de la pura oposición al franquismo, en parte ya tolerada y, previsiblemente, oficializada y asimilada en un futuro próximo. De este hereditismo se libran, sólo, algunas minorías revolucionarias y extrasistema.

En este panorama confuso se insertaron los **Cuadernos de Ruedo ibérico**, afirmando una voluntad de clarificación y de unificación de un sector, no muy delimitado, de la oposición española. Ya desde su primer número, sus pretensiones de constituirse en tribuna libre de este sector habrían de conducir los **Cuadernos de Ruedo ibérico** a la carencia de una línea ideológica propia y a convertirse un poco en el «cajón de sastre» donde iban a parar muchos de los artículos impublished en España a causa de la censura. Este era el precio que inevitablemente se pagaba en aras de un objetivo sólo parcialmente conseguido: la mayoría de los grupos políticos, aun careciendo de órganos de expresión propio, se han abstenido de aprovechar la oportunidad proporcionada por **Cuadernos de Ruedo ibérico** por razones que quizá vayan desde la negativa a colaborar con otros grupos políticos, al temor a perder su «pureza» o su independencia políticas.

La aludida laguna politicocultural de la «izquierda» condicionó el contenido de los **Cuadernos de Ruedo ibérico**, que, en este contexto, han mantenido, no obstante, un nivel que supera la media alcanzada por las publicaciones de «izquierda». Sin embargo, no han podido evitar el ser reflejo de ésta, sufriendo a lo largo de su existencia sus vaivenes y sus crisis, en lugar de cohesionar alrededor de sí un grupo político independiente y coherente que, sin llegar a constituirse en partido político, hubiese elaborado una dinámica propia en el análisis de la sociedad franquista y en una aportación a la teoría revolucionaria aplicable a la misma.

La voluntad de independencia respecto a cualquier grupo o tendencia política que presidió su fundación, parece haber perdurado hasta ahora; aunque, en determinados momentos, pudo creerse que **Cuadernos de Ruedo ibérico** se habían convertido en el órgano ideológico de una tendencia o de un grupo político —nos referimos concretamente a la que representaba lo que se dio por llamar un día tándem Claudín-Semprún, por un lado, y al Frente de Liberación Popular por otro—, ello se debió sin duda a un mayor interés y colaboración efectiva de éstos y no a una pérdida real de independencia; prueban esta tesis nuestra los trabajos publicados durante esos periodos, elaborados con toda evidencia por un equipo de miembros del Partido Comunista, así como las colaboraciones que nada tenían que ver con la línea ideológica del Frente de Liberación Popular. No han podido menos los **Cuadernos de Ruedo ibérico** que caer, a veces, en

un cierto aristocraticismo teoricista. A esto hay que añadir, muy al contrario de la acusación formulada por X. Domingo, la nunca lograda institucionalización de la revista, cuyo peso recayó, según el rumor público, de manera casi exclusiva sobre uno de sus redactores en jefe, con los riesgos de subjetivismo que lleva consigo esta «monarquía».

¿Puede afirmarse, tras este recorrido de males y defectos, que la revista ha fracasado, por no haber cumplido ninguno de los cometidos que se proponía y que, en consecuencia, debe desaparecer sin dudas ni remordimientos, en la autoconciencia de su propia inutilidad? Una respuesta tajantemente afirmativa no sería sino el resultado de un cierto sadomasoquismo y de una maximalista falta de objetividad. Que no se han logrado todos los objetivos parece evidente, pero no lo es menos que algunos de ellos han sido ampliamente alcanzados.

A causa de la lamentable «mortalidad infantil» de las revistas de izquierda, **Cuadernos de Ruedo ibérico** han servido, durante seis años y medio, de expresión de aquella «izquierda» que a través de ellos quiso expresarse, así como de trampolín de información y de sugerencias, no admitidos, por un motivo u otro, en las restantes publicaciones españolas de oposición. Sería inútil hacer un recorrido de todas las elaboraciones teóricas, estudios sociológicos, informaciones políticas, etc., publicadas hasta la fecha, pues basta consultar el índice de toda la serie² para hacer un análisis del contenido. No es inútil recordar, sin embargo, que los **Cuadernos de Ruedo ibérico** han sido pioneros en la preocupación por ciertas realidades, hasta entonces inestudiadas —como el Opus Dei—, y que contienen estudios de obligada referencia para posteriores análisis —sobre sindicalismo español y Comisiones obreras, por ejemplo—, así como documentos de relativa importancia que, de otro modo, no habrían salido a la luz pública, se habrían perdido o no habrían alcanzado ninguna difusión³. También hay que mencionar, siquiera sea de pasada, la publicación del suplemento de **Cuadernos de Ruedo ibérico**, **Horizonte español 1966**, que constituyó probablemente el único intento serio de respuesta a nivel intelectual a la campaña franquista de los 25 años de paz⁴. En

2. [NDR. Publicado en el Boletín de información bibliográfica, nº 9, de Editions Ruedo ibérico.]

3. Como, por ejemplo, los documentos difundidos por las Comisiones obreras del metal de Barcelona (nº 20/21), o La policía de Madrid durante las jornadas del 30 de abril y Primero de Mayo de 1959 (nº 26/27).

4. Campaña que el régimen debe agradecer al, en su día, Ministro de Información y Turismo, hoy ya en la semioposición oficial y, mañana, líder quizá de una problemática ala centroderecha de la democracia cristiana.

resumen, no existe estudio sobre la España franquista que no haya pasado por la consulta de uno u otro artículo de la revista, como prueba la abundancia de las referencias bibliográficas en ellos a **Cuadernos de Ruedo ibérico**. Y esto nos lleva a considerar la aportación hecha en el estudio del régimen y de su oposición, no sólo por esta revista, sino por el mismo Ruedo ibérico, en tanto que editorial.

En efecto, una de las peculiaridades que caracterizaron la creación de los **Cuadernos de Ruedo ibérico** y que no podían dejar de influir en toda su existencia ha sido su estrecha unión y su dependencia financiera de una editorial, cuya total producción es considerada propaganda ilegal en España y, como tal, prohibida y perseguida. Hacer por ello un balance crítico de la revista supondría hacerlo de Ruedo ibérico, en su conjunto, lo que nos apartaría del objetivo de estas líneas. No está, sin embargo, de más, reconocer la existencia de defectos estructurales y coyunturales internos, en su mayor parte pregonados a los cuatro vientos, en cuanto han sido conocidos, para regocijo de **franquistas** y **oposicionistas**, defectos que no atenúan el tanto de culpa que corresponde a la « izquierda » española. Es de justicia hacer resaltar, que la mayoría de los estudios publicados por Ruedo ibérico sobre la guerra civil y los de anunciada próxima aparición sobre el franquismo en su conjunto, son el fruto de investigaciones realizadas por extranjeros, que han debido ser traducidas del inglés, del francés o del ruso. Pero, con independencia de su origen, durante los últimos diez años, las publicaciones de Ruedo ibérico han conseguido dar a conocer ciertas realidades, hasta entonces acotadas para la **verdad franquista**, arrojar luz sobre puntos históricos oscuros⁵, desvelar la verdadera naturaleza de alguno de los grupos en el poder⁶, difundir alguna de las obras clásicas marxistas y, en definitiva, permitir la lectura en castellano de libros prohibidos por una censura cavernícola.

Los **Cuadernos de Ruedo ibérico**, por su parte, al parecer han completado esta labor, en todos aquellos casos que salían del campo de una actividad editorial propiamente dicha. También afirman (número 31-32), haber intentado otras, con menor éxito, como la de servir de instrumento polémico en aras de una creciente clarificación de la teoría revolucionaria o la de proporcionar informaciones más inmediatas sobre el régimen franquista, sus usufructuarios, represión y escándalos, así como las luchas de la clase obrera y de las organizaciones de la oposición clandestina.

Tal como nos aparece la revista, vísperas de la publicación de su anunciado número 33, salta a la vista que algunos de los ataques formulados en abstracto por Xavier Domingo pueden encontrar

fundamento concreto en el conjunto de la serie de **Cuadernos de Ruedo ibérico** —sin que prejuguemos más allá de lo que hemos hecho si es ello debido a intención o a carencia de la redacción de la revista. En primer lugar su carácter « modoso », apenas corregido en el último número. « Modoso » más todavía en el fondo que en la forma. La voluntad declarada de la redacción de hacer de su revista punto de convergencia de sectores diferentes parece haberse traducido únicamente en un no herir susceptibilidades de cada uno de ellos y de todos a un tiempo. Junto a ello hay que subrayar una vez más el carácter aluvial, inorgánico, del conjunto. En último término —lo que puede ser consecuencia de las limitaciones señaladas— las lagunas informativas evidentes hasta el escándalo que se observan —los problemas de la juventud, de la mujer, de la ciencia, del arte, de la enseñanza, etc., brillan por su ausencia—, al lado de reiteraciones a veces ociosas —Iglesia, movimiento estrictamente obrero, etc.

Llegados a este punto y dada la confesada voluntad de permanencia de **Cuadernos de Ruedo ibérico**, aunque no fuera sino para continuar la línea de los objetivos obtenidos, es necesario plantear la necesidad de redefinir la revista, partiendo de la realidad en que se inserta, de la experiencia acumulada y de los fines perseguidos. Aquí lo hacemos desde el punto de vista del lector.

Siendo una publicación ilegal en España, su tirada ha de ser forzosamente limitada, estando condicionado su contenido por lo reducido del número de destinatarios. Nadie puede, pues, pretender convertirla en un órgano revolucionario de masas, pero ello no implica en manera alguna que haya de convertirse en instrumento elitista de intelectuales tan teoristas como ineficaces. De hecho, no nos engañemos, la difusión de **Cuadernos de Ruedo ibérico** es más amplia de lo que podría suponerse, tanto en número, como en sectores a los que alcanza. El que toda su serie sólo pueda encontrarse en bibliotecas de universidades extranjeras no impide que algunos números circulen de mano en mano en España, entre militantes obreros, universitarios y otros.

El régimen que motivó el nacimiento de la revista no tiene trazas de desaparecer; sólo ha entrado en otra fase, la **francojuancarlista**. Basta a fines de este artículo, dejar constancia de la represión acentuada en el último año transcurrido, así como de la marcha atrás en la pretendida « liberalización » de la censura.

5. Ian Gibson: **La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca**. [NDR. Véase crítica en este número, página 60.]

6. Stanley G. Payne: **Falange**; Daniel Artigues: **El Opus Dei en España** y Jesús Ynfante: **La prodigiosa aventura del Opus Dei. Génesis y desarrollo de la Santa Mafía**.

Mientras ésta exista en España —y su total desaparición es impensable en un próximo futuro— **Cuadernos de Ruedo ibérico** podrán seguir intentando **subvertir** el régimen en vigor, cualquiera que sea su apariencia. No es seguro que lo consigan. La voluntad de permanencia y de oposición sin concesiones ni alianzas tácticas, no bastaría a un intento de redefinición. La eficacia exige mayor concretización en la búsqueda de la línea ideológica, así como un planteamiento de objetivos inmediatos, enfocados siempre hacia una radical transformación de la sociedad española desde una perspectiva revolucionaria.

Respecto al primer punto, sería necesario reforzar las pretensiones de independencia, antidogmatismo y, sobre todo, de integrarse en la oposición revolucionaria y no quedar confinados en la oposición al **francojuancarlisto**. Esto comporta necesariamente el que todos los análisis e informaciones sobre el enemigo inmediato no deben perder nunca la perspectiva final de lucha contra el sistema neocapitalista, de lucha por la instauración de nuevas formas de vida, todavía lejanas, que es necesario definir —palabras como revolución, sistema socialista, anarquista o libertariosocialista, no nos proporcionan hoy día, desgraciadamente, puntos de referencia válidos, pues quizá el futuro deje claro que la contrarrevolución se halla en el seno mismo de cualquier **sistema** y que es contra cualquiera de ellos contra lo que hay que luchar.

La concretización de la línea ideológica buscada debería ser lograda paulatinamente en la medida en que se vayan tratando problemas concretos y realizando opciones sobre los mismos dentro de la óptica señalada antes. De este modo, **Cuadernos de Ruedo ibérico** lograría, quizá, polarizar ciertos núcleos, con mayor cohesión que hasta ahora. En todo caso, hay que dejar bien sentado, que no puede tratarse de la polarización de la artrítica oposición en el exilio, que por su ausencia de las páginas de **Cuadernos de Ruedo ibérico**, tampoco parece haberlos considerado como tribuna de expresión adecuada, sino de la formada por la conjunción de distintas generaciones, desde la compuesta por los viejos militantes que hayan sido capaces de asimilar las nuevas perspectivas políticas surgidas, hasta la más joven contestataria e hipizante, pasando por lo que podría calificarse de generación perdida —quienes nacieron en los años inmediatamente anteriores y posteriores a la guerra civil— y la « marxista clásica » —los nacidos ya en pleno franquismo, autodidactas e iniciadores de ciertas luchas concretas en el seno mismo del régimen. (Al fraccionamiento sectorial y generacional de la oposición antifranquista en su conjunto ha tendido siempre eficazmente la ideología y la propaganda del franquismo en sus sucesivas fases.)

Si logran hacer el puente entre aquéllas, los **Cuadernos de Ruedo ibérico** habrían alcanzado un objetivo valioso en el terreno del fortalecimiento de la oposición revolucionaria, pues cada uno de aquellos sectores es portador de valores complementarios. Por lo menos lograrían una mayor incidencia en el plano informativo.

Parece, además, esencial que se debe proseguir la publicación de análisis e información sobre la estructura social y la coyuntura política españolas, escándalos del régimen, represión, luchas y grupos políticos. Porque si importante es estudiar la « izquierda » para su clarificación, importante es también desmontar los mecanismos de la « derecha », del poder, del sistema, atacando los puntos vulnerables que ofrezca, cada día, en cada caso, sugiriendo las acciones posibles contra los mismos.

Importante es innovar en la forma, pero más lo es hacerlo en el contenido. No hay incompatibilidad irreductible entre el análisis sesudo y el ataque inoclasta, entre la exactitud de la cifra y la imaginación revolucionaria. **Cuadernos de Ruedo ibérico** debieran intentar barrer algo de polvo de las vetustas bibliotecas, la ortodoxia de las torres de marfil de la izquierda tradicional. En un futuro previsible, es seguro que la realización de las sugerencias y aspiraciones aquí expuestas, sólo podrían lograrla los **Cuadernos de Ruedo ibérico** con amplio y convergente impulso de antiguos y nuevos colaboradores —cada día más numerosos y más nuevos— que admitieran convivir bajo el techo de los **Cuadernos de Ruedo ibérico**, aun a trueque de tirarse los trastos a la cabeza de cuando en cuando, y no el voluntarismo —por bien intencionado que sea— de unos pocos.

Conseguir resultados en este terreno, que vayan más allá de lo hasta ahora conseguido, nos parece difícil para el grupo que hasta ahora ha animado —o monopolizado— **Cuadernos de Ruedo ibérico** (o incluso de Ediciones Ruedo ibérico). Poco hay que esperar una « revolución » interna. Las posibilidades de cooptación de nuevos miembros por la actual redacción parecen agotadas ya hace tiempo. Parece lógico pensar que si la casa editora hubiera querido —o podido— constituir un consejo de redacción diferente, sería cosa hecha ya de tiempo, aunque sólo se hubiera percatado de parte de los defectos que señalamos. Imponer un consejo de redacción desde fuera, estructurado, institucionalizado, que ofreciera garantías, nos parece empresa utópica, a la que sin embargo se han entregado algunos al parecer. ¿Quién la constituiría? ¿A quién tendría que ofrecer garantías? ¿A la editora? ¿A los lectores? ¿Cómo? ¿Y qué garantías?

Quedamos los lectores que estimamos que **Cuadernos de Ruedo ibérico** son necesarios (aunque sólo sea porque no existe otra cosa) y que (por no ser

ellos suficientes) consideramos no menos necesaria una «revolución cultural» en los mismos. Quedamos los colaboradores esporádicos, los colaboradores frustrados por pereza, por timidez o por sentimiento de la inutilidad del esfuerzo, que no hemos entrado en el santo de los santos de la redacción. Podemos acogernos al derecho de asilo, a su reiterada invitación a colaborar, a publicar Tribunas libres, a enviar cartas del lector. Necesitados deben andar de unas y otras puesto que tanto insisten. (Sólo de un caso sabemos en que la censura de la redacción cayera sobre una colaboración y en tal ocasión el trabajo fue publicado en *Índice* con la apostilla relativa a la circunstancia.) Si a quienes no nos termina de gustar la revista la

inundáramos de colaboración desde nuestra óptica particular crearíamos una situación nueva en el seno de la redacción: se vería obligada a publicar lo recibido o a explicar su negativa de hacerlo; quizá aceptase la polémica que tanto dice buscar sin hallarla, y se llegase a saber lo que piensan algunos de sus más notorios redactores que hoy observan un sigilo absoluto; quizá también en este terreno pudiera llegar la cantidad a transformarse en calidad.

Si no lo lográramos, los **Cuadernos de Ruedo ibérico** continuarían siendo lo que son hoy, lo que, repetimos, no es poco, pero lo que, insistimos, no nos parece suficiente.



La hija del presidente de los Estados Unidos, Tricia Nixon, patrocinó en la capital americana, una fiesta para los soldados heridos en el Vietnam y que se recuperan en los hospitales. Tricia, además, obsequió a cada uno de los soldados con un ejemplar de la revista «Playboy».

Claude Lefort

¿Qué es la burocracia? y otros ensayos

I. I. La contradicción de Trotski. II. El marxismo y Sartre. III. Sobre una respuesta. IV. Proletariado y dirección revolucionaria. II. V. El testimonio de Antón Ciliga. VI. El totalitarismo sin Stalin. VII. La insurrección húngara. VIII. El método de los intelectuales llamados « progresistas ». IX. ¿Qué es la burocracia? III. X. Sobre la democracia. XI. Los intelectuales en la sociedad moderna. XII. El desorden nuevo.

316 páginas

21 F

León Trotski 1905. Resultados y perspectivas

Tomo I. 1905 (primera parte). Prefacio del autor. Prefacio del autor a la edición alemana (1909). 1. El desarrollo social de Rusia y el zarismo. 2. El capitalismo ruso. 3. El campesinado y la cuestión agraria. 4. Las fuerzas motrices de la revolución rusa: la ciudad moderna; la gran burguesía capitalista; la democracia burguesa; el proletariado; la nobleza y los propietarios de bienes raíces; el campesinado y la ciudad; el carácter de la revolución rusa. 5. La « primavera ». 6. El 9 de enero. 7. La huelga de octubre. 8. Formación del Soviet de Diputados Obreros. 9. El 18 de octubre. 10. El ministerio de Witte. 11. Los primeros días de libertad. 12. Los sicarios de Su Majestad. 13. El asalto a las Bastillas de la censura. 14. La oposición. 15. La huelga de noviembre. 16. « ¡Las ocho horas y un fusil ». 17. El mujik se rebela. 18. La Flota roja. 19. En el umbral de la contrarrevolución. 20. Los últimos días del soviét. 21. Diciembre. 22. Conclusiones.

250 páginas

16,50 F

Tomo II. 1905 (segunda parte). Prefacio del autor (1905). 1. El proceso del Soviet de Diputados Obreros. 2. El soviét y los tribunales. 3. Mi discurso en el tribunal. 4. Deportado. Cartas escritas durante el camino. 5. El regreso. 6. El partido del proletariado y los partidos burgueses en la revolución. **Resultados y perspectivas.** Nota del editor. Las fuerzas motrices de la revolución. 1. Particularidades del desarrollo histórico. 2. Ciudad y capital. 3. 1789-1848-1905. 4. Revolución y proletariado. 5. El proletariado en el poder y el campesinado. 6. El régimen proletario. 7. Las condiciones previas del socialismo. 8. El gobierno obrero en Rusia y el socialismo. 9. Europa y la revolución. Apéndice: Prefacio del autor (1919). Índice onomástico.

220 páginas

16,50 F

Sobre la Iglesia, la educación y la "izquierda"

Si la Iglesia española hace oposición a Franco, se comporta como una mala puta desagradecida y, si es fiel al Caudillo, como ramera sumisa y obediente a la voz del amo legítimo del templo.

Exactamente eso quiere decir que la Iglesia española carece de existencia propia. Si no fuera por Franco habría desaparecido totalmente del mapa de España.

No hay cura en España, no hay canónigo ni obispo, no hay sacristán ni sochantre que no le deba al Caudillo y a sus gobiernos la prebenda, por pequeña o por grande que sea. El papa debería estar cada mañana de rodillas delante de Franco, que hizo más por la Iglesia que un siglo de Vaticano, de concilios, de aperturas y de leches en vinagre.

Compuesta de ratas, es lo propio que la Iglesia tienda a largarse de un navío así que huele a naufragio. Es la razón por la cual existen en España curas de izquierdas, algunos de los cuales son generosamente exportados a Latinoamérica. Pero su comportamiento no es menos obsceno que el del clásico carcamal eclesiástico tarugo y doctrinario.

Cuando ahora la policía española encierra a algún cura vagamente subversivo, el error que comete no es tanto el de detenerle y quitarle de la circulación cuanto el de tratarle en político. El caso del cura en España tiene más que ver con la moralidad y las buenas costumbres que con la política. Es una puta en dudoso estado sanitario a la que hay que tratar con criterios reeducacionales a fin de reintegrarla a la vida civil con una formación decente.

El dilema del franquismo reside en que no puede funcionar sin esa relación culpable, sin esa *liaison* vergonzosa con la mujerzuela pública que es la Iglesia española. Y el problema de la seudooposición o pornooposición está también en esas sus anómalas relaciones con la querindonga o barragana del Estado español. La Iglesia está dispuesta a acostarse en cualquier cama con tal de que el cliente pague.

Interiormente, la Iglesia es un contubernio de bandos o *gangs* que entre ellos se tiran a matar por obtener un convento, una escuela, un negocio. En la memoria de todos está aún la feroz lucha entre monjes que ocasionó la construcción del Valle de los Caídos. Y un día saldrá a la luz todo el escándalo de los conventos y colegios contruidos para las diversas Ordenes, cofradías y fraternidades en Salamanca, alrededor de la Universidad Pontificia, ella misma soberbio regalo del Estado a una Iglesia que hasta desde el propio punto de vista de su misma ciencia teológica está al nivel más bajo del mundo. Y si aquí y allá, en el seno mismo de la Iglesia, surgen ataques contra el Opus Dei es pura envidia sacristanil o de puta vieja y abandonada por una más joven y más rentable. Sólo dos cosas interesan a toda esa morralla ensotanaada que mangonea y chulea por el ibérico solar, desde la derecha hasta la izquierda: el dinero y el poder.

La Iglesia española explota el mejor negocio del país y saca de él fabulosos beneficios que se pierden en profundas faltriqueras frailunas o monjiles: la educación. El gran regalo del franquismo a la Iglesia es ése. La gran cuenta que se exigirá a la putísima

Iglesia española está ahí. Curas y monjas sin la menor competencia pedagógica se embolsan cantidades fabulosas para producir una juventud de cretinos perfectos y perfectamente ignorantes. Lo de las rameritas monjitas sobre todo es la estafa oficial más repugnante que haya sufrido España en toda su historia. Históricas prácticamente analfabetas reciben millones explotando colegios arcaicos en donde enseñan conceptos antediluvianos. Y ahí, la burguesía y la pequeña burguesía y hasta el proletariado son culpables de complicidad porque nada ni nadie les obliga a desdeñar la escuela estatal —miserable, de acuerdo, pero gratuita— para enriquecer a putas, rabizas y colipoterras con el cristo en el cinto.

Ya, una acción política de primer valor para toda esa caterva de burgueses, pequeño burgueses y proletarios seudoliberales o izquierdistas, y siempre pornoantifranquistas, sería la de boicotear radicalmente todos los centros de enseñanza en manos de curas o de monjas. ¡Todo el mundo a la escuela pública! ¡Y si no hay sitio que hagan más y que paguen mejor a los maestros! ¡Y si es mala que reclamen! En España existe la escuela pública. Tiene que funcionar. Tiene que ser utilizada a fondo. Tiene que ser gratuita y se ha de conseguir que vuelva a ser laica y libre.

El abandono de las escuelas administradas por la Iglesia y el aflujo en masa a la escuela pública plantearía a Franco y a su gobierno el problema más gigantesco de su historia. Y obligaría a la gran prostituta eclesiástica a mostrar su verdadera faz decimonónica, cavernícola, claretiana.

Y mientras la gente que se dice de oposición, pertenezca a la clase que pertenezca, siga pagando fortunas mensuales a gilipollescos estafermos clericales y monjiles explotadores del negocio de la educación, a esa gente se la podrá siempre tachar de cómplice del régimen.

Si la pajillera Iglesia española sigue siendo una fuerza, o si ha logrado volver a serlo y puede incluso hoy gallear frente a su chulo oficial, es sobre todo gracias a esa fantástica operación financiera que el gobierno le ha facilitado permitiéndole comercializar y explo-

tar a gran escala la educación. Toda, desde la infancia hasta la universidad.

En manos de todos está el quitarle ese asunto. Basta con no mandar más a los niños o a los adolescentes a los colegios de curas y de monjas. En donde por cierto los convierten en verdaderos pigmeos intelectuales y morales. En mórbidos acomplejados cuidadosamente envueltos en el algodón de la ignorancia más cerril. Mandar a un niño o a una niña a un colegio de frailes o de monjas es peor que enviarlo al prostíbulo. Y además mucho más caro.

Pero en España hay poca gente con cojones. Yo, aparte algún excepcional burgués, algún falangista y sobre todo algunos militares, aún no he conocido a nadie con la suficiente conciencia y lucidez política como para negarse a pagar ni un puto chavo a curas o monjas perfectamente analfabetos.

Y es que a la escuela pública, a la escuela del Estado —a la que yo fui— sólo van los muy pobres y pinta mal en sociedad eso de que el nene o la nena acudan a la desvencijada, destartada y misérrima escuela pública cuando el hijo o la hija del vecino se costean la masturbación eclesiástica. Y todo quisqui suelta sus treinta o cuarenta mil pesetas mensuales al conventículo iletrado nada más que por las apariencias y por el respeto ridículo al que dirán. Y luego toda esa gente tuza anda por ahí con ínfulas de opositor y pamemas de liberal. ¡Mierda de gente!

En ese asunto del negocio de la educación explotado por curas y monjas, en esa fabulosa masa de capitales que pasa cada mes a manos de la Iglesia, reside la clave de toda la ambigüedad pornográfica de las relaciones especiales entre los ciudadanos y el Estado franquista, relaciones en las cuales la Iglesia ejerce la función de terciaría y celestineo.

Socialmente, «educarse» en los curas o en las monjas —y sobre todo en ciertos curas o ciertas monjas aún más caros que los demás— es una palanca casi indispensable en el contexto español. No porque los dichos curas o monjas procuren una formación excelente. Eso es lo de menos. Sino porque a causa de su contubernio con el régimen, la Iglesia tiene relaciones.

En realidad no se le paga para que eduque

y forme sino para que actúe como casamentera en el sentido propio y figurado de la palabra. Al mismo tiempo, el régimen supone a la Iglesia habilidad y capacidad para formar ciudadanos totalmente sumisos, amorosos, resignados y obedientes. Auténticos tarados. Y en gran escala, su empresa, hay que reconocerlo, es un éxito. La Iglesia ha desangrado a España intelectual, moral y económicamente. Y hasta es posible que religiosamente, pero eso es harina de otro costal en el cual yo no cato.

Repito, lo curioso del caso es que esa palanca sólo es indispensable en la medida en que la mayoría del país —que no es católica— acepta el sistema. Un sistema perfectamente rechazable incluso en los límites de la más íntegra legalidad, porque en fin, ¡la escuela pública existe! Y el Estado recibe impuestos para que funcione bien.

La gente llora el atraso intelectual y científico de España, pero pone tranquilamente y además pagando como bestias, toda la educación nacional en manos de una corporación totalmente incompetente intelectual y científicamente hablando. Y además, por su propia idiosincrasia, creadora de gente inmadura en el terreno sexual.

Es muy posible que haya gente en la pornoposición que sepa eso. Que sea consciente del problema. Pero, ¿Quién dice «en cuanto podamos les quitaremos la educación a los curas»? ¿«En cuanto podamos no ganaran ni un puto duro más estafando a la gente»? ¿Quién empieza ya, no mandando más al nene y a la nena a los fraílitos o a las monjicas del carajo? ¿Quién no continúa callando y por lo tanto engañando al pueblo y haciendo pamemas y mamolas al pederasta ensotonado?

Y no digamos ya nada —porque todo el resto pasa por ahí— de todos los demás problemas urgentes que se plantean a la sociedad española, problemas vitales, de vida cotidiana, como el del divorcio o el del aborto, bases mismas de toda liberación de la mujer.

¿Cuál es el freno más poderoso contra eso, cuál es el muro más infranqueable? La Iglesia. No hay más tu tía.

Así que no me vengan con más mandangas sobre una supuesta liberalización conciliar de

la Iglesia española ni niño muerto. Desde el Primado hasta la última y más pestilencial de las mandaderas, la Iglesia española sigue siendo sin cambio alguno el bloque cavernícola, oscurantista, reaccionario, inquisitorial y fascista que siempre fue y contra el cual, de vez en cuando, el pueblo adoptó la solución más radical y más drástica: la quema de conventos y el degüello de curas y monjas.

Que los comunistas les hagan carantoñas a los curas, pase. Pero la gente honrada, ¡nunca! No hay en España verdadera política de oposición si no incluye el más duro anticlericalismo, perfectamente compaginable por otra parte con el respeto a los sentimientos personales religiosos de quien los cultive.

Los comunistas hacen lo contrario. Ya lo hicieron Lenin y Stalin en Rusia y en su política en Polonia. Mucho respeto por los popes y los curas, pero en cuanto los sentimientos religiosos incluyen en su sistema una libertad de pensamiento fuera del oficial materialismo dialéctico (o diabético en Cuba), opresión contra los que se sienten inclinados hacia ese tipo de mermelada interior.

Los comunistas no son anticlericales porque en el fondo la estructura fuertemente jerárquica de la Iglesia les fascina y les sirve. Pero son antirreligiosos por enemigos de cualquier forma de vida o de expresión que no se acuerde con los cánones y las líneas de pensar y de sentir dictadas por el partido. Curas y comunistas llegan a entenderse perfectamente bien entre ellos. Pero la gente libre no se entiende ni con los curas ni con los comunistas.

A Carrillo le encanta, por ejemplo, la insípida superficialidad del comunismo *spaghetti* y ve en ella un ejemplo capaz de ser aplicado en España. Irá a misa, como algunos curas van a la célula.

Por eso los ultracarcas españoles, cuando braman contra los papas Roncalli y Montini acusándoles de «comunistas», no andan del todo descaminados. Al fin y al cabo Lenin, el Largo Caballero ruso, también creó un pontificado del cual el gran pope es hoy Brejnev y sus antipopes Mao y a escala ibérica, Carrillo.

No es pues de extrañar que la oposición

española envíe a sus hijos a las escuelas y colegios de *pago*, o sea de curas y de monjas, y que los únicos que utilizan la escuela

pública y gratuita sean o los más desheredados o cuatro o cinco machos que aún quedan en España, sea cual sea su filiación política

Colección España contemporánea

Max Gallo

Historia de la España franquista

De la toma del poder hasta hoy

Introducción. I. **La victoria** : 1. Francisco Franco y la muerte de la República. 2. Los primeros frutos de la victoria (abril-septiembre de 1939). 3. España ante la guerra mundial (septiembre de 1939-julio de 1940). 4. Meses decisivos (julio-diciembre de 1940). 5. Últimas tentaciones y decisión definitiva (1941-1942). II. **La supervivencia y la segunda victoria** (1943-1950) : 1. El gran designio de Francisco Franco (1943). 2. La « Noche negra » del franquismo (1944-1945). 3. De la supervivencia a la iniciativa (1946-julio de 1947). 4. La segunda victoria y la absolución (julio de 1947-1950). III. **Nacimiento de una nueva España** (1951-1959) : 1. El comienzo (1951). 2. Nuevos éxitos y nuevos peligros (1952-1955). 3. Se abre la crisis (1956-primavera de 1957). 4. Franquismo renovado contra nueva España (primavera de 1957-1959). IV. **Años decisivos** (1960-1963). **Del Plan de estabilización al Plan de desarrollo** : 1. El precio de la estabilización (1960). 2. La España de las grandes luchas ((1961-junio de 1962). 3. Liberalización; desarrollo; garrote vil (julio de 1962-1963). V. **La España del primer Plan de desarrollo** (1964-1968). **El porvenir de España en cuestión**. 1. Desarrollo y referéndum (1964-1966). 2. En España no hay nada decidido. Ofensiva anti-franquista y nueva represión (1967-1968). **Conclusión abierta** (1939-1969). De Franco a Juan Carlos. La España franquista o la excepción de la regla.

512 páginas

80 ilustraciones

45 F

Carlos Semprún Maura

Sobre la « oposición » y sus militantes

La oposición antifranquista es una mierda. Hasta tal punto que uno se felicita a veces de su ineficacia. Porque, seamos sinceros, ¿qué pasaría si las « masas populares » siguieran a Santiago Carrillo en los meandros y vericuetos sinuosos de su política, tan oportunista como conservadora? ¿Qué pasaría si esas mismas masas se levantara y siguieran —¿hacia dónde?— a los fantasmas del PSOE, cuyas sombras enlutadas están desde hace treinta años haciendo antecámara en incógnitos salones europeos? ¿Qué pasaría si los estudiantes se pusieran a seguir a Tierno Galván (¡Besteiro es elegante, pero no tanto!)? ¿O si Lister, el más torpe de todos los generales que han dedicado su vida a perder batallas, despertara de pronto entusiasmo en Cuatro Caminos o en Eibar? Francamente, ¿qué pasaría si la democracia cristiana, en perpetuo proceso de constitución, se constituyera de pronto y dejara de estar dentro y fuera del régimen, dentro y fuera de la oposición, dentro y fuera del ejército, del pueblo, de la Iglesia, en todas partes y en ninguna? ¿Qué pasaría si la « nueva izquierda del interior » abandonara de pronto sus puestos en ministerios, Bancos, revistas económicas, editoriales de bolsillo, etc., para hacer... ¿qué? Y no hablo de los « grupos duros ». ¿Qué pasaría si los prochinos dejaran de aprenderse de memoria los insulsos refranes del Gran Timonel, los castroguetaristas de recorrer Europa en busca de las manos del « Che », los *felipes* de intentar reconstruir la Organización una vez más, y ésta —que es la buena— según el modelo sueco? ¿Y si la CNT saliera de Toulouse? No podrían ocurrir más que catástrofes.

La oposición antifranquista, aunque ineficaz, ni ha desaparecido ni está a punto de desaparecer. Su peso en el desarrollo general del país —en la náusea generalizada del desarrollo— es prácticamente nulo y su actividad es meramente pornográfica. *Macarrones* de un género particular, los partidos y grupos sólo viven, se nutren y proliferan —relativamente— a costa y expensas de la gente descontenta. La oposición no hace nada por el « pueblo »; es el pueblo quien hace —poco— por la oposición.

Ya sé, hay que matizar. No todos los partidos-*macarrones* tienen con el ganado el mismo tipo de relaciones. Tomemos el ejemplo de los curas obreros (que no constituyen una organización, sino más bien una fracción o subfracción, a la vez del cristianismo « social » y del Partido Comunista); en su caso no se trata únicamente de un mero negocio, de la explotación con fines lucrativos y burocráticos de las necesidades, se trata también o sobre todo, de una forma de pasión usualmente denominada perversión sexual. Su amor por los obreros —que en ciertos casos se concretiza en albañiles, en otros en taxistas, y así sucesivamente— es totalmente perverso; no por lo que pueda tener de homosexual —¿y por qué no?— sino más bien por su profundo sadomasoquismo. El cura-obrero quiere *sufrir* por el obrero y al mismo tiempo quiere desempeñar un papel en la *dirección* de los obreros, quiere dirigir, mandar, dominar y hoy

sabe —o intuye— que, gracias a dios, la sotana no basta. Cree que la política le facilitará ese papel.

Estos casos de perversión sexual son frecuentes en las sectas políticas de la ultraizquierda, compuesta, como todo el mundo sabe, de curas y frailes que no han encontrado la puerta del seminario pero sí el Rostro y el Verbo de Lenin, Stalin, Mao, «Che», Fidel y Tyrone Power y que se corren con antelación en espera del sacrificio y del poder. Pura caca.

La chulería sistemática de las organizaciones «obreras» —o sea su intento de «*raquett-ear*» a los obreros—, de todas ellas: católicas declaradas o de origen HOAC, comunistas de las diferentes marcas, socialistas, exanarquistas y demás, se manifiesta de manera inequívoca en el asunto de las «comisiones obreras». En toda una serie de huelgas y conflictos, los trabajadores enfrentados con la patronal, el Estado y los sindicatos verticales, comenzaron a elegir de manera directa y democrática —por una vez esta palabra se emplea correctamente— sus comités de huelga. Estos comités —o comisiones— desempeñaron a menudo un papel, incluso después de las huelgas —momento álgido de un conflicto más permanente. Es así como, dicho deprisa y corriendo, nacieron las comisiones obreras, núcleos de delegados de los trabajadores de tal o cual empresa, sin funciones *separadas* de las de sus compañeros, núcleos que podían variar en su composición, como así ocurría con frecuencia, pues no estaban *institucionalizados*. Las organizaciones «obreras» reaccionaron malhumorada e hipócritamente ante tal escándalo, que ponía en evidencia su parasitismo. ¿Cómo iban a permitir los «protectores» que sus «protegidas» se protegiesen ellas mismas? Durante las «oleadas de huelgas» de 1962 y después, los partidos y grupos se disputaron el papel de dirigente y organizador de las mismas. Leyendo su prensa nos enteramos que es el Partido Comunista, la alianza sindical UGT-CNT, el FLP, etc., quienes dirigieron la huelga de los mineros asturianos (por ejemplo). Como ninguno de ellos estaba en el tajo, todos podían decir: ¡He sido yo! Pero, ¿cómo iban a tolerar que los mineros asturianos —para seguir el mismo ejemplo— eligieran sus propios delegados y decidieran solos sus reivindicaciones, la continuación o no de la huelga, etc.? ¿Cómo alimentar al «aparato», reclutar nuevos militantes, recoger dinero en las campañas de solidaridad, si no sólo se descubría su *ausencia*, sino también la *presencia* de los otros? Los partidos-macarrones, con la ayuda «objetiva» de la policía, reaccionaron violentamente ante el peligro y después de *negar* las comisiones obreras se pusieron a organizar las «buenas», las *suyas*: comisiones no de obreros, sino de cuadros-militantes. Hoy que ya no existen —aplastadas por unos y otros— todo el mundo habla de las «comisiones obreras», y sus «delegados» han iniciado la inevitable gira turística-política por el extranjero destinada al autobombo y a la recogida de fondos. La Universidad también ha sido el coto cerrado de una lucha encarnizada por el «control» de los estudiantes, lucha del mismo tipo que la que enfrenta a los diferentes sindicatos del crimen por el control de todos los barrios chinos de todas las capitales del mundo civilizado. FUDE, SDEU y demás son las siglas símbolo de esta mascarada por la que algunos abogados fueron a parar a la cárcel. Porque la cárcel desempeña un papel importante en la dialéctica de las organizaciones: un partido necesita tener presos para fortalecer con carga sentimental el *militantismo* (forma peculiar de inhibición sexual, sublimación del machismo, a la vez que placer masoquista de la disciplina y el sacrificio); pero también es puro negocio: las campañas que más dan son

las campañas pro presos y un partido con « héroes y mártires » se vende mejor que un partido sin ellos.

Pero también hubo en la Universidad alguien que se rebeló a la vez contra esa fábrica de melones y contra los gángsters que querían controlarla. Un grupo de *individuos*, apodados « ácratas » por la policía, realizaron durante unos cursos mucha más « agitación » —como se suele decir, lo que ya es sintomático— que todos los minipartidos universitarios juntos. Y no porque fueran más listos sino, sencillamente, porque no aceptaron las reglas del juego burocrático, no quisieron controlar, ni dirigir a nadie, ni hacer paranoicas inversiones de teoría y de práctica, de aparato y de *marketing*. Lo que hicieron, lo hicieron porque les daba la realísima gana y no pensando en un futuro incierto sino en *aquí y ahora*. Tildados de chalados, perseguidos por la policía, sin saber desprenderse totalmente de las contradicciones grupusculares, se han esparcido por el mundo, y la Universidad ha recuperado el clásico runrún de la masturbación.

¿Será necesario aludir a la pornografía del exilio? Los vicios aquí cobran carácter macabro. Ancianos acechados por la impotencia, los políticos del exilio se dedican a vicios de anciano: el *voyeurisme* y la necrofagia. En grandes banquetes fúnebres, intentan desesperadamente conversar con los espíritus de antaño: las mesas giran y se lamentan, bailan los 14 abriles de la república difunta. Ellos, los vejetes, *aman* a la difunta, mientras observan —mirones— con extraños anteojos a las « nuevas generaciones » prepararles lo que consideran sus futuros lechos de amor con la diputación. A veces, creyendo que « ha llegado el momento », se reúnen en fiestas folklóricas ancianos de la nueva y de la vieja oposición (Munich). Amores de viejos que terminan lógicamente en abortos.

Sus vicios son con frecuencia más burgueses, sin embargo: a fuerza de vivir con la querida, se han acostumbrado a ella (sea ésta Francia o América latina, u otra). Pero, pese a que tienen en casa bata y zapatillas y café-copa-y-puro, por nada en el mundo admitirán que ya no les interesa la esposa legítima (la madre patria) y para demostrarlo de manera *política*, van a pasar sus vacaciones en la Costa Brava, como cualquier alemán. Algunos han tenido mala pata, porque siendo terratenientes, aunque comunistas, al querer cobrar las rentas atrasadas (desde el 39) han sido denunciados por « sus » campesinos como jefes comunistas —para no pagarles las rentas como terratenientes— y encarcelados.

No sé por qué trato de pornográfica tan nefanda actividad. Puede haber confusión, ya que los inocuos *sexshops* o las lecturas familiares del Divino Marqués son inocentes distracciones, y no así la política de los mentores de la oposición.

Todos los partidos —y cuanto más marxistas-leninistas, más— viven del *raquett*. Pero este no es su único rasgo distintivo. El militante de base se mete en un partido con el pretexto de « cambiar el mundo », pero en realidad —aunque sea inconsciente— lo que busca es un partido-padre, en el seno del cual pueda abandonar su propia personalidad, sumirse en el placer de la disciplina y del borreguismo, descargar sobre los hombros del Jefe toda responsabilidad, iniciativa y sabiduría; él *sigue*, obedece, babea, abierto de piernas, y cuanto más severo sea el Padre (cuanto más tenga de ejército a la vez que de Iglesia) más contento está el engendro paranoico llamado militante de base. Los burócratas, los cuadros, los jefes, los listos, los políticos, los *macarrones*, son los propietarios de la revolución (o sencillamente de la

oposición), y se ocupan de la gestión de ese negocio con espíritu meramente mercantil: cada acción (como en la Bolsa) debe ser rentable. Como cualquier empresa capitalista, un partido debe ser bien administrado, producir un rendimiento máximo. Pero ese rendimiento no tiene como objetivo directo la venta de objetos, sino la conquista del poder, que permitirá dominar la sociedad en su conjunto y por lo tanto también hará posible entonces la venta de objetos. Se trata de un negocio mucho más arriesgado.

La única actitud coherente ante esta bochornosa situación es la desertión. Los partidos (y los grupos de manera caricaturesca e histórica) sólo son instrumentos de represión y alienación que se añaden a todos los instrumentos de represión de la sociedad en general y de la franquista en particular. Por lo tanto: desertemos. Abandonemos las filas de los partidos y de los grupos como primer paso posible y necesario para respirar un poco de aire libre. Una vez que hayamos abandonado partidos y grupos no nos detengamos en tan buen camino, sigamos desertando; desertemos del ejército, del trabajo, de la Iglesia, de la familia, y sobre todo de la patria. Sobre todo de la patria. Pero, cuidado, nada de actitudes históricas ni de «poses» heroicas; desertemos también del placer perverso del sacrificio. Un poco de astucia y mucha testarudez son necesarias para desertar de una casa de putas en busca del amor libre.

Guy Hermet

Los comunistas en España

Estudio de un movimiento político clandestino

1. La potencia pasada : los comienzos de la guerra civil. 2. La clandestinidad. 3. La organización del movimiento comunista español. 4. La imagen del comunismo en España. 5. Las funciones políticas del comunismo en España. Conclusión.

248 páginas

27 F

Editions Ruedo ibérico



«Manos
limpias,
cabeza fría
y corazón
ardiente»

PARICANO GORI "GRAN CURÓN DE LAS TRÁPALAS ESPAÑOLAS"
DIRIGIÉNDOSE A LA ÚLTIMA PROMOCIÓN DE LA GRISTAPO.

Luciano Rincón

y

Luis Ramírez

Luciano Rincón¹ está encarcelado en Bilbao desde el 30 de mayo, acusado de un delito de opinión que no ha cometido. El juez de Orden público de Madrid lo ha procesado por injurias al jefe del Estado, acusándole de haber tratado a Franco «con evidente falta de respeto, vertiendo conceptos y atribuyéndole actitudes en nada concordantes con la realidad, con manifiesto menosprecio hacia su persona». Los escritos principalmente incriminados son el artículo «Franco, la continuidad en el cambio» (*Cuadernos de Ruedo ibérico*, marzo de 1971) y la biografía *Francisco Franco, historia de un mesianismo* (publicada en español por Ruedo ibérico en 1964, y en francés por François Maspero en 1965), ambos bajo la firma de Luis Ramírez². Pero Luis Ramírez no es Luciano Rincón. En su carta al ministro de Justicia español, del 21 de junio de 1971, transcrita más adelante, algunos de los redactores y colaboradores de *Cuadernos de Ruedo ibérico* han declarado quién es Luis Ramírez. El arresto y el procesamiento de Luciano Rincón no es sólo una flagrante injusticia y una violación de los derechos del hombre. Es también una tentativa de represalias contra Ruedo ibérico y su revista. Una tentativa que denuncia una vez más el carácter

del régimen franquista. Puesto que el «delito» de injuria al jefe del Estado ha sido cometido en Francia, el artículo y el libro publicados en Francia, las autoridades franquistas tan impunemente valientes dentro de las fronteras españolas, deberían arriesgarse a perseguir en Francia, y en el cuadro de las leyes francesas, a quienes reivindican formalmente la paternidad del seudónimo Luis Ramírez o al director responsable de *Cuadernos de Ruedo ibérico*³ y a la empresa editora.

1. Luciano Rincón. Colaborador de diversas publicaciones españolas y extranjeras (*Cuadernos para la Diálogo*, *Marcha*, *Ibérica*), ha publicado en Ruedo ibérico una novela (*Mañana, crónica anticipada*) y en *Cuadernos de Ruedo ibérico* un ensayo: «El fin del progresismo católico».

2. Bajo el seudónimo de Luis Ramírez, Ruedo ibérico ha publicado dos libros: *Francisco Franco, historia de un mesianismo* y *Nuestros primeros veinticinco años*; con el mismo seudónimo, *Cuadernos de Ruedo ibérico* ha publicado numerosos ensayos, crónicas y notas sobre temas muy diferentes: economía, política, sindicalismo, vida religiosa, acontecimientos políticos españoles recientes y sobre la guerra civil española.

3. En este caso, François Maspero.

Luis Ramírez

Los policías de la cultura

Resulta que he sido detenido. Resulta que yo, un Ramírez, uno de los Ramírez de esta casa, estoy detenido, tan detenido como los demás. Personalmente creo conocer el origen de la maniobra y me parece necesario denunciarla. Tras la detención de Luciano Rincón en Bilbao, acusado de ser Luis Ramírez, una ligera investigación de los hechos y de los antecedentes, una muy ligera investigación porque las pistas dejadas son ostensibles, llevan hacia un hombre y un equipo: hacia Ricardo de la Cierva y lo que él llama su grupo de colaboradores. Militares y policías encargados de reelaborar a golpe de errores, deformaciones y descarados falseamientos, la historia del franquismo.

Las últimas posiciones de Southworth¹ sobre la incapacidad científica de Ricardo de La Cierva y sus guardaespaldas culturales, las continuas denuncias de los métodos para-culturales empleados por el Ministerio de Información, han exasperado últimamente a esos policías de la cultura. Hasta el punto,

reconocido por el propio de La Cierva, de haberle decidido a solicitar la actuación de la otra policía, la ejecutiva, la político-social, para organizar una cacería de posibles, probables y supuestos colaboradores de esta revista y de esta editorial.

En el franquismo la justicia no importa; importan las venganzas. Burgos fue una prueba. Este intento actual de crear y perseguir a un Luis Ramírez que responda de los traumas, de las frustraciones, de los fracasos y de la histeria de Ricardo de La Cierva es otro pequeño ejemplo de una misma conducta.

Quienes odian la Cultura, y sobre ella ejercen una mera función policiaca; quienes desde el fondo de su incapacidad siguen gritando « muera la inteligencia », me han detenido, por lo visto, en Bilbao.

1. Véase « Los bibliófobos: Ricardo de La Cierva y sus colaboradores », Cuadernos de Ruedo ibérico nº 28/29, diciembre 1970-marzo 1971.

Franco : la continuidad en el cambio

En un artículo publicado en el número 28/29 de Cuadernos de Ruedo ibérico aludía a que Franco representaba la continuidad de las necesidades del capitalismo autoritario y del fascismo real del régimen pese a sus cambios aparentes. Unos dibujos de Vasco dieron a mis opiniones personales sobre las también personales características de Franco una fuerza especial dentro de la sacralizada zoología generalicia.

A algunos de sus serviles adoradores no les sentó bien y ahora tratan de colgar un sambenito en forma de años de condena a quien, en ocasiones, proporcionó datos y recortes de periódicos con noticias de allí a nuestra redacción de aquí. Bien, así es la justicia de allí, pero eso no fuerza el silencio de aquí.

Sin embargo, debemos una explicación a ciertos lectores que nos piden silencio también para no perjudicar al detenido y procesado. No podemos complacerles. Luis Ramírez seguirá escribiendo.

esperemos que una fecha próxima.

Creemos que nuestros lectores comprenderán que no podemos aceptar el chantaje que desde España se nos propone: nuestro silencio, la desaparición de Luis Ramírez para no perjudicar a un informador profesional. Sería negar la línea de conducta seguida por

nosotros hasta ahora. Aunque el Tribunal de Orden público de Madrid decida sobre sus propios modos de represión.

No aceptamos chantaje alguno. Lamentaremos lo que en Madrid suceda. Y lo lamentaremos aún más por gratuito. Por inútil, pues no va a conseguir nuestro silencio. Aún vamos a darles unos cuantos disgustos más. Por lo menos yo.

Luis Ramírez es Fuenteovejuna y todos a una

París, 21 de junio de 1971. Excelentísimo Señor Ministro de Justicia. MADRID.

Luciano Rincón, escritor y periodista español, está encarcelado desde hace tres semanas en la prisión de Bilbao.

La policía lo arrestó en esa ciudad y lo interrogó durante tres días, acusándolo de ser el autor de artículos aparecidos en **Cuadernos de Ruedo ibérico** con la firma de Luis Ramírez, así como de una biografía del general Franco publicada por las mismas ediciones bajo la misma firma.

Los abajo firmantes, escritores españoles, redactores y colaboradores de la revista **Cuadernos de Ruedo ibérico**, declaran que el seudónimo de Luis Ramírez oculta los nombres, ora de uno, ora de otro y a veces, colectivamente, de varios de entre ellos.

En suma, señor, Luis Ramírez es Fuente Ovejuna y todos a una ».

Además, afirman que Luciano Rincón, por residir en España, jamás participó en los trabajos redaccionales aparecidos con el seudónimo de Luis Ramírez y que por lo tanto su detención y encarcelamiento constituyen una flagrante injusticia y violación de los Derechos del Hombre, cuya convención firmó España.

Juran por su honor que lo aquí declarado es la verdad entera y piden que en consecuencia tome las medidas y disposiciones convenientes para que Luciano Rincón recupere inmediatamente la libertad. Xavier Domingo, Francisco Fernández-Santos, Juan Goytisolo, José Martínez, Carlos Semprún, Jorge Semprún, José Miguel Ullán.

Xavier Domingo

Luciano Rincón

Luciano Rincón es uno de los raros periodistas competentes que hay en España.

Por eso está ahora en la cárcel.

Aunque el pretexto « legal » sea otro. Le acusan de ser un tal Luis Ramírez, autor de libros y artículos ofensivos para el jefe del Estado español y publicados en **Ruedo ibérico** o en sus *Cuadernos*.

Luis Ramírez no es Luciano Rincón.

Luis Ramírez es un seudónimo colectivo. Utilizado por un cierto número de escritores residentes en París y por otros que están en España y que no son Luciano Rincón.

Pero Luciano Rincón está pagando por Luis Ramírez.

Desde luego, desde el punto de vista de la « justicia franquista » Luciano Rincón tampoco es inocente, puesto que no es un franquista.

Ya estuvo en la cárcel en otra ocasión. En 1959. Estuvo en la cárcel hasta 1961. Desde la prisión publicó artículos en el mensual de París *Esprit* y en el semanario *Témoignage chrétien*. Los firmaba « Un preso político ».

Fue la única vez que Luciano Rincón utilizó un seudónimo.

Luciano es de mi generación. Tiene 40 años. Es un hombre de una generación *unipasional*. Tenemos ideas distintas. El, por ejemplo, es cristiano. Y yo no.

Sin embargo, cada vez que hemos tenido ocasión de vernos, nos hemos sentado largas horas, hemos vaciado muchas botellas y hemos hablado profundamente de muchas cosas que en definitiva desembocaban en una sola y única cosa, en una sola y única pasión, común a los españoles que tenemos 40 años: la pasión por la LIBERTAD.

Esa libertad —y ahora Luciano está en la cárcel—, ese periodista agudo, mordaz, inteligente y lleno de competencia profesional la entiende de un modo realista perfectamente compaginable con la pasión con la que la desea. Por eso está en la cárcel.

Luciano Rincón quiere ser un hombre libre en un país de hombres libres PORQUE ESTA PREPARADO PARA SER LIBRE, PORQUE ES COMPETENTE PARA SER LIBRE y sin embargo tiene 40 años y nunca le han dejado ejercer esa competencia vital para la libertad.

Muchos de entre nosotros —los españoles de esa generación que no habrá tenido jamás la suerte de ser huérfana de dictador— a fin de poder ejercer esa competencia para ser ciudadanos libres, hemos emigrado, prefiriendo ser en otro país ciudadanos extranjeros, de segunda categoría, antes que vivir más tiempo sometidos en un mundo infantiloides.

Otros se resignaron.

Otros, como Luciano, no quisieron o no pudieron; o quizás hallaron demasiado fácil o egoísta eso de asumir la «extranjereidad». Y Luciano trató de ser en España un periodista libre y competente. Por eso está en la cárcel.

Y no por ser o no ser Luis Ramírez.

La «justicia» española no va a juzgar y a condenar a Luis Ramírez que es un personaje proteiforme, que es un seudónimo colectivo, que es el antifranquista inaccesible e irreductible.

La «justicia» española va a juzgar y a condenar a Luciano Rincón. 40 años. Que no opina sobre España, sobre el mundo, sobre la vida, lo mismo que Franco. Por eso está en la cárcel.

Luis Ramírez, en cambio, está libre. ES LIBRE. Luis Ramírez es un *momento de libertad* de cualquiera de nosotros. A Luis Ramírez nunca podrán meterlo en la cárcel.

Agarrarán a Luciano, agarrarán a Pedro, agarrarán a Juan o a Pablo. Pero a Luis Ramírez, jamás.

Irán metiendo en la cárcel a cuanto tipo honesto surja en el país. Y Luis Ramírez estará siempre ahí para denunciar la opresión y acusar al tirano.

En realidad, si quieren que Luis Ramírez se calle, lo único que tienen que hacer es soltar a Luciano, a Pedro, a Juan y a Pablo. Dejarles ser libres.

Entonces Luis Ramírez se callaría. Tendría, ya, menos pretextos para hablar. Por eso, meter en la cárcel a Luciano Rincón pretendiendo haber encarcelado a Luis Ramírez no sólo es una injusticia total. Es también una estupidez.

Protestas

L'écrivain et journaliste espagnol Luciano Rincón est incarcéré depuis trois semaines à Bilbao, accusé d'un délit d'opinion qu'il n'a pas commis.

En effet, les autorités espagnoles attribuent à Luciano Rincón plusieurs écrits publiés par Ruedo ibérico de Paris, sous la signature de Luis Ramírez.

La détention de Luciano Rincón est par conséquent une violation caractérisée des droits de l'homme et une injustice flagrante, contre laquelle les soussignés protestent énergiquement, en même temps qu'ils demandent que Luciano Rincón soit immédiatement mis en liberté.

Guzmán Alvarez, Professeur à l'Université d'Utrecht

Isabel Alvarez de Toledo, écrivain

Claude Angeli, journaliste

Arrabal, dramaturge

Yvan Audouard, journaliste

Roland Bacri, journaliste

Simone de Beauvoir, écrivain

Pierre Béziau, journaliste

Italo Calvino, écrivain

Jean Cassou, écrivain

F. Carrasquer, Professeur à l'Université de Leiden

Fernando Claudín, écrivain

M. Cohen, conseiller juridique

H. Combé, Professeur à l'Université d'Amsterdam

Julio Cortázar, écrivain

Déran, dessinateur

J.-M. Domenach, écrivain

Daniel Deschamps, journaliste

Xavier Domingo, écrivain

Escaro, dessinateur

Denise Ferrière, journaliste

Jean Genêt, écrivain

Thomas Gilbert, journaliste

Juan Goytisolo, écrivain

J. R. Grousset, journaliste

Roger Guilbert, journaliste

Gisèle Halimi, avocat

J. Lechner, Professeur à l'Université de Leiden

Michel Leiris, écrivain

Serge Leyons, journaliste

Arthur London, écrivain

J. Menanteau, journaliste

Moisan, dessinateur

J. Poitou, journaliste

Michel Redjah, journaliste

Claude Roy, journaliste et écrivain

Jean-Paul Sartre, écrivain

Sempé, dessinateur

Jorge Semprún, écrivain

Jean-Marie Serreau, metteur en scène

Herbert R. Southworth, écrivain

Robert Telliez, journaliste

Max Tessier, journaliste

Philippe Tesson, journaliste

Jacques Varin, journaliste

Mario Vargas Llosa, écrivain

Vázquez de Sola, dessinateur

27-7-1971. General Francisco Franco Bahamonde. Head of State. Head of Government and Supreme Commander of the Armed Forces. Madrid, Spain. Writer and journalist Luciano Rincon continues to be held prisoner (since his arrest at the end of May, 1971) in Bilbao, accused of a crime of opinion which he did not commit.

The Spanish authorities attribute to Luciano Rincon a number of articles published in Ruedo Iberico Editions, Paris, under the name of Luis Ramirez. The detention of Rincon is, therefore, a characteristic violation of human rights and a flagrant injustice against which the under-signed vigorously protest while at the same time appealing for his immediate release. Edward Crankshaw, Stephen Spender, Peter Calvocoressi, Angus Wilson, Iris Murdoch, C. Day-Lewis, Stuart Hampshire.

« Un periodista español, Luciano Rincón, está detenido desde julio en una prisión de Bilbao, acusado de haber publicado en una revista, Cuadernos de Ruedo ibérico, de Paris, varios artículos sobre el régimen franquista bajo el seudónimo de Luis Ramírez. Los editores y escritores relacionados con Ruedo ibérico —que incluyen a Francisco Fernández-Santos, Juan Goytisolo, Jorge Semprún, Carlos Semprún, José Martínez, Xavier Domingo, José Miguel Ullán— han testimoniado ante el gobierno español que todos los artículos de la revista publicados bajo el seudónimo Luis Ramírez fueron escritos por la redacción. Han informado al gobierno español que Luciano Rincón, que habita en España, no ha tenido nada que ver con la redacción de esos artículos. En una reciente conferencia internacional, el PEN Club protestó contra la detención de Luciano Rincón. Luciano Rincón será juzgado el 2 de diciembre* en Madrid a puerta cerrada. Nos preguntamos por qué el gobierno español recurre al procedimiento excepcional del juicio a puerta cerrada, por qué las pruebas contra este escritor no pueden ser presentadas públicamente, y por qué todos los derechos legales normales han sido negados a Luciano Rincón. Este

procedimiento por parte del gobierno español es una flagrante violación de los derechos humanos y legales. Nos preguntamos, ¿qué crimen cometió Luciano Rincón contra el gobierno español? Comprobamos con gran inquietud que en estos últimos meses se reciben cada vez más informes desde España sobre detenciones arbitrarias, así como de prohibiciones de la prensa española, que indican que el régimen está abandonando sus intentos de métodos menos duros en favor de un retorno desastroso al Estado policiaco. El caso de Luciano Rincón es significativo de la actitud actual del régimen, y tememos mucho que un concepto humanitario de la justicia no presida este juicio. Consideramos los juicios a puerta cerrada y las violaciones de los derechos individuales como intolerables donde quiera que ocurran.»

Este telegrama ha sido enviado el martes, 29 de noviembre, a Antonio María Oriol y Urquijo, Ministerio de Justicia, Madrid; a la embajada española en Washington y a la embajada de Estados Unidos en Madrid. Está firmado por los conocidos intelectuales: **Juan Goytisolo, profesor Lionel Abel, profesor William B. Watson, Stanley Kunitz, profesor Noam Chomsky, Arthur Miller, Saul Bellow, Gertrude**

* [NDR. El día 2 de diciembre el Tribunal de Orden público aplazó la vista, sin señalar fecha.]

Lenzer, Beatrice Kevitt Hofstadter, Irving Howe, profesor Jorge Guillén, Elizabeth Hardwick, profesor Robert Lipton, John Kenneth Galbraith, profesor Hans Morgenthau, Barbara Probst Solomon.



amírez
Howe,
ofesor
ofesor

Editions Ruedo ibérico

León Trotsky

Obras

Volúmenes publicados

**1 Literatura y revolución.
Otros escritos sobre
la literatura y el arte**

**2 1905. Resultados
y perspectivas**

3 Escritos sobre España

Volúmenes de publicación inmediata

4 Historia de la revolución rusa

5 La revolución permanente

6 La revolución traicionada

**7 La Internacional Comunista
después de Lenin (El gran
organizador de derrotas)**

8 Mi vida

CUADERNOS AMERICANOS

Dólares

Hispanoamérica en lucha por su independencia

por varios autores

2,—

Trayectoria ideológica de la revolución mexicana

por Jesús Silva Herzog

1,20

La reforma agraria en México

por Emilio Romero Espinosa

1,20

El drama de la América latina. El caso de México

por Fernando Carmona

2,50

Guatemala, prólogo y epílogo de una revolución

por Fedro Guillén

0,80

El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson

por Alonso Aguilar Monteverde

1,—

Historia de la expropiación de la empresas petroleras

por Jesús Silva Herzog

1,50

A los precios anteriores se agregará el coste del porte postal

Representantes exclusivos en Europa

Editions Ruedo ibérico

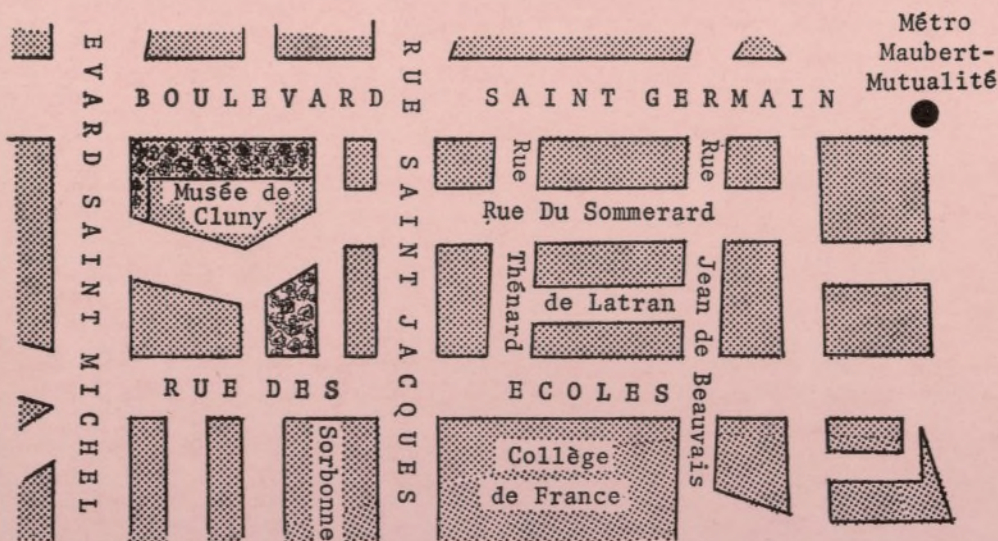
6, rue de Latran, Paris 5

Ayuntamiento de Madrid

ruedo ibérico

Librería

**Colección España contemporánea • Serie menor •
Biblioteca de cultura socialista • Colección el
viejo topo • Cuadernos de Ruedo ibérico •
Suplementos de Cuadernos de Ruedo ibérico •**



Libros de las Editoriales Grijalbo • Era • Siglo XXI • Cajica • Cuadernos Americanos • Joaquín Mortiz • Palestra • Siglo Ilustrado • Galerna • Sudamericana • Tiempo contemporáneo • Universidad Central de Venezuela • Instituto del Libro de Cuba • Oveja negra • Oasis • Siglo XX y otras •

6 rue de Latran

Métro : Maubert-Mutualité

Paris 5

Téléphone : 325 56-49

Ges : Saga del príncipe Bormanus y de la princesa Creuteboba o el carismático Francoráculo

Luis Ramírez : Crónica sangrienta desde Madrid • Elías Goyanes : Plaza de Oriente : 1-10-1971 • • • Carlos Herrero : Un ejemplo de subdesarrollo científico : El seudomarxismo en economía. Juicio crítico de "Estructura económica de España" de R. Tammes • • Juan Goytisolo : Presentación crítica de José María Blanco White • • José Martín- Artajo : Panfleto moral y censorio contra la Carrera diplomática • • Xavier Domingo : Antierotismo y sociedad opusdeísta • • • José Agustín Goytisolo : Crónica de un asalto • • • Hechos cotidianos bajo el franquismo : "El Noticiero Universal" • Historia de su compra venta contada por Antonio Botey Serra • Opus Dei : asociación no constituida legalmente y con fines distintos de los que aparenta. Argumentación de Alberto Royuela Fernández • La muerte de Pedro Patiño. Nota de Jaime Miralles Alvarez • • • Luciano Rincón y Luis Ramírez • • Tribunales libres : Xavier Domingo : Sobre la Iglesia, la educación y la izquierda ; Carlos Semprún Maura : Sobre la "oposición" y sus militantes • • Caricaturas de Vasco • Viñetas de Ges

Prix : 21 F

Ayuntamiento de Madrid